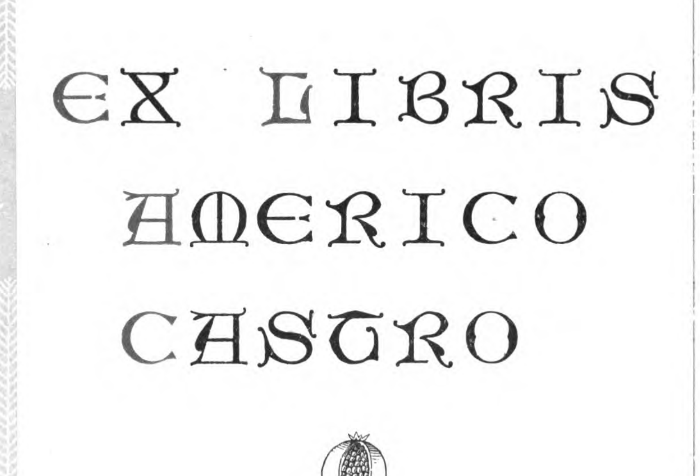



EX LIBRIS
AMERICO
CASTRO


The University Library
UNIVERSITY OF CALIFORNIA SANTA CRUZ

RIVAS
111

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO XXXV

SUBLEVACIÓN DE NÁPOLES

CAPITANEADA POR

MASANIELO

CON SUS ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS
HASTA EL RESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO ESPAÑOL

ESTUDIO HISTÓRICO

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA
Duque de Rivas.

Ad extremum ruunt populi exitium,
cum ex rema onera eis imponuntur.
TACITO.



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1911

Imprenta de Hernando y C.ª, Quintana, 33.

Al Excmo. Sr.

D. Francisco Javier de Istúriz,

Senador del Reino, etc., etc., etc.

Como testimonio de fina y constante amistad en prósperas y adversas fortunas.

Su compañero,

Ángel de Saavedra,

Duque de Rivas

PRÓLOGO.

El nombre de *Masanielo*, tan célebre en la historia y popularizado en estos últimos tiempos por la poesía, y mucho más aún por la música de Auber, fué uno de los primeros que ocurrieron á mi imaginacion al poner el pié en la hermosísima ciudad de Nápoles, teatro del aunque pasajero, formidable poder de aquel ente extraordinario, y me propuse desde luégo tomarlo para asunto de un artículo de revista. Pero cuando recorrí las calles y plazas que presenciaron su arrojo, su próspera, aunque fugitiva fortuna, sus horribles crueldades y su lastimosa muerte, y empecé á reunir noticias y documentos sobre su persona y hechos, conocí que necesitaban de más ancho campo, y me decidí á escribir la historia de su dominacion. Mas como ésta no podia ser comprendida sin tener idea del estado á que llegó el reino de Nápoles bajo el gobierno de los vireyes españoles, y particularmente bajo el del duque de Arcos; y como fué de tan pocos dias, y á la muerte de Masanielo no concluyó la sublevacion, ántes bien se hizo más grave y peligrosa, advertí que para dar una idea exacta de aquella

revuelta, y dejar satisfecho al lector, era indispensable dar más ensanche á mi trabajo, y trazar un cuadro completo de tan memorable acaecimiento.

Resuelto á emprender esta obra, aunque desconfiado de mis fuerzas para llevarla á cabo, hice nuevas investigaciones, reuní mayor copia de documentos, examiné curiosos manuscritos, leí cuantos autores de aquellos sucesos tratan, y conferencié largamente con los eruditos del país, eligiendo para servirme de guia en mi trabajo á los escritores contemporáneos y posteriores que merecen mayor crédito entre los mejor informados de las ocurrencias de aquel memorable período. Siendo aquellos: Tomás de Santis, contemporáneo y colocado entónces en posicion á propósito para escribir con buenos datos, pues era secretario de uno de los sediles ó barrios de la ciudad de Nápoles, y desempeñaba además otro empleo en la administracion; y aunque pesado y falto de color, sin aventurar ningun juicio, escribió con prolijidad lo que presenció, indagando con solicitud lo que ocurrió fuera del alcance de su vista. —Alejandro Giraffi, tambien contemporáneo, que publicó en Venecia con nombre supuesto un diario muy prolijo de la dominacion de Masanielo. No se sabe quién fué; pero se colige de su obra que era hombre del pueblo, aunque de instruccion pedantesca. Se entusiasma y extasía con las acciones de su héroe, aunque no aprueba sus crueldades, da acogida á las vulgaridades más absurdas, y nunca pierde el respeto al duque de Arcos. Su estilo es humilde, aunque á veces se remonta ridículamente, citando textos de la Escritura. Se conoce que escribia de noche lo que pasaba de

dia, y que se halló presente á todos los acontecimientos.—Rafael de Turris, tambien contemporáneo, que escribió y publicó en Génova la historia de aquella sublevacion, en latin crespo é hinchado, poniendo pomposos discursos en boca de los personajes, y empedrando la narracion de sentencias y apotegmas políticos; pero expone los sucesos con buen órden y claridad, y se conoce que escribió con muy buenas noticias.—El conde de Módena, secretario y director del duque de Guisa, escritor culto y entendido, enemigo acérrimo de los españoles, que le tuvieron largo tiempo prisionero. Y dándose en su obra exagerada importancia, refiere con bastante exactitud, aunque de oidas, las ocurrencias de Masanielo, y con mayor seguridad las del corto tiempo que el duque frances dominó á Nápoles, como cosa que él mismo preparó, de que fué testigo y en que tuvo una parte tan principal.—Parrino, panegirista de los vireyes, y que escribió medio siglo despues.—Giannone, autor más moderno que escribió con un método particular y raro la historia general de Nápoles.—Y el moderno Dr. Baldacchini, quien últimamente ha publicado un excelente compendio de la historia de aquella revolucion, escrita con muy buen gusto, con calor sumo, con buenos estudios y con elegante pluma.

Tambien entre el cúmulo de manuscritos que he registrado elegí los que á juicio de los eruditos merecen más crédito, y que aparecen ser efectivamente de mucho valor, como el del maestro de campo Capacelatro, que es el más precioso de todos y muy raro. El de Agnello de la Porta, que aunque más conocido da muy buenas noticias

y desciende á curiosas minuciosidades. Una relacion anónima, no muy extensa y que pocos han visto, de aquellos sucesos: las posee con otras obras muy raras el príncipe de San Georgio. Várias cartas de aquel tiempo, y entre ellas algunas muy importantes, de un proveedor general que padeció grandes pérdidas en aquel desórden, y otras del ayuda de cámara del duque de Arcos. Y otros documentos de aquel tiempo que existen en los archivos públicos y en los particulares, de los que insertamos algunos en el apéndice de esta obra.

Con estos datos y con el consejo de personas doctas la he escrito. No sé si he trabajado con acierto, y si he conseguido trazar una historia clara é interesante de aquellos dramáticos sucesos, que turbaron el año 1647 un reino importantísimo dependiente entónces de nuestra inmensa monarquía. Si no he acertado á desempeñar dignamente mi propósito, no será por falta de estudio, sino de capacidad. Y puede que á lo ménos haya logrado recordar un episodio digno de atencion de nuestra historia del siglo XVII, que tratado por escritor más idóneo podrá formar una obra digna del tiempo en que vivimos.

Nada más tengo que manifestar á mis lectores; pero no puedo concluir este prólogo sin pagar el tributo de gratitud á las distinguidas personas que me han ayudado eficazmente en este trabajo. Entre los cuales es una obligacion de mi reconocimiento nombrar al señor comendador Spinelli, archivero general del reino de Nápoles, que puso á mi disposicion los escasos documentos de aquella época que tiene en custodia. Al señor duque de Lavello, que me

escribió una sencilla memoria para enterarme de la antigua organizacion municipal de Nápoles. Al caballero Scipione Volpiceella, eruditísimo en la historia de su patria, y distinguido literato que me instruyó en largas conferencias de muchas particularidades, y que me informó sobre el grado de crédito de los autores que manejaba. Del señor D. Luis Blaneli, escritor eminentísimo, con quien he consultado varios trozos de esta historia, rectificando con los suyos mis juicios. Del Sr. Cuomo, de los príncipes del Cásaro y de Montemileto, y marqueses de Striano-Tito, que me proporcionaron libros de sus bibliotecas, y, por último, el del señor príncipe de la Rocca, que me facilitó con particular empeño registrar libros raros y preciosos manuscritos: á todos les doy las más expresivas gracias; y á su cooperacion y auxilio me reconoceré deudor si alguna gloria y aplauso mereciese esta obra.

NTRODUCCION.

La desacertada administracion de los sucesores de Cárlos V y de Felipe II desmoronó pronto la gran monarquía fundada con tanta gloria y sobre tan sólidos cimientos por los Reyes Católicos, acrecentada con tanta fortuna por aquel intrépido guerrero, y mantenida con tanto teson y prudencia por este eminente político. No parece sino que Felipe III, Felipe IV y Cárlos II subieron exprofeso al trono de las Españas para arruinarlas, y destruir la obra de sus antepasados. Su política vacilante y mezquina; su ciego abandono en brazos de sus favoritos; su empeño en sostener á toda costa la desastrosa guerra de Flándes; la indiferencia y descuido, ó, por mejor decir, equivocado sistema administrativo con que trataron las nacientes colonias americanas, ó por hablar con más exactitud, los vastos é importantísimos imperios que en el Nuevo-Mundo les habian adquirido el arrojo y el heroísmo de Hernan Cortés y de Francisco Pizarro; y la injusticia y rapacidad con que dajaban gobernar los ricos Estados que poseian en lo mejor de Europa, hacian no sólo inútil, sino embarazoso en sus débiles é impotentes manos aquel inmenso poderío.

Las otras potencias europeas regidas entónces con más acierto, y sobre todas Francia, constante émula y antigua rival, gobernada por el célebre cardenal Mazzarino, veian gozosas acercarse la ruina del temido coloso español, y no se descuidaban en aprovechar todos los medios de apresurarla. En cuantos países dominaba fuera de la Península, no perdian ocasion alguna de acalorar el descontento; y en la Península misma agitaban sin cesar á las provincias más activas y bulliciosas. En todas partes, pues, se veian de tiempo en tiempo los resultados de sus instigaciones que nada hubieran podido, si la poca capacidad de las autoridades que las gobernaban, lo absurdo de las leyes que se les imponian, y lo errado de la administracion á que se las sujetaba, no hubieran presentado siempre ancho campo en que se dilatasen.

Pero donde se vieron más claramente los efectos de tan descabellado sistema de gobierno, y el partido que de ellos podian sacar los extranjeros, fué en la rebelion del reino de Nápoles, acaecida el año 1647. Pues tras de varios desastrosos sucesos, puso aquel importantísimo Estado en manos de la Francia, y no lo separó totalmente de la monarquía española, porque la falta de costumbre de independencia, los desórdenes y desconciertos de la anarquía, y los desaciertos, rivalidades y ligerezas de los franceses, hicieron preferibles á aquellos naturales, cansados y desfallecidos de su propio esfuerzo, el yugo á que estaban acostumbrados.

Corto fué ciertamente el período de aquella memorable revuelta, pero importantísimo en la historia, y digno de la

atencion del filósofo y del repúblico, porque pueden en él estudiar la energía que da la desesperacion á los pueblos oprimidos; lo terribles que son los momentos de la desenfrenada dominacion popular, que mancha, ennegrece é imposibilita la mejor causa, y lo que se engañan los ambiciosos, ora naturales, ora extranjeros, que creen fundar en los pasajeros favores y en el efímero entusiasmo del populacho una dominacion duradera.

Aun no habia sujetado del todo Felipe IV la tenaz rebelion de Cataluña, acalorada y sostenida por los franceses; áun hacía vanos esfuerzos para recuperar la corona de Portugal, incorporada á la de España en tiempo de su abuelo cuando la derrota y muerte del rey D. Sebastian en Marruecos, y perdida por su incapacidad é indolencia; la guerra de Flándes era cada dia más ruinosa, aunque no deslucida para las armas españolas; el Milanesado no estaba tranquilo, y continuaba la guerra con Francia, que comenzó sobre el Estado de Mantua, y que seguia encarnizada en los Países-Bajos, en el Rosellon y en el Norte y costas occidentales de Italia; cuando estalló en Nápoles aquella famosa rebelion llamada de *Masanielo*, que nos proponemos referir con sus *antecedentes* y *consecuencias*, hasta el total restablecimiento del dominio español en aquel reino. Emprendemos este trabajo histórico despues de haber recorrido los sitios que sirvieron de escena á aquellos trágicos acontecimientos; de haber leido y estudiado con atencion los autores contemporáneos y posteriores que de aquellos sucesos tratan; de haber examinado curiosísimos manuscritos de aquel tiempo y los escasos documentos que

de él existen en los archivos públicos; y de haber oido la tradicion que de padres á hijos ha llegado hasta nuestros dias. Sintiendo haber hallado en todas partes acriminaciones acerbas y más ó ménos apasionadas contra los españoles, que no eran ciertamente entónces más dichosos y ricos en su propio país que los habitadores de los otros Estados que dominaban, y que fueron los primeros, y de una manera harto más dolorosa, víctimas del desgobierno de los últimos reyes austriacos, como lo demuestra el lastimoso estado en que el imbécil Cárlos II dejó al morir la poderosa y opulenta monarquía española.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Desde que las armas españolas mandadas con tanta gloria por el Gran Capitan aseguraron á la corona de Aragon, ya reunida con la de Castilla, la posesion del reino de Nápoles, se empezaron á notar en él síntomas de descontento y de resistencia á la dominacion española, bien que fuese mucho más grata á los napolitanos que la francesa. En el tiempo mismo de D. Fernando el Católico y poco despues de la visita que hizo á aquel Estado, su capital se alteró por la escasez de víveres y por lo penoso de los impuestos, siendo virey el conde de Ribagorza. El año 1510, que lo era D. Raymundo de Cardona, se levantó todo el reino para impedir, como lo consiguió, el establecimiento de la Inquisicion. Reinando ya Cárlos I, aunque fué rechazada y rota la expedicion francesa de Lautrech, dejó en pos de sí grandes disgustos y peligros, y una tranquilidad dudosa. En el brillante vireinato del célebre D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, el disgusto de los nobles por la restriccion de sus privilegios, y el del pueblo por carestía de vituallas, fueron tan graves que obligaron al Emperador á pasar á Nápoles, de vuelta de su expedicion á Africa. Su presencia fué muy grata y consoladora para aquellos súb-

ditos, porque concedió al reino, y en particular á la ciudad de Nápoles, varios privilegios y exenciones. Pero de allí á poco, en el año 1547, como se intentase de nuevo introducir la Inquisicion en aquel estado, se sublevó todo con gran furia, viniendo á las manos con los españoles y pasando en solo la ciudad de trescientas las personas que fueron víctimas, por una y otra parte, de aquel conflicto. El inflexible Virey acreditó entónces la entereza de su carácter, pero tuvo que desistir de su propósito, renunciando al establecimiento del odioso tribunal.

En tiempo del duque de Osuna, el año 1581, los nobles reclamaron con descomedimiento sus abolidos derechos, y el pueblo se amotinó por lo crecido de los impuestos y por la falta de subsistencias. Con los mismos pretextos volvieron á alterarse los ánimos en el vireinato del conde de Miranda. Y en el del conde de Lémus, el año 1600, hubo grandes disturbios, promovidos por ciertas nuevas doctrinas predicadas por un fraile díscolo llamado Campanela, quien de acuerdo con muchos de sus secuaces llegó á entablar trato con los turcos, ofreciéndoles, si venian á sostenerle, facilitarles la ocupacion de algunas fortalezas de la costa. Siendo virey el conde de Benavente, en 1603, fué grande la miseria pública, y hubo estrepitosas asonadas por la alteracion de la moneda. En los tiempos del otro famoso duque de Osuna, aunque demasiadamente popular en Nápoles, no faltaron trastornos y disgustos. Y cuando llamado precipitadamente á España, dejó el mando al cardenal Borja, retardó éste algunos dias el tomar posesion del vireinato, porque la ciudad andaba revuelta y amotinada.—Reinando Felipe IV, tuvieron graves disgustos los vireyes cardenal Zapata y duque de Alba, con las frecuentes sublevaciones contra los impuestos, que eran por demas exorbitantes, y con los contínuos tumultos por falta de pan y por la baja de la moneda. El conde de Monterey luégo, y más adelante el duque de Medina de las Tor-

res, descubrieron y cortaron oportunamente, y castigaron con gran rigor conspiraciones muy sérias y tratos muy adelantados con los franceses para entregarles el reino.

Ocurrencias tan repetidas podian haber advertido al Gobierno español que debia, ó tener siempre en aquel reino bullicioso y tan dócil á las instigaciones extranjeras fuerza suficiente para sujetarlo, ó regirlo con tanta justicia y blandura que encontrara su conveniencia en formar parte de la monarquía española. Y esto hubiera sido lo más fácil y tambien lo más útil para la metrópoli, y lo más justo además, pues en Nápoles no habia antipatía contra España, y la ayudaba lealmente con sangre y con tesoros en sus descabelladas empresas. Pero los monarcas españoles, ó por mejor decir sus favoritos y los delegados que á Nápoles enviaban, en lugar de uno ú otro método de dominacion, eligieron el de dividir los ánimos, y el de sembrar la desconfianza primero, y luégo el odio entre el pueblo y la nobleza de aquel reino, para que faltando el acuerdo no pudiera ser consistente la resistencia, y lograr á mansalva esquilmarlo y oprimirlo. Y así lo ejecutaron; pues el gobierno de los vireyes fué tan funesto para aquel hermoso y abundantísimo país, que áun hoy se recuerdan en él su arbitrariedad y sed insaciable de oro con estremecimiento.

De tiempo inmemorial gozaba el reino de Nápoles la intervencion en sus propios intereses de un Parlamento compuesto de los barones, señores de la tierra, y de diputados de algunas ciudades y de corporaciones eclesiásticas. El cual, aunque no con una forma constante, ni en período fijo, se reunia á convocacion del soberano ó de sus lugartenientes. Pero esta corporacion respetable, sin cuyo beneplácito no se podian imponer al país contribuciones nuevas, habia perdido con el curso de los tiempos y con las diversas dominaciones, su valor é influencia. Pues *corrom-*

pida ó forzada (1) se prestaba dócil á las exigencias del poder, siendo acaso el más fuerte apoyo de la tiranía, porque legalizaba sus actos. ¡Suerte terrible de las más saludables instituciones, cuando bastardeadas por el tiempo ó por las circunstancias pierden su propia dignidad y olvidan los intereses que representan!

Las ciudades principales del reino estaban además regidas por una especie de municipalidad electiva, como la de la capital. Componíase la de ésta de los diputados de los seis *sediles*, plazas ó distritos en que estaba dividida la ciudad; de los *electos* de las mismas, y de los capitanes de las *utinas* ó barrios en que cada *sedil* se dividia. De los seis *sediles* ó distritos, en cinco pertenecian la eleccion y la votacion á la nobleza exclusivamente, y en uno sólo al pueblo; pues aunque en tiempo antiguo la representacion de éste no era tan diminuta, cuando empezó á falsearse la institucion, extendieron en ella los nobles su poderío con tanta ventaja. El *sedil* del pueblo tenía, es verdad, el nombramiento de los cincuenta y ocho capitanes de *utina* (especie de alcaldes de barrio); pero miéntras que los cinco de la nobleza nombraban libre y directamente su *electo*, aquél sólo lo proponia en terna á la eleccion del Gobierno; dándose, sin embargo, al elegido y nombrado de esta manera, el pomposo y mentido nombre de *electo del pueblo*, y concediéndole cierta preponderancia algo parecida á la que tenian nuestros síndicos. De los diputados de los seis *sediles* y de los capitanes de las *utinas*, presididos por los seis *electos*, se formaba la corporacion municipal de Nápoles, sin cuya aquiescencia no se podian imponer cargas á la ciudad, ni establecer nuevas gabelas, ni exigir arbitrios de ninguna especie. Eran sus funciones administrar los fondos del comun, los hospitales, colegios y estableci-

(1) Palabra del *Manifiesto del pueblo*, de que hablaremos más adelante.

mientos públicos, y cuidar de la policía y mantenimientos de la poblacion. Pero aunque se componia de tantos individuos, no tenía más que seis votos, uno por cada *sedil* verificándose luégo separadamente en cada uno de ellos las votaciones generales.

Tambien esta corporacion que, aunque monstruosa en su forma y embarazosísima en su accion, habia llenado dignamente en lo antiguo el círculo de sus atribuciones, carecia ya de vida propia. Y si bien salian aún alguna vez de su seno enérgicas protestas contra la opresion de la ciudad, y áun del reino todo, y contra la exorbitancia de las exacciones, era ya un instrumento dócil en manos de los vireyes para llevar á cabo con cierta legalidad aparente sus exigencias.

Nada, pues, tenian que esperar los napolitanos de las protectoras instituciones que les habian dejado sus mayores: el tiempo las habia desvirtuado, el poder de la dominacion extranjera corrompido. Ni podian con propio esfuerzo devolverles su vigor ó establecer otras análogas á las circunstancias, abrumados bajo el peso de un yugo extraño. Y cuando los barones y nobles, unos por el duro trato que daban á sus colonos y dependientes para aumentar sus riquezas, se habian granjeado el odio del pueblo; otros porque especulaban sin pudor con la miseria general, arrendando las rentas públicas y los nuevos arbitrarios impuestos, se habian atraido la animadversion del país; y algunos porque presentándose sumisos en la capital para obtener, á costa de bajezas, mercedes y distinciones, habian incurrido en el desprecio universal. Y el pueblo aislado y solo, oprimido por la fuerza extranjera, y esquilmado y empobrecido, se perdia en vanas, aisladas é impotentes tentativas, sin apoyo y sin direccion.

Caminaba el hermoso reino de Nápoles á su total exterminio. No se notaba en él la mano del Gobierno sino para extraer, oprimir y esterilizar. La seguridad pública estaba

completamente perdida. Las costas de contínuo expuestas á las momentáneas incursiones de los piratas berberiscos. En los montes campeaban numerosas tropas de bandidos, que la pobreza general y el comun despecho engrosaban contínuamente, y que llevaban sus devastadoras correrías hasta las villas más considerables, cuando podian sorprenderlas desapercibidas. La poblacion se disminuia visiblemente por la miseria, por las contínuas levas de gente para Flándes, Lombardía y Cataluña, y con la emigracion contínua de los infelices napolitanos, que iban hasta las playas turcas á buscar su remedio, como asegura un autor contemporáneo. La agricultura decaia notablemente por la falta de brazos, por la inseguridad de los campos, por lo crecido de las contribuciones. La industria, reducida y escasa, se veia ahogada en su cuna; y el comercio, asustado de las contínuas guerras y trastornos, y de los descabellados derechos y tarifas, huia de un país de que se habian sacado, en los últimos veinte años, más de cincuenta mil hombres para la guerra, y del que se habian llevado á España ochenta millones de ducados, producto de gabelas, arbitrios y extraordinarios impuestos.

En tan abatido y lastimoso estado se encontraba el reino de Nápoles, cuando en el año 1644 entró á ejercer su vireinato el almirante de Castilla D. Juan Alfonso Enriquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco. Este excelente caballero y previsor hombre de estado conoció muy luégo el aburrimiento del país y la imposibilidad y peligro de apretarlo con nuevas exigencias. Y al mismo tiempo que dedicó todo su conato á regularizar la administracion y á poner coto á las rapiñas autorizadas de los oficiales públicos, escribió á la corte manifestando la necesidad de mirar con compasion á aquellos extenuados pueblos, y de reforzar las guarniciones españolas, sumamente disminuidas. Pero en Madrid, ocupados con la guerra de Cataluña, y cercados por todas partes de desastrosas circunstancias

y de necesidades urgentísimas, despreciaron las sensatas reflexiones del sesudo Virey, y le contestaron pidiéndole terminantemente hombres y dinero. Obedeciendo el Almirante á su pesar las nuevas exigencias, y teniendo además que prevenirse contra una armada turca que se dejó ver en el golfo de Taranto, que socorrer luégo á Malta amenazada por aquella fuerza, que acudir á Roma por la muerte del papa Urbano VIII, se vió en la dura precision de imponer una contribucion nueva, que causó gran disgusto, sobre el consumo de harinas, y que levantar algunos batallones para enviarlos á las costas de Cataluña. Mas al mismo tiempo representó de nuevo y reiteró sus clamores contra las vejaciones que afligian á los napolitanos, y sobre la absoluta falta de recursos en el país. Su celo, rectitud y prevision fueron tratados en España de apocamiento y de debilidad, y le pidieron terminantemente que enviara nuevos socorros. Con lo que desconcertado el Almirante, escribió al Rey haciendo renuncia de su cargo, y rogando le nombrase sucesor: *porque no queria que en sus manos se rompiese aquel hermoso cristal que se le habia confiado.* Notables palabras, que trasladan todos los historiadores contemporáneos, y que son una fuerte pincelada que caracteriza el retrato de aquel prudente, leal y entendido caballero.

CAPITULO II.

D. Rodrigo Ponce de Leon, duque de Arcos, cuyo carácter duro y tenaz estaba ya acreditado en otros mandos de importancia, fué nombrado por la corte de España para suceder al Almirante, y reemplazar dignamente la llamada blandura y hasta incapacidad del antecesor. Y despues de una larga y peligrosa navegacion contrariada constantemente por deshechas borrascas, presagio de las que iba á correr en su nuevo gobierno, llegó con buenos aceros y terminantes instrucciones á Nápoles, y tomó posesion del vireinato el dia 11 de Febrero de 1646. Al siguiente partió el Almirante con las demostraciones más claras del amor que en el corto tiempo de su gobierno se habia granjeado de los napolitanos; pues aunque los dejaba recargados con la nueva y pesada contribucion sobre el consumo de harinas, sabian todos la repugnancia con que lo habia hecho, el interes grande que habia tenido en mejorar su suerte, y que dejaba tan importante y codiciado puesto por no querer servir de instrumento para oprimirlos.

El nuevo Virey conoció luégo, no sólo que su venida no habia sido muy grata al país, sino que el estado de miseria y de descontento en que lo hallaba no le permitia cumplir con las ofertas, acaso exageradas é imprudentes, que habia hecho al Gobierno. Pero para no desacreditarse con él dejando de enviarle socorros, y para acreditarse con sus gobernados, discurrió apretar á los contribuyentes morosos y á los arrendadores de impuestos y arbitrios an-

teriores, que estaban en descubierto de no despreciables sumas: con lo que se lisonjeaba de reunir lo bastante para responder á las exigencias de Madrid, sin recargar al pueblo, y ganarse la buena voluntad de éste, que siempre mira de mal ojo á los que especulan con su miseria.

Era costumbre antigua, introducida por los vireyes, el arrendar, no sólo la mayor parte de las rentas permanentes y contribuciones ordinarias, sino tambien los impuestos provisorios y los arbitrios con que se cubrian los servicios y donativos extraordinarios: método con que los hacía el Gobierno más pronto efectivos, y se libertaba de los inconvenientes, atrasos y odiosidades de la recaudacion. Y muchas veces que no encontraba licitadores para estos arriendos, obligaba por fuerza á los pudientes á que los tomasen; y si bien los que de un modo ó de otro arrendaban los impuestos, los exigian sin piedad de los contribuyentes, se acomodaban con los comisarios y con las autoridades, desembolsando de pronto y como anticipo una parte de la suma, para procurarse rebajas ó dilaciones en la totalidad (1). Sobre los que adeudaban pues algo, que no era poco por esta razon, fué sobre los que cayó inexorable, y no sin aplauso, porque tenía de su parte la justicia el nuevo Virey. Tambien se esmeró contra el contrabando, que era ciertamente escandaloso. Pero no se ensañó tanto con los contribuyentes atrasados, porque conoció que en el estado de miseria y de aburrimiento en que estaban la propiedad y la industria en todo el reino, era el apretarlos enteramente inútil y arriesgado. Para proceder con ménos nota de arbitrariedad, creó dos comisiones de magistrados y de oficiales de cuenta y razon, que reuniéndose en casa y bajo la presidencia del Visitador general del reino, entendiesen, una en proponer las medidas más oportunas para impedir el fraude de los contrabandistas,

(1) Capecelatro, *Tumulti di Napoli del* 1687. MS.

otra para ajustar cuentas y apremiar á los arrendadores morosos (1).

Cuando entendia el duque de Arcos en estos negocios, un inesperado acontecimiento vino á turbar su ánimo, manifestándole la facilidad con que los napolitanos se alteraban, si bien le dió á conocer al mismo tiempo la desunion que reinaba entre ellos, y que por lo tanto no eran muy temibles sus conmociones.

Sabido es el culto que de tiempo remotísimo tributaba la ciudad de Nápoles á su patron San Genaro, y el milagro anual de la licuacion de la sangre de este mártir. Desde muy antiguo era costumbre, que aún hoy dura, trasladar a imágen de plata del santo, y la ampolla que contiene aquella preciosa reliquia, desde el tesoro de la catedral, donde se conserva, á la iglesia en que debe celebrarse la fiesta el primer domingo de Mayo. Esta traslacion se verifica siempre el sábado anterior por la tarde con gran pompa y concurrencia. En la época de que hablamos, costeaba y dirigia por turno la procesion cada uno de los *sediles* ó distritos de la ciudad, erigiendo en su plaza un altar donde se depositaba al paso la imágen y reliquia, y se hacía un largo descanso. Tocábale aquel año (1646) hacer la funcion al *sedil* de Capuana, donde los nobles habian preparado una magnífica estacion. Mas al presentarse los diputados de él con su *electo* en la catedral para recoger del tesoro la efigie de plata del santo y la milagrosa ampolla, les manifestó secamente el canónigo tesorero que no podia entregarles ni lo uno ni lo otro sin una órden por escrito del Arzobispo. Aterrados con tan inesperada contrariedad y con tan nueva exigencia, quisieron hacer valer el derecho de la costumbre, negándose á ir á pedir al prelado un permiso que jamás habia sido necesario. Y las con-

(1) Parrino, *Teatro eroico e politico de' governi de' vicere, etc.*— Tomas de Santis, *Istoria del tumulto di Napoli.*

testaciones acaloradas de unos y otros, y el retardo de la procesion, empezaron á hacer su efecto en la multitud. Personas prudentes y bien intencionadas avisaron del conflicto al Virey; y éste por el intermedio del Regente de la vicaría, recurrió al arzobispo para que desistiese de su inusitada pretension, y dejase correr las cosas segun la costumbre constantemente admitida y respetada. Mantúvose inflexible el prelado; pero como tambien la Vireina le mostrase su deseo de que se aviniese, rogándole por medio de personas de cuenta que lo hiciese así en su obsequio, se convino en ir inmediatamente á hacer por sí mismo la traslacion, aunque por distinta carrera de la que estaba preparada. No agradó mucho al Duque este expediente, que no podia ménos de ofender á la nobleza toda, y en particular á la del sedil de Capuana. Pero pensando en la urgencia y en que lo peor de todo era que no se verificase aquella tarde la procesion, no opuso inconveniente.

Era el cardenal Ascanio de Filomarino arzobispo de Nápoles, y de quien hablaremos muy á menudo en esta historia, personaje sagaz y entendido sobremanera, pero tenaz y orgulloso; y si bien hijo de padre ilustrísimo, por serlo de madre plebeya estaba mirado con desden por algunos nobles demasiado rígidos en materia de alcurnia, lo que le tenía muy desabrido. Y por indisposicion personal con los principales señores del sedil que hacía la fiesta aquel año, discurrió aquel nuevo y poco prudente modo de mortificarlos. Fué, pues, á la catedral, ordenó la procesion, púsose al frente de ella con sus hábitos pontificales, y rodeado de numerosa y lucida comitiva, dirigió la carrera por distintas calles de las preparadas. Indignados los nobles del desaire, trataron de atropellar por todo y de procurarse por sí mismos cumplida reparacion; pero cediendo á los ruegos y reflexiones de personas sensatas que temian un escándalo, se contentaron con salir al paso y protestar en debida forma á nombre de la ciudad. Verificáronlo reuni-

dos en gran número y llevando consigo al notario Pablo Milano, secretario del sedil. El Cardenal-arzobispo no consintió en detenerse, irritado hasta lo sumo y reprendiendo con durísimas palabras el intento, que llamó desacato atroz de los nobles. Llegó en esto el duque de Maddalone con su hermano D. José Caraffa, con el caballero Tomás Caracciolo, con el *electo del pueblo*, y seguido de una respetable y numerosa comitiva de gente granada; y con corteses razones persuadió al prelado á que se templase y se detuviese un momento, para no dar ocasion á más serios disgustos. Detúvose por fin la procesion; pero como inmediatamente empezase á leerle en alta voz el notario la protesta que llevaba escrita, el Cardenal-arzobispo, ciego de cólera, le arrancó violentamente de las manos el papel, hízolo pedazos, y gritó muy descompuesto: que la imágen y la reliquia eran suyas y de su iglesia, y que sólo á Roma tenía que responder de ellas. Los nobles irritadísimos contestáronle tambien sin mesura: que la imágen y la reliquia eran de la ciudad. Y repetidas en torno estas distintas voces con no escaso calor, causaron gran rumor y tumulto. Los clérigos y la comitiva del Cardenal, conociendo que iban á llevar lo peor de la contienda, huyeron despavoridos. La imágen y la reliquia se depositaron, para evitar algun desacato, en el palacio de Montecorvino que estaba allí cerca. Pero seguia el altercado, y crecia la confusion: insistia el Arzobispo en llevar adelante la procesion, ó en quedarse allí á custodiar aquellos sagrados objetos. Mas un momento de desórden que sobrevino, el haber visto en él ultrajada su persona, y la advertencia de varios sujetos de importancia de que peligraba su vida, le obligaron á refugiarse ronco y despechado en la casa inmediata de un noble llamado César de Bolonia. Allí se desnudó de sus sacras vestiduras, y permaneció hasta que entrada ya la noche se retiró á su palacio. Tambien la imágen de San Genaro y la milagrosa ampolla, que contiene su sangre, fue-

ron llevadas por los diputados y electos, en cuanto se restableció la tranquilidad, á la iglesia en que debia celebrarse la funcion, que se verificó sin disgusto al dia siguiente, calmada la ansiedad del populacho, y acomodados los ánimos de unos y de otros á fuerza de ruegos, negociaciones y buena voluntad (1).

A este ligero preludio de conmocion más séria y de alborotos más graves y duraderos, se siguieron nuevos cuidados para el virey duque de Arcos, que le obligaron á desistir de su buen propósito de no recargar al país con nuevos impuestos; pues se vió forzado á hacerlo para asegurar el reino amenazado por los franceses.

(1) Parrino.

CAPITULO III.

El cardenal Mazzarino, desabrido con el nuevo Papa porque no habia querido dar el capelo á un sobrino, quiso ponerle en apuro só pretexto de que protegia abiertamente los intereses de la casa de Austria y de España, con menoscabo de los de Francia, y despues de acalorar á los Barberinis, que andaban revueltos, resolvió apoderarse de las plazas españolas de Toscana.

En Mayo de 1646, zarpó de las costas de Provenza una armada francesa al mando del jóven almirante duque de Bressé, compuesta de treinta y cinco naves, diez galeras y sesenta leños menores, con ocho mil hombres de desembarco, al mando del príncipe Tomás de Saboya, encargado de la expedicion. Tomaron tierra en las marismas de Sienna; se apoderaron de Telamon y de los fuertes de las Salinas y de San Estéfano, puntos descuidados y desprovistos, y pusieron sitio á Orbitello, plaza bien abastecida de gente y de vituallas, y defendida por el valeroso don Cárlos de la Gatta, caballero napolitano enviado pocos dias ántes por el Virey para gobernarla.

Pronto llegó á Nápoles el rumor de esta inesperada acometida, y conociendo el duque de Arcos toda su importancia, trató de acudir con prontitud y esfuerzo á rechazarla. Encontrándose sin fuerzas españolas, pues apénas dos mil hombres de ellas con algunas compañías de tudescos guarnecian todo el reino (1), levantó apresuradamente seis

(1) De Santis.

mil soldados de naturales y allegadizos; y con gran copia de bastimentos y con tres mil doblas de oro, los embarcó en cinco buenas galeras y dos barcas, á las órdenes del marqués del Viso, enviándolos á Orbitello, cuya conservacion era importantísima. Llegó el socorro oportunamente; pues desembarcado en Porto-Ercole, entró, desbaratando á los sitiadores, en la ciudad. Regresaron á Nápoles los bajeles ufanos del buen éxito de la expedicion; y animado el Virey, quiso enviar nuevo refuerzo en cuarenta faluchos y un bergantin, que corrieron diversa fortuna. Pues acometidos de improviso por las galeras francesas, se perdieron la mayor parte, salvándose la gente con gran dificultad en las costas romanas. La plaza seguia apretada, y el duque de Arcos hacía nuevos esfuerzos para socorrerla, cuando apareció una armada española en las aguas de Cerdeña, y encontrados pronto con la napolitana, reunió treinta y una galeras, treinta y cinco naves gruesas y diez brulotes.

El almirante frances al descubrirla ordenó sus fuerzas y salió á la mar para provocar el combate. Los franceses (como dice el historiador Parrini), que no iban á aventurar más que hombres y bajeles, querian venir á las manos, fuera cual fuese el éxito. Pero los españoles, que en un reves podian perder plazas y reinos, anduvieron más cautos, y se mantuvieron á tiro de cañon. El fuego de éste duró casi tres dias sin interrupcion, causando gran daño á ambas partes, hasta que una fuerte ráfaga de leveche las separó harto mal paradas, y las obligó á refugiarse en los puertos vecinos. Los españoles habian perdido más de cien hombres y un brulote que se incendió por sí mismo. Los franceses una nave gruesa, y al jóven almirante, muerto por un tiro de artillería. Con lo que desanimados y dándose por vencidos, recogiendo sus naves y galeras dieron la vuelta á sus playas, y dejaron á la armada española dueña de aquellos mares, y por lo tanto, de la victoria. Dos galeras, mandadas una por el marqués del Viso, otra por

el conde de Linares, llegaron á Porto-Ercole para dar socorro á Orbitello, pero no lograron conseguirlo por la vigilancia y fuerza de los sitiadores.

Noticioso de todo el duque de Arcos, y persuadido cada dia más de la necesidad de conservar aquella plaza, levantó nuevas tropas, envió la caballería por tierra á marchas dobles, y la infantería por mar, encomendando la empresa al marqués de Torrecusa, general de mucho nombre y merecida reputacion. Llegó éste con felicidad, combatió y puso en completa fuga á los sitiadores, desbarató sus trincheras y salvó la importante plaza, cuando estaba ya en el último apuro. Despues de tan feliz resultado, volvió á los puertos de España la armada, con beneplácito del Duque, que hubiera hecho mejor en conservarla á la mano, cuando aún podian rehacerse los franceses, y cuando tan desguarnecido tenía el reino que gobernaba, en tiempos en que los síntomas de una conflagracion general no eran dudosos.

Los reveses de las armas francesas de mar y tierra, en las costas de Toscana, no desanimaron á Mazzarino ni le hicieron cambiar de propósito; pues envió nueva expedicion contra Piombino, pertenencia de un pariente del Pontífice, y contra la isla de Elba, ocupada en parte por los españoles. Apoderáronse los franceses de ambos puntos, lo que, y el desden y alejamiento del Papa, por ciertos altercados que ocurrieron aquellos dias en Nápoles con el Nuncio, pusieron en mayor cuidado al Virey, y en la urgente necesidad de buscar nuevos y prontos recursos para atender á la seguridad del reino, muy de cerca amenazada. Reforzó con actividad suma las fortificaciones de Gaeta y de otros puntos importantes de la costa, armó naves y galeras, convocó los batallones del país, que protestaron por cierto no saldrian á guerrear fuera del reino. Y envió un sujeto de confianza á reclutar seis mil tudescos, que exigieron pesadas condiciones, aprovechándose de la necesidad con que se les buscaba.

Para estos aprestos necesitábase dinero, despues del consumido en las anteriores expediciones, y hallándose el duque de Arcos en el último extremo, acudió á pedir con acuerdo del Consejo colateral un servicio extraordinario y un nuevo esfuerzo al apurado país. Parrino, autor de mucha nota, que refiere menudamente estos sucesos, y despues de él el historiador Giannone, dicen que apeló al Parlamento para esta exigencia. Pero documentos fehacientes de aquel tiempo, que hemos podido examinar, demuestran claramente que no fué al Parlamento de reino (que hacía muchos años no se convocaba), sino á los sediles de la ciudad de Nápoles, á quienes se dirigió el Virey en aquella ocasion. Y consta que les pidió fuese su decision extensiva á todo el reino, á lo que se negaron constantemente, manifestando que sus facultades no pasaban de los muros de la ciudad. Se les pidió, pues, un millon de escudos de donativo ó servicio extraordinario; y aunque algunos sediles y particularmente el de Capuana, se negaron á concederlo demostrando la imposibilidad de recaudarlo y el disgusto peligroso que iba á producir en la poblacion, los ruegos, las negociaciones y las amenazas consiguieron al cabo que los sediles se pusieran de acuerdo y concedieran los recursos que la autoridad exigia.

Pasóse en seguida á discutir qué nuevos arbitrios podrian establecerse para cubrir el millon de escudos acordado; y se ocurrió en mal hora un impuesto sobre el consumo de frutas, sin recordar que establecido ya en tiempo del conde de Benavente habia sido causa de contínuos tumultos, y que su abolicion fué una de las principales de la popularidad del último duque de Osuna. Grande oposicion hicieron los sediles todos á semejante arbitrio, que ciertamente era el más pesado para la masa inmensa de gente pobre y menesterosa que poblaba la ciudad (1); pues re-

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Raphael de Turris, *Dissi*

cargar el consumo de la fruta, que era su alimento y regalo, como lo es el de todos los pueblos meridionales en tiempo de verano, era encarecerla y ponerla por lo tanto fuera de su alcance, privándole de la única subsistencia que podia tener en aquella estacion. No dejaron de hacerse valer con energía estas razones, pero apretados de nuevo los electos y diputados accedieron con despecho á que la terrible gabela se estableciese, y tal vez por aventurarlo todo para ver si se salia de un modo ó de otro del atolladero.

Apénas se anunció con bando público el dia 1.º de Enero de 1647 la nueva imposicion, se notó el descontento general y el abatimiento sombrío y la peligrosa afliccion de las clases menesterosas. Y á medida que se acercaba la estacion en que iba á ser más sensible su efecto, se multiplicaban las representaciones por escrito y de palabra dirigidas al Virey, para que no se llevase á cabo tan desastrosa disposicion; se llenaban las esquinas de pasquines y de protestas, y acosaban á todas horas á las autoridades anónimos, ya con ruegos, ya con reflexiones, ya con amenazas. No se hablaba de otra cosa en la ciudad. Todos presagiaban grandes desventuras. Y una mañana á mediados de Abril, que fué el duque de Arcos á la iglesia del Cármen, circundó su carroza el populacho, reverente aún, y le pidió que aboliera la gabela con que los iba á matar de hambre, expresándose más que en gritos en dolorosos clamores. Y á poco de completamente establecida, amaneció reducida á cenizas, sin que se supiese quién la habia incendiado, una casilla de madera construida en el mercado para residencia de los recaudadores.

Tantos y tan grandes apuros y embarazos, como apretaban por todos lados al Virey, no le distrajeron de sus

---

dentis desciscentis receptœque Neapolis.—Baldacchini, ***Storia napoletana dell' anno*** 1647.

aprestos de defensa para la seguridad del reino. Siguió fortificando las costas, levantando gente de guerra, armando naves y aprestando galeras. Los franceses por su parte tampoco desistian de su intento, y avisados de cuanto ocurria en Nápoles, quisieron dar el ataque ántes que estuviese organizada la defensa. Reunieron, pues, las fuerzas navales que tenian diseminadas en Piombino, Portolongone y otros puntos; y el dia 1.º de Abril aparecieron dentro del golfo de Nápoles con cinco gruesas naves muy bien pertrechadas y dos brulotes. Su intento era sorprender y quemar el arsenal; y apresaron de paso á vista de la ciudad toda algunos barcos pescadores. Gran confusion y trastorno causó en ella esta aparicion, y divididos los ánimos entre esperanzas y temores era general el desconcierto. El Duque, acudiendo al mayor riesgo, mandó salir al encuentro del enemigo las naves que estaban listas, y las que con presura se pudieron armar, tripuladas en gran parte por la nobleza napolitana, que se brindó leal y valerosa á tan importante servicio (1). Una repentina calma inutilizó toda maniobra é impidió el combate, cuyo éxito favorable á los españoles no hubiera sido dudoso. Y aquella noche, aprovechando la oscuridad y el viento fresco que saltó de tierra, se retiraron prudentemente los franceses á sus guaridas. Encontrándose al amanecer sin enemigos, volvieron á fondear los bajeles españoles, y á sosegarse los ánimos de la poblacion.

A los pocos dias, cuando se preparaban algunas galeras para llevar á España parte del producto del nuevo servicio, se voló, á las tres de la madrugada del 12 de Mayo, y sin que se supiese ni áun sospechase cómo, la capitana con más de cuatrocientos hombres, y teniendo á bordo el dinero público y además las riquezas, Dios sabe cómo adquiridas, de várias personas, que previendo grandes tras-

(1) Parrino.—Raphael de Turris.

tornos trataban de ponerlas en salvo. Este incidente en que el acaso ó la traicion hizo lo que habian intentado en vano los franceses, afligió á unos, alegró á otros, y alarmó á todos, como presagio de grandes desventuras (1).

(1) Giannone, *Istoria civile del regno di Napoli*.

CAPÍTULO IV.

Llegada la estacion calorosa en que se conoció todo el peso de la nueva gabela, crecia por puntos el desasosiego popular, y se iban convirtiendo los ruegos en amenazas. El Virey, dudoso entre retroceder aboliéndola ó mantener con energía lo dispuesto, andaba vacilante y discursivo, y sin tomar ninguna resolucion. Por momentos crecia el apuro, y viéndose estrechado ya de cerca, aconsejándose con un tal Cornelio Spinola, genoves establecido de muchos años en Nápoles, hombre de negocios y muy enterado de los intereses públicos, y con el P. Estéban Pepé, muy estimado del pueblo, y á quien habian hécho en el confesonario importantísimas revelaciones de próximos alborotos, resolvió abolir la imposicion; pero en lugar de hacerlo inmediatamente, con lo que hubiera conjurado la tempestad, quiso buscar ántes otro arbitrio que sustituirle. Reunió para ello el Consejo colateral, con asistencia de las autoridades, nobles, arrendatarios de los impuestos, y personas más influyentes en los *sediles*, para tratar de esta materia detenidamente y perdiendo un tiempo precioso.

Enredada la discusion, todo era tropezar con dificultades é inconvenientes, y confundir, como siempre acontece, en pomposos é inútiles discursos, en apasionadas peroratas, y en largos é inconexos razonamientos, el asunto claro y urgentísimo que una pronta resolucion requeria. Los interesados en el arriendo de la gabela, que ya habian hecho su anticipo, que tenian ya tomadas sus medidas y nombrados los comisionados para exigirla, ciegos

por el interes no veian más que sus cálculos defraudados, si se les sustituia otro arbitrio de más larga y difícil recaudacion; é insistian tenaces en que se sostuviese lo dispuesto. El visitador general del reino D. Juan Chacon, persuadido (dice el conde de Módena, contemporáneo y no muy amigo de los españoles) por su mujer, á quien habia regalado quince mil ducados Cárlos Spinelli, uno de los arrendadores, tomó la parte de éstos con sumo calor, y exhortó al Virey á que sostuviera su autoridad, castigando rigorosamente á los que se atrevian á exigir de ella inoportunas concesiones. Y muchos de los nobles concurrentes, á quienes en nada afectaba la fatal contribucion, hablaron en el mismo sentido, deseosos sin duda de mostrarse ardientes defensores de la dignidad real (1). Pero otras personas de la junta, más sensatas ó ménos interesadas en el negocio que se debatia, opinaron más prudentemente y manifestaron con gran copia de poderosas razones que era necesario atemperarse á las circunstancias y hacerse cargo de la justicia con que el pueblo reclamaba la abolicion de un gravámen odioso que le encarecia su sustento; que el disgusto general, y mucho más cuando está fundado, no debe mirarse con tanto desden; y que en el estado de irritacion en que se hallaban los ánimos, era forzoso ceder algun tanto para no dar vida á una conmocion popular, que acaso no se podria sosegar muy fácilmente. Entre estos encontrados pareceres nada resolvió el duque de Arcos sino una nueva dilacion. Esta fué que se reunieran inmediatamente los sediles para buscar un arbitrio que sustituir al impuesto sobre el consumo de la fruta. Reunióse, pues, el cuerpo municipal, y despues de largas y prolijas discusiones, tampoco tomó resolucion definitiva. Todo, pues, era retardos, peligros, idas, venidas, mensajes, consultas y confusion.

(1) Raph. de Turris.

Entretanto las noticias desfiguradas, de lo que en estas reuniones se decia, aumentaban la ansiedad pública y la indignacion contra los arrendadores de la gabela, contra los empleados, y contra los nobles que la defendian; y no ganaba nada la reputacion del Virey, cuya perplejidad, como indicio de flaqueza, aumentaba los bríos de la multitud, entre la que no faltaban quienes sembrasen la fecunda idea de que no habia más remedio que romper en abierta insurreccion. Los síntomas de que esta calamidad se aproximaba llegaron á los pocos dias á ser tan patentes, que el Duque mandó, por todo remedio, que no se celebrara aquel año la fiesta de San Juan Bautista, como era uso en la ciudad, para evitar la reunion del pueblo, que era grande en aquella funcion: medida de mera debilidad, impotente para evitar la concurrencia y muy á propósito para alterar los ánimos, dar nuevo pábulo á la inquietud y animar á los agitadores.

No se concibe cómo un hombre con fama de carácter duro y tenaz, acostumbrado á mandos de importancia, á graves negocios, y endurecido en situaciones difíciles y arriesgadas, mostró entónces tanta irresolucion ó tan estúpida indiferencia, viendo claramente que se le hundia el terreno debajo de los piés, y que se desplomaba sobre su cabeza el cielo que le cubria. Ó no dió importancia al descontento del pueblo, fiado en la mala inteligencia que entre éste y la nobleza reinaba, y en que por lo tanto no encontraria cabeza entendida que lo dirigiese; ó confiado en sus cortas fuerzas, que en verdad eran escasísimas, quiso dejar aparecer el motin para escarmentarlo, ó desdeñó completamente á los malcontentos, como gente toda miserable y de ninguna valía. Pero el resultado mostró muy pronto cuánto se engañan los gobernantes que creen puedan faltar caudillos de provecho á las masas sublevadas; que dejan tomar cuerpo á los motines con la esperanza de vencerlos, y que desprecian los clamores de la plebe en

los países en que hay encontrados intereses, agravios que vengar y falta del necesario sustento.

Como para hacer más crítica y peligrosa la situacion, llegó por entónces la noticia de que en la vecina Sicilia un levantamiento popular acababa de obligar al Virey, marqués de Vélez, á abolir completamente los impuestos y gabelas, y á conceder en seguida el más ámplio perdon á los amotinados; suceso de funesto ejemplo para Nápoles, donde fué aplaudido con entusiasmo (1).

Amontonados estaban ya los combustibles y prontos á arder; sólo faltaba la chispa que los incendiase. Inevitable era ya la sublevacion; sólo le faltaba caudillo bastante osado que diese el primer grito, y se pusiese á su cabeza. La chispa saltó de un impensado y vulgar acontecimiento que vamos pronto á referir. El caudillo se presentó en donde ménos se podia esperar.

Entre los que más atencion habian prestado á las instigaciones y discursos de los sublevadores, y entre los que más se habia manifestado el descontento del pueblo con expresiones violentas y con dolorosas exclamaciones, sobresalia un jóven de lo ínfimo del populacho, que ganaba su mísera existencia vendiendo por las calles de la ciudad en una banasta pescado que le confiaban los regatones de la pescadería, ó que él mismo compraba á vil precio en las playas á los pescadores. Este ente tan humilde y despreciable era el destinado por la Providencia para ser dentro de pocos dias el ídolo del reino de Nápoles, para ejercer en él un dominio más absoluto que el que ha ejercido hasta ahora ningun monarca de la tierra. Era el famoso Tomás Anielo de Amalfi, á quien el vulgo por abreviacion comun llamaba Masanielo, nombre con que adquiriendo tanta fama, es conocido en el mundo, y pasará á la posteridad más remota en las páginas de la historia y en los can-

(1) Raph. de Turris.

tos de la poesía. Por su segundo apellido lo han creido algunos natural de la célebre y decaida ciudad de Amalfi; pero su fe de bautismo (1), que tenemos á la vista, no deja duda de que nació en Nápoles en 1620, en el barrio llamado de Lavinaro, donde habitaba la parte más pobre y mísera de la poblacion, sin que esto contradiga el que pudiese ser originario de aquella costa.

Masanielo, pues, tenía veintisiete años de edad, aspecto agradable, ojos negros y de melancólica mirada, tez curtida por la intemperie, proporcionadas facciones, cabellos rubios y ensortijados. Los andrajos que formaban su lijero vestido á la marinesca eran limpios y arreglados de una manera original y fantástica. Tenía mediana estatura, gran agilidad, explicacion fácil, aunque ignorantísimo, pensamientos elevados y generosa condicion (2). Habitaba en la plaza del Mercado, donde se amontona y hierve la plebe de la populosa Nápoles, y en la pared exterior de su pobre casucha (que ya no existe) estaban por acaso pintados de antiguo el escudo de armas de Carlos V y un vítor á aquel emperador, circunstancia de poca monta, pero que tal vez le hizo grata la memoria de aquel soberano, y le inspiró el deseo de restablecer los privilegios que le dijeron habia concedido á la ciudad (3), como tambien pudo contribuir á exaltar su fantasía, inspirándole el ánsia de figurar en un tumulto, el que otro Tomás Anielo, de las costas de Sorrento, hubiera sido uno de los jefes del pueblo en la famosa rebelion contra el establecimiento del Santo Oficio, que tuvo lugar, como dejamos apuntado, en el vireinato de D. Pedro de Toledo. Era Masanielo casado con una jóven de Puzzoli, hermosa, y á quien amaba con extremo, aunque algun diligente investigador de aque-

(1) Véase el apéndice, al fin de la obra, núm. 1.°

(2) Baldacelinis.

(3) Giraffi, *Le rivoluzioni di Napoli*

llos extraordinarios sucesos, y cuya erudicion nos ha sido muy útil en este trabajo (1), haya averiguado que no lo merecia mucho, por ser su conducta muy poco arregiada. Y acaso el cariño á la mujer fué el que inflamó al marido para la empresa que acometió. Dicen, pues, varios autores que de las cosas de aquel tiempo han escrito, y se lee en el MS. de Capecelatro, que pocos meses ántes de la época á que tiemos llegado, la mujer de Masanielo quiso introducir en la ciudad, sin pagar derechos, una porcion de harina acomodada en un envoltorio, figurando un niño de pecho, que llevaba en brazos, y que descubierto el fraude, fué maltratada por los guardas, y conducida á la cárcel, hasta que pagase la multa exorbitante que la impusieron; que afligido Masanielo malbarató su pobre ajuar, y con su importe y la ayuda y míseros socorros de sus vecinos y amigos pagó la multa, y recobró á su mujer, jurando empero vengarla, y concibiendo desde entónces un odio implacable contra las gabelas y contra sus exactores.

El fué, como confesó despues, el que habia con tanto sigilo quemado la casilla del mercado pocos meses ántes, y él era el que ya acaloraba pública y descaradamente una sublevacion.

Habia costumbre el dia de la Vírgen del Cármen de levantar en la plaza delante de la iglesia un castillejo de madera, que defendido por una tropa de mozalbetes vestida á la turquesca y asaltada por otra con distinto traje, servía de espectáculo al populacho. En los últimos dias de Junio se reunian estas tropas de pilluelos, nombraban su cabo y se ejercitaban á su manera, recorriendo en ridículo alarde las calles y plazas de la ciudad. Aquel año (1647) una eligió por caudillo á un mozuelo muy atrevido, llamado el Pione, y la otra á Masanielo: orígen harto humilde de su gigantesco poder. Viéndose jefe de aquella cuadrilla,

(1) El caballero Scipion Volpiccella.

acrecentó su tropa con los mozos más perdidos de su barrio, los armó de cañas y de palitroques, comprados con veinte carlines que le dió el cocinero del convento de Cármen, y les enseñó á gritar: *¡fuera la gabela, viva Dios, viva el Rey, viva la abundancia!* (1) A la cabeza de ellos, tremolando una bandera de papel de colorines, y repitiendo estas voces, recorria los barrios más populosos en confuso tropel, sin que nadie lo atajara, y causando risa y desprecio general la ridícula comparsa y sus alaridos. Pero animado con la tolerancia de los que debian haberle contenido y áun castigado, se atrevió hasta á pasar por delante del palacio. El rumor de la gente baldía que acompañaba á los muchachos, y los descompuestos gritos de éstos, llamaron al balcon al Virey y á las personas de cuenta que le hacian la corte. Y al pasar por delante de él aquella insolente y desarrapada pillería, hizo acciones tan soeces y ademanes tan deshonestos (2), que obligaron al Duque y á los suyos á retirarse, lo que produjo una insultante carcajada de la muchedumbre. Ni áun este aviso, á que no debia haber dado lugar, y de que tan lastimado debió quedar su amor propio, despertó al Virey de su inexplicable letargo. Pues como algunos le manifestasen que pedia un pronto castigo tal desacato, contestó impasible, que no merecia sino desprecio aquella chabacana muchachada.

Continuaba Masanielo sus paseos por la ciudad con la misma algazara y sin estorbo, y pasando solo una tarde de vuelta de ellos por el atrio de la iglesia del Cármen, dos hombres retraidos en él y que hablaban con reserva entre sí, lo pararon y le preguntaron con desprecio: «*¿Qué quieres hacer tú?*» A lo que contestó con firmeza: «*Ser ahorcado*

---

(1) Giraffi.—Agnello della Porta, *Causa di stravagance nel tumulto di Napoli.* MS.

(2) Comte de Modéne, *Memoires sur la revolution de Naples de* 1647.

ó dar abundancia á la ciudad.» Riéronse de su respuesta, exclamando: «*¡Buen sujeto para arreglar á Nápoles!*» Y el mancebo repuso con energía: «*Si tuviera tres ó cuatro de tanto corazon como yo, y que de véras me ayudaran, veríais lo que soy capaz de hacer en bien del pueblo.*» El tono solemne y decidido con que pronunció estas palabras fué de un efecto mágico, pues hicieron impresion tan fuerte en aquellos dos hombres, sin duda ya bien dispuestos, que llamándolo aparte le juraron seguirle en cualquier empresa, por ardua y arriesgada que fuese (1). Eran éstos Domingo Perrone, fugado de la cárcel, antiguo capitan de *Utina*, y despues famoso contrabandista, que vestía sotana para sustraerse, como se hacía en aquel tiempo, de la jurisdiccion civil; y José Palumbo, antiguo capitan de bandidos, despues cabo de esbirros, y várias veces preso y encausado por malas fechorías: ambos audaces, promovedores de alborotos y muy acreditados con el populacho. Su ayuda y consejos fueron muy importantes para Masanielo; y áun mucho más los de un tal Julio Genovino, preso entónces en la cárcel de la Vicaría, y de quien haremos muy á menudo mencion en esta historia, por lo que necesario es hablar de sus antecedentes. Habia sido electo del pueblo en tiempo del último duque de Osuna, contribuyendo no poco á la sospechosa popularidad de aquel esclarecido virey. Y habiendo luégo promovido las asonadas contra el cardenal Borja, fué encausado y remitido preso á España, donde le condenaron por vida al presidio de Oran. De allí salió por indulto real á los diez y nueve años (2). Vuelto á Nápoles se ordenó *in sacris*, no para mudar de vida y costumbres, sino para seguir en sus malas mañas más á su salvo, amparado del carácter y hábito clerical. Este hombre astuto, revoltoso y letrado, y en quien ochenta años

(1) Giraffi.
(2) De Santis.—Brusoni, lib. 15.

de edad no habian calmado el espíritu turbulento y el ánsia de novedades, conoció desde luégo el partido que se podia sacar de las circunstancias y lo mucho que podia servir la audacia de Masanielo; sopló activo por todos lados el fuego que ya ardia, y dirigió sagaz al arrestado mancebo, con oportunos consejos, inspirándole un odio de muerte contra la nobleza, y presentándole un campo más ancho del que se ofrecia á sus estrechas miras y mezquinos proyectos. De suerte que puede decirse que tuvo aún más parte que Masanielo en aquellos terribles acontecimientos; pues si el impetuoso jóven les dió cuerpo con su arrojo, el taimado viejo les dió alma con su doctrina.

Todo cuanto se platicaba y se hacía era tan en público y con tan insolente descaro, que no podia ignorarlo el aletargado Virey. Y lo sabía sin duda, pues el electo del pueblo Andrea Naclerio, su íntimo familiar, le referia cuanto pasaba. Pero temiendo que se decidiese por temor á abolir la gabela, cuyos arrendadores le tenian ganado (1), cuidaba al mismo tiempo de no dar importancia á los hechos y de pintarlos como dignos de desprecio. Dejándose decir que el comun descontento nada valia, y que en último caso no faltaban grilletes y dogales para los revoltosos, que incautos quisieran pasar de las hablas á los hechos; con lo que el Duque repetia tranquilamente que todo lo que pasaba en Nápoles no era más que una niñería despreciable y una ridícula muestra de impotencia. ¡Ah! no sabía que los grandes trastornos suelen empezar con escenas ridículas de muchachos y acaban con escenas de tigre sangrientísimas y horrorosas.

---

(1) De Santis.

CAPITULO V

Notábase falta de fruta en Nápoles á pesar de la abundante cosecha, porque habiendo ocurrido en el mercado una disputa entre regatones y hortelanos sobre quién debia pagar la gabela, el electo del pueblo Andrea Naclerio habia sentenciado en contra de éstos, porque como forasteros era ménos temible su disguto que el de aquéllos, habitantes de la ciudad, con amigos y conexiones en el populacho. Y los lugareños de la comarca, por no sufrir el recargo, se retraian de acudir á donde no encontraban ganancia y sí sólo vejaciones. Pero el dia 7 de Julio de 1647, que era domingo, estando la plaza henchida de gente que se lamentaba de la escasez de su favorito alimento, llegaron de Puzzoli varios hortelanos con abundantes cargas de fruta, particularmente de higos, que exquisitos y en gran abundancia produce su territorio. Y al instante tropezaron con los guardas y con la exaccion del impuesto. Resistiéronla rudamente los puzzolanos, disputando con los regatones y tenderos sobre quién debia de pagarlo; retardándose así la expendicion de la anhelada fruta á la inquieta muchedumbre, que ansiosa la esperaba.

Iban siendo tan vivas y pesadas las contestaciones, tan tenaces y ejecutivas las reclamaciones de los exactores, tan desasosegado el continente de la multitud, que llegando todo á noticia del Virey, mandó inmediatamente al electo Naclerio que fuese con presura á restablecer el órden, dando fin á la contienda. Llegó al mercado á toda priesa

el magistrado popular, impuso con su presencia silencio, y confirmó con poco tino su sentencia anterior contra los hortelanos, amenazando además con graves penas á los que se resistiesen, y haciendo imprudentísimo é inoportuno alarde de su autoridad.

No se amilanaron los pobres rústicos, ántes bien manteniéndose firmes en no pagar la gabela, prosiguieron tenaces la disputa, reforzándola con poderosas y sentidas razones, dispuestos en último caso á volverse á su pueblo con la mercadería. Cuando uno de ellos (cuñado de Masanielo, y sospéchase que de acuerdo con él), despues de acalorar con duras palabras el altercado, llamando la atencion general, exclamó en altas y desaforadas voces: «*Dios nos da la abundancia, y el mal gobierno nos la quita. Ya que no puedo ganar nada con mi trabajo, gocen los pobres de mi hacienda, ántes que me la roben los guardas:*» y volcando dos cofines que habia traido, esparció por tierra cuantas frutas contenian. De aquí saltó la chispa que incendió los combustibles amontonados.

Arrojáronse los muchachos á los higos y ciruelas que por el suelo rodaban; quisieron tambien impedirlo los tenaces exactores; y llegando Masanielo con su cuadrilla, ayudó á recoger la desparramada fruta, exhortando á todos á que no la comiesen, sino que la tirasen, como él empezó á hacerlo descaradamente, á los guardas y al electo Naclerio. Seguia éste impertérrito amenazando con galeras y horca á los promovedores de aquel desórden; y Masanielo, cogiendo en vez de fruta una gruesa piedra, se la tiró con tan buen tino, que le dió en el pecho un fuerte golpe. Lo que, y el granizo de ellas que empezó á venir de todas partes, al grito unánime de *fuera gabelas*, pusieron en fuga á los exactores y en grave peligro al electo. Pero ayudado por Antonio Barbara, capitan de justicia, y de algunos vecinos honrados, se salvó en el inmediato convento del Carmen, de donde saliendo á la marina y arrojándose des-

pechado y confuso en un bote, logró ganar el arsenal y dirigirse á palacio á dar cuenta de todo al Virey (1).

Fugados y escondidos los exactores y desaparecido el electo, quedó el pueblo en helada inaccion y en profundo silencio, como asombrado de lo que acababa de hacer. Pero Masanielo y los suyos, sin perder un instante, dieron fuego á la casilla de la gabela, con cuantos libros, asientos y dinero habia en ella; y en seguida, puesto de pié sobre un banco que halló cerca, y sirviéndole de dosel las llamaradas y humo del incendio, gritó el audaz pescadero con acento agudo y penetrante: «*¡Viva Dios, viva la Vírgen del Cármen, viva el Papa, viva el rey de España, viva la abundancia, muera el mal gobierno, fuera la gabela!*» Repitiéronse estas voces con unánime entusiasmo, pareciendo que un solo pecho las alentaba, que una sola boca las profería, y agitóse terrible aquella masa compacta de vivientes, que cada instante crecia con las turbas que como torrentes despeñados desembocaban por todas las avenidas; pues corrió rápidamente por toda la ciudad la noticia de lo que ocurria en el mercado. Y apoderándose los alborotadores de la torre de la iglesia del Cármen, anunciaron con las campanas á vuelo que habia nacido la sublevacion.

Ya venía estrecha aquella anchurosa plaza á la apiñada y confusa muchedumbre, que aunque sin plan, sin direccion y sin cabeza, conoció por instinto que era necesario moverse y llevar adelante el tumulto. Y várias voces, *á palacio, á palacio*, la pusieron en movimiento, aumentando la confusion. Rota la masa, tomaron por distintas calles las turbas, dirigiéndose una de ellas al arrabal de Chiaja para quemar, como lo hicieron, otra casilla de la gabela que estaba allí establecida. Verificado lo cual, por consejo de algunos que conocian la necesidad de un jefe que regularizara el movimiento, acudieron allí al palacio de D. Ti-

(1) Giraffi.—De Santis.—Comte de Modéne.—Capecelatro, MS

berio Caraffa, príncipe de Bisignano, maestre de campo general, y sujeto muy bien quisto del pueblo, para que se pusiese á su frente y solicitara del Virey, en nombre de todos, la abolicion del impuesto.

El duque de Arcos en su palacio oia acercarse el rumor de la sublevada muchedumbre, informado ya por el electo Naclerio y por otros fugitivos del desórden ocurrido en el mercado, que tan rápidamente por toda la ciudad cundia. Y en lugar de reforzar su guardia, de avisar á los cuarteles y castillos, de poner en órden las tropas españolas y tudescas, que aunque escasísimas en número, mucho pudieran aún haber hecho, de montar á caballo con los nobles de la ciudad, pues todos decididos le hubieran seguido, porque conocian que iban al cabo á ser víctimas del aboroto, y de sostener, en fin, con decoro la reputacion de las armas del Rey y su propia autoridad, se contentó con no hacer nada y esperar los sucesos entre cuatro paredes; aunque no debia creer el movimiento de poca importancia, cuando á la primer noticia que de él tuvo puso en salvo á su mujer y á sus hijos en el vecino fuerte de Castilnovo.

Perplejo estaba como no lo habia estado jamás, y abatidísimo de alma y de cuerpo; pues, segun refiere un autor contemporáneo (1), tomaba para restaurarse un bizcocho empapado en vino en el momento que llegó la desbocada muchedumbre, precedida del pavoroso estruendo que va delante de una inundacion. Vió entónces estupefacto desde detras de las vidrieras desembocar por distintos lados en la gran plaza que tenía delante un mar alterado, que llenándola toda, dirigió sus hinchadas olas contra el palacio. Los pocos y desapercibidos soldados españoles que lo custodiaban no pudieron oponer resistencia, ni áun tiempo tuvieron de intentarla; pues fueron arrollados, derramándose

1) De Santis.

por vestíbulos, patios y corredores las bramadoras turbas. Y subiendo en tropel las escaleras atropellaron á la guardia tudesca, le quitaron las alabardas, y entraron sin obstáculo en las habitaciones, cuyas cerradas puertas las hacía pronto astillas el ímpetu popular.

Ya estaban profanados los régios salones por la más inmunda pillería, cuando llegó la parte de pueblo que se habia dirigido á Chiaja, trayendo al príncipe de Bisignano á su cabeza; pues aunque este buen caballero estaba postrado en cama con un acceso de gota, habia montado á caballo para ver si podia evitar los males que á la ciudad y á la autoridad real amenazaban. Engrosóse el gentío con este refuerzo, y el Príncipe, que era justamente acatado de todos por sus prendas personales, abriéndose no sin dificultad camino entre la confusion, llegó á palacio y contuvo á la canalla que lo invadia, en el momento crítico y apurado en que iba á ceder á los golpes de sus alabardas la puerta del gabinete donde estaba retraido el Virey con el P. Juan de Nápoles, general de Franciscanos, que gozaba opinion de santo, con el príncipe de Satriano y con otras personas de cuenta. Mucho tuvo que trabajar para que, contenido el populacho, le dejase entrar solo, como lo consiguió á fuerza de ruegos y de promesas.

Apénas lo vió el Duque le dijo: «*Precisamente iba en este momento á enviar por vos;*» y le atajó el Príncipe con viveza: «*Pues señor, ya estoy aquí á rogar por Dios á V. E. que alivie sin demora al pueblo de la gabela, para que vuelva á la tranquilidad, y se eviten los desastres que nos amenazan.*» El Duque, siempre perplejo y dilatorio, le repuso: «*Si pudiera reunirse el Consejo colateral, trataríamos de este asunto.*» Y cuando el Príncipe y los demas que estaban presentes iban á manifestarle que el estado de las cosas no admitía ya tales dilaciones, los amotinados que estaban fuera les ahorraron el trabajo; pues cansados de esperar, acabaron de romper la puerta, y entraron bramando de

furia en el gabinete y repitiendo con griterla infernal: «*Fuera la gabela, muera el mal gobierno.*» Trémulo y pálido el Virey, viéndose estrechado tan de cerca, exclamó en alta y angustiada voz: «*Sí, hijos mios, todo se hará luégo.*» Palabras que el historiador contemporáneo Rafael de Torres dice le refirió Octaviano Sauli, que se halló presente, y como auténticas las pone así en castellano en su historia latina de aquellos acontecimientos.

Esta oferta del Duque, y los esfuerzos del príncipe de Bisignano, y sobre todo, las exhortaciones del P. Juan, á quien todos veneraban, dieron tiempo para escribir apresuradamente várias papeletas selladas y firmadas por el Virey, aboliendo el impuesto de la fruta y reduciendo á la mitad el de la harina. Y asomándose al balcon tratando en vano de sobrepujar con su débil voz la griteria general, las tiró á la muchedumbre. Esta en cuanto se impuso de su contenido, más agitada que nunca, manifestó que ya no se contentaba con tan poco y que queria la abolicion de todas las gabelas, y pidió que bajase el Virey á la plaza para oir sus peticiones.

Mucho trabajo le costaba al duque de Arcos el hacerlo. Quiso por una puerta secreta huir á Castilnovo, pero le dijeron que estaban levantados los puentes y calados los rastrillos. Y viéndose dentro de su propio gabinete en poder de los sublevados, persuadido por los personajes que le rodeaban y asistido de ellos, sacó fuerzas de flaqueza, y sin color en el rostro ni aliento en el corazon, bajó por una escalera excusada, y se presentó en la puerta principal del palacio. Recibió allí tremendos insultos mezclados con humildes adoraciones, pues miéntras unos corrian á besarle la mano, la cabeza descubierta y doblada la rodilla, otros le amenazaban con palabras, y con indignos ademanes le escarnecian. Estrechado por todas partes, llegó á verse apuradísimo en medio de aquella baraunda, donde las palabras y los discordes gritos se confundian, imposi-

bilitando todo concierto. Su peligro era grande, cuando logró por fortuna, aprovechando los esfuerzos de los caballeros que le rodeaban, y los de algunos de entre la turba, que aún respetaban por fuerza de costumbre su autoridad, entrar de nuevo en el palacio y cerrar la puerta. Y hallándose casualmente en un patio la carroza de uno de los de su séquito, saltó en ella con el prior de la Roccella y otros dos señores, y mandó que saliendo por una puerta lateral le condujesen pronto á la iglesia de San Luis de PP. Mínimos que estaba enfrente. Trató en vano el cochero de penetrar por aquella apiñada muchedumbre, que conociendo inmediatamente al Virey estrechó la carroza de tal manera que andaba casi sin tocar en el suelo de un lado á otro, á impulso de las oleadas del gentío, como una nave sin velas ni timon, juguete de las olas en deshecha borrasca. Angustiadísimo iba el Duque, y desconcertados los que le acompañaban, y más viendo muchas espadas y picas amenazarle de cerca, como de léjos algunos arcabuces y ballestas, y á la gente más soez, perdido todo respeto, saltar al estribo y poner las manos violentamente en su persona, llegando, segun afirma un autor contemporáneo (1), hasta tirarle del bigote... ¡Así andaba el delegado de los reyes, así la autoridad suprema del reino!

En tan extremo conflicto echó mano el Virey de un recurso muy conocido, y rara vez puesto en práctica sin buen éxito. Empezó á tirar al pueblo puñados de monedas de oro, de las que iba provisto para la fuga; y á este medio debió su salvacion. Pues si oyó algunas voces que con noble acento resonaban: «*no queremos tu oro, queremos que remedies nuestra miseria aboliendo injustas gabelas*» (2), los que de cerca apretaban la carroza, se arrojaron codiciosos á la presa, haciendo un claro, que sostuvieron valerosos

(1) Comte de Modéne.
(2) Giraffi.--Donzelli.—De Santis.

los caballeros, algunas personas bien intencionadas, y unos cuantos soldados españoles que acudieron oportunamente; y abriéndose luégo paso el ímpetu de los caballos, consiguió el Virey llegar á San Luis, entrar dentro y cerrar las puertas de la iglesia y del convento.

La multitud furibunda y enardecida se agolpó contra el nuevo asilo de la víctima que queria devorar, repitiendo en desaforados gritos «*¡Viva el rey de España, muera el mal gobierno!*» cuando un tiro de arcabuz, disparado inoportunamente desde el palacio, mató á un hombre desconocido del pueblo, que se mostraba de los más inexorables. Huyeron en el primer momento los más tímidos, pero acrecentó sobremanera este incidente el furor de la masa popular. Una parte de ella acometió al palacio, se apoderó de él despedazando á los españoles y tudescos que encontró al paso, y destruyó cuanto le vino á la mano, arrojando por los balcones los deshechos muebles, rotos espejos y desgarrados cortinajes. Otra quedó bramando de furor en torno al convento, para apoderarse de él á viva fuerza. Y otra, puesto el cadáver desconocido en una silla, lo llevó por los barrios bajos, gritando *¡á las armas!* y sirviendo de bandera á la ya indomable sublevacion.

El cardenal Filomarino, arzobispo de Nápoles, á quien el estrepitoso rumor primero, y despues los contínuos avisos que recibió advirtiéronle el orígen y los progresos del desórden, en cuanto supo la angustiada posicion del Virey, voló en su carroza á ayudarlo y á defenderlo. El respeto de que gozaba en la ciudad, tanto por sí como por su elevado ministerio sacerdotal, le abrió el paso hasta la iglesia de San Luis. Allí el pueblo, que estaba ya rompiendo las puertas de unas accesorias, donde estaban refugiadas y en la mayor angustia algunas señoras, cercó respetuoso la carroza del prelado, rogándole con vivos clamores que arrancara pronto del tenaz Virey la abolicion de los impuestos, repitiendo sus *vivas* y sus *mueras*. El Cardenal les

ofreció hacerlo inmediatamente, diciéndoles que á eso venía, pero que era necesario para conseguirlo que se calmasen y contuviesen, con lo que logró aquietar un momento el desórden, y entrar en el convento con la debida precaucion, para que no se lanzasen tras él los más atrevidos.

El Virey, no hemos podido indagar ni sospechar la causa, no tuvo por conveniente recibirlo y abocarse con él. Y solamente despues de hacerle esperar un rato, le envió con un gentilhombre un pliego, en que sellada y firmada de su puño estaba la abolicion de la maldita gabela, y la reduccion de la de harinas. No contentó mucho al Cardenal-arzobispo este resultado de su visita, pero ahogando generosamente por lo crítico de las circunstancias todo resentimiento, y deseando sólo salvar al Duque de un desastre, y al pueblo napolitano de un gran crímen, salió á la calle y volvió á montar en su carroza, mostrando á la muchedumbre con satisfactoria sonrisa y aire complacido el papel, diciendo que iba á leerlo y publicarlo á la plaza del Mercado. Atrájose la atencion general y mandó secretamente al cochero que tomase la calle de Toledo arriba, logrando llevarse tras de sí aquel numeroso gentío y retirarlo de San Luis, cuyos alrededores quedaron casi desiertos.

Pero á poco, áun cuando ya estaban bastante distantes, empezó á desconfiar el pueblo, reconociendo la opuesta direccion por donde se le conducia. Y exigió se leyese aquel papel tras del que iba como encantado. Fué preciso darle gusto, y en cuanto vió que no era tan satisfactorio como creia, pues ya solicitaba, no la remision de una parte, sino la completa abolicion de todos los impuestos, abandonó la carroza del Arzobispo, y se derramó en furiosas turbas. Unas fueron á recorrer la ciudad para incendiar cuantas casillas de guardas habia en ella; otras volvieron á San Luis para entrarlo á viva fuerza y matar al Virey. Aquéllas lograron su intento, pero éstas se encontraron sin el objeto de su furor.

CAPITULO VI

El duque de Arcos en cuanto vió léjos de la plaza á la furibunda multitud, aprovechando los momentos, saltó con ayuda de los frailes las tapias de un corral, y pasando á unas casas contiguas, fué al convento de los Angeles de PP. Teatinos, en Pizzo-Falcone; y de allí por el barrio de Mortele, que áun estaba tranquilo, en una silla de manos llevada por soldados españoles, por no fiarse de los silleteros del país, se refugió en el castillo de Santelmo, situado en un cabezo que señorea la ciudad. Y lo consiguió con mucho trabajo, por ser la cuesta muy ágria, y haber tenido en algunos malos pasos del camino que echar pié á tierra y andar expuesto al sol, pues siendo muy corpulento y obeso (1), no podian con él los que le conducian.

La fuga del Virey aumentó el furor de los sublevados. Mataron cuantos españoles y tudescos encontraron al paso, con circunstancias de ferocidad inaudita. Y apoderándose de sus armas, se derramaron por la ciudad en numerosos grupos, generalizando rápidamente la insurreccion.

El príncipe de Bisignano desde que vió atropellada la persona del Virey, conociendo que nada podia remediar, y no queriendo autorizar con su presencia tanto desórden, trató de evadirse y de retirarse con disimulo; pero sospechándolo los amotinados más sagaces que le rodeaban, y que cuidaban como prenda de seguridad el que tan elevado

(1) De Santis.

personaje tuviese parte en aquellos excesos, le cercaron y vigilaron tan de cerca, que tuvo que disimular sus intenciones y que borrar las sospechas con sus razonamientos, dejándose llevar de un lado á otro, segun el impulso de la turba que le empujaba. Llegó así por la cuarta ó quinta vez al mercado, centro y foco permanente de la sublevacion; y con pretexto de descansar un rato y de rezar á la Vírgen, entró en la iglesia del Cármen, seguido de cuanta gente cupo en ella. Allí, subiéndose al púlpito y tomando el crucifijo (como refiere el contemporáneo Giraffi), empezó á exhortar á la tranquilidad y al sosiego, con muy sentidas palabras, ofreciendo que el Arzobispo, él y los demas señores de la ciudad amigos del pueblo, conseguirian del Virey cuanto fuese razonable para el bien general. No dejó de hacer efecto esta arenga en los circunstantes. Y creyendo el Príncipe que haria el mismo en la muchedumbre que llenaba la plaza, salió, volvió á montar á caballo, y prosiguió sus exhortaciones. Mas fueron completamente desatendidas, y más bien que calmar los ánimos, consiguieron irritarlos, pues todos gritaron que no podian ya fiarse de promesas ni de intercesiones; y más furioso que nunca se derramó el gentío, que ya pasaba de cincuenta mil hombres, á abrir las cárceles y á empezar sus particulares venganzas, habiendo tambien concebido ya el proyecto de apoderarse de San Lorenzo y de su torreon, depósito de armas y artillería.

Se acercaba la noche, y los PP. Teatinos y los de la Compañía de Jesus, ó de motu propio ó por órden del Arzobispo, salieron de sus conventos con cruz y ciriales, dirigiéndose por distintos rumbos al mercado, y creyendo poder contribuir al restablecimiento de la tranquilidad con sus ruegos y amonestaciones. Y aunque oyeron en su tránsito inusitados insultos del populacho, y recriminaciones muy amargas aunque bien fundadas, por los muchos bienes libres de toda contribucion y gabela que poseian, continua-

ron su marcha majestuosa, y llegaron, casi á un mismo tiempo unos y otros, á la plaza del Cármen. Muy estrechos se vieron en ella entre la apiñada multitud, que no les dejaba paso y que les gritaba furibunda: «*Retiraos, padres, á vuestros conventos, y pues no salís á impedir que se nos desuelle con impuestos, no salgais ahora á estorbar que nos libertemos de ellos*» (1). Con lo que temiendo no sin causa que pasaran más adelante los amotinados, se retiraron, deshecha la procesion, lo más pronto que pudieron.

Tambien aquella tarde acometió una parte del populacho á San Lorenzo, pero opuso aquel punto defendido por soldados españoles tal resistencia al desordenado aunque impetuoso ataque, que se ápartaron de él las turbas escarmentadas. Más afortunadas fueron en el allanamiento de las cárceles, pues lo verificaron sin oposicion, inundando la ciudad de los malhechores que en ellas estaban, y que dieron nuevo pábulo á la sublevacion. La única que respetaron fué la de la Vicaría, tanto por haber sido palacio de Cárlos V, cuyo nombre sonaba ya mucho, cuanto por ser de jurisdiccion del arzobispo. En tanto, otro peloton de amotinados asaltó la casa de un tal Vagliano, hombre riquísimo, que era cajero del impuesto sobre las harinas; y la saquearon y desmantelaron toda, arrojando por las ventanas muebles, cuadros, tapicerías y hasta joyas y dinero, haciendo con todo una inmensa hoguera. Y como uno de ellos intentase retirar de las llamas una moneda ó una alhajilla de ningun valor, todos le gritaron dándole sendos golpes, *que no se trataba de robar, y que sería ahorcado el que lo hiciese* (2).

Asaltaron luégo las tiendas de los armeros, y se proveyeron en ellas de picas, alabardas y ballestas, y de algunos arcabuces. Y queriéndose apoderar de una en que ha-

---

(1) Giraffi; De Santis, y todos los AA. contemporáneos.
(2) Giraffi.—De Santis.

bia algunos barriles de pólvora, encontrando resistencia prendieron fuego á la casa, que voló con estrépito grande, causando la muerte de más de ochenta personas, hiriendo muchas más, y poniendo en nueva confusion la ciudad.

Entró la noche, y el príncipe de Bisignano, molido de haber pasado todo el dia á caballo, y desengañado completamente de que no podia de modo alguno dominar aquel espantoso desórden, muerto de hambre y de sed, y acrecentados con la fatiga y el disgusto los dolores de la gota, pensó en los medios de ponerse en salvo y de salir de aquel laberinto. Echó la voz sobre los más razonables de aquellos furiosos, por medio de los que aún le respetaban y obedecian, de que era necesario descansar, para volver al dia siguiente con más vigor á atacar el torreon de San Lorenzo, cuya ocupacion era necesaria; y que era al mismo tiempo indispensable para pasar la noche con órden, y en tal disposicion que no pudiera ser el pueblo sorprendido; que convenia, pues, dividirse en varios cuerpos que ocuparan las plazas principales, donde miéntras unos tomasen alimento y durmiesen, los otros estuvieran alerta y vigilantes. Cundieron estas especies con rapidez por las turbas, ya hambrientas y cansadas, por lo que las juzgaron razonables y se prestaron á ponerlas en práctica. El Príncipe se apresuró á dar como pudo órdenes é instrucciones, dividió las masas, envió cada una, aunque sin órden ni concierto, á distintos puntos, y se quedó con una pequeña reserva compuesta de sus parciales; y cuando se vió ménos vigilado, se separó con cautela y logró alejarse y entrar en Castilnovo.

Tambien el duque de Arcos, amparado de las tinieblas de la noche, mudó de asilo; pues aunque el castillo de Santelmo es de suyo fuerte, y ocupa una ventajosísima posicion, dominando la ciudad, y aunque estaba encargado de su mando y defensa D. Martin Galiano, el famoso en Lombardía por su heroica defensa de Valenza del Pó, estaba

tan desprovisto que apénas tenía víveres para tres dias, y municiones para algunas horas de resistencia: por lo que determinó el Virey trasladarse con todo su séquito á Castilnovo, tambien mejor situado por estarlo en la marina. Y así lo verificó, tomando las más oportunas medidas para la seguridad de su tránsito, y cuidando ántes de proveer á las necesidades del castillo, por medio de los PP. Cartujos, que estaban inmediatos, y que se encargaron, como lo hicieron diestramente, de introducir en él municiones y vituallas, ayudando generosamente al socorro D. Pedro Caraffa con dinero propio.

A media noche salió de Santelmo el Virey con los de Consejo, varios nobles napolitanos, empleados, magistrados, y una numerosa escolta de soldados españoles. Pero ántes dejó convenidas con el Gobernador ciertas señales, para avisarle cómo y cuándo debia romper el fuego sobre la ciudad en caso necesario, y envió tambien con la debida cautela algunos de sus confidentes á ella para avisar á los almacenistas, que mojaran é inutilizaran cuanta pólvora hubiese en los almacenes (1), y llegó felizmente y sin obstáculo á Castilnovo, cuyo gobernador, D. Nicolás de Vargas Machuca, no habia perdido tiempo en abastecerlo de lo necesario, y en acrecentar con oportunos reparos sus obras de defensa. Allí encontró el Duque á su familia, que le esperaba con ansiedad, á muchos señores napolitanos, entre ellos el fatigado y desfallecido príncipe de Bisignano, á la mayor parte de los altos empleados públicos, y gran número de personas comprometidas.

La noche avanzaba, y ofrecia la extensa Nápoles un aspecto espantoso. Dividido el inmenso pueblo, ya casi completamente armado, en distintas masas sin concierto ni caudillo, ocupaba las plazas principales. Gruesos grupos con presuncion de patrullas recorrian las calles en desór-

(1) De Santis.

den. Confusos pelotones con apariencia de grandes guardias se establecieron avanzados á observar los castillos, las marinas y las puertas de la ciudad. En todas partes resonaban de cuando en cuando gritos furibundos, vivas y mueras. En todas circulaban mil ideas absurdas y contradictorias, mil falsas noticias, mil proyectos para el nuevo dia. Pero en ninguna se ocurrió el pensamiento, ni se pronunció una sola palabra de independencia, de nacionalidad, de cambio de dominacion. Haciéndose de contínuo en todas respetuoso alarde de amor, de sumision, de fidelidad al rey de España; no habiendo un solo individuo en tan innumerable gentío amotinado, que se creyese rebelde. Ya el resplandor de un incendio se alzaba entre los altos edificios; ya se oia un tiro de arcabuz, que no se sabía quién lo habia disparado ni á quién iba dirigido; ya un terror pánico se apoderaba de un grupo, que huia despavorido, poniendo todo un barrio en consternacion; y en medio de tan espantoso y confuso desórden, cruzaban buscando un asilo á favor de las tinieblas, trémulos y disfrazados, los nobles y los pudientes, ya solos, ya con sus aterradas familias, abandonando sus casas, sus comodidades y sus riquezas. Unos se acogian al arrimo de los castillos, otros lograban á fuerza de oro embarcarse en los botes y lanchas de Santa Lucía y de la playa de Chiaja y de la Mergelina, y algunos se alejaban por tierra de la ciudad, para esconderse en los bosques ó para refugiarse en las alquerías.

En la plaza del Mercado duraba permanente el foco y centro de la sublevacion, ocupada siempre por inmenso gentío. Y allí estaba con su séquito Masanielo, sin haber aún ejercido autoridad ninguna en las turbas, ni dádoles direccion, annque con una actividad prodigiosa y con una audacia satánica habia tomado parte en los más importantes acontecimientos del dia. Llegaron cerca de la media noche á aquel sitio cuatro enmascarados, de muchos que

con los sayos y capuces de las cofradías se habian mostrado en todas partes acalorando la sedicion, y levantándose uno de ellos el antifaz mostró á la luz de la luna y al resplandor de las hogueras ser el octogenario Julio Genovino, que llamando la atencion general, dirigió una larga y bien escuchada arenga á la muchedumbre que le rodeaba. Aplaudió mucho el que el grito general del pueblo fuese el de viva el rey de España, y muera el mal gobierno. «*Porque no se trata* (dijo) *de quitarle la corona y la soberanía de Nápoles, sino solamente de poner remedio á la injusticia y rapacidad de sus ministros y delegados.*» Y exhortando vehementemente á su auditorio á no soltar las armas hasta conseguirlo, y atizando el odio contra la nobleza, á quien culpaba de todas las miserias del país, y apuntando diestramente la necesidad de igualarla con el pueblo en los *sediles* de la ciudad, concluyó su discurso asaz elocuente, manifestando la urgencia de una cabeza y supremo jefe que regularizase los esfuerzos de todos y dirigiera la sublevacion para que fueran felices y seguros los resultados (1).

Mucho efecto hicieron las palabras del sagaz anciano, pues ya se habia conocido por instinto en la muchedumbre la necesidad de un resuelto jefe y denodado caudillo que la capitaneara; y Palumbo y Perrone y otros de los que más influjo lograban en el populacho, de acuerdo con Genovino, empezaron á esparcir el nombre de Masanielo, conociendo su audacia y al mismo tiempo lo fácil que les sería dominarlo por su incapacidad.

La especie cundió favorablemente y con rapidez por la ciudad toda en el oportuno momento en que se extendió por ella la noticia de la fuga del príncipe de Bisignano y de la traslacion del Virey á Castilnovo; y conmoviéndose nueva-

(1) De Santis.—Agnello della Porta, MS. —Giraffi.—Baldacchini.

mente los ánimos, y volviéndose á poner en desordenado moviento las turbas, y tocando á vuelo las campanas del Cármen y de otras torres que estaban en poder de los sublevados, y recorriendo varios grupos las calles con hachones encendidos, y creciendo por puntos la gritería, el desórden, la confusion, fué aclamado Masanielo supremo jefe y única cabeza del pueblo amotinado

CAPÍTULO VII

Miéntras en las plazas públicas, al aire libre, bajo la bóveda inmensa de la noche, se consolidaba la sublevacion, en las lóbregas estancias de Castilnovo se discurria sobre el modo de sujetarla y deshacerla: no con medios violentos y decisivos, ya imposibles; no con las armas, escasas en número, y sin combate ya vencidas y desairadas, sino con la astucia y con manejos ocultos, aprovechando con destreza los desaciertos, y poniendo en lucha y contradiccion las pasiones y varios deseos de los amotinados. Y se resolvió emplear en estos medios el tacto, la actividad, la decision que debieran haberse empleado con más justicia en no provocar el conflicto, con más nobleza en haberlo impedido cuando sus primeros síntomas se manifestaron.

Propúsose, pues, el Virey recobrar con paciencia y sagacidad cuanto habia perdido con su imprevision, con su terquedad y con su indolencia, y conservar á toda costa la autoridad de derecho, ya que la de hecho le habia sido tan fácilmente arrebatada. Para conseguirlo, se decidió á poner todo su conato en procurar que el pueblo continuase de cualquier modo dirigiéndole peticiones, aunque fuesen las más descabelladas, porque eran siempre un reconocimiento y un acto positivo de dependencia, y á aprobar con su autorizacion oficial los nombramientos que hiciesen, y cuantas disposiciones de gobierno, buenas ó malas, tomasen los sublevados, para aparecer siempre como la cabeza y jefe supremo del reino. Decidido así á esperar

los sucesos en la inaccion, y á aprovecharse de ellos con habilidad, determinó valerse oportunamente de la influencia del cardenal Filomarino, que no podia ser favorable á la nobleza, y servirse de esta de tal modo, que si no le podia ser útil á sus planes, se hiciese sospechosa al pueblo, para imposibilitar una avenencia temible que pudiera muy bien convertir el motin en rebelion de muy graves y trascendentales resultados.

Avínole bien al duque de Arcos, para llevar á cabo sus proyectos, el encontrarse en Castilnovo gran número de señores y caballeros que temerosos del furor popular se habian allí refugiado, y que con celo y lealtad le servirian; con la mayor parte de los capitalistas y hombres acaudalados de la ciudad, que temiendo persecuciones y despojos, sólo anhelaban el restablecimiento del órden; con empleados públicos de todas categorías, que le ayudasen, y con el Consejo colateral, para dar más sólida legalidad á sus disposiciones.

Como várias veces hemos hecho ya mencion, y continuaremos haciéndola en esta historia, de tan importante corporacion, nos parece del caso decir algo de su forma y atribuciones. Componíase, pues, el Consejo colateral de los vireyes de Nápoles, de cuatro magistrados, dos españoles y dos napolitanos, bajo la presidencia de un regente; y aunque entraban tambien en él algunos caballeros españoles y del país que, no usando toga, se llamaban consejeros de capa corta, los licenciados, como siempre acontece, extendieron sagazmente su preponderancia hasta invalidar la influencia de estos compañeros legos, quedándose de hecho solos y exclusivamente dueños de las deliberaciones, y por consiguiente del poder. Fué creado este Consejo por el suspicaz D. Fernando el Católico, cuando concibió tan infundados recelos de las nobles y leales intenciones del Gran Capitan; y quiso con él poner coto, sin deprimirla, á la autoridad de los vireyes. Estaban éstos

obligados á consultar al Consejo colateral en todos los asuntos graves, pero no á seguir siempre su dictámen; mas en las disposiciones que debian tener fuerza de ley, se necesitaba su consentimiento y su refrendo, siendo en todos casos un alivio grande de responsabilidad personal. En las difíciles circunstancias en que se habia colocado el duque de Arcos, y para la ejecucion del plan que se proponia, ya se deja conocer cuánto le importaba la asistencia de tal corporacion.

Tambien encontró en el castillo al duque de Maddalone, señor de ilustre prosapia y de pingüe y antiguo estado, pero de desordenada vida y desarregladas costumbres, que estaba allí preso hacía algunos dias por la abierta y desvergonzada proteccion que daba á los foragidos del campo y á los malhechores de la ciudad; y segun el conde de Módena, á quien seguiremos más de cerca en la segunda parte de esta historia, por sospechas de que habia contribuido al incendio de la nao capitana, que referimos en su lugar: cargo que nos parece poquísimo fundado, cuando ni áun siquiera lo insinúan los otros escritores contemporáneos y nacionales que hablan largamente de este personaje. Parecióle al Virey hombre utilísimo en aquellas circunstancias, para cooperar á sus planes, aunque dudaba de su buena fe. Entrando en conferencia con él, y despues de tantearlo muy á su sabor y de asegurarse de que por falta de medios era incapaz de trabajar por cuenta propia, lo juzgó buen hallazgo, y determinó servirse de él en ocasion oportuna, poniendo en juego las relaciones que le ligaban con Perrone y Palumbo, como protector de sus fechurías, y la intimidad con que trataba á Genovino, el más temible y astuto y de cabeza verdaderamente revolucionaria de todos los revoltosos.

En meditar estos planes, y en dar los primeros pasos para llevarlos á efecto, pasó el duque de Arcos la noche, siempre con el oido atento á los rumores de la ciudad. Mas

deseando al mismo tiempo no perder del todo la posesion de ella, envió alguna tropa española y alemana á desembarazar las inmediaciones del castillo, á ocupar el palacio abandonado, que estaba y está unido á la fortaleza por un puente, á asegurar las avenidas con fosos y reparos, y á establecer un puesto militar en Pizzo-Falcone, puesto elevado y muy importante. Todo lo que se consiguió sin ruido, y sin tener que hostilizar al pueblo, de asiento en el mercado, y derramado por otros puntos de la ciudad en el mayor desórden (1).

Salió el nuevo sol á presenciar nuevos atentados y espantosas venganzas, y resonó por todas partes el estruendo de tambores y clarines, el ruido de las armas y los clamores de la muchedumbre considerablemente acrecentada con los habitantes de los pueblos y caseríos de la comarca, que acudian armados con los útiles de labranza, convertidos en instrumentos de guerra, á hacer causa comun con los de la capital. Y no sólo los hombres hacian ya alarde de aquel formidable aparato guerrero, sino que tambien las mujeres y niños, con escobas, asadores y cuchillos, y áun con alabardas y alfanjes, echando fieros y bravatas, y despreciando el peligro, acrecentaban la sublevacion (2).

Puestas, pues, con el nuevo dia en movimiento las turbas populares, ya dirigidas aunque todavía no completamente por el pescadero Masanielo, recorrieron la ciudad en busca de pólvora y municiones, porque ya se habian procurado, no sólo gran número de espadas y de alabardas, sino tambien muchos mosquetes, arcabuces y escopetas, y siete cañones de corto calibre, que encontraron por indicacion de una criada enterrados en el patio de la casa de un armador de naves. Acudieron á los depósitos y almacenes públicos, donde creció de todo punto su furor,

(1) Giraffi.
(2) Giraffi.—De Santis.

hallando la pólvora mojada é inútil. Tomáronla, sin embargo, á fin de secarla al sol, y fueron á buscar para matarlo á un tal Buzzaccarino, que era el que la tenía en custodia; mas no hallándolo, porque lo supo á tiempo y se refugió en Castilnovo, le asaltaron la casa, quemando y destruyendo cuanto en ella habia.

Noticiosos luégo los amotinados de que en el Mandaracho, barrio junto á la marina, habia un mercader de ella, corrieron allá, y no escarmentados con la voladura de la tarde anterior, entraron de tropel con algunas cuerdas encendidas; é inflamándose la pólvora, que efectivamente en buena cantidad estaba allí almacenada, su explosion arruinó la casa, con muerte de cuantos estaban dentro y en sus alrededores, cuarteando los edificios contiguos, y estremeciendo toda la ciudad. Pero miéntras unos huian despavoridos y otros se acercaban á sacar de entre los escombros á los heridos, que pedian socorro con dolorosos clamores, un peloton de pueblo en el mayor desórden corrió al palacio de D. Ferrante Caracciolo, duque de Castel de Sangro, apoderándose de un depósito considerable de excelentes armas, que en él habia. Y el efecto que hizo en los ánimos la explosion, y el disgusto de las desgracias que con ella habian ocurrido, y las disputas por el reparto de las armas nuevamente adquiridas, y palabras irritantes, y noticias sin fundamento que circularon por la muchedumbre, acrecentaron tanto su furor inspirándole tal frenesí de desórden, de destruccion, de venganza, que noticioso el Virey avisó desde Castilnovo á Santelmo que tuviera la artillería pronta para la primera señal (1).

No se creyó al cabo conveniente hacer uso de esta medida extrema, y el duque de Arcos, para divertir un momento el furor de los sublevados, ó para tentar el camino de amansarlos, ó para empezar á poner en ejecucion su

(1) De Santis.

proyecto de aumentar la desconfianza que de los nobles tenía el populacho, rogó al príncipe de Bisignano, á pesar de lo escarmentado que estaba del dia anterior, ó acaso por esta razon misma, que volviese con nuevas ofertas á la plaza del Mercado. El buen caballero prestóse á disgusto, aunque de muy buena fe, deseoso de manifestar su celo por el servicio de la corona; y con Héctor Ravaschiere, príncipe de Satriano, salió de Castilnovo. Eran ambos personajes de mucha importancia en el reino, condecorados con la excelsa insignia del Toison de oro; y atravesaron á caballo la marina, llevando en la mano un escrito del Virey, ofreciendo al pueblo la abolicion total de los impuestos sobre la fruta y las harinas.

Llegaron á la plaza del Mercado, no sin dificultad y áun peligro, porque el furor popular andaba muy crecido y desmandado; y oyeron en su tránsito ya *vivas* y alabanzas, ya *mueras* y vituperios, segun las ideas momentáneas de los grupos que atravesaron. En la plaza, ceñidos de espesa muchedumbre, en presencia de Masanielo y de los otros jefes de la insurreccion, volvieron á las arengas y exhortaciones, leyendo en sonora voz las ofertas del Virey. Los sublevados, que, orgullosos con el buen principio de su empresa, llevaban ya mucho más adelante sus pretensiones, y cansados de tantas promesas no cumplidas, se agitaron furiosos en derredor, comunicando su movimiento á los ángulos más remotos de la plaza, y con espantosos bramidos, afrentando el nombre del Virey é insultando á sus nobles mensajeros, pidieron á una la abolicion de todos los impuestos extraordinarios establecidos por los vireyes, y que les entregasen sin demora el privilegio original de Cárlos V, en que estaban consignadas clara y terminantemente las excepciones de que debia gozar la ciudad.—Desairados y aburridos, trataban de retirarse ambos príncipes, cuando llegó el de Montesarchio, con nueva comision del Virey; pero sin dejarle hablar se alzó tal grite-

ría, fueron tan formales las amenazas y áun los amagos, y llegó á tal extremo el calor de las apiñadas turbas, que los tres con dificultad suma, y con peligro inminente de ser sin piedad despedazados, se refugiaron más que de paso á su guarida. El sagaz y perseverante Julio Genovino era el que habia recordado este documento importante para el pueblo, y el que para empeñarlo á que con todo teson lo solicitase, se lo habia pintado como la panacea que debia curar todas sus miserias y desventuras (1).

Crecia por puntos el furor popular, viendo ya en todo engaños y traiciones de la nobleza, idea que los directores de la conmocion inculcaban con empeño en las masas, ignorando ¡insensatos! que con ella ayudaban los planes del Virey, inutilizaban todos sus esfuerzos, quitaban consistencia al movimiento, se creaban enemigos temibles, y hacian imposible todo futuro arreglo en bien del país.

Resonando por todas partes el tremendo grito de *¡á las armas!* cuando nadie las habia soltado; tocando las campanas á rebato, como para provocar á reunion, que hacia veinticuatro horas que no se disolvia, y que continuamente se acrecentaba; se preparaban las agitadas turbas á combatir, no se sabe con qué enemigos; cuando los PP. Dominicos, á pesar de la mala acogida que tuvieron el dia anterior los Teatinos y Jesuitas, quisieron salir tambien en procesion á probar fortuna. Pero á pocos pasos, viendo que el populacho los escarnecia y baldonaba, y que hollando todo respeto se arrojó hasta arrancarles la cruz que los guiaba (2), retiráronse afligidos y escandalizados á su convento; y en su iglesia, como se habia ya hecho en las demas por órden del Arzobispo, manifestaron el Santísimo, apelando á la misericordia del cielo, única que podia salvar ya á la desventurada Nápoles de la calamidad que la afligia, y de los desastres que se le preparaban.

(1) De Santis.—Giraffi.—Capecelatro, MS.
(2) Giraffi.

CAPÍTULO VIII.

En medio de la confusion y desórden que la ira sin objeto y el movimiento sin direccion producian, apareció á caballo, tambien mensajero del Virey, el prior de la Roccella; y como todos, sin dejarle hablar ni respirar siquiera, le pidiesen con desaforados gritos el privilegio de Cárlos V, se le ocurrió en mal hora, para salir del apuro, decir que estaba en el archivo de San Lorenzo. Y la masa popular que lo estrechaba, con uniforme impulso llevándoselo consigo, se lanzó en la direccion de San Lorenzo, con un clamoreo aterrador. El aturdido caballero, que habia soltado la especie á tientas y como medio evasivo, que no sabía si el tal documento estaba allí, ni cómo buscarlo ni exigirlo en caso de que estuviese, ni si era posible acercarse y penetrar en aquel punto fuerte, defendido por soldados españoles, trasudaba acongojado, sin saber cómo salir del compromiso en que tan ligeramente se habia puesto, y en que le iba de seguro la vida. Pero hizo su buena suerte que el pueblo se distrajese y arremolinase un instante, por cualquier incidente insignificante, que tan comunes son en los grandes bullicios; y aprovechándolo el Prior, saltó del caballo, y á favor de la confusion tomando á todo correr por una callejuela, logró esconderse en un convento de Teatinos, y de allí volver disfrazado á Castilnovo (1).

(1) Giraffi.

El Virey, aunque con mentido semblante mostraba sentir en el alma el mal suceso de sus mensajes y los insultos que habian recibido los ilustres mensajeros, se complacia sobremanera porque enconándose más y más los ánimos de nobles y plebeyos, se hacía cada instante más imposible su reunion, que era lo que en aquella situacion más temia. Y despues de condolerse con los fugitivos y de informarse por sus relaciones, que algo exagerarian el miedo y el desaire, del estado de la ciudad, creyó llegado el momento oportuno de servirse del duque de Maddalone, ora para tentar de véras un concierto, ora para tambien desacreditarlo. Llamólo aparte, dióle sus instrucciones, y volviendo á asegurarse de su buena fe, lo envió animoso en busca de los sublevados.

Presentóse el Duque á caballo en la plaza del Mercado, habiendo tenido en su tránsito buena acogida; pues su desenvoltura, su despilfarro, sus conexiones con la gentuza, y hasta sus desórdenes y calaveradas le hacian grato á la muchedumbre. Muy bien recibido fué tambien por Masaniello y por los antiguos conocidos que capitaneaban las turbas; y rodeado de inmenso gentío, á quien logró imponer silencio, comenzó á exhortarlo á la tranquilidad y á la quietud, ofreciendo que el Virey haria todo cuanto deseara el pueblo. Este, que oyó repetir las mismas razones y las ofertas mismas que le habian ya traido los anteriores emisarios, empezó á arremolinarse y á interrumpir al Duque con un sordo murmullo, que creciendo rápidamente acabó en horrendos alaridos de indignacion y en el grito, por unánime aterrador, de *¡El privilegio de Cárlos V, el privilegio de Cárlos V!!* estrechando de tal modo al mensajero, que casi tenian suspendido su caballo sin tocar con los piés en el suelo. No se acobardó Maddalone, y con desembarazo dijo con seguro acento: «*Bien, dejadme ir á buscarlo;*» é hicieron su voz resuelta y su ademan decidido tal efecto en la muchedumbre amenazadora que lo ahogaba, que abrién-

dose le hizo calle, por donde á toda rienda volvió á Castilnovo.

Aprovechó la ocasion el solapado Genovino (tal vez con ánimo de llamar la atencion general para proteger la fuga de su conocido), y alzando la voz arengó al pueblo, inculcándole la importancia de haber á la mano el privilegio que deseaba, porque con él se demostraria cuán ilegales eran todas las gabelas impuestas por los vireyes á la ciudad, y tambien insistió en la necesidad de exigir que en los sediles de ella se igualase completamente al pueblo con la nobleza, cuya tiránica avaricia y cuyo abandono de la causa públiea decia ser los verdaderos motivos del abatimiento y miseria del reino de Nápoles, y concluyó exhortando de nuevo á la fidelidad al rey de España, pues no eran de modo alguno *rebeldes;* dirigiéndose sus esfuerzos solamente contra los inicuos ministros que tan mal le servian, oprimiendo á los súbditos, y privándole con vergonzosas rapiñas de más de la mitad de lo que producian los donativos y legales tributos de aquel fidelísimo reino (1). ideas todas que cundian rápidamente y hacian grande y profunda impresion en las masas populares.

Empezaba la sublevacion á tomar la consistencia que da siempre una organizacion buena ó mala, que regulariza y da unidad al movimiento. Ya estaba acatado y reconocido el pescadero Masanielo como cabeza suprema del pueblo; Domingo Perrone y José Palumbo habian sido nombrados sus tenientes; Julio Genovino, consejero; y un jóven osado y fogoso, llamado Márcos Vitale, su secretario. Estos, componiendo una especie de cuerpo soberano, y de acuerdo con los otros hombres del pueblo más influyentes, dispusieron nombrar, con las formalidades posibles, un electo del pueblo que reemplazase al apedreado Naclerio; y dieron cierta forma á la masa de sublevados activos, que pa-

(1) Giraffi.

saba ya de ciento cincuenta mil hombres, dividiéndola por barrios ó cuarteles, dando á cada uno por cabos á los que ya ejercian en él influencia, y que más calor y osadía habian demostrado en los acontecimientos anteriores (1).

Organizada de un modo ó de otro la insurreccion, fuerza era que ocupase su actividad infernal en alguna empresa; pero no teniendo enemigos con quien combatir, pues no miraban como tales á las tropas que ocupaban el palacio y la altura de Pizzo-Falcone, y áun duraba el escarmiento de la intentona sobre la torre de San Lorenzo, se ejercitó en costosas venganzas y en incendios inútiles, que nos es indispensable, aunque doloroso, referir. Masanielo y los que le rodeaban formaron una lista de más de sesenta casas que debian ser asaltadas inmediatamente, como se verificó sin apelacion. Ya se deja conocer que en la designacion de ellas tendrian gran parte los odios y resentimientos personales de los que la hicieron.

Era la primera en la lista, cosa natural, la casa de Jerónimo Letizia, arrendador del impuesto sobre el consumo de harinas, á quien tenía el pescadero particular ojeriza por la prision que, como dejamos referido, padeció su mujer. Fué, pues, inmediatamente acometida y desmantelada, arrojando á la calle por los balcones cuanto habia dentro, hasta las puertas y celosías; y amontonado todo, hicieron con faginas embreadas, de que llevaron á la empresa gran provision las mujeres y los muchachos, una espantosa hoguera. En ella ardieron preciosos muebles, magníficas alfombras, ricas telas, joyas de gran valor, y hasta sacos de dinero. La muchedumbre atizando el fuego y exaltada á la vista de las llamas que todo lo consumian, gritaba frenética, como refiere Giraffi: «*Todo esto es sangre nuestra; así merecen arder en el infierno los que nos la han chupado.*» De allí fué la turba, llevando tizones de aquella hoguera

(1) De Santis.—Giraffi.

para encender más pronto otras, á la casa ó, por mejor decir, palacio de Felipe Basili, que de pobre hornero habia en pocos años héchose poderoso con los arriendos de varios arbitrios, y lo destruyeron y quemaron todo. Viéronse allí arder estrados de riquísimo brocado, colgaduras y cortinajes de damasco, delicada lencería, hermosos espejos de Venecia, cuadros de gran mérito, piezas de vajilla de oro y de plata, y hasta un saquito lleno de gruesas perlas; dos hogueras en la plaza del Espíritu Santo consumieron brevemente tanta riqueza. En seguida fué asaltada y destruida la casa del consejero Antonio de Angelis, á quien llamaba el vulgo *Consejero del mal consejo*, y nada perdonaron las llamas; ni más de diez mil pesos en metálico que en los mismos sacos en que estaban fueron arrojados en ellas, sin despertar la codicia de los incendiarios.

Sobrevino la noche, y no puso término á la obra de destruccion, pues se dirigieron las turbas á la casa del consejero Miraballo, situada en el arrabal de las Vírgenes, y la destruyeron y abrasaron. Luégo, acometiendo el palacio de Andrés Naclerio, el electo, entregaron al fuego sin piedad cuanto en él habia; arrasaron furiosas un precioso jardin de plantas y flores exóticas, traidas con gran costo y cultivadas con cuidadoso esmero, y destruyeron en él primorosas fuentes y curiosos juegos de agua (1).

Grandes riquezas, incalculables capitales fueron destruidos en un momento aquel dia nefasto, sin considerar cuánto podia importar su conservacion para acudir á las necesidades públicas y á las mismas urgencias de la sublevacion; pero siempre las turbas populares, que jamás calculan ni piensan en el porvenir, creen ciegas que destruyendo lo que pertenece á sus tiranos, se libertan de la tiranía, y desconocen, en su odio á los ricos, que la suma de las riquezas particulares forma la riqueza pública.

(1) De Santis.

El humo y las llamas de los voraces incendios, que atizados por una muchedumbre frenótica devoraban en cortos instantes inmensos recursos, avisaban á las infelices familias que, refugiadas en Castilnovo, tenian desde sus almenas fijos los ojos en la parte de la ciudad donde estaban sus casas, que eran ya víctimas del furor popular, y que caian de la cumbre de la opulencia en el abismo de la pobreza y abatimiento. ¡Leccion terrible para los que se enriquecen á costa de la miseria pública, haciendo imprudentemente alarde de sus tesoros, sin temer que puede llegar un dia en que la víctima se convierta en verdugo!

Lo ciertamente notable en aquella ocasion fué que, en medio de tanta confusion y desórden, entre aquellas turbas sin ley ni rey, entre tantos miserables desarrapados que carecian de todo medio de vivir, y tantos malhechores y foragidos, áun cuando rodaban por el suelo monedas de oro y piezas de plata, sólo tres miserables osaron sustraer algo, y esto harto mezquino y despreciable, para encontrar en el acto un pronto y ejemplar castigo; pues mirándolos con horror cuantos á la destruccion cooperaban, fueron llevados ante el inflexible Masanielo, quien inmediatamente condenó al uno, que habia guardado un freno de caballo, á cincuenta palos, y á los otros dos, que habian tomado una taza de plata y un cuadrito con el marco del mismo metal, á la horca: cumpliéndose la sentencia en el acto por mano del verdugo.

Y tambien es digno de notar y lo es de consignarse en la historia, como prueba del espíritu que reinaba en el pueblo napolitano, que en medio del saqueo general y de aquel completo desórden, se salvaban con el mayor respeto los retratos del Rey que se hallaban en las casas proscritas, colocándolos inmediatamente en las esquinas inmediatas con fervientes aclamaciones, bajo un dosel improvisado con las más ricas telas que para este solo objeto

retiraban de las llamas (1). Ejemplo grande del amor incomprensible que conservaban los amotinados al Soberano, cuyos ministros escarnecian y cuyos súbditos asesinaban; y muestra clara de que no pensaron los napolitanos en separarse de España, hasta que dieron oidos á instigadores extranjeros que ya acudian á la ciudad para sacar partido de las circunstancias.

(1) Giraffi.—De Santis.—Raph. de Turris.

CAPÍTULO IX.

La pretension del pueblo de que se le entregara el privilegio de Cárlos V, puso en grande embarazo al duque de Arcos, no porque se negase á hacerlo, sino porque era imposible, ignorándose completamente si existia; pues aunque se practicaron las más exquisitas diligencias para dar con él, fué imposible encontrarlo, ni sospechar siquiera su paradero. El MS. de Agnello della Porta dice que «no se »hallaba, ó, por mejor decir, no se queria dar con él, por »estar interesados los arrendadores de las gabelas en que »no se presentase.» El de Capecelatro, digno de mayor crédito, se expresa en estas palabras que traducimos á la letra: «Los curiosos de las antigüedades de Nápoles no »han visto nunca tal concesion; pero se dijo que los nobles »la habian ocultado.» Y el moderno historiador Baldacchini, citando á estos contemporáneos escritores, añade que muchos piensan que el tal documento fué quemado por los españoles, y otros que fué enviado á España y allí archivado. Lo cierto es que, no pudiendo haberlo á la mano, discurrió el Virey, miéntras lo disponia mejor, que se escribiese en pergamino, con las fórmulas acostumbradas y con encabezamiento de letras de oro y con sus correspondientes sellos, una confirmacion de aquel privilegio; alzando todas las gabelas de la ciudad y del reino, y dejando sólo los impuestos que habia en tiempo de aquel Emperador; y se ocuparon toda la noche diestros pendolistas en

este trabajo, que fué entregado al duque de Maddalone para que lo llevase al pueblo.

Al empezar el dia tercero de la insurreccion presentóse á caballo este personaje en la plaza del Mercado, llevando en la mano el flamante pergamino y llamando con él la atencion general; pero apénas empezó á leerlo en alta voz, conociendo el pueblo que no era aquel el documento que solicitaba, y que el mismo Duque le habia indirectamente ofrecido, prorumpió en desaforados gritos, diciendo: *«¡Traicion, traicion! Mueran los nobles que nos engañan. Queremos el privilegio de Cárlos V, escrito con letras de oro, no modernas, sino de aquel tiempo, y no en pergamino nuevo, sino viejo y antiguo»* (1). Quiso turbado Maddalone manifestar que el original que deseaban no se habia encontrado, y que aquel tenía la misma fuerza y valor; cuando llegando decidido Masanielo (recordando acaso que pocos dias ántes habia recibido á la puerta del Duque algunos insultos yendo á vender pescado) (2), le trabó con violencia de un brazo y le tiró del caballo á tierra, amenazándole de muerte y llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo. Gran peligro corrió el ilustre mensajero, acometido y pisoteado por la muchedumbre, sin que ninguno lograra herirle, por el ánsia misma con que todos lo solicitaban. Algunos agradecidos que tenía entre la turba le socorrieron, y Masanielo mismo, enviándolo preso y maniatado al convento del Cármen, bajo la custodia de Domingo Perrone (3). Miéntras duró su prision, que fué de pocas horas, tuvo sin duda tiempo de entenderse con su antiguo favorecido y ahora carcelero, combinando atrevidamente un plan harto osado, cuyos resultados no tardaremos en referir; y en cuanto halló oportunidad, ayudado

(1) Giraffi.—De Santis.
(2) Capecelatro. MS.
(3) Ibidem.

por su guardador mismo, huyó disfrazado, tomó una falúa que lo condujo á una playa remota, y no tardó en volver á caballo á una de sus posesiones no lejana de Nápoles.

Tomasso de Santis y otros autores cuentan que despues vino á corto rato el prior de la Roccella con un duplicado del mismo documento; pero en lo ocurrido á este caballero, como dejamos relatado en el capítulo anterior, hemos seguido el prolijo diario de Giraffi, testigo de vista, y que no hace en este dia mencion alguna de él; ni parece posible que el Prior, despues de haber burlado al pueblo la tarde anterior, viniese sin defensa á entregarse á su venganza, ni que en los escasos momentos con que contaron en Castilnovo hubiera habido tiempo para entretenerse en hacer copias y duplicados, ni que el Virey creyese que desechado el pergamino que llevaba Maddalone, aprovechase el encargado al Prior, siendo enteramente iguales. El conde de Módena, que se complace en exagerar el maquiavelismo, que no negamos ni aplaudimos, del duque de Arcos, dice, bien que como sospecha suya, que él fué quien avisó á la plebe de que el documento que iba á presentar Maddalone era falso y de ningun valor, como asegura tambien que repartió bajo mano á los amotinados doce mil arcabuces, para que se defendieran de cualquier intentona de la nobleza: especie tan absurda que no necesita de refutacion.

De un modo ó de otro, bien fuera solo por el duque de Maddalone, ó bien acompañado ó seguido del prior de la Roccella, hecha la presentacion de la confirmacion del privilegio de Cárlos V á los sublevados, no hizo este documento otro efecto en ellos que el de acrecentar su furia y animarlos á proseguir sus saqueos y sus venganzas y tambien el de aumentar el prestigio de Masanielo con el populacho; pues su violenta accion de poner la mano en tan elevado personaje dió al vulgo una alta idea de su arrojo y de su poder, con lo que ensoberbecido el pescadero

publicó un bando con pena de la vida para el que desertara de la causa popular, y para los que indiferentes é indecisos no la abrazaran y siguieran en el término de veinticuatro horas. Esta disposicion aumentó el número de los refugiados en las fortalezas con todos los que temieron tal compromiso.

Derramáronse las turbas á proseguir los incendios y destrozos; pues habiendo llegado á Masanielo, siempre de asiento en el Mercado, algunos exaltados á quejarse de que el duque de Cardano se jactaba de que su casa no sería asaltada, y de que no temia á aquellos descamisados (1), mandó acometerla inmediatamente, y no solo destruyeron y quemaron el palacio que el tal Duque tenía y habitaba junto á Santa Clara, ardiendo en él documentos importantísimos, pues era secretario general del reino, sino que tambien allanaron el palacio en que vivia su hijo, la casa de su hermana, y hasta una quinta que tenía en Posilipo.

En seguida entró el pueblo al almacen de un genoves, proveedor de armas, y tomaron allí mil y quinientas de fuego. Asaltó y arrasó despues el palacio de un tal Cevallos, que de pobre escribiente de rentas, habia llegado á titularse duque de Ostuna y á comprar en público un rico estado que producia setenta mil ducados de renta. De allí se encaminaron las turbas, cada vez más ansiosas de destruccion, al palacio de César Lubrano, hombre riquísimo, que de mozo de la aduana habia llegado, arrendando gabelas, á comprar para su hijo un alto título y un pingüe feudo. Y como averiguase el pueblo que habia ocultado la noche anterior sus más ricas alhajas y mejores ropas en un convento inmediato, no respetó la inmunidad, y sacando de él cuanto estaba escondido lo entregó á la voracidad de las llamas.

Contar extensamente y por menudo todos los edificios de

(1) De Santis.

más ó ménos importancia saqueados, y numerar todas las riquezas quemadas por aquella banda de energúmenos, sería enojoso y desagradable. Baste saber que la ciudad estaba llena de hogueras de destruccion, donde cuanto pertenecia á nobles ó ricos era sin piedad reducido á cenizas; y llegó á tanto el ciego furor de los incendiarios, que arrojaban vivos á las llamas caballos de regalo de gran precio, y las mulas de tiro que encontraban en las caballerizas, y hasta las aves domésticas y los perros de caza (1).

Masanielo deseaba emprender algo que acreditase su mando y que diera nuevo aliento á la sublevacion. Y consejado sin duda por Julio Genovino, que como tan entendido y experimentado debia conocer que aquellos incendios y venganzas en cosas inanimadas, además de destruir la riqueza del país y de aumentarse enemigos, no harian más que malgastar la actividad de las turbas y que al cabo habian de caer en el cansancio, síntoma precursor de la muerte de los alborotos que duran mucho sin positivos resultados, determinó apoderarse á toda costa de San Lorenzo. Su situacion en el centro de la ciudad; el ser una especie de casa consistorial, donde en lo antiguo se reunia el Parlamento, y ahora celebraban sus sesiones los electos y diputados municipales, por lo que era mirada con gran respeto; el encerrar un archivo público, y el haber allí en una torre bastante fuerte un gran depósito de armas y de artillería, hacian muy importante su ocupacion; y no siendo pertenencia real, no creian el atacarlo acto de rebelion, á lo que tanto horror tenian todos aquellos sublevados.

Diez mil hombres se aprestaron con el órden que les fué posible para la empresa, de que se encargó Masanielo en persona; y divididos en varios trozos marcharon sin confusion por distintas calles hácia San Lorenzo. Llegados

(1) Capecelatro, MS.

que fueron, empezaron el ataque con arrojo, y no sin acertada direccion, contra el convento. Lograron entrar en él, ahuyentar á los religiosos, y establecerse con ventaja para embestir el torreon. Defendíanlo cuarenta buenos soldados españoles, mandados por el bizarro mayor napolitano Biagio de Finco, y estaban además acogidos allí varios caballeros y empleados que engrosaban la guarnicion. Dió el pueblo la arremetida con calor y no con gran desconcierto; pero la certera arcabucería de los defensores lo rechazaba constantemente con notable pérdida, mas no con escarmiento, pues los apiñados pelotones, hacinando los cadáveres, repetian sobre ellos los asaltos. Y despues de tres largas horas de defensa, combatida la torre desde la calle con un cañon de grueso calibre, desquiciadas sus puertas con petardos, y atacada con arte y con tenacidad por la parte del convento, tuvo que rendirse á discrecion. Los refugiados que en ella estaban se evadieron, aprovechando el desórden. Los soldados españoles, muy mermados, y muerto su bizarro capitan, rindieron las armas, y se entregaron sin más partido que salvar las vidas.

Importantísima adquisicion fué esta para los sublevados y grande el orgullo del pescadero por la victoria, que aseguró completamente su dominio: el entusiasmo del triunfo fué universal. Dueño el pueblo de la torre de San Lorenzo, enarboló en ella el estandarte real, y debajo el de la ciudad de Nápoles; y expuso en un dosel en la parte exterior con repetidas aclamaciones y salvas el retrato del rey Felipe IV, que encontró en la sala de juntas; y puso á vuelo la campana mayor, que se llamaba de la Ciudad, y cuyos sones, que atronaban la atmósfera, retumbando en las bóvedas de Castilnovo, fueron el primer aviso que tuvo el Virey de la pérdida de punto tan importante.—Quemaron los vencedores casi todo el archivo público con pérdida de instrumentos de mucho interes para el reino y para los particulares, revolviéndolo todo en busca del privilegio de

Cárlos V, y se apoderaron de gran cantidad de armas y de municiones, y diez y ocho gruesas piezas de artillería, que repartieron por las puertas y plazas de la ciudad, provistas de todo lo necesario para servirse de ellas con ventaja (1).

Manifestábase la alegría popular con toda suerte de extravagancias y desórdenes, y los vencedores embriagados con su triunfo se creian ya dueños del universo; cuando llegó la noticia, reproduciendo la alarma, de que quinientos alemanes venian por el camino de Puzzol, y algunas compañías de españoles, procedentes de la guarnicion de Capua, por el de Aversa. Marchó Masanielo al encuentro de éstos con fuerzas tan superiores, que los destrozó fácilmente; y envió á uno de sus tenientes contra los otros, que sin mucho trabajo quedaron prisioneros. Más tarde otras compañías de caballos, tambien llamadas por el Virey, se acercaron á Nápoles con las debidas precauciones; y viendo de léjos el muro artillado y las puertas cerradas y defendidas, retrocedieron oportunamente.

Obedientes al terrible tañido de la campana de la Ciudad, empezaron á acudir de todas las inmediaciones hombres armados á engrosar la sublevacion; pero Masanielo, que en verdad no necesitaba más gente, y que empezaba á conocer los inconvenientes de la confusion, los enviaba de nuevo á sus hogares, con órden de defenderlos de los españoles y de los nobles, extendiéndose así rápidamente por toda la comarca el movimiento de la capital.

(1) De Santis.

CAPÍTULO X.

Viendo el duque de Arcos que la sublevacion tomaba una consistencia peligrosa, y deseando ya tentar el vado á las negociaciones, discurrió, á nuestro modo de ver con poca oportunidad, enviar un mensaje al desvanecido pescadero, pidiéndole cortésmente y como de igual á igual algunos víveres delicados para sí y su familia. Lisonjeado sobremanera el caudillo popular con esta peticion, se apresuró á concederla y á enviarle una crecida provision de exquisitas frutas y otros regalados refrescos en que abundaba ciertamente la ciudad. Mas cuando muy ufano entendia en disponer la remesa, haciendo alarde de su generosidad con el refugiado de Castilnovo, algunos de los que le rodeaban, mirando de mal ojo tanta premura en el hombre del pueblo, le dijeron que no se diese tanta priesa en complacer á sus opresores, ni diese tanto aprecio á halagos dispuestos para adormecerlo y amansarlo; y haciéndole subir al campanario del Cármen, que señorea el mar, le mostraron una galera que maniobraba con diligencia para acercarse á la playa y tomar á bordo dos compañías de españoles, que debian ir á reforzar la guarnicion del castillo, ó á verificar tal vez un desembarco donde más conviniese, para hostilizar á la sublevacion. Indispúsose Masanielo, y por remediar pronto el descrédito que le podia haber acarreado su buena fe y su generosidad, juntó las turbas, gritando: «*á las armas;*» y salió decidido con fuerza escogida y numerosa al encuentro de aquellas tropas. Estas, viéndose descubiertas é imposibilitado el embarco, in-

tentaron la retirada; mas siendo imposible, se hicieron fuertes en un convento, teniendo pronto que rendirse despues de una inútil aunque vigorosa resistencia. Este nuevo triunfo aumentó el entusiasmo; y volviendo los vencedores al Mercado, reunidos con los de San Lorenzo y con los de las facciones anteriores, dispuso Masanielo repartirles no sólo los refrescos con tanta prisa preparados para el Virey, sino gran cantidad de víveres y de barriles de vino, que se sacaron de los almacenes públicos. Mereció y obtuvo por esto los mayores aplausos y los más sonoros vivas de la muchedumbre, que comiendo, bebiendo, poniendo aparte para la familia, y destrozándolo todo, gritaba: «*Todo es nuestro, todo está comprado con nuestra sangre* (1).» Y áun no contento el caudillo con haber dado tan cumplida satisfaccion á las sospechas de los unos, y con haber completamente desconcertado las asechanzas de los otros, para asegurarse más la confianza del pueblo, y para poner en más aprieto á los españoles, mandó fortificar las avenidas del palacio y de los puestos donde permanecian las tropas, y cortar los víveres á los castillos, que hasta entónces habian conservado franca comunicacion con la ciudad.

Mucho cuidado dió al Virey la actitud hostil de los sublevados, su marcada decision, y su fortuna y regularidad en las operaciones que intentaban. Y aunque ya estaba seguro de que era imposible que la nobleza desertara de la causa del Rey y que se reuniese con ellos, le parecia peligroso dejar tomar tanto cuerpo y consistencia al movimiento popular; por lo que se decidió á echar mano de los medios que tenía en reserva.

El cardenal Filomarino, encerrado en su palacio desde que logró retirar al pueblo de San Luis para dar lugar á la evasion de la autoridad suprema, que estaba en inminente peligro, no habia vuelto á trabajar activamente para aman-

---

(1) Giraffi.

sar el motin. Miró con suma inquietud los pasos dados por los señores, de quienes era enemigo implacable, para calmar la conmocion, temiendo que lo lograsen, recuperando su perdida influencia. Mas cuando vió gozoso que sus mensajes y relaciones con el pueblo en aquella ocasion le habian sido completamente contrarios, juzgó llegado el caso de ejercer su influencia; y valiéndose de medios reservados é indirectos, ofreció al duque de Arcos sus servicios. Fueron inmediatamente aceptados, y despues de mutuos conciertos pasó el Cardenal-arzobispo á Castilnovo á abocarse con el Virey.

Se echó sagazmente aquel dia la voz de que unos frailes habian, por casualidad, encontrado el privilegio original de Cárlos V, y que los *electos* de los sediles nobles y el padre teatino José Caracciolo lo habian llevado á Castilnovo: noticia que cundió con rapidez, y que fué acogida con alegre ansiedad, si bien no faltó quien desconfiara de ella creyéndola un nuevo ardid de mala ley. Sobre esta ocurrencia, que siendo cierta allanaba muchas dificultades, se fundó el mensaje de que se encargó el cardenal Filomarino, despues de conferenciar largo rato reservadamente con el Virey.

Marchó, pues, en su carroza, llevando el privilegio dichoso para entregarlo al pueblo, que advertido del caso corrió á la plaza del Mercado, ocupándola toda y agolpándose en sus avenidas. Fué recibido con respeto en ella el Arzobispo, y abriéndose el gentío le dió estrecho paso hasta la iglesia del Cármen. Entró en ella el Cardenal, llevando delante de sí á Masanielo con la espada desnuda en la mano, en derredor los jefes populares, y detras una apiñada y compacta muchedumbre. Y puesto en pié en el presbiterio, leyó en clara y alta voz el anhelado documento, que estaba escrito en viejo pergamino, con antiguas y deslustradas letras de oro, y con el carácter de la época en que debió ser expedido.

Tanto á la llegada del Prelado, como miéntras duró la lectura, circularon por las apretadas masas ciertos sordos murmullos poco favorables, que en vano quisieron acallar Masanielo con ceño amenazador, y con señas de satisfaccion y convencimiento los del séquito arzobispal. Y concluida la lectura, cuando era de esperar una explosion de entusiasmo, várias y aisladas voces que resonaron en el general silencio manifestaron dudar de la autenticidad del documento. Desconcertóse el Arzobispo, asomándole al rostro la turbacion. Mas con sentidas palabras, buscando con los ojos el apoyo de Masanielo, dijo: *que era ofensiva á su dignidad aquella desconfianza, pues que como verdadero pastor del pueblo, siempre solícito por su bien, no podia querer engañarlo.* No dejó de hacer efecto esta queja del Prelado. Y Masanielo, que le tenía gran veneracion, gritó con desenfado: «*Señor, esta es gente inconsiderada, que no sabe el respeto que debe á vuestra Eminencia, y lo cree igual al duque de Maddalone y de los otros señores. Pero yo, que conozco lo que valen las palabras de vuestra Eminencia, defiendo la verdad del privilegio contra la furia y la ignorancia de todos.*» Remolinóse el gentío no muy satisfecho; y el Cardenal, dueño de sí mismo, con sangre fria imperturbable, exclamó en alta y sosegada voz: «*Yo creo que este es el privilegio que se desea; y para quitar toda duda, venga alguna persona inteligente y que merezca la confianza del fidelísimo pueblo á reconocerlo detenidamente, que yo resuelto estoy á no moverme de aquí hasta que se averigüe la verdad.*» Este medio, ó preparado de antemano, ú ocurrido oportunamente al sagaz Filomarino, tuvo cumplido éxito. Pues sosegados los ánimos con aquella muestra de confianza, fué nombrado y elegido Julio Genovino (era lo que se deseaba), como letrado, conocedor en la materia y consejero del pueblo, para examinar el privilegio. Pasó éste inmediatamente de las manos del Cardenal á las del poderoso pescadero, quien lo entregó al viejo solapado,

que se retiró aparte para examinarlo con detencion (1).

Entretanto, aunque se acercaba la noche, permaneció el Cardenal firme, como habia ofrecido, en el convento del Cármen. Y no perdió ciertamente el tiempo; ántes bien lo empleó dignamente en favor de sus diocesanos. Pues advertido de que estaban decretados nuevos saqueos é incendios que aquella noche debian verificarse, habló con tanto tino y resolucion á Masanielo, y exhortó con tanta uncion y celo á los más díscolos y feroces de los sublevados, que consiguió no sólo que se suspendieran aquellos actos de destruccion, sino que el mismo Masanielo le ofreciese solemnemente que no se llevarian á efecto los dispuestos para aquella noche, ni se permitirian otros en lo sucesivo, por complacer á tan buen prelado. Y mandó echar bando, prohibiendo con pena de la vida todo saqueo é incendio. Y en verdad que en aquella ocasion se portó el Arzobispo como buen caballero; pues los palacios designados para ser destruidos aquella noche eran precisamente los del duque de Maddalone y de otros nobles sus más encarnizados enemigos, y de quienes habia recibido hasta insultos personales.

Julio Genovino, ó bien porque con la adquisicion de aquel documento, falso ó verdadero, se llenaba el objeto de la sublevacion, imposibilitando el establecimiento de nuevas gabelas, ó porque empezaba á concebir celos del desmesurado poder del ignorante y zafio pescadero, ó porque, como escribe el historiador Santis, y da á entender el conde de Módena, ambos contemporáneos, estuviese ya vendido al Virey por la oferta de la presidencia de la real cámara de la Sumaria, dió por bueno el documento, despues de haber pasado largo rato en examinarlo. Y lo hizo con tanta destreza y sagacidad, que llamó várias veces á otros sublevados, tambien letrados, pero ignoran-

(1) Giraffi.—De Santis.—Raph. de Turris.

tos como para consultarles ciertas dudas, que se decidieron siempre favorablemente, cuidando él, despues de proponérselas, de llamar la atencion de los consultados á algunas manchas y señales del pergamino que lo acreditaban de antiguo, y sobre ciertos rasgos y letras que no dejaban duda de la autenticidad.

Que el viejo y astuto consejero del pueblo estaba ya de acuerdo con el Virey, á quien tambien habia hecho reservadas visitas José Palumbo (1), es casi indudable. Y habiendo sido elegido aquella mañana, á insinuacion suya, *electo del pueblo* un tal Francisco Arpaya, en reemplazo de Naclerio, el Virey se dió tanta priesa á complacerlo, que confirmó en el acto el nombramiento, é hizo en el mismo dia venir al agraciado á Nápoles, de donde estaba ausente. Habia sido este Arpaya compañero de Genovino en los motines del tiempo del cardenal Borja; por lo que habia estado muchos años en galeras, y ahora se hallaba, no se sabe cómo, de gobernador de un pueblecito junto á Aversa.

Convencido y asegurado el pueblo, con la deposicion de su fidelísimo consejero, de que era auténticamente auténtico el privilegio que le entregaba el Virey por mano del Arzobispo, mostróse muy satisfecho y dispuesto á recibirle con entusiasmo, como la corona de sus generosos esfuerzos, como la reparacion de todos sus agravios, como prenda cierta de su futura felicidad. Y aunque la noche estaba muy avanzada, permaneció el gentío en bulliciosa inquietud, llenando la iglesia, la plaza y todas sus avenidas. El Arzobispo, ufano y contentísimo del buen éxito de su mision, para completarla, al entregar al pueblo aquel documento importante, le leyó en alta voz la cédula de que venía acompañado, y en que el Virey con el refrendo del Consejo colateral ofrecia el más completo olvido de lo pa-

(1) De Santis.

sado, y en nombre del Rey el *perdon* más lato y general á cuantos hubiesen tomado parte en la *rebelion*. Estas mal escogidas palabras, á que tanto horror tenía el pueblo de Nápoles, causaron un sentimiento de indignacion que se extendió como un golpe eléctrico por el inmenso gentío, y reventó en el espantoso trueno de un universal alarido que estremeció la ciudad. Y resonando en grito unánime: «*No somos rebeldes, no necesitamos perdon; ¡viva el Rey de España, mueran los que insultan al fidelísimo pueblo napolitano!*» (1) se agitó aquel mar de vivientes en deshecha borrasca, remolináronse las turbas en la confusion de las tinieblas, retumbaron los tambores, crujieron las armas, creció la gritería. Y hubo un momento terrible de desórden y de ciega furia, en que hasta la autoridad de Masanielo fué completamente desconocida.

Al cabo los esfuerzos de éste y de otros cabos populares, las rápidas arengas de Genovino, y las voces y protestas del Cardenal, y la misma vehemencia de la excitacion, que debia hacerla pasajera, aquietaron poco á poco aquel vértigo de furor, dando lugar á nuevas exhortaciones del Prelado, que mostrando largamente su sangre fria, la conciencia de su dignidad, y el valor cívico más completo, dijo al pueblo que el duque de Arcos no habia querido ofenderlo, y que supuesto que le descontentaba la fórmula en que éste habia extendido la cédula, se concertase y dictase otra en los términos que juzgase más honrosos y convenientes, seguro de que la firmaria y sellaria el Virey. Fué, como debia ser, muy bien aceptada la propuesta; y aquietada la muchedumbre lo mejor posible, se reunieron los jefes populares y los hombres de influencia, y se acercaron al Prelado; pero no ya para extender una simple cédula de indulto, sino para convertirla en una verdadera capitulacion con la suprema autoridad: así crecen

(1) Giraffi.—Raph. de Turris.

las exigencias de los motines, á medida que se les van haciendo concesiones.

No agradó mucho al Cardenal el partido que querian sacar los alborotadores de la incauta propuesta, que habia juzgado único medio de conciliacion. Pero ya era tarde para retroceder, y aviniéndose con el nuevo compromiso, trabajó con sagacidad, secretamente de acuerdo con Genovino, para que los encargados de extender el extraño documento fueran pocos y gente no muy exagerada. Nombráronse, pues, al efecto á Masanielo, á Julio Genovino, al nuevo *electo* Arpaya, que llegó á tiempo, á dos ó tres de los jefes populares de más nota y á algunos clérigos y letrados; y presidida esta junta poco numerosa por el Arzobispo, se retiró á la sacristía del Cármen á desempeñar su encargo sin demora, extendiendo en toda forma los artículos de una capitulacion.

Vivos fueron los altercados, sobre todo cuando apareció la proposicion de que fuese entregado el castillo de Santelmo al pueblo, como rehenes y seguridad del tratado. Pues hallando casi general acogida en la junta, tuvieron que trabajar mucho el Arzobispo y Julio Genovino para combatirla. Pero manifestando este viejo sagaz que el castillo era del Rey, y que no se le podia quitar sin acto de rebelion, hizo en todos, y particularmente en Masanielo, tanta fuerza, que fué desechado el artículo casi por unanimidad. Siguió la conferencia borrascosa, y el Arzobispo-cardenal dió en ella claras pruebas de su talento, tino y sagacidad, allanando dificultades, combatiendo no pocas descabelladas exigencias, y mostrándose más amigo verdadero de los intereses públicos que los que con tan escasas luces como exageradas pretensiones, y acaso con miras sospechosas, se llamaban sus más celosos defensores.

CAPÍTULO XI.

Miéntras continuaba la junta su penoso trabajo, y despues de noche tan agitada y borrascosa, apareció la ciudad inquieta y sobre las armas al amanecer del dia 10 de Julio, cuarto de la sublevacion; y Masanielo, que mostraba actividad suma, desarrollándose en él rápidamente un instinto particular de mando, pensó, del modo que podia alcanzar su comprension, en arreglar aquellas masas, que armadas y sin objeto vagaban por todas partes. Dispuso reunirlas y revistarlas para darles una organizacion cualquiera, que á lo ménos las hiciese susceptibles de cierta obediencia, para obrar de concierto y con determinado fin. Pasó, pues, muestra general, con grande espanto de la parte indiferente ó contraria de la poblacion, que vió reunidos y armados en aquel acto más de ciento doce mil hombres. Dividiólos el caudillo popular en pelotones de quinientos ó seiscientos, con sus cabos respectivos; y de la reunion de varios de ellos formó cuerpos ó divisiones, nombrándoles jefes y dándoles bandera, y señalando á cada uno el puesto en que se debia establecer y los puntos adonde acudir en caso de alarma; trató de formar caballería, reuniendo cuantos caballos de silla y de tiro pudo recoger, y montó en carretas, tiradas por bueyes ó mulas, algunas piezas de artillería. Consiguió completamente el poderoso pescadero verificar esta organizacion en pocas horas; y deshecha la reunion, se quedó aclamado de nuevo capitan general del pueblo con un cuerpo escogido de siete ú ocho mil hom-

bres, en la plaza del Mercado, que era como su cuartel general.

Hecho este arreglo, mandó Masanielo, á pesar de sus ofertas al Arzobispo y del bando publicado la noche anterior, que se registrase de nuevo el ya saqueado palacio de Caivano, por aviso de que habia aún ocultas en él considerables riquezas. Y efectivamente se encontraron detras de unos tabiques, y fueron entregadas á la voracidad de las llamas. Y refiere Giraffi que las mujeres atizaban la hoguera, obligando á sus hijos, áun á los que llevaban al pecho, á hacerlo tambien con sus inocentes manos, maldiciendo en espantoso alarido á los que se engrosaban con la sangre de los pobres.

Otra turba fué de *motu propio* á asaltar el palacio de Maddalone, salvado la noche anterior. Pero lo halló tan bien defendido por los bravos y gente perdida, ahijada del Duque ausente, que no se atrevió á pasar adelante, contentándose con apedrear las puertas y ventanas.

Al mismo tiempo la codicia, que ya empezaba á sacar la cabeza, ó el encono de una enemistad particular, arrancó á Masanielo la órden de asaltar la casa de Cornelio Spínola. Pues aunque era notorio que, léjos de ser opresor del pueblo, habia aconsejado resueltamente al Virey, primero que no decretase el impuesto sobre la fruta, y luégo que lo aboliese sin demora, como dejamos dicho; y aunque nadie ignoraba que no habia hecho su riqueza especulando con la miseria pública, era muy rico, calidad que basta para ser perseguido en las conmociones populares; porque la envidia y la codicia, cuando se rompe el freno de las leyes, no se andan en reparos para escoger sus víctimas. Afortunadamente, avisado á tiempo el opulento genoves, tuvo modo de guarnecer su casa de valedores y amigos armados, que le hubieran á toda costa defendido, dándole espacio para poner á buen recaudo sus caudales y sus más preciosos efectos. Llegados los incendiarios, contuvieron su furia

viendo que tenian que librar un combate; y Masanielo, ó por no meterse en un nuevo empeño de mala calidad, ó arrepentido de su inconsiderada órden, ó aconsejado oportunamente por Genovino, que debia favores al rico negociante, voló en persona á contener á aquella gente y á evitar la tropelía. Contentó mucho su resolucion á la generalidad, lo que visto por el caudillo, y consultando el deseo de los mejor intencionados, dió completa satisfaccion del susto al Spínola, proclamándolo intendente general de abastos de la ciudad; aprobólo la instable y voluble muchedumbre, convirtiéndose los *mueras* y los baldones en *vivas* y en aplausos.

No asustó ménos al genoves este honor tan inesperado que el anterior insulto, aunque por distinta causa. Y se excusó de admitir el alto empleo que le conferia la sublevacion, manifestando que, por extranjero y por no ser individuo del Consejo, no podia legalmente ejercerlo. Pero insistió Masanielo en que lo aceptara, y sólo otros graves acontecimientos que vamos á referir, le libertaron del compromiso.

El poderoso pescadero, cabeza suprema del pueblo de Nápoles, no sólo atendió á organizar la fuerza sublevada, sino tambien al gobierno de la ciudad, publicando oportunos bandos de policía, cuidando del abasto de la poblacion, y dando vado á todos los negocios públicos. Hizo levantar en la plaza del Mercado un tablado, con un palco en que, acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y José Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale y del nuevo *electo* Francisco Arpaya, administraba justicia, expedia decretos, daba sentencias, oia quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad, sana intencion y recto juicio, los asuntos más graves. Con su tosca y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única

y supremo magistrado, decidiendo sin apelacion en la parte militár, civil y eclesiástica, y entendiéndose con desenfado y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiéndose todos sin réplica á su decision absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis, que ántes de pronunciar Masanielo sus acuerdos y sentencias inclinaba un instante la cabeza y se ponia la mano en la frente, como para reflexionar, pero realmente para poder oir al consejero. Y que un dia que para darse más importancia (pues aunque ignorante sabía más por instinto la charlatanería é impostura necesaria en su posicion) dijo á los circunstantes: «*Pueblo mio, aunque nunca he sido soldado ni juez, para poder regir con acierto, me inspira el Espíritu Santo;*» le contestó un chusco: «*Di que te inspira el Padre Eterno*,» aludiendo á Genovino, viejísimo, calvo y con gran barba blanca.

Cerca del mediodía fué terminada en la iglesia del Cármen la capitulacion, que debia ser leida al pueblo para que la aprobase. Y el Cardenal envió á un su hermano, fraile capuchino, á Castilnovo, para dar parte de todo lo ocurrido al duque de Arcos, y exhortarle á no oponer una resistencia inútil á las nuevas exigencias. Este le contestó que en cuanto fueran aprobados por el pueblo los artículos de la avenencia, les daria su sancion. Y entre tanto le envió una pragmática en toda forma, revalidando el privilegio de Cárlos V, alzando todas las gabelas y concediendo indulto completo, sin usar de las palabras *perdon* y *rebelion*, que tan mal efecto habian causado, y acompañada de un billete de su puño, pidiendo al Prelado que publicara aquellos documentos en forma pontificia (1).

Con tan buen despacho, y creyendo el Arzobispo llegado ya el deseado fin de tanto desconcierto, avisó á Masanielo

(1) Véase el apéndice al fin de la obra, núm. 2.

que reuniera el pueblo en la plaza del Mercado, para oir los artículos acordados que debian luégo presentarse á la aprobacion del Virey, y para publicar solemnemente el privilegio y la pragmática. El jefe popular dió inmediatamente sus órdenes para que á las dos de la tarde concurriesen en la plaza los cabos de barrio, con parte de su fuerza bien armada y provista, dejando el resto sobre las armas en sus respectivos puestos.

Llegada la hora se llenó la extensa plaza del Mercado de un inmenso gentío, que acudió ansioso á ver el desenlace de aquel espantoso drama, y el fin anhelado de tan violenta situacion. Y al cabo de corto rato, la llegada de unos trescientos bandidos forasteros á caballo y armados completamente causó general inquietud. Esta aparicion inesperada sorprendió tanto á Masanielo como á la turba. Pero Domingo Perrone lo aquietó, diciéndole que era gente suya y de toda confianza, que venía á reforzar al pueblo y á ayudarle en su empresa. Y esta misma explicacion la hizo correr de boca en boca por la multitud. No satisfizo mucho al pescadero, y quiso disponer que se les acuartelara, y sobre todo que dejasen los caballos, porque incomodaban con ellos al gentío. Mas Perrone le aseguró de tal modo, haciéndoles echar pié á tierra, que al cabo los bandidos se mezclaron con el pueblo, y áun algunos de ellos entraron en la iglesia del Cármen, donde no faltaba concurrencia, so pretexto de rezar á la Vírgen.

Entró Masanielo en el convento para avisar al Arzobispo de que ya esperaba el pueblo impaciente la lectura de los capítulos y la publicacion del privilegio; y estaba en la sacristía concertando con el Prelado el modo de verificar uno y otro, cuando Perrone, pálido y alterado le hizo de léjos seña, llamándolo hácia el presbiterio, como para darle algun aviso urgente. Salió Masanielo presuroso al sitio adonde le llamaba su teniente y amigo, y la detonacion de un tiro de arcabuz, cuya bala pasó silbando sobre

su cabeza, atronó el templo: «*¡traicion! ¡traicion!*» gritó el jefe popular, y otros cinco arcabuzazos le respondieron, sin que lograran herirle; Perrone habia desaparecido. Y puesta ya en confusion la turba que ocupaba la iglesia, creció en los que acudieron al ruido de las descargas, conmoviéndose la plaza toda. Y en cuanto se divulgó instantáneamente lo ocurrido, revolvió la indignada muchedumbre contra los bandidos. Estos pensaron al pronto en resistir, y disparando sus armas fueron contestados con las del pueblo, creciendo la confusion y la gritería; corta fué la pelea. Furioso el pueblo destrozó sin piedad á los forasteros, haciendo en ellos una terrible carnicería. En vano apelaron aquellos miserables á la fuga, sin provecho buscaban un asilo. Ni la inmunidad del templo, ni la santidad del altar, ni la veneranda imágen de la Vírgen les sirvieron de amparo. Más de treinta fueron hechos pedazos en la iglesia misma, sobre las gradas del presbiterio, inundando con su sangre el pavimento de naves y capillas. Los que huyendo de la matanza á la plaza, donde habia ya más de ciento y cincuenta cadáveres, se refugiaron al convento forzando la portería, corrieron la misma suerte; tres fueron despedazados en la sacristía, uno de ellos bajo el sillon mismo del Arzobispo, y oculto con las pontificales vestiduras. Domingo Perrone, descubierto ya que era el alma de la conjuracion, y que se habia escondido en una celda, murió á cuchilladas bajo el manto de un religioso carmelita, que con valor denodado lo defendió primero, y luégo con fervor religioso le ayudó á bien morir, teniendo en seguida, para salvarse del furor popular, que abrazarse con la imágen de la Vírgen. Un hermano de Perrone fué muerto de un pistoletazo. Y seguia por todos lados la matanza y el encarnizamiento en los bandidos refugiados en las casas contiguas, donde eran buscados con ánsia, y lo mismo los que más léjos se escondian: su exterminio era irrevocable. Muchos aún procuraban el asilo del convento, donde

corrian su miserable suerte en brazos de los religiosos que con los crucifijos en las manos y las palabras del Evangelio en la boca, confesaban á unos, absolvian á otros, intercedian por ellos, y áun se predicaban á sí mismos y se confortaban para la muerte, viéndose tan expuestos á ser víctimas del ciego furor popular.

El Cardenal-arzobispo se portó del modo más digno y heroico, conteniendo á unos, amparando á otros, dando la absolucion á los moribundos, y volando adonde creia ver víctimas que salvar, sin curarse del silbido de las balas ni de los reflejos de los puñales. En medio de la confusion llegó perseguido y ya herido á ampararse de sus rodillas un tal Antonio Grasso, jefe popular, amigo de Perrone y cómplice en aquella conjuracion, y pidió la vida para hacer revelaciones importantísimas. Logró así dilatar su triste fin algunos momentos, y en ellos declaró que los bandidos habian venido por órden y disposicion del duque de Maddalone y de su hermano D. José Caraffa, de acuerdo con él y con Perrone, para matar á Masanielo y apoderarse de la ciudad; con cuyo objeto nuevas tropas de facinerosos estaban emboscadas cerca y llegarian al anochecer. Esta declaracion de Grasso voló de boca en boca, mas tan desfigurada como siempre acontece y tan monstruosamente acrecentada, que acabó por asegurarse y por creerse que este conjurado habia descubierto estar minada toda la plaza del Mercado, sus alrededores y el convento del Cármen, y soterrados ya veintiocho barriles de pólvora para exterminar de un solo golpe al pueblo todo. Y esta especie, aunque tan inverosímil y de casi imposible ejecucion, aumentó el furor de las turbas, y no faltó escritor contemporáneo que la refiriese como cierta (1).

Terminada tan sangrienta carnicería, profanado el templo, cubierta la tierra de arroyos de sangre, turbia la at-

(1) Giraffi.

mósfera con el humo de los arcabuces y con el polvo de la brega, y asordada con los alaridos de los moribundos, los gritos de venganza insaciable y la algazara del agitado gentío, fueron cortadas las cabezas de los bandidos muertos, y colocadas por órden de Masanielo en unas pertigas alrededor del Mercado; y los cuerpos, arrastrados hasta los barrios más lejanos por los muchachos y las mujeres, desaparecieron en los fosos y cloacas; dejando en las calles regueros de sangre y algunos miembros despedazados, de que se encargaba la voracidad de los perros.

CAPÍTULO XII.

Grande y justa era la indignacion general contra el duque de Maddalone, autor del horrible atentado, que habia impedido la deseada avenencia, estremecido la ciudad, y lanzado al pueblo en la peligrosísima carrera de sangre y de matanza que lleva sólo á la perdicion. Y grande era el rencor y el deseo de venganza que ardia en el corazon de Masanielo, cuya salvacion atribuia ya el vulgo supersticioso á milagro de la Vírgen; propalando que las balas se habian detenido y aplastado, sin causarle daño alguno, en el escapulario del Cármen que llevaba al cuello.

Concluido el estrago de los bandidos y el de muchos otros, acaso inocentes, que se sospecharon ser sus amigos y valedores, y aprisionados otros muchos más por recelo de que les eran adictos, se derramaron armados pelotones por la ciudad, sus arrabales y sus alrededores, para seguir descubriendo y matando fugitivos, é impedir que se acercasen nuevos invasores. Muchos fueron encontrados y muertos, y enviadas sus cabezas á adornar con las otras la plaza del Mercado.

La masa popular y su caudillo Masanielo, en lo que más empeño tenian era en haber á las manos al duque de Maddalone. Y cuando furiosos grupos le buscaban infatigables, corrió la noticia de que estaba escondido, y era verdad, en el convento de San Efren, de PP. Capuchinos. Dirigióse allá la indignada muchedumbre; pero el Duque, advertido a tiempo, vestido de fraile se puso en salvo, y tomando

luégo un caballo huyó á Benevento. Furioso el pueblo por su evasion, revolvió contra su palacio, donde mató algunos dependientes y lo quemó y destruyó todo. Pero por órden del pescadero se conservaron cuidadosamente las joyas, telas y vajillas que se hallaron emparedadas (1).

Súpose despues que aquella mañana se habia visto á caballo en un barrio excusado á D. José Caraffa, hermano del Duque y su cómplice en el atentado de los bandidos, acompañado del prior de la Roccella, de quien dejamos hecha mencion en esta historia, y que se habian ambos ocultado luégo en el convento de Santa María la Nueva. Más de cuatro mil sublevados volaron iracundos á buscarlos y descubrirlos á toda costa. El rumor de las turbas avisó á los refugiados. Y el Prior trató de convencer á su amigo de cuánto importaba dejar aquel asilo y buscar otro más seguro. Pero Caraffa, arrastrado por la fuerza de su destino, se obstinó en permanecer allí y dejó salir solo al Prior, que con buena fortuna consiguió ocultarse en casa de un tintorero, donde no pudieron dar con él. Asaltado el convento, escondieron los frailes á D. José, miéntras que fueron inhumanamente despedazados dos de sus gentiles-hombres. Crecia el apuro á medida que la gente iba franqueando por la fuerza la entrada del edificio; y entónces discurrió Caraffa escribir al Virey á Castilnovo cuatro letras pidiéndole que tirase algunos cañonazos hácia aquel sitio para espantar y contener al pueblo. Confió este billete á un lego que se encargó de entregarlo en pocos minutos, y que lo escondió en las sandalias. Mas fué detenido, descubierto y maltratado, redoblándose el furor de los sublevados con la certeza de que allí tenian á la víctima que tan ansiosos buscaban. En tal conflicto, rogó el P. Juan de Nápoles al escondido que huyese, porque ya el pueblo lo invadia y escudriñaba todo, sin respetar, no ya

(1) Giraffi.—De Santis.

la calidad de religiosos, sino tampoco los sepulcros, ni los camarines, ni los sagrarios. Decidióse al cabo á la fuga el caballero, disfrazado con un hábito de capuchino, y se descolgó por una claraboya del coro á espaldas de la iglesia, y atravesando un corralon y un almacen de seda, salió á una estrecha callejuela y entró en la casa de una mujer perdida, á quien ofreció una gruesa suma por el secreto. Pero ella, ó por temor del populacho, ó por otra causa, despues de esconderlo debajo de su cama, corrió á avisar á los que le buscaban. Un tremendo alarido de furibunda alegría lanzó la turba al ver en sus manos al hermano del duque de Maddalone. Y arrastrándole vengativo de un lado á otro, cargado de duros golpes y de groseros insultos, lo llevaron por várias calles como para dilatar su agonía. Aquel ilustre y desventurudo caballero, tan orgulloso y tan altivo ántes, pedia ahora con dolorosos acentos misericordia, prodigaba humillaciones á sus verdugos, ofrecia gruesas sumas por su rescate. Todo en vano, pues al llegar á la plaza del Ceriglio, entre la gritería general de *matadlo, matadlo*, recibió dolorosas puñaladas, hasta que un mancebo, hijo de un carnicero, con la cuchilla de la carne le cortó de un solo tajo la cabeza. Al verla rodar por el suelo «fué universal el aplauso, dice Giraffi, como si hubiera sido la del bárbaro Otomano.» Un hombre del pueblo se arrojó á morderle un pié, diciendo se lo iba á comer, porque pocos dias ántes se lo habia tenido que besar (1). Opusiéronse los circunstantes á tal atrocidad. Pero recordando que se habia asegurado, cuando ocurrió el disgusto del año anterior entre la nobleza y el Arzobispo, por la procesion de San Genaro, que el Caraffa le habia dado en lo acalorado de la disputa un puntapié al Prelado, le cortaron el pié derecho. Y ensartándolo con la cabeza en una pica, llevaron aquel trofeo con gran algazara á la plaza del Mer-

(1) De Santis.

cado, habiéndole puesto un cartelon que decia: *Este es don José Caraffa, traidor á la patria y al fidelísimo pueblo.*

Presentados estos despojos á Masanielo, los contempló con bárbara complacencia, dió golpes con una varita que tenia en la mano á la desfigurada cabeza, le tiró de los bigotes, le dirigió groseros insultos y horribles sarcasmos, y mandó colocarla con las otras infinitas que adornaban su cuartel general (1), poniéndole para más escarnio una corona de papel dorado. Y en seguida (pues le gustaban las peroratas al pescadero) arengó al populacho sobre lo inexorable de la justicia divina, que tarde ó temprano castiga al malvado. Concluido el discurso, entendió en que se colocasen con más órden y simetría las cabezas que circundaban la plaza, y de que á cada paso llegaban frescas remesas. Mandó recoger y traer allí el destrozado cuerpo de Caraffa, y lo colocó atravesado sobre una viga. La cabeza y el pié, colocados en una jaula de hierro, los mandó llevar á la puerta de San Genaro, inmediata al arruinado y desmantelado palacio del duque de Maddalone, y ofreció al que le trajese vivo á este personaje ochocientos escudos, y cuatrocientos al que se le presentase muerto (2).

Pero no cesaba la conmocion popular. Armados pelotones, donde no faltaban niños y mujeres, recorrian la ciudad buscando bandidos ó partidarios de ellos, y con este pretexto saciando cada uno sus particulares venganzas. Los gritos de *¡muera, muera!* resonaban por todas partes. Cuerpos destrozados yacian aquí y allí esparcidos; sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos. Nada habia seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos. Nunca se habia mostrado, hasta aquel triste dia,

(1) Como se ve en un cuadro que existe en el museo de Nápoles, del pintor de aquel tiempo Mico Spadaro.
(2) Donzelli.—Giraffi.—Agnello della Porta, MS.

en toda su atroz fealdad tan horroroso desórden.—Ni la vida de Masanielo estaba á cubierto. Desde en medio de la confusion le dispararon dos tiros de arcabuz, que tampoco le hirieron, y fué imposible saber quién los habia disparado.

Gran temor causó esta ocurrencia al supremo jefe popular, y el peligro propio le obligó á poner todo su conato y á emplear sus esfuerzos todos en sosegar lo más pronto posible aquella indomable agitacion. Se lanzó decidido en medio de las furiosas turbas, buscó y reunió á sus partidarios, aunque despues de la reciente traicion de Perrone desconfiaba de todos, y logró al cabo hacerse oir, y poco despues hacerse obedecer, dictando severas medidas para restablecer el órden é imposibilitar nuevas tentativas contra su persona. Aumentó la talla por la cabeza de Maddalone, que era la fantasma que le perseguia. Mandó, so pena de la vida, que nadie usase capa ni luengas vestiduras, para que no pudieran ocultarse armas bajo el ropaje. Y fué tan exactamente obedecido, que hasta el cardenal Filomarino y todos los eclesiásticos vistieron al momento de corto, y las mujeres mismas llevaban recogido á media pierna el faldamento. Prohibió, con pena de muerte, que se saliera sin permiso suyo de la ciudad, y que entrase en ella nadie que no trajese vituallas para el abasto público, y esto despues de bien reconocido y registrado en las puertas. Mandó que todos sus partidarios pusieran una señal convenida á la puerta de sus casas. Y dispuso terminantemente cortar los víveres á los castillos, y romper los caños y acueductos que los proveian de agua. Publicó bando para que todos los vecinos iluminasen sus casas por la noche. Ordenó que en las plazas se encendiesen grandes hogueras; dedicó la noche toda á abrir zanjas y levantar barricadas y reparos en los puntos más importantes, para evitar una sorpresa. Y tomó las más rigurosas medidas para que no faltase agua á la poblacion, conster-

nada de nuevo con la noticia vaga de que un bandido, ántes de morir, habia declarado que estaban envenenadas las fuentes de la ciudad (1).

El duque de Arcos, estuviese ó no de acuerdo con Maddalone, quiso en un principio mandar romper el fuego al castillo de Santelmo y disponer una salida. Mas cuando vió errado el golpe de los bandidos, temió exacerbar al pueblo triunfante, capaz ya de todo en aquellos momentos de exaltacion. Y escribió un curioso billete al cardenal Filomarino, mostrándose muy disgustado de lo ocurrido, encargándole que entregase al pueblo los bandidos que pudiera haber á la mano, pues él haria lo mismo, y rogándole anudase á toda costa las negociaciones (2).

El Cardenal, en cuanto empezó á calmarse la agitacion, volvió sin pérdida de instantes á poner en juego sus recursos. Y aunque las circunstancias habian empeorado mucho y los ánimos estaban harto encendidos, llegó á proponer á Masanielo, que le miraba siempre con veneracion profunda y con religioso respeto, que se enviaran al Virey los artículos para que los aprobase; y conseguido el objeto que se proponia el fidelísimo pueblo, se restableciese la calma en la ciudad y se repusiese su vecindario de tantos sustos y desventuras.

Muchos de los jefes de la sublevacion, acalorados con lo ocurrido, se oponian vigorosamente á seguir ningun trato con el Virey, proclamando guerra á muerte contra la nobleza y los españoles. Pero los consejos de Genovino, que además de estar ganado empezaba á temer el progreso indomable que iba tomando la conmocion, y veia á Masanielo desconfiado é indócil emanciparse de su influencia, consiguieron templar los ánimos, lo bastante para dar oidos á los que predicaban paz. Y el prestigio del Arzobis-

(1) Giraffi.—De Santis.—Capecelatro, MS.

(2) Véase el apéndice al fin de la obra, núm. 9.

po, fundado en gran parte en su conocido odio á la nobleza y en su poca deferencia por el Virey, y áun por el Gobierno español, logró dar entrada á la razon y convencer á todos, de modo que se resolvió finalmente el enviar á Castilnovo los artículos acordados, y que las tristes ocurrencias del dia habian impedido que fueran públicamente leidos.

Eligióse para mensajero á un clérigo, sobrino de Palumbo, y muy zafio y muy presumido, que se llamaba D. José Fattoruso, acérrimo partidario de las más extravagantes exigencias del populacho. Presentóse á prima noche este negociador al Virey, quien cuidó de halagar su vanidad recibiéndole magnificamente y con toda ceremonia. Y reuniendo el Consejo, y llamando á todos los secretarios de decretos, mandó sacar várias copias de los artículos, discutiéndolos al mismo tiempo ligeramente, y aprobando luégo su contenido. El clérigo era quien dictaba, por no soltar el original, con una prosopopeya ridícula y con un tono tan de suficiencia, que á pesar de lo serio de las circunstancias provocaba la risa de los circunstantes. Cuando llegó al artículo en que se exigia la igualdad de votos y de prerogativas del pueblo y de la nobleza en los *sediles*, un caballero de alta jerarquía manifestó alterado, que aquello era mucho pedir, y que no se podia consentir en ello. Y levantándose con furia muy cómica el cleriguillo, dijo en tono decisivo: «*Señor mio, así lo quiere Masanielo.*». Y el Virey, conteniendo con una severa mirada al opositor, contestó: «*Sí, señor, muy bien, cúmplase el gusto del Sr. Masanielo*» (1). ¡Tan apuradas andaban las cosas! Con esto se calmó Fattoruso, quedó convenida la capitulacion, y se creyó que al nuevo dia quedaria definitivamente arreglada la ciudad.

Terrible fué aquel dia para el duque de Arcos, pues no

(1) De Santis.

sólo le pusieron en cuidado la ferocidad del pueblo, la audacia de los sublevados y los espantosos sucesos que á su vista habian ocurrido, sino tambien las noticias de que la insurreccion cundia rápidamente por el reino, aunque con diferentes formas. En Sorrento habia habido graves conflictos y alborotos, quedando el pueblo triunfante. En Salerno habia sido atropellada la autoridad, y se habian abolido todas las gabelas. En Aversa empezaban con sangre los disturbios. En Abruzo, Puglia y Calabria reinaba la mayor confusion. Ya empezaba á conocer el ántes terco y luégo perplejo Virey que corria grave riesgo la fidelidad y dependencia de aquel importantísimo Estado, conducido con sus desaciertos y con las inconsideradas exigencias de Madrid al último grado de desesperacion.

CAPITULO XIII.

Con el nuevo dia, que fué el 11 de Julio, prosiguieron activamente las obras de fortificacion en los barrios; se enviaron gruesas partidas á caballo para hacer la descubierta; salieron nuevos emisarios á extender el odio á la nobleza y á los españoles, y se aprestaron más piezas de artillería. Tambien se redoblaron las pesquisas para buscar á los bandidos que áun pudieran estar ocultos en la ciudad; y sobre todo para descubrir y haber al duque de Maddalone, blanco del odio encarnizado del pueblo y de la sed de venganza de su caudillo.

Publicóse un bando obligando so pena de la vida á los nobles á que enviaran á alistarse en la tropa popular á todos sus criados y dependientes, con caballos, armas, municiones y asignacion. Muchos lo ejecutaron inmediatamente; otros se excusaron con la notoria pobreza á que la sublevacion los habia reducido, manifestando que no tenian más que su persona y su espada, no admisibles entónces por sospechosas.

Puso Masanielo precio cómodo á los comestibles. Y porque en el dia anterior habia habido violencias, cuyo temor mantenia cerradas las tiendas, y retraidos á los trajineros, dispuso la publicacion de un bando en forma regular, prohibiendo con pena de muerte todo insulto y molestia á los puestos de comestibles, y á los que se dedicaban á abastecer la ciudad; mandando á los capitanes de barrio no permitiesen separarse de ellos á ningun individuo armado, y condenando, en fin, á la pena de traidores á los que

incendiaran, saquearan ó causaran daño á los pacíficos habitantes.

Cuando entendia en estos arreglos, le avisó una mujer que habian visto al duque de Maddalone á caballo en la Arevela, casal inmediato; mandó Masanielo gratificarla con cincuenta escudos, y doblando la talla por la cabeza del Duque, envió á buscarlo al punto indicado una tropa de gente montada. Fué en vano la diligencia; estaba ya en salvo, y sólo hallaron á dos criados suyos y á su barbero; los cuales tres infelices, insultados, golpeados y heridos, fueron llevados con gravísimo peligro de la vida á la plaza y presentados al jefe popular. Hízoles éste reiteradas preguntas sobre el paradero de su amo. Pero, ó por ignorarlo verdaderamente, ó por honrada fidelidad, se mantuvieron firmes en que nada sabian. El pueblo quiso hacerlos pedazos, pero Masanielo consiguió impedirlo, y los dejó ir en libertad. Lo mismo hizo con dos caballeros, que por querer huir de la ciudad, saliendo de ella sin permiso, habian incurrido en la pena de muerte. Llevados ante su tribunal los declaró libres de todo cargo, y les dió un pase para que fueran donde les pareciese. No fué tan afortunado un panadero acusado de haber dado el pan falto. Le hizo confesar en el acto por un fraile y cortarle la cabeza por el verdugo.

Ciertamente era tan grande, como aseguran todos los autores contemporáneos, el instinto de órden y de gobierno que manifestaba Masanielo, tan extraordinario el prestigio de su presencia y de su nombre, tan absoluto el dominio que ejercia en las turbas, que los hombres más ilustrados de Nápoles, y el mismo cardenal Filomarino, estaban atónitos y pasmados, dando márgen á la ignorancia para creerlo inspirado. Y se esparcieron mil ridículos cuentos y patrañas aplicándole frases de la Escritura (1). Y

(1) Giraffi.

hasta lo creyeron San Juan Bautista, segun refiere una curiosa carta de aquel tiempo, que original hemos visto (1).

Las noticias de lo ocurrido en Nápoles llegadas á Roma pusieron en agitacion al Papa y sus ministros, excitados diestramente en contra por el conde de Oñate, embajador español; y secretamente en favor por el marqués de Fontenay Marcuil, que lo era de Francia. Y entretanto que aquél exigia del Padre Santo órdenes terminantes para el Cardenal-arzobispo y para todo el estado eclesiástico del revuelto reino, mandándoles ayudar al Virey y procurar por todos los medios imaginables acabar con la sublevacion, éste oponia obstáculos y dilaciones en que se expidiesen. Y conociendo la oportunidad para sustraer del dominio español tan rico é importante Estado, envió secretamente á Nápoles emisarios que acaloraran la conmocion, y que si era posible la dirigiesen en el interes de la casa de Francia, que tanto anhelaba rehacerse con la posesion del reino de Nápoles.

El fidedigno historiador Tomás de Santis refiere que en un dia de confusion popular se acercó á Masanielo várias veces un hombre desconocido disfrazado de mujer, que con acento extranjero le dijo: que la suerte le ofrecia una buena corona, si tenía habilidad para procurarse la alianza de alguna nacion poderosa; con otras frases para animarlo á no desperdiciar la ocasion que la fortuna le presentaba. Y que Masanielo, sin hacerse cargo alguno, le contestó rudamente que no queria más corona que la de la Vírgen, ni más fortuna que librar al pueblo de las gabelas; volviendo luégo á sus banastas y á vender pescado por la ciudad. Este acontecimiento, y las noticias que unos barqueros de Prócida llegados de Roma trajeron de que habia allí un Príncipe frances que se interesaba mucho por Masanielo y por los napolitanos, y várias especies que de-

(1) En un códice de la librería del príncipe de San Giorgio.

cuando en cuando circulaban por los corrillos sobre la necesidad de apoderarse de las fortalezas, de hacer guerra á muerte á los españoles y de pedir socorro á los franceses, especies que, en honor de la verdad, siempre eran rechazadas por la muchedumbre, combatidas por Genovino, y consiguientemente por Masanielo, prueban evidentemente que agentes secretos de Francia empezaban ya á trabajar de concierto aprovechando la oportunidad.

Estos incidentes de que llegaba la noticia tal vez abultada á Castilnovo, y el ver que aunque aprobadas ya las capitulaciones, avanzaba el dia sin arreglarse nada, y que proseguian con actividad las obras de fortificacion, creciendo en consistencia el levantamiento con los nuevos decretos y disposiciones gubernativas del caudillo popular, traian inquieto al Virey. Y envió mensajeros al Cardenal, con una carta en que le pedia que apresurase la publicacion de los capítulos acordados, porque toda dilacion podia perjudicar al servicio del Rey, y aumentar los desastres de la ciudad (1). El Prelado, conociendo tambien la gravedad de las circunstancias y lo peligroso de las dilaciones, habló á Masanielo, requirió á Genovino, y puso en juego su autoridad personal para que no se retardase el dar cuenta al pueblo de la capitulacion, con lo que debian volver las cosas á su estado normal. Y así que vió todo preparado y dispuesto convenientemente, envió á Castilnovo á su maestre de cámara, para anunciar al Duque que iba á cumplirse su deseo. Contestóle el Duque con un billete manifestándole su satisfaccion, y que se ponia para todo en sus manos (2).

Ya estaba convocado el pueblo para hora determinada en la plaza del Mercado, donde debian publicarse en toda forma el privilegio, la pragmática y la capitulacion, de-

(1) Véase el apéndice núm. 4.
(2) Véase el apéndice núm. 5.

biendo volver en seguida á ejercer la suprema autoridad el Virey, y deshacerse completamente el alboroto y la reunion popular, por haber llenado su objeto, cuando un nuevo incidente vino á turbar los ánimos, y á poner en duda la buena fe de los convenios. Y fué que las galeras de Nápoles que estaban en Gaeta, mandadas por Giannettin de Doria, aparecieron en el golfo, navegando con próspero viento hácia el fondeadero. Puso su vista en grande temor al pueblo, y á Masanielo en cuidado. Lo que advertido por el diligente Filomarino, envió á toda priesa al castillo á su teólogo consultor, para rogar al Virey que las hiciese retroceder inmediatamente. Éste, conociendo y apreciando las circunstancias, contestó por escrito al Prelado (1), incluyéndole la órden para detener las galeras y ponerlas á la disposicion del pueblo.

Tranquilizados los ánimos de todos con esta prueba de buena fe, y satisfecho Masanielo, envió en una lancha órden á Doria para que virase en redondo, y se mantuviese á una milla del puerto. Fué al instante obedecido, y con la misma lancha mandó Doria á tierra uno de sus oficiales para saludar en su nombre al jefe popular. No admiró poco al marino el aspecto del pueblo, y más que todo la juventud, facha, rudeza y miserable traje del pescadero, á quien trató de ilustrísima, como ya lo hacía el mismo Virey. Recibiólo Masanielo con cómica gravedad; y como el recien llegado le pidiese permiso de desembarco para el General y algunos víveres de refresco, nególe lo primero, encargando que ni un solo hombre viniese á tierra, y concedióle lo segundo, mandando enviar á bordo inmediatamente cuatrocientas hornadas de pan, pipas de vino y otras vituallas.

Arreglado este negocio, se dispersó el pueblo, miéntras llegaba la hora de la lectura de los capítulos, á proseguir

(1) Véase el apéndice, núm. 6.

(á pesar de los bandos y prohibiciones, dados más *pro formula* que para que se obedeciesen) en los incendios y saqueos; y por cierto que no campeaban ya en ellos el desprendimiento y el horror al robo, que en otra ocasion elogiamos (1). Fueron, pues, quemadas y robadas aquella mañana las casas del presidente Fabricio Cennamo, de Vicente Cuomo, y de otros pudientes. Y nacieron disputas y riñas muy sérias sobre el reparto de los despojos.

Al cabo, hechos los preparativos y llegado el momento, se verificó la deseada publicacion y lectura de los capítulos del convenio (2) en la iglesia del Cármen con toda solemnidad. El Arzobispo, bajo un dosel levantado delante del altar mayor, presidió el acto, estando á sus lados de pié Masanielo, Palumbo, Genovino y Arpaja; la iglesia atestada, y la plaza llena toda de apretado gentío. El privilegio, la pragmática y la capitulacion fueron leidas desde el púlpito, y publicadas á són de trompeta y con todas las formalidades de estilo por un notario público. Acabada la ceremonia, subió al púlpito Genovino, arengó al pueblo felicitándole por su triunfo, y propuso que se cantase un *Te-Deum*. Y entonando él mismo el primer versículo, siguiólo todo el pueblo acompañado del órgano de la iglesia. Gran entusiasmo causó esta solemnidad; y aunque no faltaban semblantes pálidos y descontentos de los que sentian tuviesen término los desórdenes, la generalidad estaba satisfecha y repetia alegres vivas al Cardenal, á Masanielo, y tambien al Virey.

Este, en cuanto recibió aviso del buen éxito del acomodo, se trasladó del castillo á palacio, y envió á su capitan de guardias, D. Diego Carrillo, á dar gracias á la ciudad, recorriéndola toda á caballo, y á invitar á Masanielo á venir á verlo y á recibir mercedes. Asustóse el pescadero

(1) De Santis.
(2) Véase el apéndice, núm. 7

con el convite, y preguntó sobresaltado al Arzobispo si serian cadenas y horca las mercedes que le esperaban (1). Le tranquilizó el Prelado, dándole grandes seguridades y aconsejándole no retardara la visita. Él, sin embargo, quiso consultarlo con el pueblo, y vió que la opinion general era que debia ir á Palacio, con que se resolvió á hacerlo. Pero no queria separarse del Cardenal, con quien quiso con gran empeño confesarse ántes. Mas aquél le dijo que no era necesario, y que cuando todo estuviera tranquilo tendria tiempo de hacerlo más despacio y con mejores auspicios; y le aconsejó que para ir á ver al Duque mejorara de traje, vistiéndose no sólo decentemente, sino como convenia tanto á su carácter de capitan general del pueblo como al decoro de la suprema autoridad á quien iba á presentarse. Rehusó Masanielo el dejar sus harapos, pero impelido, segun él mismo dijo, por el Arzobispo hasta con pena de excomunion, se puso un magnífico vestido de tela de plata, obligando á su hermano, más jóven que él y de la misma condicion, á mejorar de ropa. Y como se vistió delante de todos en medio de la plaza, manifestó lo demudado, desencajado y flaco que se habia puesto en solo cinco dias que llevaba de no comer, dormir ni sosegar, pues parecia un esqueleto, como dice Giraffi, y apénas podia moverse ni tenerse en pié, de decaimiento y debilidad.

(1) Giraffi.

CAPÍTULO XIV

A media tarde el Arzobispo en su carroza, llevando á un lado á Masanielo lujosamente ataviado y en un hermoso caballo tordo con rico caparazon y vistoso penacho, al otro al *electo* Arpaja, tambien á caballo, y detras en una silla de manos á Julio Genovino, y seguido de todo el pueblo con aplauso universal, partió de la plaza del Cármen y se dirigió á Palacio. La carrera estaba recien barrida y regada, adornada con ricas colgaduras, henchida de gente; reinaba gran órden en el bullicio, y las campanas á vuelo publicaban la alegría de la ciudad. Precedia á esta procesion un trompeta, que tocaba, y gritaba en seguida: «*¡viva el Rey! ¡viva el fidelísimo pueblo!!*» Y como una voz añadiese de motu propio «*¡viva Masanielo!*» éste, indignado, arremetió á él, le asió de los cabellos y le quiso matar (1).

Al llegar á la plaza del Castillo, habia crecido tanto la concurrencia, que era imposible abrirse paso, por lo que tuvo que detenerse la procesion en Fontana-medina. Allí el capitan de la guardia del Virey llegó á caballo y sin armas al encuentro de Masanielo para saludarlo en nombre del Duque, y manifestarle el placer con que iba á ser recibido. El pescadero oyó la embajada con gravedad y casi altanería, y contestó pocas palabras, discretas y oportunas; pues el poder supremo, aunque de pocos dias, da á veces temple á los más humildes, y tono elevado áun á los más

(1) De Santis.

zafios y miserables. En seguida ocurrió una curiosa escena, cuya relacion vamos á traducir literalmente del ingenuo cronista Alejandro Giraffi, que parece la presenció, y que conserva en su pluma la fisonomía de la época, y el sello de las circunstancias.

Dice, pues, aquel contemporáneo escritor: «Parándose Masanielo, y haciendo seña al pueblo, que ascendia ya al número de veinte mil almas, de que no pasara adelante, en un punto, con increible silencio, quedó muda é inmóvil aquella innumerable muchedumbre. Púsose luégo Masanielo de un salto en pié sobre la silla de su caballo, y con alta y amorosa voz dijo: «¡Pueblo mio! gracias sean dadas »á Dios con eternas voces de júbilo por la antigua libertad »reconquistada. ¿Quién de vosotros creeria tal cosa? Parece »un sueño, una fábula, y veis que es verdad, que es un he»cho. Infinitas gracias demos á la beatísima Vírgen del Cár»men, y despues á la paternal benignidad del Emmo. señor »Cardenal nuestro pastor. Vamos, pueblo mio, ¿quiénes son »nuestros amos?... Responded conmigo: Dios y la Vírgen »del Cármen.» Y el pueblo lo repetia. «El rey Filipo (pro»seguia Masanielo), el cardenal Filomarino y el duque de »Arcos.» Y el pueblo con inmediato y conforme eco reproducia las voces de su general. Hizo éste breve pausa, sacó del pecho los privilegios del rey D. Fernando y del emperador Cárlos V, con las nuevas pragmáticas firmadas por el Virey, Colateral y Consejo de Estado, y con más alta voz continuó:—«Ya estamos libres de todo im»puesto, ya descargados de tanto peso. Ya están quitadas »y abolidas todas las gabelas. Ya se nos ha restituido »aquella cara libertad que nos concedió el rey Fernando »de feliz memoria, y que nos confirmó el emperador Cár»los V. Yo nada quiero, ni nada pretendo más que la pú»blica felicidad. Muy bien sabe el Emmo. Cardenal-arzo»bispo mi recta intencion, pues se la he dicho y redicho »mil veces con juramento. Y tambien sabe que al princi-

»pio de nuestros justos resentimientos, por el deseo que »tenía su Eminencia de ver quieto al pueblo, me ofreció »con generosidad régia doscientos escudos al mes de su »propio bolsillo, por todo el tiempo de mi vida, con tal que »no fuésemos adelante en nuestras pretensiones, tomando »á mi cargo el poneros de acuerdo lo mejor y más breve»mente posible: la cual oferta rehusé siempre, dándole in»finitas gracias. Tambien sabe que si no me hubiera visto »apretado una hora hace por su Eminencia con el tenaz »vínculo de un precepto, y atemorizado por el espantoso »rayo de la excomunion, para ponerme el vestido que lle»vo, jamás hubiera dejado mis ordinarios harapos de ma»rinero; porque tal nací, tal viví, y tal pretendo vivir y »morir. Despues de la pesca de la pública libertad, que la »haré en el tempestuoso mar de esta ciudad afligida, vol»veré á la otra antigua, y á vender pescado, sin reservar»me para mi casa ni un alfiler. Os ruego, pues, ya que nin»guna otra cosa os pido, que cuando yo muera me rece »cada uno de vosotros un *Ave María*. ¿Me lo ofreceis?—Sí, »sí, respondieron universalmente todos; lo haremos con »mucho gusto, pero de aquí á cien años.—Os doy gracias, »prosiguió Masanielo, y por el amor que os tengo quiero »daros un consejo: no dejeis las armas de la mano hasta »que vuelvan de España confirmados y reconocidos por el »Rey nuestro señor, las gracias recibidas y los capítulos »estipulados. Y no os fieis jamás de los nobles, porque »todos son traidores y enemigos nuestros. «(Aquí se extendió en palabras tales y de tanto despecho, que por modestia las callamos.) Y prosiguió: «Yo voy á negociar con »S. E.; dentro de una hora me volvereis á ver, ó mañana lo »más tarde. Pero si mañana por la mañana no estoy con »vosotros, destruid á fuego y sangre el palacio y toda la »ciudad. ¿Me dais todos vuestra palabra de hacerlo así?— »Y como que la damos, y que lo haremos, respondió re»sueltamente el pueblo, podeis estar bien seguro de ello.—

»Bien, muy bien, continuó Masanielo; de cuanto hasta ahora »hemos hecho está grandemente contento S. E., porque, »aunque se han quitado las gabelas, no ha perdido nada »S. M. Quien ha perdido es esa nobleza enemiga nuestra. »Ya está pobre, ya han vuelto á la primera mendicidad los »avaros y voraces lobos de tantos asentistas y partícipes, »que compraban y vendian nuestra sangre. El que ellos »pierdan redunda en gloria de Dios, servicio de nuestro Rey »y público beneficio de la ciudad y del reino de Nápoles. »Ahora serás verdadero rey de este ínclito reino de Nápo»les, rey Filipo; ahora adornará las sienes del monarca es»pañol la más rica corona que jamás ha ceñido; ahora cuan»to le demos (en lo que andaremos todos á porfía en todo »tiempo), por más que digan los enemigos envidiosos de la »austriaca grandeza, será verdaderamente suyo. No como »acontecia ántes, que le dábamos tesoros, y se convertian »en humo. Por esto está tan contento de lo que hemos he»cho, y de lo que hagamos el señor Virey, como que ve »destruidos á sus verdaderos enemigos.» Dichas estas y otras muchas palabras, se dirigió al señor Cardenal, y le dijo: «Eminentísimo Señor, dad la bendicion al pueblo.» Sacó la cabeza del coche su Eminencia y con dos signos de cruz á una y á otra parte por las ventanillas, dió su pastoral bendicion. Y como despues de esto quisiese seguir adelante la cabalgata, era tan grande la apretura del inmenso gentío apiñado en la plaza del Castelo, que imposibilitaba el paso. Y por esto, y por no parecer conveniente que en tiempo de avenencia se encontrara el Virey con tanta gente, Masanielo, imponiendo silencio á todos con una leve seña, mandó, bajo pena de la vida y de rebelion, que ninguno osase dar un paso más. Y con maravilla grande fué inviolablemente obedecido. Prosiguió él la marcha á caballo, y detras en su carroza el señor Cardenal, seguido de Arpaja, del hermano de Masanielo y de Genovino. Llegados á la plaza de Palacio, encontraron una fuerte

trinchera custodiada por compañías de caballos y de infantes, estando todos los balcones guarnecidos de armada soldadesca. Pasó apresurado Masanielo aquel reparo, y su Eminencia y los demas, y las carrozas del séquito. Entrando en el patio de Palacio, se encontraron en la escalera al señor Virey, que salia á recibir al señor Cardenal. Este le presentó á Masanielo, que le hizo reverencia arrojándose al suelo, y besándole los piés en nombre del pueblo, para darle gracias por las acordadas capitulaciones, y le dijo: «*Que venía allí para que S. E. hiciese de él lo »que quisiese; para que lo ahorcara ó enrodara; en fin, para »que hiciera lo que gustase. Pero el señor Virey le hizo po»ner en pié, diciéndole: Que nunca lo habia mirado como »criminal, ni pensado que hubiese ofendido á S. M. en »nada; que por lo tanto estuviera de buen ánimo, pues lo »apreciaba mucho.*» Y dicen que al hablarle así, lo abrazó muchas veces, y que Masanielo le repuso: «*que jamás ha»bia tenido otro pensamiento que el del mejor servicio de »S. M. y de S. E., y que ponia á Dios por testigo de la »verdad.*» En seguida, subiendo á la más secreta cámara del palacio, conferenciaron largo rato entre sí el Cardenal, el Virey y Masanielo, sobre las ocurrencias de la ciudad, y sobre el estado de las cosas públicas.» Hasta aquí Giraffi.

Otros historiadores cuentan que Masanielo se desmayó á los piés del Virey, lo que puso á todos en grande apuro, y que echándole agua en el rostro se le volvió en sí, y pudo por su pié subir la escalera, y entrar, completamente repuesto, en el despacho del Duque, donde solos con el Cardenal entraron en prolija conferencia.

A poco rato empezó á interrumpirla el confuso rumor de la muchedumbre, que poco á poco fué llenando la plaza de Palacio. No de la gente que mandó Masanielo detenerse en la plaza del castillo, pues obediente no habia avanzado ni un paso, sino de la que viniendo de todos los barrios

llegaba por otras calles, ignorando la órden del pescadero. Y empezando á alarmarse con la prolongada visita, por no faltar instigadores que esparcieron la voz de que habian arrestado al jefe popular, clamó con desaforados gritos que queria verlo, y que saliese al balcon. El mismo Virey, cuidadoso de aquellos clamores y de lo que crecia el bullicio, pidió á Masanielo que sin tardanza lo verificase, para asegurar con su presencia á aquella conmovida multitud. Hízolo así acompañado del Arzobispo y del Duque. Y en medio de la tempestad de aplausos que se levantó, dió á escuchar su voz gritando: «*Héme aquí sano y salvo. Paz, paz.*» El entusiasmo popular creció de todo punto manifestándose con lágrimas, alaridos, vivas y aclamaciones; se pusieron á vuelo las campanas de San Luis, á las que, sin saber por qué, respondieron las de toda la ciudad, con tan asordador rimbombe, que obligó á Masanielo á mandar que cesasen, como se verificó muy pronto. Cuando paró el estruendo victoreó, repitiendo los vivas aquel inmenso gentío, á Dios, á la Vírgen del Cármen, al monarca español, al Arzobispo, al Virey y al fidelísimo pueblo napolitano; y en seguida, vuelto al duque de Arcos, que ¡oh vergüenza! estaba besándolo y limpiándole el sudor con su pañuelo, y llamándole á voces libertador de Nápoles (1), pasmado de ver la influencia eléctrica de sus miradas, y la fuerza mágica de sus palabras, le dijo: «*Ahora quiero que vea V. E. cuán obediente es este pueblo;*» y poniéndose el dedo en los labios en señal de silencio, enmudeció como por encanto aquel confuso mar de vivientes, sin oirse ni el rumor más pequeño. Y luégo dijo en alta voz: «*Bajo pena de la vida y de rebelion, mando despejar, y que no quede nadie en esta plaza.*» Inmediatamente en el más profundo silencio, sin sentirse más que el ruido sordo de las pisadas, desapareció aquel inmenso gentío por distintas calles, que-

(1) Raph. de Turris.

dando la plaza completamente desierta. Lo que dejó confusos y pasmados al duque de Arcos, al cardenal Filomarino y á cuantos lo presenciaron (1).

Continuó la conferencia, acordándose en ella que se imprimieran y publicaran las capitulaciones con las firmas, refrendos y requisitos necesarios, y que el sábado próximo se leyeran al pueblo en la catedral, y se jurara su obediencia, con solemne oferta de que serian ratificadas en Madrid, por el Virey, los Consejeros, y todos los funcionarios públicos. Tambien se trató de que Masanielo devolviese el mando supremo al Virey; pero encontró inconvenientes para aceptarlo, y confirmó al pescadero en el alto cargo de capitan general del pueblo, confiriéndole tambien el título de duque de San George, que cedió á su favor en aquel acto el marqués de Torrecusa. Pero no pasó de allí esta gracia, pues no consta que Masanielo hiciese uso de ella, ni que causase efecto alguno en el pueblo. El Virey le encargó mucho que acabase con los bandidos, elogiando el servicio que habia hecho al reino en perseguirlos y exterminarlos; y puso á sus órdenes al preboste general, para que ejecutara puntualmente sus sentencias. Varios autores dicen que Masanielo ofreció al Duque la plata de las iglesias, encargándose de despojarlas, y que habiendo rechazado éste la proposicion, se convino en que recaudaria un cuantioso donativo para el Rey.

Ya habia anochecido cuando concluyó esta entrevista, en que el pescadero, desconociendo la posicion que se habia adquirido, descubrió su condicion villana en acciones humillantes y en extravagancias ridículas, y en que el duque de Arcos desmintió la suya de alto personaje, y su carácter de suprema autoridad, con degradantes adulaciones, con tímidos miramientos y con miserables complacencias;

(1) Giraffi.—De Santis.—Comte de Modéne.—Capecelatro, MS y todos los contemporáneos.

si bien merece elogio por haber rechazado el consejo que le dieron algunos de apoderarse de la persona de Masaniello, y de caer con las tropas sobre el pueblo desapercibido: ora lo hiciese por no creerse con fuerzas bastantes, ora por no faltar á la buena fe, manchando su nombre con una iniquidad.

Acompañó el Duque al Arzobispo y á Masanielo hasta la escalera, donde besándole aquél la mano y abrazando de nuevo á éste, le volvió á llamar, en público y á boca llena, *fiel servidor del Rey y glorioso defensor del pueblo;* y le echó al cuello una cadena del valor de tres mil escudos. Resistióse el pescadero á admitirla; pero las instancias del Virey y el mandato del Cardenal le obligaron á resignarse con el regalo. Volvieron todos á tomar sus caballos y carrozas, y con el mismo órden en que habian venido dirigiéronse al Palacio arzobispal, por medio de alegre y pacífico concurso que los victoreaba, y por una lucidísima carrera iluminada, enramada y colgada magníficamente, y al ruido de las campanas que celebraban á vuelo aquel importante dia (1). Mas, como muy pronto veremos, no vino con él el remedio suspirado para los desastres de la desventurada ciudad.

En el Palacio arzobispal estaba dispuesto un abundante refresco; y cuando lo disfrutaba Masanielo y los suyos, muy festejados por Filomarino y por las personas eclesiásticas y seglares de su séquito, cundió rápida alarma por el populacho con la noticia de que várias tropas de bandidos se acercaban á la ciudad. Nació este rumor de que regresando de sus tierras el marqués de Santelmo Caracciolo con muchos criados y guardas á caballo, se asustaron los sublevados que custodiaban la puerta de la ciudad, y sin más exámen hicieron armas contra aquella gente, apoderándose del Marqués, á quien trataron de hacer pedazos

(1) Giraffi.—De Santis.

sin dar oidos á sus explicaciones. La Marquesa viuda, tia del que en tanto apuro se encontraba, sabedora de la ocurrencia, fué inmediatamente en busca del Arzobispo, para salvar al sobrino de aquel desastre. Oyó Masanielo sus lamentos y sus razones, y tocado de sus gemidos, la tomó por la mano, la tranquilizó, y le aseguró que sería puesto sin demora el Marqués en libertad; para lo que envió apresuradamente á la puerta en que estaba detenido á uno de los suyos, que llegó por fortuna á tiempo para que le dejasen libre y llegar á salvo á su casa.

Trató Masanielo, ya avanzada la noche, de retirarse á descansar de las fatigas de aquel dia; y el Cardenal le dió su carroza, en la que con su hermano, Genovino y Arpaja se dirigió á la plaza del Mercado. La noticia de invasion de foragidos se habia esparcido demasiado, para que no fuese ya general la inquietud. Por lo que reforzaron los puestos, se dispusieron patrullas, se hicieron fogatas en las plazas y encrucijadas, y se pasó la noche toda con las armas en la mano y en desordenada inquietud.

CAPÍTULO XV

Despues de aceptados por el Virey los capítulos propuestos por el pueblo, de quedar restablecido en toda fuerza y vigor el privilegio de Cárlos V, abolidas todas las gabelas, y lleno por lo tanto completamente el objeto de la sublevacion, parecia regular que se calmaran los ánimos, que se sosegara la ciudad, y que se restableciera la autoridad legítima, concluyendo la dictadura del pescadero. Pero léjos de suceder así, el dia que siguió á la entrevista, con que se creyeron zanjadas todas las dificultades, fué uno de los más turbulentos y en que ostentó más necio orgullo y absoluto poder el jefe popular.

La noticia de estar amenazada la ciudad por tropas de foragidos, que se esparció la noche anterior, cobró con el nuevo dia gran incremento, exaltó los ánimos y renovó el desórden y la confusion.

Volvió Masanielo, poniendo aparte sus galas y vistiendo sus habituales harapos, á establecer en la plaza su tribunal. No ya en el palco y el tablado en que solia, sino en la ventana de su propia casa, donde le presentaban los memoriales y peticiones en la punta de una pica, y él los recibia y decretaba teniendo en la mano un arcabuz con la mecha encendida y pronto para hacer fuego; y á la puerta de su casa estaban reunidos siempre más de dos mil hombres armados, que ejecutaban sin réplica sus más leves caprichos.

Envió gruesos pelotones á guardar las afueras de la ciu-

dad, y diferentes turbas con cabos de su confianza á recorrerla toda, para buscar y exterminar cuantos bandidos pudiese haber aún ocultos en ella. Las tropelías y venganzas particulares á que daria lugar esta pesquisa, pueden muy bien imaginarse. El resultado fué traer á la presencia del pescadero más de cien cabezas, que aumentaron el espantoso adorno de la plaza del Cármen. Reprodujo la prohibicion de capa y ropas talares; y por haberse hallado, segun dijeron, un bandido disfrazado de mujer, con armas escondidas bajo las faldas, mandó cercenar estas y recortarlas hasta la rodilla, á lo que tuvieron que sujetarse sin réplica, no sólo las mujeres del pueblo, sino tambien las más ilustres matronas de la nobleza. Dispuso que se bajara el pan á un precio ínfimo, y que se aumentara considerablemente su peso; y á un hornero, que se resistió á verificarlo, lo condenó á ser quemado vivo en su propio horno, como se ejecutó inmediatamente (1). Presentáronle cuatro bandidos aquella mañana, que se habian hallado ocultos en un arrabal, y les hizo cortar allí mismo en su presencia las cabezas con la cuchilla de cortar el pescado. Y era tal el vértigo de matanza que se habia apoderado del tal Masanielo, que para que las ejecuciones fueran más violentas y más notorias á toda la ciudad, mandó establecer en la calle de Toledo, y á la vista del palacio, un ancho patíbulo con los instrumentos más espantosos de muerte, y dos verdugos que no pasaron ociosos el dia.

Fué detenida en la Merinela una falúa sospechosa que venía de las playas de Sorrento con seis marineros y cuatro hombres armados, y como encontraran á uno de ellos un paquete de cartas, condujeron á todos maniatados á la presencia del pescadero. Resultó ser correspondencia del duque de Maddalone con su secretario la que conducian; y estando la mayor parte escrita en frase ininteligible, y el

(1) Giraffi.—De Santis.

resto en generalidades ambiguas, de que no se sacaba noticia alguna, sufrieron un largo y prolijo interrogatorio los marineros y los otros cuatro. Aquellos probaron no saber nada del Duque, ni de quiénes eran aquellos hombres que les habian fletado la barca. Pero éstos, despues de padecer espantosos tormentos, en que confesaron mil cosas absurdas y contradictorias, fueron decapitados.

Este acontecimiento aumentó la inquietud pública, temiendo nuevas maquinaciones del no escarmentado duque de Maddalone, y avivó los temores del jefe popular, que veia donde quiera asechanzas contra su vida, creciendo sin límite su crueldad y sed de sangre; y cuantos le presentaron aquel dia como sospechosos, fueron sentenciados y ejecutados en el acto: pereciendo unos en la horca, otros en la rueda, muchos arcabuceados, y algunos hechos pedazos por la multitud (1).

Dispuso Masanielo aquel dia, que cuantos clérigos y frailes se encontrasen en la calle, fueran conducidos á su presencia para averiguar por sí mismo si eran verdadera gente de iglesia, ó facinerosos disfrazados; y fué exactamente obedecido, causando infinitas vejaciones á hombres pacíficos y desarmados, y yendo algunos de ellos al patíbulo porque un enemigo particular los calificaba de bandidos. Mandó, bajo pena de la vida, que cuantas personas estuviesen retraidas y ocultas en los conventos y casas particulares volviesen inmediatamente á las suyas; y al momento que se publicó el bando, se vieron atravesar pálidos y desconcertados las calles, y volver á sus moradas á muchos caballeros, militares retirados, negociantes extranjeros, sacerdotes, ancianos, enfermos y señoras que habian buscado un asilo, y que tenian que abandonarlo, por no ser descubiertos y asesinados en la pesquisa general que debia verificarse. Dió tambien órden el pescadero

(1) [illegible]

de que los tenderos y artesanos abrieran sus tiendas y talleres y se pusieran á trabajar como solian, y al punto fué sin réplica obedecido; y dispuso, en fin, para evitar la confusion, que se retiraran las masas populares, dejando en cada calle cuatro hombres y un cabo. Con esto quedaron sobre las armas unos treinta mil hombres, ganando cada uno un carlino (medio real de vellon) y racion de pan, carne y vino.

Aquel funesto dia trabajó mucho la famosa *compañía de la Muerte*, formada de la más relajada juventud, y en la que dicen figuró en primer término el célebre pintor Salvator Rosa, cuyos valientes cuadros representando várias escenas de la sublevacion, hemos examinado detenidamente; pero, aunque formase parte de tan sanguinaria cuadrilla, no creemos digna de gran fe la parte que le atribuye en aquellos sucesos y en la intimidad con Masanielo la romántica pluma de una célebre escritora inglesa.

Algunos caballeros, por ganarse la gracia del supremo dictador, le enviaron aquella mañana de regalo hermosos caballos y joyas de gran precio, que él no admitió, diciendo enfurecido: que nada queria de la nobleza.—Avisáronle varios espías que áun existian escondidas en capillas y monasterios muchas riquezas pertenecientes á las personas cuyas casas y palacios habian sido asaltados los dias anteriores. Dispuso al instante el reconocimiento general de los sitios que le indicaron, y encontróse, en efecto, gran cantidad de ropas, joyas, vajillas y dinero. Mas no mandó como ántes que todo fuera entregado á la voracidad de las llamas, sino que todo se conservase y llevase intacto con el mayor cuidado y seguridad á los almacenes de la plaza del Mercado, para pagar la gente armada y ayudar al donativo que debia hacerse al Rey. Autores hay que aseguran que quiso el pescadero conservar todas aquellas riquezas para sí, porque empezaba á despertarse en su pecho la codicia y el deseo de mejorar de fortuna y de condicion; pero

el estado de miseria en que dejó á su familia demuestra que, si tuvo esta idea, no supo ó no logró verificarla. Lo cierto es que se recogieron entónces grandes riquezas escondidas y mucho dinero soterrado, pues de un sólo escondite se sacaron más de cien mil escudos, sin que conste su paradero.

Mucho deseaba Masanielo prender fuego al palacio del duque de Maddalone, que era su contínua pesadilla; pero desistió de hacerlo por temor de que hubiese en él pólvora dispuesta á propósito para facilitar una voladura, y envió á algunos de sus satélites para reconocerlo prolijamente y acabarlo de saquear. Encontraron allí dos moros esclavos del Duque, y los condujeron á la plaza del Mercado. Mandóles el dictador que declarasen cuanto supieran de su amo, y que se bautizasen sin réplica. Uno se resistió tenazmente á ambos preceptos, y despues de apurar con indiferencia musulmana los más atroces tormentos, fué enrodado. El otro, ofreciendo hacerse cristiano, declaró que el Duque, su señor, habia estado en Benevento, y que de allí habia ido á las sierras de Calabria, donde permanecia reuniendo una tropa de bandidos. En premio de su docilidad en abjurar su secta, y de la declaracion hecha, le fué en el acto conferido el destino de capitan de uno de los pelotones de la que podemos llamar guardia permanente del pescadero.

Notable mudanza se advertia en el carácter de este hombre extraordinario. Vióse de repente suspicaz y reservadísimo, mostrando una sed de mando y de poderío insaciable. El temor de ocultas asechanzas le habia vuelto bárbaramente cruel, huyendo de todo consejo y rechazando con furor toda reconvencion. Obraba por sí solo, y alejó de sí con ágrio desden á Palumbo, á Genovino y al electo Arpaja. Gustábanle las adoraciones, saboreábase con la lisonja, y empezó á concebir confusos planes de sólido engrandecimiento y de permanente autoridad, y no sabiendo

él mismo cómo llevarlos á cabo, obraba en todo de la manera más contradictoria y extravagante. Se le ocurrió convertir su pobre casuco en un palacio magnífico, é inmediatamente dió órden de derribar todos los edificios inmediatos, como empezó á ejecutarse, sin escuchar los clamores de los dueños ni las reclamaciones de los vecinos. Mandó venir arquitectos y albañiles, y á varios mercaderes que le enviaran ricas telas para colgaduras. Trató de formarse una servidumbre y de darle la librea correspondiente, y empezó á mezclar sus modales toscos y humildes con los graves y pomposos de gran señor (1). ¡Pobre Masanielo!

Crecia por puntos, á medida que queria engrandecerse y adoptar las formas aristocráticas, su odio á la aristocracia. Y como dos caballeros de Nápoles le pidieran aquel dia por medio de sus procuradores justicia sobre cierto asunto contencioso, se negó á oirlos, vomitando insultos y denuestos contra la nobleza. Pero el blanco de sus odios, el objeto contínuo de su anhelo de venganza, era el fugitivo duque de Maddalone. Mandó buscar por la ciudad á todos sus criados y protegidos, y fueron asesinados cuantos sufrieron arbitrariamente una ú otra calificacion, y él mismo en persona fué con sus sicarios más furibundos á asaltar el palacio que tenía aquel personaje en la ribera de Chiaja. Entró en él, entregó á las llamas cuanto encontró, dió cuchilladas y golpes de alabarda en las puertas y paredes, y viendo en una galería los retratos del Duque y de su padre, se enfureció de tal modo, que acuchilló la imágen de éste, llamándole padre de un traidor, y á la de aquél le picó los ojos y le cortó la cabeza, arrancándola del lienzo y llevándola como trofeo á la plaza del Mercado. Allí la colgó de la viga en que, ya corrompido é inficionando el ambiente, estaba aún el cuerpo mutilado del infeliz hermano, D. José Caraffa. ¡Coincidencia singular! Esta

(1) De Santis.

cabeza pintada y este cadáver destrozado y corrompido, estaban precisamente en el mismo sitio de la plaza en que pocos años ántes padeció el último suplicio el inocente príncipe de Senza, víctima de una negra trama urdida por los dos hermanos, y el retrato del uno y los despojos miserables del otro parecia que estaban allí proclamando una justicia superior á la de los hombres (1).

Dió aquel dia el capitan general del pueblo varios decretos de buen gobierno: uno de ellos sobre el abasto del aceite (2); y el Virey, retraido de nuevo en el castillo, tambien publicó otros contra los bandidos y revalidando los de Masanielo, para aparecer siempre, que era su idea favorita, como suprema autoridad (3); y por no interrumpir las relaciones, á pesar del horror de jornada tan desastrosa, le pidió socorro de vituallas, apresurándose el hombre del pueblo á enviárselas con abundante forraje para sus caballerizas.

Tambien la duquesa de Arcos se puso aquel dia en amistosa comunicacion con la mujer del pescadero, enviándole un rico presente de vestidos y de joyas, con que no tardó ella en engalanarse, afectando entre sus parientas y amigas, todas de lo ínfimo del populacho, una cómica gravedad y una ridícula altanería.

A media tarde llegaron á la bahía de Nápoles trece galeras, y el almirante, Jeannettin de Doria, avisó al Virey, quien, siguiendo su sistema de complacencias, le ordenó ponerlas á la disposicion de Masanielo. Este le mandó fondear lo más léjos posible, suministrándoles víveres en abundancia, pero sin permitir que nadie viniese á tierra.

Al anochecer llegó el Cardenal-arzobispo al Cármen, con pretexto de rezar á la Vírgen, para tratar de amansar aquel

(1) Giraffi.
(2) Véase el apéndice, al fin del núm. 8.
(3) Ibid., núm. 9.

hombre árbitro absoluto de la ciudad, que tan inexorable y sediento de sangre se mostraba. Recibiólo Masanielo con el respeto más profundo, mostrando oir con humildad sus templadas reconvenciones, y le rogó que subiese con él al campanario de la iglesia á bendecir al pueblo y á su espada de capitan general. Hizo uno y otro el reverendo Prelado, oomplacencia que no dejó de desopinarlo entre la gente sensata; y ciertamente no tendria él mismo mucha fe en una bendicion dada á una furibunda canalla, manchada de sangre, cuando desaparecian los últimos rayos de un sol que habia presenciado tantos horrores, en un recinto circundado de cabezas y miembros humanos, y al traves de un ambiente fétido y corrompido que envenenaba á la ciudad.

Nunca se mostró más espantosa la tiranía popular; nunca fué tan absoluto y atroz el poder del pescadero miserable. Más de quinientas personas perecieron, ya por el puñal de los asesinos, ya por la cuchilla del verdugo, ya por las llamas de los incendiarios. Los cuatrocientos mil habitantes que contaba ya entónces la ciudad con sus arrabales, de todas condiciones, edades y sexos, temblando el ceño de su inexorable dominador y la furia de sus sicarios, obedecieron postrados sus más extravagantes caprichos... ¡Tremendo dia fué el viérnes 12 de Julio de 1647, sexto de la sublevacion! Su memoria se conserva aún fresca de padres á hijos en los napolitanos.

CAPÍTULO XVI.

Confuso y abatidísimo estaba el duque de Arcos, refugiado otra vez en Castilnovo, viendo que todos sus planes para acabar con la sedicion, plegándose á sus exigencias, habian sido inútiles, pues crecia la autoridad del prodigioso pescadero, y el pueblo se mostraba cada momento más furibundo y tenaz, y ménos dispuesto á soltar las armas y á entrar en razon. Celebró várias consultas reservadas con el Cardenal y con Julio Genovino, para buscar de comun acuerdo remedio á tantos desastres, y el modo de restablecer el órden lo más pronto posible. Ambos consejeros, conocedores de lo terrible de la situacion, y deseosos ya de que tuviera fin, le exhortaron á la prudencia, manifestándole que no se podia acabar de un golpe con el poder colosal de Masanielo, y que era necesario contemporizar hasta que comenzara á declinar su prestigio, como forzosamente habia de suceder en vista de sus crueldades y desaciertos (1). Y convinieron los tres en lo importante que era no dilatar la ceremonia de jurar en la catedral la capitulacion con toda pompa y solemnidad, para que no tuviese pretexto plausible la sublevacion, y para producir un efecto que no podia ménos de ser muy saludable sobre la muchedumbre.

El Cardenal y Genovino se encargaron de trabajar para que no se dilatase la ceremonia, y para darle el mayor

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

aparato, y el Virey dispuso la rápida y copiosa impresion de las capitulaciones, para que se repartiera con profusion al pueblo, manifestando así la buena fe con que las aceptaba y juraba, y la buena voluntad con que las cumpliria.

Amaneció, pues, el sábado, 13 de Julio, y empezaron á agitarse las turbas para buscar bandidos ocultos, que era el pretexto mejor para saciar particulares venganzas y lucrativos saqueos, y para, con la idea de maquinaciones ocultas y de peligros permanentes, mantener viva la conmocion popular. Masanielo se estableció en su tribunal, entregándose á su manera al despacho de los negocios públicos. Y como le trajeran presos varios marineros que habian encontrado recorriendo los tiendas y fingiéndose en ellas parientes suyos, pidiendo de su parte dinero para ciertas obras de fortificacion, les mandó inmediatamente cortar la cabeza. Tambien sentenció á muerte á otros miserables que con el nombre de bandidos le presentaron. Lo mismo hizo con otros que le dijeron ser criados de Maddalone, imputándoles que llevaban correspondencia escrita en cifra y escondida en los zapatos. Dispuso nuevas investigaciones en conventos é iglesias para buscar tesoros escondidos, y mandó levantar en varios puntos de la ciudad horcas y patíbulos. En fin, el dia sétimo de la sublevacion mostraba que iba á ser tan horroroso como el anterior.

Tambien publicó aquella mañana el supremo dictador varios bandos y órdenes de policía, imponiendo pena de la vida, sin remision, á la más ligera contravencion de los insignificantes artículos, y se ocupó en proveer varios destinos públicos. Nombró maestre de campo á un tal Andrés Polito, de oficio batihoja, hombre de ínfima condicion, ignorantísimo y brutal, grande enemigo de españoles, y el que con más encarnizamiento los habia perseguido y asesinado los dias anteriores. Dió el mando de un barrio á un hermano de Palumbo, revoltoso, furibundo, y el otro á Genaro Annense, maestro arcabucero, de quien haremos larga

mencion en el progreso de esta historia, y repartió otros cargos de menor importancia á los más sobresalientes en sanguinaria ferocidad y en tenaz oposicion á todo acomodamiento.

El nuevo maestre de campo, ostentando un lujo de crueldad inaudito, y los otros jefes de los barrios y todos los nuevos empleados, por no quedarse en zaga, se mostraron aquella mañana misma inexorables contra cuantos se calificaban ligeramente de sospechosos, y cometieron execrables tropelías, descarados robos y lamentables ejecuciones, llenando de asombro á la ciudad, erizada de cadalsos y sembrada de cadáveres; y reuniéndose luégo, bien de *motu propio* y por ostentar patriotismo ardiente y adhesion sin límites al dominador, bien acalorados por los que tenian aún interes en que siguiera el desórden, que tan ancho campo dejaba á las venganzas y á las rapiñas, bien diestramente manejados por los instigadores extranjeros, que deseaban llevar las cosas más adelante, representaron á Masanielo que para su seguridad propia y para la del pueblo, era indispensable tener en depósito la posesion del castillo de Santelmo, hasta que volviese de España revalidada la capitulacion. Esta exigencia, que, como dejamos apuntado, sacó ya la cabeza en la conferencia del Cármen cuando se extendieron los capítulos, y que fué desechada por los argumentos de Genovino y del Cardenal, volvia á aparecer ahora con el apoyo de los primeros jefes populares, y acompañada de tan buenas razones de conveniencia general, que la adoptó inmediatamente el pescadero, y encargó al Arzobispo que la hiciese saber al punto al Virey. El sagaz prelado no quiso combatir la idea en el primer momento de su desarrollo, y fué con el mensaje á Castilnovo. El duque de Arcos respondió: que el disponer del castillo de Santelmo y de las demas fortalezas cerradas no estaba en su arbitrio, porque los castellanos recibian el título y el mando directamente del Rey, á quien

juraban homenaje, y que no podian entregarlos á nadie sin órden expresa, directa y firmada por S. M. Que por lo tanto, aunque él quisiera, como efectivamente queria, complacer al pueblo, no sería en este punto obedecidó. Por lo tanto, que no exigiesen de él una cosa imposible, y que empeñaba de nuevo su palabra de que las capitulaciones, una vez juradas y aceptadas por todos, serian muy pronto ratificadas por el Soberano. Volvió con esta respuesta Filomarino al jefe popular, y le reprodujo los argumentos que ya expuso en la otra ocasion contra esta exigencia, añadiendo las razones y consejos que le parecieron más convenientes. Con lo que Masanielo, dándose por convencido, desechó con energía la propuesta de sus tenientes y validos, y para evitar nuevas reclamaciones, mandó inmediatamente publicar bando con pena de la vida, para quien osase proponer la toma como rehenes, ó de otro modo, de los castillos y fortalezas de S. M. (1).

A mediodía vino el Duque á Palacio, y Genovino y Arpaja fueron á conferenciar con él ostensiblemente sobre el modo de verificar la ceremonia del juramento. El Arzobispo-cardenal entre tanto fué á prepararlo á la iglesia mayor, y el jefe del pueblo mandó so pena de la vida, pues este era requisito indispensable de todas sus disposiciones, que se barrieran y adornaran las calles de la carrera, y que concurriesen todos los habitantes de Nápoles á la solemnidad popular (2).

La proximidad de la fiesta iba cambiando el aspecto de la ciudad. Desarmáronse los verdugos, desaparecieron los patíbulos, se adornaron con ricas telas y vistosas enramadas los edificios, olvidó las armas el pueblo, y empezaron los preparativos de la funcion á distraer los ánimos, á calmar las cabezas, á amansar las enconadas pasiones: así

(1) De Santis.
(2) Giraffi.—De Santis.

pasan las masas populares con rapidez pasmosa de un extremo á otro extremo; así los hombres todos individualmente, y más cuando están reunidos, se dejan arrebatar de las sensaciones del momento y pasan de unos deseos á otros instantáneamente, agitándose y calmándose, ignorando por qué, y obedeciendo ciegos los más pequeños y desconocidos impulsos. Las ideas religiosas tuvieron mucha parte en la mudanza de aquel dia. El celebrarse el solemne juramento en sábado, consagrado á la Vírgen, y cuando tan próxima estaba la festividad de Nuestra Señora del Cármen, observacion que cundió por las turbas, fué generalmente mirado como de agüero feliz para asegurar la dicha de la agitada capital y del despedazado reino.

Con gran recelo y desconfianza se disponia el Virey á atravesar la ciudad, y creyó á tal punto que iba á ser víctima aquella tarde del populacho, que hizo su testamento y se preparó á morir como cristiano, y encargó al cardenal Trivulcio, que se hallaba casualmente en Nápoles de paso para Sicilia, que faltando él tomara el gobierno del reino, hasta que fuese reemplazado por quien tuviese el Rey por conveniente (1). ¡Infundadas sospechas! Nadie habia pensado, como no tardó en verlo por sí mismo, no en hacerle daño, pero áun en faltarle en lo más mínimo al respeto.

A las dos de la tarde salió de Palacio en su carroza de gala, seguido de otras muchas en que iban los Consejos y altos funcionarios del reino, circundado de pajes y escuderos á pié y á caballo. Le precedian cien caballos españoles con timbales y clarines: Masanielo, vestido de tela de plata, y el hermano de éste, con traje tambien de plata sobre fondo azul celeste, iban á las portezuelas en sendos caballos hermosísimos, enjaezados con primor y riqueza, y de-

---

(1) *Nicolai, Istoria overo narratione giornale dell' ultime revoluzioni della citta é regno di Napoli.* (Era secretario del cardenal Trivulzio.)

tras marchaban Genovino en silla de manos por su mucha edad, y Arpaja, Palumbo y otros jefes populares á caballo, y con más armas de las que á fiesta tan pacífica convenia.

Tomó la procesion por la calle de Toledo, y crecia tanto en ella el gentío, que no se podia dar un paso. Por lo que Masanielo tuvo que mandar á las turbas detenerse, siendo, como siempre en todo, puntualmente obedecido. En la carrera recibió el Virey repetidas demostraciones de profundo respeto, sin oir una sola voz ni ver un solo gesto que pudiera darle cuidado, y halló en todas las esquinas retratos de Felipe IV y de otros reyes de España, sus antecesores, colocados en doseles y acatados con toda reverencia. Por todas partes resonaba: «*Viva el rey de España, viva el duque de Arcos;*» y él, sacando la cabeza por las ventanillas de la carroza, respondia: «*Viva el fidelísimo pueblo napolitano.*» Entre tan gratas aclamaciones y arrullado por aquel agradable murmullo de las pacíficas y tranquilas turbas, que asisten con júbilo á una fiesta popular, llegó la lujosa comitiva á la iglesia mayor. Masanielo y su hermano echaron presurosos pié á tierra y dieron el brazo al Virey para salir de la carroza. El capellan mayor del reino, D. Juan de Salamanca, le dió agua bendita, y dudando de si tambien debia dársela al jefe popular, una mirada expresiva del Duque le determinó á hacerlo (1). En medio de la nave principal del templo el Cardenal-arzobispo, con pontificales vestiduras á la cabeza del cabildo y de la clerecía, recibió respetuosamente al Virey, y ocupando uno y otro sus respectivos doseles, Masanielo un sillon á la derecha del Prelado, y los altos funcionarios sus respectivos puestos, y estando llena la iglesia de apiñado y silencioso gentío, el consejero Donato Cóppola, duque de Cansano, secretario general del reino, puesto en pié en el presbiterio, leyó en alta é inteligible voz los capítulos acordados. Fueron oidos

(1) De Santis.

con profunda atencion y vivo interes, interrumpiendo algunas veces la lectura y el silencio general entusiasmados aplausos de la unánime multitud; tambien con disgusto universal fué á menudo interrumpida con explicaciones, adiciones y observaciones inoportunas, que en ágrio y agudo grito hacía el desatentado pescadero (1), ya con el tono ridículo de catedrático, ya con el aire solemne de supremo dictador.

Terminada la lectura, se acercó reverentemente al Virey el electo del pueblo, seguido de los otros municipales, y en una discreta arenga le dió las gracias en nombre de la ciudad por la capitulacion acordada, rogándole la santificase con el público juramento. Y entónces el duque de Arcos, puesto en pié y con la mano diestra sobre los santos Evangelios, que le fueron presentados por el Arzobispo, juró la observancia de los capítulos convenidos, y solicitar con todo empeño la real aprobacion.—Si juró en falso, y con el ánimo decidido á emplear tambien el perjurio, como uno de tantos infelices medios de gobierno como se le ocurrieron en Nápoles, no podemos asegurarlo; pero su posterior comportamiento, indigno de su esclarecido nombre, nos induce á creer que este solemne y religioso acto fué un nuevo acto de debilidad y de mala fe, que añadió á tantos otros que tenian ya amenguada su reputacion y manchada su memoria.—Despues del Virey prestaron igual juramento, por su órden jerárquico, los Consejos, autoridades y empleados, y se entonó con toda pompa un pausado *Te Deum*.

Miéntras lo cantaban el coro y la clerecía, acompañados del órgano y de una música estrepitosa, Masanielo en pié y con la espada desnuda, ufanísimo con la gloria de su triunfo, que era entónces completo, y desvanecido con el aplauso popular, con el respeto y sumision que le tributa-

(1) Giraffi.

ban las autoridades supremas, y exaltado con el aparatoso espectáculo, perdió sin duda la cabeza, pues llamó imperiosamente á uno de los gentiles-hombres del Arzobispo, y lo envió várias veces al Virey con los más ridículos é impertinentes mensajes, ya notificándole que queria seguir mandando como capitan general, ya que exigia como tal tener guardia á su puerta y expedir patentes de oficiales de guerra, ya que echara de los castillos á todos los nobles y ricos en ellos refugiados, con otras exigencias no ménos descabelladas y de malísimo agüero. El duque de Arcos respondia á todo que sí, por no turbar aquel acto religioso, disimulando su enojo y la desconfianza que le inspiraban tan necias como audaces embajadas; y aunque el mensajero avergonzado se excusó con él de aquellos pasos, le mandó continuarlos y no rehusarlos para evitar algun incidente desagradable, pues era aquella ocasion de contemporizar, y no de encender imprudentemente alguna chispa que produjera un incendio (1).

Miéntras duró el *Te Deum*, duraron este ir y venir y los impertinentes recados; y concluido, cuando todos se disponian á salir de la iglesia, levantó la voz Masanielo, y en un largo y extravagantísimo discurso, empedrado de sandeces y de ideas luminosas, de frases chabacanas y de períodos elocuentes, de humildad seráfica y de satánica soberbia, habló del pueblo, de la nobleza, del Rey, de sus propios servicios al trono, de la lealtad napolitana, de las gabelas, de los arrendadores de los impuestos, de los bandidos, del duque de Maddalone; en fin, de todas las ocurrencias pasadas, y concluyó como siempre asegurando que queria volver á su humilde condicion y al ejercicio de pescadero, para manifestar al mundo, que no su propio interes, sino el del Rey y el de la patria le habian inspirado la empresa tan felizmente coronada. Diciendo así, como si

(1) Giraffi.

estuviera poseido de un acceso de locura, empezó á desgarrarse el lujoso vestido, corriendo del Cardenal al Virey para que le ayudase á destrozarlo, con tales visajes y contorsiones que pasmaron á los circunstantes y conmovieron á la muchedumbre. El Arzobispo y el Duque atónitos le contuvieron y calmaron con caricias y buenas razones, recordándole que estaba en la casa de Dios, y que sólo su buen deseo podia disculpar la inconveniencia de sus acciones (1). Sosegóse al fin, cayendo en repentino abatimiento, y salió el Virey acompañado hasta la puerta por el prelado y clerecía, y subiendo en su carroza y volviendo á montar á caballo Masanielo y los suyos, ordenada la comitiva como habia venido, se dirigió la procesion por la Vicaría y la Nunciatura á la plaza del Mercado, entre los aplausos y vivas de la alborozada multitud. Al pasar por delante del miserable casuco de Masanielo, se presentó su mujer en una ventana, ataviada con los regalos de la Vireina, y el duque de Arcos la saludó, descubriéndose y levantándose, con el mismo respeto que á la más excelsa princesa pudiera haber tributado (2). Y se retiró finalmente á Palacio, saludado por la salva real de los tres castillos y por el repique general de las campanas, cuando el sol escondia sus últimos rayos tras las verdes cumbres de Posilipo.

(1) Giraffi.
(2) De Santis.

CAPITULO XVII.

La solemne escena del juramento celebrado la tarde anterior habia cambiado totalmente la fisonomía de la ciudad, creyendo todos sus habitantes satisfecha de un modo ó de otro la sublevacion, y puesta la firme basa de una estable tranquilidad. Las turbas mismas, tan feroces é indomables la mañana del sábado, se mostraban en la del domingo, 14 de Julio, pacíficas y conciliadoras. Sólo una pequeñísima parte turbulenta é inflexible bramaba aún por calles y plazas, y rodeaba y separaba de toda idea de concordia al desatentado pescadero.

Diversas eran, es cierto, las opiniones, y por consecuencia las ideas que circulaban en los corrillos; pero todas generalmente y con corta excepcion propendian á la paz y al restablecimiento de las autoridades legítimas, comprometidas con juramento á rehabilitar y sostener las franquicias populares. Unos, los de mejor fe, creian terminadas las miserias públicas, purgado el país de facinerosos, é igualados para siempre los derechos del pueblo y de la nobleza en los *sediles*, y miraban á Masanielo con la veneracion debida á un sér inspirado del cielo, pero cuya mision estaba ya cumplida; con el entusiasmo y profundo respeto debidos á un héroe, á un generoso libertador, pero cuyos esfuerzos no eran ya necesarios. Otros, que tambien creian asegurados los antiguos privilegios de la ciudad y arreglado ya todo con la capitulacion, de manera que eran imposibles nuevas arbitrariedades en la administracion pú-

blica, aunque confesaban el mérito extraordinario del hombre singular á quien se debian bienes tan positivos, deseaban que se restableciese pronto la autoridad real, porque temian haberse creado un tirano difícil de derrocar, y una tiranía mucho más dura y terrible que la que con tanto teson habian combatido. Algunos deseaban el restablecimiento total y absoluto del Virey, esperando reacciones violentas y castigos ejemplares, que reparasen los daños individuales y borrasen hasta las huellas de tantos desórdenes y desconciertos. Y muchos, desconfiados y recelosos, dudaban del porvenir; temian que la capitulacion no fuese revalidada por el Rey, y no querian soltar las armas, y áun reproducian la pretension de apoderarse del castillo de Santelmo; pero repugnando la autoridad del duque de Arcos, á quien aborrecian, deseaban cualquier cosa que no fuese la dominacion de Masanielo, pues le miraban de mal ojo despues de la mucha sangre que inútil y bárbaramente habia derramado, de la altanería y codicia que iba descubriendo, y de la falta total de concierto que manifestaba en sus actos y en sus palabras, con todo lo cual comprometia la situacion. Sólo los ciegos partidarios del pescadero, los jefes de los barrios, los hombres sin porvenir, revoltosos é inquietos, y los que áun tenian venganzas que satisfacer, riquezas que codiciar, y necesidad de movimiento y de agitacion, aunque en escaso número, dominaban, como acontece siempre, á todos los demas, porque eran más osados, estaban más unidos y trabajaban con más ardor, manteniendo á pesar de la mayoría de la poblacion como en medio de ella el fuego del motin, pronto á inflamar de nuevo toda la ciudad.

Otro virey ménos desacreditado que el duque de Arcos lo estaba ya con los napolitanos, de fe ménos dudosa, de resolucion más firme, y de más arrojo para emplear los medios nobles y dignos, que siempre dan buen resultado cuando se usan con energía, razon y oportunidad, hubiera

podido sacar un ventajosísimo partido del estado general de los ánimos aquel dia, y haber evitado los nuevos trastornos y desastres que sobrevinieron. Pero tímido, desconfiado de sí mismo, con los oidos cerrados á los consejos saludables de hombres de gobierno y de sagacidad, esperándolo todo del tiempo y de manejos oscuros y miserables, nada hizo, desperdició el momento oportuno, y vió impasible desairada nuevamente su persona, y escarnecido el poder soberano que representaba.

Masanielo, como si no estuviera ya cumplido el objeto de la sublevacion que capitaneaba, como si el juramento de las capitulaciones nada hubiera significado, y sin recordar las tan repetidas ofertas de volver á su humilde estado y ejercicio, y renunciar las pompas del mundo cuando lograse abolir las gabelas, siguió impertérrito en su despótico y absoluto dominio, dando nuevos decretos de policía, fulminando nuevos bandos de proscripcion, y haciendo sus inexorables y sangrientas ejecuciones.—Mandó, pues, que nadie soltara las armas, so pena de la vida, y so pena de la vida tambien que todos los que supieran dónde habia bandidos refugiados, ó riquezas escondidas, se lo revelasen inmediatamente. Incendió la casa, con cuantos estaban dentro, de una panadera acusada de haber expendido aquella mañana el pan falto de algunas onzas de peso. Avisado de que cuatro miserables, que le dijeron, con verdad ó sin ella, ser bandidos, estaban retraidos en la iglesia del Carminelo de PP. Jesuitas, mandó matarlos sin demora, y se ejecutó del modo más atroz. Envió allá un peloton de gentuza que cercó el edificio, derribó una pared, entró sediento de sangre, é hizo pedazos cruelmente á los refugiados; y como los frailes reclamasen la inmunidad eclesiástica, los efectos del convenio jurado la tarde anterior, y protestasen contra el escándalo inútil de aquella sangre derramada, fueron atropellados sin consideracion, muriendo uno de ellos á manos de aquella furibunda canalla.

Se encaminaron despues aquellos sicarios, de órden de Masanielo, que parecia haber perdido todo aplomo y obrar baja una influencia satánica, á profanar otros monasterios y otras iglesias en busca de partidarios escondidos del duque de Maddalone y de ocultos tesoros. En esta pesquisa, que daba ancho campo á todo género de delitos, fué embestido, por mandato expreso del pescadero, el convento de monjas de Santa Cruz, donde se sospechó que existian varios objetos preciosos de César Lubrano. Entraron en él aquellos hombres feroces, atropellando la clausura de un modo tan descompuesto, que pusieron á las infelices religiosas en gran conflicto; pero por fortuna de ellas llegó oportunamente el aviso de aquella sacrílega tropelía al cardenal Filomarino, que ardiendo en justísimo enojo voló á socorrerlas con verdadero celo pastoral, enviando un eclesiástico de respeto á manifestar con entereza al caudillo popular lo atroz y sacrílego de su conducta. Este volvió en sí, se atemorizó y dispuso que se retirase al instante aquella gente, enviando á decir al Prelado que aquel asalto se habia hecho sin órden suya, y que castigaria á los que lo habian dirigido. Y lo hizo así, pues mandó cortar la cabeza á tres de sus más ardientes partidarios, que no habian hecho más que obedecerle.

Habia dado órden terminante Masanielo de que nadie saliera aquel dia de la ciudad sin permiso suyo, bajo pena de la vida; y debiendo monseñor Caffareli, arzobispo de Sanseverino, marchar á su diócesis, vino en hábito corto, obedeciendo los bandos anteriores contra las ropas talares, á pedir el pase, á casa del pescadero; éste se lo dió al momento, mandando para honrarlo, que le acompañasen cuatrocientos hombres de su guardia. Y como dándole gracias monseñor, le manifestase que iba por mar, quiso que le escoltasen cuarenta falúas; y como tambien lo rehusase el viajero, diciéndole que tenía ya fletadas tres, que eran suficientes para su bagaje y comitiva, le presentó un talego

con cuatro mil doblas de oro, exigiendo que las tomara para gastos de viaje. Rechazó cortésmente tan extraña oferta monseñor Caffareli; pero viendo que empezaba á descomponerse y á izquierdear el generoso dictador, tomó para contentarlo y contenerlo quinientas, y aguantó por despedida un estrecho é insultante abrazo de aquel frenético (1).

Presentóse en su tribunal aquella mañana un ilustre caballero de Aversa, de la nobilísima familia de Tuffo, para cierta urgente reclamacion, y despues de oirle atentamente el jefe popular y de despacharle contento, le dió un puntapié por despedida, diciéndole: *«Anda con Dios, te hago príncipe de Aversa»* (2).

Determinó Masanielo aquel dia exigir una pesada contribucion á los jesuitas, cartujos y benedictinos, para atender á las urgencias públicas. Tambien hizo comparecer personalmente en su presencia á los pudientes de la ciudad y á los negociantes, que creyendo terminada la sublevacion con el juramento de los capítulos acordados, habian dejado incautamente el asilo de las fortalezas para volver á sus negocios. A cada uno que se le presentaba, le preguntaba bruscamente si era fiel al Rey, y oyendo, como era regular, la respuesta afirmativa, le forzaba á firmar un papel con la obligacion de aprontar en cortísimo plazo la gruesa suma que á él se le antojaba, sin que súplicas ni reflexiones pudieran hacérselo disminuir, y al que osaba aún resistirse le señalaba con el dedo el patíbulo y le hacía ver al verdugo, con cuyas insinuaciones todos firmaban temblando. ¡Así, como siempre acontece, exigia y cobraba las contribuciones arbitrarias impuestas por su capricho, el que levantó al pueblo para aliviarlo de las gabelas y para darle libertad!

---

(1) Giraffi.
(2) Idem.

CAPÍTULO XVIII.

La mañana de aquel lúgubre domingo, tan llena de sangre y de desafueros como los dos horrorosos dias precedentes, volvió á consternar la ciudad; y aunque la generalidad de sus habitantes desaprobaba ya semejantes medidas, aterrada por el furor de los satélites de Masanielo, y desconfiada de que la autoridad legítima volviese á restablecerse en el poder, se conmovió de nuevo á su pesar. Empezando así por miedo ó por desesperacion á conmoverse, generalizándose de nuevo la sublevacion, pero sin entusiasmo y sin confianza en el caudillo, y harta de crueldades y de excesos.

Masanielo redoblaba su actividad y sus medidas de terror, pero obrando sin plan ni concierto, y contradiciéndose á cada momento en sus palabras y en sus acciones. Al mismo tiempo que mandó publicar bando con pena de la vida para el que soltase las armas ó faltase de su puesto, envió un mensaje á Palacio, diciendo que se queria retirar del mando é irse á Posilipo ó donde se le ordenara, y que sería conveniente que el Virey desarmase ántes los retenes y guardias populares de la ciudad (1). Este dió inmediatamente las órdenes oportunas, y muchos fueron desarmados y licenciados, no sólo sin oposicion, sino con gusto de todos. Pero al llegar á verificarlo en otros puntos apareció Masanielo furibundo con sus satélites, se opuso á la órden

(1) Raph. de Turris.

del Virey baldonando su persona y escarneciendo su autoridad, y proclamándose *solo dueño* y *absoluto señor* de Nápoles.

Obraba aquel dia con tanto desconcierto hasta en lo interior de su casa, y entre sus más íntimos amigos y decididos parciales, amenazando é insultando á todos, que á media mañana fué á refugiarse en Palacio, huyendo de sus furores, su cuñado Pizzicarolo, que hasta entónces habia gozado de su más íntima confianza, y dijo públicamente que Masanielo, que estaba demente, le habia querido matar, porque él le habia dicho que si no concluia con los incendios y asesinatos iba á tener mal fin. Tambien Genovino y Arpaja tuvieron que esconderse para evitar indignos tratamientos, y otros revoltosos de los más granados se refugiaron en los castillos.

Poco ántes de mediodía montó Masanielo á caballo, y solo y con la espada desnuda en la mano recorrió á escape la ciudad, atropellando y derribando á cuantos se le ponian delante, y repartiendo mandobles y cuchilladas sin tino ni concierto, y con que hirió á muchos de sus más ardientes partidarios. Se detenia en los puestos militares del pueblo y en los sitios en que habia levantado algun patíbulo, y allí hacía cortar la cabeza al primero que se le antojaba, calificándolo de partidario del duque de Maddalone. Ya eran muchas las víctimas de este extraño modo de enjuiciar, cuando condenó á tres paisanos, cuyos parientes fueron á echarse á los piés del Arzobispo para pedirle que salvara la vida de aquellos inocentes. El Prelado, á quien fuerza es hacer la justicia de consignar en la historia que no perdonó fatiga ni rehusó incomodidad ó peligro con que salvar la vida de un hombre miéntras duraron aquellas desventuras, corrió al encuentro de Masanielo, le afeó con entereza su inexplicable conducta, y manifestóle resuelto que hacía muy mal en faltar á la santidad del domingo con aquellas ejecuciones. El pescadero, no tan dócil como so-

lia, quiso llevar á cabo la sentencia dada contra aquellos miserables; pero el Arzobispo con digno teson y con laudable severidad consiguió al cabo que la difiriera para el siguiente dia. Ocurriósele entónces á Masanielo, que pues nada podia hacerse de bueno en domingo, era mejor ir á solazarse al campo, y dispuso de pronto comer en Poggio-Reale, sitio ameno en las cercanías de la ciudad. Dió las órdenes necesarias para esta improvisada comida, y se empeñó en que el Cardenal-arzobispo fuese de ella, yendo en su compañía á disfrutarla. Rehusólo éste, como era de esperar, lo que desconcertando mucho al atrevido pescadero, le hizo desistir de la idea de ir al campo y disponer celebrar el banquete en Santa Lucía del Mar, en casa de un tal Onofre Cajiero, ardiente partidario suyo y hombre de bajísima condicion (1). Allí, dicen algunos autores que encontró un banquete espléndido preparado de antemano por el Virey, lo que no nos parece verosímil, pues la idea de holgarse aquel dia se le ocurrió á Masanielo poco ántes, y áun entónces quiso verificarlo en el campo, siendo sólo la repulsa de Filomarino á su convite lo que le decidió á ir á casa de su amigo, y ni el Virey pudo tener tiempo de prevenir y enviar el repuesto, ni pudo estar jamás de acuerdo con el dueño de la casa. Otros dicen que el banquete se celebró en Palacio, cosa imposible por las mismas razones expuestas, y por la escena que vamos á referir, y en que están de acuerdo cuantos han escrito la relacion de estos sucesos.

Sentóse en casa de Cajiero á la mesa con algunos de sus tenientes y allegados Masanielo, y no se mostró nada temperante, comiendo y bebiendo con exceso extraordinario, y á media comida se le ocurrió ir á concluir la fiesta y á apurar algunos frascos de vino de Capri y de lacrimacristi á las esmaltadas rocas y deliciosos bosquecillos de Posili-

(1) De Santis.

po; y deseando que á esta merienda campestre le acompañara el duque de Arcos, para desquitarse de que no hubiera querido hacerlo el Arzobispo á la comida proyectada en Poggio-Reale, sin más pensarlo se encaminó á Palacio. Llegó á él con una calza puesta y otra quitada, sin cuello, sombrero ni espada, y encendido y anhelante. El jefe de la guardia se dispuso en cuanto lo columbró á hacerle honores, pero él se opuso mandando á gritos á los soldados que estuviesen quietos. Entró apresurado, subió la escalera principal en dos saltos, y sin más etiqueta ni prévio aviso se presentó delante del Virey. No se sorprendió éste poco con la tal visita, y más con el cordial convite que le hizo el pescadero. Segun el sistema de complacencias y contemporizaciones que se habia propuesto el duque de Arcos, nos parece que tendria algunos momentos de perplejidad, y que más por orgullo de cuna, que por orgullo de empleo, conoció que debia rechazar semejante invitacion. Hízolo, en efecto, pretextando una fuerte y repentina jaqueca, pero endulzando la repulsa con la oferta de su magnífica falúa dorada para verificar el paseo, que fué con gusto aceptada por el borracho ó demente pescadero (1).

Bajó éste á la marina, si disgustado de no llevar consigo al Virey, contentísimo de pasearse en su falúa, y entró en ella con su hermano, con su secretario Márcos Vitale, y con otros de los suyos, llevando la provision necesaria para la merienda, compuesta especialmente de mariscos, que llaman *fruta di mare,* y á que son aficionadísimos los napolitanos, y de razonable cantidad de botellas que no tardaron mucho en ser agotadas. Seguíanle otras barcas con partidarios suyos armados y otras con diferentes músicas, dirigiéndose todos hácia Posilipo, tierra á tierra y con lenta y sosegada boga. Numeroso concurso acudió á la playa á ver aquel paseo de mar, siguiéndolo por la orilla.

(1) Giraffi.—De Santis.

Y aunque resonaban algunos vivas, la mayor parte de aquella gente era de curiosos que deseaban ver el fin de aquellas extravagancias. Iba Masanielo divirtiéndose en tirar puñados de monedas de oro al mar, para que las sacaran del fondo los buzos y nadadores, dando muchos aplausos á los que lo conseguian, y cargando de baldones, insultos y groseras amenazas á los que no eran tan diestros ó afortunados. Y habiendo armado disputa sobre aquellos lances con alguno de los que le acompañaban, le dió de golpes y le dijo á gritos las más descompuestas palabras.

Al llegar al frente del santuario de la Vírgen de Piedigrota, veneradísima desde tiempo inmemorial por los napolitanos, y particularmente por la gente de mar, recordó que álguien le habia dicho que en aquella ermita estaban escondidos varios efectos preciosos de los palacios saqueados, y mandando acercar la falúa á tierra, ordenó á los partidarios suyos que por ella le seguian, entrar en la iglesia, registrarla, sacar las riquezas que encontraran y llevarlas al depósito general de los almacenes del Mercado. No fué necesario más; miéntras él continuó su paseo, aquel santo lugar fué profanado por unos pocos, sin que nadie osara impedirlo, aunque disgustó y escandalizó á todo el pueblo, cansado ya de sus propios desórdenes (1).

En tanto que Masanielo estaba en Posilipo envió la Vireina, duquesa de Arcos, sus carrozas y su séquito á traer á Palacio á la zafia mujer del pescadero, la que, vestida riquísimamente, y, segun dice Giraffi, no en la carroza de la Vireina, sino en una del duque de Maddalone, á quien habia servido para su boda, y que valia ocho mil escudos, con su suegra y su cuñada, y con un niño de pecho, sobrino suyo, en los brazos, y con acompañamiento de unas cuantas vecinas, todas con magníficos trajes, que formaban ridículo contraste con sus fachas toscas y con sus mo-

1 De Santis.

dales groseros (1), marchó muy oronda á Palacio. Recibióla la guardia con los honores de capitan general y á la puerta los gentiles-hombres, pajes y alabarderos, y rodeada de ellos, y en la silla de manos de la Vireina, subió la escalera, entrando con su séquito estrafalario por los salones principales hasta el gabinete de la Duquesa. Recibióla ésta, presentándola várias joyas de valor, y repartiendo otras á las mujeres que la acompañaban, y le dió sitio en el estrado á su derecha. La conversacion fué cual podia ser entre una vireina humillada y una placera enaltecida. Empezó por decirle aquélla: «*Sea V. Ilma. muy bien venida;*» y por contestar ésta: «*Y V. Excma. muy bien hallada.* V. E. es la vireina de las señoras, y yo la vireina de las plebeyas» (2). El visitador general del reino, D. Juan Ponce de Leon, sobrino del duque de Arcos, y una de las personas más odiadas de los napolitanos, llevó á tal exceso el lujo de su bajeza, que (vergüenza nos da el referirlo) tomando de los brazos de la pescadera el sobrinillo de pecho, lo besó con la mayor ternura, lo colmó de caricias y mostró á todos como un portento: esperando con esta infame adulacion ganarse el favor de aquellas gentes.

La duquesa de Arcos, que era discreta, giró la conversacion con sagacidad para poder insinuar á la Masanielo lo conveniente que sería aconsejase á su marido que aceptara las altas mercedes que estaba dispuesto á acordarle el Virey, y que se retirara del mando, para que se restableciese la tranquilidad; á lo que la vireina de las plebeyas contestó con desembarazo: «*Todo menos eso; pues si mi marido deja el mando, no serán respetadas ni su persona ni la mia. Lo que conviene es que estén unidos y acordes el Sr. Virey y Masanielo, éste gobernando al pueblo y aquél á sus españoles* (3). Quedó cortada la Duquesa con tan ter-

(1) Raph. de Turris.
(2) De Santis.
(3) Idem.

minante respuesta, y dió fin á la visita prodigando besos y abrazos á aquellas mujeres, que se retiraron pavoneándose y con el mismo aparato y ceremonias con que habian venido. Al bajar la escalera la madre de Masanielo dijo en voz baja al caballero Fonseca, que le daba el brazo: «*Advertid al Sr. Virey de que mi hijo no obedece más que á Dios y á S. E., y que convendrá que lo refrene un poco para que no haga tantas locuras*» (1).

Miéntras esto pasaba en Palacio, los hombres más granados de la sublevacion, tenderos, menestrales, propietarios, etc., que creian ya cumplido su objeto, áun mucho más completamente de lo que se podia imaginar, empezaron á entenderse entre sí, disgustados de ver aún alborotada la ciudad y mandar tan desacertada y sanguinariamente al hombre que habian puesto en el primer apuro á su cabeza para libertarlos de las gabelas y de la tiranía de un mal gobierno. Reuniéronse con algunos cabos de barrio, capitanes del pueblo y comisionados del Virey en los claustros del convento de San Agustin. Hablaron allí largamente del estado de la ciudad y del reino, de la inseguridad en que estaban todas las vidas, todas las haciendas, y de la urgencia de restablecer con el freno de la capitulacion el dominio real. Varios fueron los pareceres, pero todos encaminados al mismo fin; y no faltó quien propusiera que se matase al que ya llamaban tirano y el dia ántes libertador. Julio Genovino, que estaba presente, confesando las atrocidades de Masanielo y lo incierto y terrible de la situacion, opinó por que se diera tiempo al tiempo, demostrando lo arriesgada que era cualquiera apresurada resolucion, y propuso que, supuesto que el pescadero obraba ya como demente, se dejase cundir el disgusto de sus locuras, para que perdido el prestigio se desmoronara por sí mismo su poderío, y fuera más segura y de buen re-

(1) Giraffi.

sultado cualquiera resolucion. Aprobóse este prudente dictámen del astuto viejo, y se disolvió la junta para volverse á reunir más adelante segun la oportunidad (1).

El jefe popular, harto de vino y quemado del sol de Julio, volvió ya anochecido á la playa de la Marinela, y á una razonable distancia de la tierra, juzgando lentos los remos de la falúa, se arrojó al agua vestido como estaba, y á nado ganó la ribera, corriendo en seguida precipitadamente á su casa. Allí hizo venir al que escribia los carteles públicos y las órdenes del gobierno que se ponian en las esquinas, y le mandó que anunciase en todas ellas al siguiente dia, que nadie le obedeciese más tiempo, y que todos reconociesen por única y legítima autoridad la del virey, duque de Arcos (2).

No podemos concluir este capítulo sin recordar que casi todos los autores contemporáneos, con más ó ménos creencia de su parte, refieren que al ver el estado patente de desarreglo mental en que se encontraba Masanielo, fué voz comun de que por disposicion del Virey le habia sido administrado, entre las viandas del banquete que celebró el dia anterior en casa de su amigo y partidario Onofre Cajiero, cierto veneno á propósito para trastornar el juicio. El conde de Módena, contemporáneo tambien, pero más ilustrado que Giraffi y Santis, se hace cargo de esta idea, y aunque no la combate, hace sobre ella reflexiones que la contradicen, y que son tanto más fuertes, cuanto que era enemigo acérrimo de los españoles; y para ennegrecer las acciones del duque de Arcos, da acogida á todas las hablillas populares y vagos rumores de la época. El ilustrado autor moderno Baldachini, en el precioso compendio de estos acontecimientos, que demuestran sus superiores disposiciones de historiador, no dando crédito á tal sospecha,

(1) De Santis.

(2) Giraffi.—De Santis.

explica el envenenamiento de Masanielo de un modo tan filosófico como ingenioso, pues dice que fué moral y no físico, no el de las viandas emponzoñadas, sino el de las adulaciones populares, el de las caricias del Virey, el que llevan siempre envuelto el humo de los aplausos y la atmósfera del poder.

Nosotros, á quienes no tacharán seguramente nuestros lectores de parciales y de partidarios del duque de Arcos, debemos, fundados en sólidas razones y siguiendo al contemporáneo Rafael de Turris, desvanecer toda sospecha de semejante envenenamiento. Crímen que por fortuna no es tan comun como en todos tiempos se ha pensado, pues no muere ni ha muerto ningun personaje importante, sin que el vulgo suspicaz y que gusta mucho de encontrar para los sucesos más comunes causas extraordinarias, no lo atribuya al tósigo, administrado por un rival ó por un poderoso enemigo; pero viniendo al caso presente, y dejando aparte el que los adelantos de la química no permiten ya creer en confecciones determinadas para turbar el entendimiento, para desconcertar la memoria, para tornar la voluntad, debemos hacernos cargo de cuándo empezó á manifestar su desarreglo mental Masanielo, y si las causas naturales pudieron bastar para producirlo. Como dejamos referido, y como lo aseguran todos los historiadores, memorias y cartas de aquel tiempo, manifestó ya el extravío de su razon con sus extravagantes exigencias, violentas contradicciones é inconvenientes actos de la tarde del sábado, 13 de Julio, en la catedral al celebrarse el juramento; y en la mañana del domingo, su cuñado fugitivo dijo que estaba loco, acreditándolo el presentarse á poco el pescadero por las calles corriendo y acuchillando sin objeto y sin distincion de amigos y enemigos, y haciendo verdaderas locuras. Y todo esto sucedió ántes de la francachela en casa de Cajiero, donde dicen algunos autores que recibió el fatal presente del Virey, de cuya inverosi-

militud ya hemos hablado. Consta sí que en aquella casa bebió con exceso, y lo confirma el estado en que dejamos apuntado se presentó en Palacio á convidar al Duque; que siguió por la tarde la borrachera es sabido, y consignadas están en la historia las extravagancias de su conducta, cuando el veneno, si le hubiere habido, aún no podia haber desplegado sus efectos; y éstas reflexiones son tan obvias, que no necesitan de más explanacion. El vino que con exceso bebió aquel dia y el sol abrasador, á que estuvo todo él expuesto, desarrollaron el gérmen de locura que desde los primeros momentos en que se puso en evidencia se pudo muy bien descubrir en Masanielo; y que la vehemencia de las pasiones que súbitamente le invadieron, la cortedad de sus medios intelectuales para satisfacerlas, el repentino cambio de fortuna, el cúmulo de negocios, los contínuos peligros, los constantes temores, las fatigas materiales, la falta de sueño y de sustento por espacio de ocho dias, y la confusion de ideas sin forma determinada, sin objeto fijo en que se encontraba envuelto, pudieron ser y fueron causas suficientes para trastornarle el juicio, sin necesidad de un crímen inútil de un virey español.

CAPÍTULO XIX.

Al siguiente dia, lúnes 15 de Julio, presentóse Masanielo al amanecer en el Mercado, á caballo y con la espada desnuda. Dió várias órdenes contradictorias, pronunció crueles sentencias, y empezó luégo á correr de un lado á otro, hiriendo y atropellando á cuantos encontraba al paso. No agradó mucho á la gente de la plaza el verse tratar así por el que habian con su ciega sumision engrandecido, y hubo ya algunos que osaron hacerle frente y tirarle piedras, acertándole una con un peligroso golpe. Ya estaba perdido el prestigio, ya no podia durar más que pocas horas el poder del pescadero. Confuso éste de aquella inusitada falta de respeto, corrió á la iglesia del Cármen, echó pié á tierra, y entró seguido de numeroso concurso; subió desatentado al púlpito, tomó el crucifijo, y gritó con el acento de la más acerba desesperacion: «*Pueblo mio, no puedo ver sin grandísimo dolor que mis padecimientos y mis servicios son ya inicuamente despreciados y pagados con negra ingratitud. Sabed que con mi muerte vais á procurar vuestra ruina, pero yo os perdono y os bendigo.*» Hízolo así con el crucifijo que volvió á colocar en su puesto, y desgarrando el jubon, mostró el pecho desnudo, diciendo: «*Héme aquí sin carne alguna, sin más que huesos y pellejo. He bebido más de dos cubas de agua, y no sé dónde se ha ido;*» y para mostrar más su delgadez, se desató los gregüescos, sin reparar que estaba en la iglesia, y mostró los muslos y otras partes de su cuerpo, gritando: «*Ved cuál estoy por vosotros.*» De los

concurrentes unos con lágrimas en los ojos le aplaudian y animaban, miéntras otros con carcajadas y silbidos le escarnecian. Pero él, impávido, continuando con sus extravagantes contorsiones, dijo en alta voz, restableciendo el silencio en la multitud: «*Sabed que no estareis seguros hasta que hayais hecho puerto de mar la plaza del Mercado, y un puente de Nápoles á España por el que os comuniqueis y entendais con el Rey. En cuanto á mí, estad ciertos de que seré asesinado en todo el dia de mañana.*» Gran confusion causó esta escena, que copiamos del historiador Santis, y que refiere con iguales circunstancias Giraffi. Y gran efecto tuvieron estas últimas palabras del demente, pues enardecieron de nuevo los ánimos populares, produciendo la última llamarada del entusiasmo.

Salió Masanielo del Cármen medio desnudo, volvió á montar á caballo, y se alejó del Mercado á galope, y siempre con la espada en la mano. Recorrió las calles de la ciudad, reanimando como pudo el casi extinguido fuego de de la sublevacion, y encontrando aún bastantes ciegos partidarios para hacerse obedecer, mandó cortar la cabeza, como se verificó al punto, á algunos jefes populares, y de los que más se habian distinguido los dias anteriores, sólo porque le recibieron con frialdad y desden. Hirió en el rostro á un antiguo y respetable capitan, que le pidió una órden para que le entregasen ciertos soldados españoles de su compañía que estaban detenidos. Para hacer justicia á uno que se le quejó de que algunos meses ántes fué multado, porque un conocido le descubrió cierto contrabando de sal, mandó buscar al delator, que fué decapitado. Otro hombre del pueblo se le quejó de que su mujer se habia escapado aquella noche con un amante. Dió órden de indagar el paradero y retraimiento de los fugitivos, y hallados que fueron, á él le hizo enrodar y ahorcar á ella, sin darles siquiera tiempo de prepararse á bien morir. Encontró en la calle al duque de Castel de Sangro, y se puso furioso

el pescadero porque aquel señor no se apeó de la carroza para hacerle reverencia. Dirigióse luégo á las caballerizas reales, y quiso apoderarse de los caballos que allí habia. Dijéronle los mozos y palafreneros que aquellos caballos eran del Rey, y que no podian entregarlos sin órden de D. Cárlos Caraciolo, caballerizo mayor de S. M. Y Masanielo furioso, echando espuma por la boca y fuego por los ojos, exclamó: «*¿Qué D. Cárlos?... ¿qué caballerizo?... ¿qué Rey?... Yo aquí lo soy todo, y no conozco superior.*» Y sacó por fuerza seis hermosísimos caballos, mandando llevarlos á su casa á la plaza del Mercado. Pero á corto rato se arrepintió ó mudó de parecer, y los devolvió á las reales caballerizas (1).

Tambien aquella mañana envió una turba armada á extraer del convento de PP. Franciscanos los efectos que allí tenía escondidos el visitador general del reino, Ponce de Leon: debido pago de los aduladores besos que con tanta bajeza habia prodigado la tarde anterior al sobrinillo del pescadero.

Vuelto éste á la plaza, cansado ya de sus correrías, recordó que el duque de Castel de Sangro no le habia saludado en la calle, como dejamos apuntado, y envió inmediatamente á llamarlo, con órden terminante de que bajo pena de la vida viniese á pedirle perdon de rodillas y á besarle los piés. Indignado el Duque despidió bruscamente al mensajero, y corrió á Castilnovo, donde estaba retraido el Virey, viendo que las locuras de Masanielo no tenian término, y que áun le obedecia ciegamente la hez del populacho. Allí el ofendido duque de Castel de Sangro manifestó al de Arcos con sentidísimas palabras, que ya era insufrible tanta degradacion é indigno de varones tanto sufrimiento; que el dominio de aquel desarrapado plebeyo era un baldon para el nobilísimo reino de Nápoles, y que no

(1) Giraffi.—Raph. de Turris.

podian pasar adelante tan espantosos desórdenes. Que la nobleza napolitana, abandonada por el legítimo Gobierno, era la víctima de aquellos inconcebibles sucesos; pero que aún tenía fuerzas propias para vengarse y libertar á la ciudad y al reino de tan indignos opresores, y resolucion para en último caso perecer como buenos en defensa de sus bienes y de su honra. El Virey, hallando nuevo motivo de inquietud en la justa indignacion de aquel personaje que pudiera reanimar á la nobleza abatida, perplejo y duduso como siempre, le contestaba en términos generales, condoliéndose con él de la miserable situacion del reino; cuando llegaron al castillo, huyendo de los furores de Masanielo, el consejero Julio Genovino y el electo del pueblo Francisco Arpaja.

Aquél no solamente habia perdido toda su preponderancia sobre el ánimo del dictador, sino que se habia visto afrentado en público, y acababa de amenazarle con la muerte despues de abrumarle con groserísimos insultos. Y á éste, por haberle manifestado que debian cesar ya las ejecuciones violentas y desaparecer los cadalsos, le habia dado en público un bofeton. Ambos, pues, vinieron á reforzar, aunque por distinto rumbo, las quejas, razones y argumentos de Castel de Sangro, y á pedir al Virey que tomase el mando, pues ya era tiempo, con mano fuerte y con ánimo decidido.

El duque de Arcos áun deseaba mayor madurez en la situacion, y promoviendo consultas y alargando discusiones, resolvió al fin que Genovino y Arpaja volvieran á la ciudad, y que puesto que Masanielo tenía dispuesto repetir aquella tarde su paseo por mar á Posilipo, aprovechasen su ausencia para reunir de nuevo los jefes populares ó descontentos ó desengañados, y concertar con ellos secretamente lo que se debia hacer, y el modo de asegurar una definitiva y terminante resolucion.

A media tarde tornó Masanielo en la falúa del Virey; y

con las mismas provisiones y con igual acompañamiento que el dia anterior, repetia largamente el alarde del desarreglo de su cabeza. Y miéntras él apurando botellas y haciendo extravagancias se paseaba por el mar, seguido, ya en botes, ya por la playa, de sus afectos y aún demasiados partidarios, Genovino y Arpaja reunieron con gran recato y presteza en San Agustin á los cabos de barrio, enemigos ya del pescadero, y á los hombres más influyentes y juiciosos de la plebe y de la clase media, que deseaban el restablecimiento de la tranquilidad. Allí, despues de perderse mucho tiempo en protestas y peroratas inútiles, se resolvió que debia tomar el mando el Virey, asegurando empero el religioso cumplimiento de las capitulaciones juradas y de los privilegios restablecidos; y que á Masanielo, en atencion á que efectivamente habia sido el libertador del pueblo, no se le matase, sino que se le alejase y encerrase en un castillo por toda su vida. Este acuerdo se extendió por escrito y se presentó al Virey; y éste ¡cosa increible! aún encontró en su perplejidad é indecision no pocos estorbos é inconvenientes para llevarlo á cabo, pareciéndole aún poco apoyo de su legítima autoridad la indignacion y despecho de las tropas españolas, italianas y tudescas que tenía á sus órdenes; el arrojo de la nobleza desesperada y resuelta á vengarse, el anhelo de la parte más grande de la poblacion por paz y reposo estable y duradero.

Volvió Masanielo al anochecer de su paseo por el mar, más ebrio y más descompuesto que el dia anterior. Desembarcó en el arenal, y allí proveyó varios empleos de marina, nombrando nuevos capitanes para las galeras que estaban en mitad del golfo. Se arrojó otra vez vestido como estaba al agua, y estuvo nadando largo rato. Tomó al cabo tierra, y fué á pié y todo empapado á la plaza, donde amenazó con la horca á varios jefes populares, y á Genovino y Arpaja, porque no le habian acompañado y hecho la

corte aquella tarde. Sin duda le dijo el corazon en lo que la habian ocupado, y llegaron su demencia y su brutalidad hasta decir á gritos, que iba á prender fuego á la ciudad en castigo de que no le amaba y obedecia ya con el entusiasmo de los primeros dias (1). Luégo empezó á correr á pié con la espada en la mano, repartiendo mandobles, tajos y reveses, y haciendo tales atrocidades de frenético, que algunos capitanes del pueblo, reunidos con otros hombres de autoridad, arrojo y buena intencion, se apoderaron de su persona, lo encerraron por fuerza en su casa, y mandaron á la guardia que no lo dejara salir á la calle; y aún continuó el mísero Masanielo sus locuras: á media noche se presentó en su ventana entre cuatro luces, llamando la atencion de cuanta gente habia en el Mercado. Y así que la vió reunida gritó con voz ronca y sepulcral: «*Pueblo mio, ya estoy muerto; dentro de pocas horas seré asesinado*» (2).

Entretanto aún duraban en Castilnovo las consultas sobre el modo de restablecer al dia siguiente la autoridad legítima. Y conferenciaba reservadísimamente el Virey con ciertos hombres de mala catadura y de infame ralea, que entraron en el castillo secretamente á recibir sus órdenes: indigna accion de un grande de España, de una autoridad suprema, fué tratar así con viles asesinos. Se reforzaron los puestos militares; hiciéronse señales con cohetes y faroles; se comunicaron avisos á la escuadra, y una parte del pueblo mismo se preparó á ayudar con las armas decididamente para acabar con la sublevacion.

---

(1) Giraffi.
(2) De Santis.

CAPÍTULO XX.

Al amanecer del 16 de Julio, dia de la Vírgen del Cármen y de gran solemnidad para los napolitanos, estaba la ciudad toda con aquella ansiedad, incertidumbre y desconfianza que preceden siempre á los grandes acontecimientos. Apareció el Palacio circundado de tropas españolas y tudescas sobre las armas; el importante puesto de Pizzo-Falcone reforzado de arcabuces y de artillería, con mechas encendidas, dobles centinelas, numerosos retenes. Los puntos que guarnecia el pueblo ofrecian distinto aspecto: unos estaban desiertos y abandonados, recien quemadas las garitas, destruidos los parapetos; en otros se veia reunido un considerable número de hombres sin órden ni concierto, pero armados y en actitud imponente y aterradora. Las galeras habian cambiado de fondeadero, se habian aproximado y mantenian las proas á la tierra, cargados los cañones, armados los remos, preparada la maniobra. Discurria en gruesos pelotones el paisanaje por la ciudad, pero en silencio. Nadie osaba pronunciar el nombre de Masanielo, nadie el del Virey; acudia taciturna la gente al Mercado para asistir á la funcion del Cármen, donde celebraba de pontifical el Arzobispo, como si fuera á asistir á un doloroso funeral. Y en las calles, y en la plaza, y en la iglesia se miraban unos á otros con cierto aire de recelo, como deseando indagar qué pasaba á cada uno, y si llevaba armas escondidas. Habia en el templo y en sus alrededores

muchedumbre sin confusion, silencio y quietud sin tranquilidad.

Aquella mañana habia sido muerto Márcos Vitale, el secretario de Masanielo, á la puerta del castillo, donde preguntó con tono amenazador qué aprestos eran aquellos. Y le mató de una estocada un enemigo personal suyo, excitado (lo decimos con dolor) por el duque de Arcos. Pero el cadáver se habia ocultado, y el pueblo ignoraba tal acaecimiento.

Cuando el Cardenal-arzobispo llegó al Cármen, encontró en la sacristía á Masanielo, que se habia fugado de su casa muy temprano, burlando la vigilancia de los que le custodiaban. Y arrojándose á los piés del Prelado, le dijo en desesperado y doloroso acento, que el pueblo lo abandonaba ya, y que estaba vendido. Y le entregó una carta cerrada y sellada que dirigia al Virey, rogándole se la enviase al instante, lo que hizo Filomarino inmediatamente con uno de sus pajes. Y continuando el demente dictador en sus amargas quejas, acabó proponiendo una gran cabalgata despues de la funcion, para celebrar el dia de la Vírgen. Calmólo como pudo el Arzobispo, empezando á revestirse para oficiar, y Masanielo aprovechó aquel momento para salir á la iglesia, que estaba atestada de silencioso gentío. Subió apresurado al púlpito, tomó el crucifijo, y prorumpió en una ardiente perorata, refiriendo no sin natural elocuencia y profunda conviccion que daban valor sumo á sus bien coordinadas frases, las fatigas y peligros de los dias anteriores; la santidad del objeto con que se habia lanzado á una empresa tan altamente patriótica; el éxito feliz con que el cielo la habia coronado. Rogó al pueblo, con la vehementísima expresion de un alma enérgica resentida, que no le abandonase al furor de tantos enemigos como se habia granjeado por su causa. Y recordó la avaricia de los contratistas, la soberbia de los nobles, la arbitrariedad de las autoridades españolas, y el estado mi-

serable del reino, esquilmado y empobrecido por unos, humillado y oprimido por otros, y bárbaramente despedazado por todos. Luégo de repente, dando otro giro á su discurso, ó por mejor decir, concluido el lúcido intervalo en que empezó su arenga, se acusó de gran pecador, y exhortó á los circunstantes á que hiciesen como él, allí delante de la Vírgen y en presencia del Arzobispo, una pública confesion general, pidiendo á Dios misericordia. Y graduándose entónces el acceso de locura, añadió tantas sandeces y despropósitos, é hizo tantas contorsiones ridículas y ademanes indecentes, que destruyeron completamente la profunda impresion que habia causado la primera parte de su discurso. Y de órden del Arzobispo, viendo que el público todo si empezó á oirle con atencion é interes, ya le miraba no sólo con lástima sino con desprecio, arrancáronlo por fuerza del púlpito, retirándolo de la iglesia, y lo subieron á la celda de un religioso; donde, deshecho en sudor y casi desmayado, se acóstó en su lecho y se quedó profundamente dormido.

Celebráronse con gran pompa, solemnidad y pausa los divinos oficios, y concluidos éstos, cuando apénas se habia retirado el Cardenal, entraron en la iglesia, aún llena de gente, Salvador y Cárlos Catáneo, Angel Ardizzone y Andrés Ramos, todos plebeyos (los que la noche anterior conferenciaron misteriosamente con el Virey), armados de espadas y arcabuces cortos, y gritando: «*viva el rey de España*, *viva el duque de Arcos*, *muera el que obedezca á Masanielo*.» Quedó aterrada y muda la concurrencia; pasmáronse los religiosos que aún estaban en el coro y en torno al altar; y los cuatro foragidos, con otros cuantos que les siguieron, entraron por la sacristía en el convento, buscando solícitos á su víctima, y repitiendo en atronadoras voces, por nadie contestadas, sus vivas y sus mueras.

Masanielo acababa de despertar, pasado acaso el acceso de demencia, y desde la ventana de la celda contemplaba

en calma el mar (1), que habia arrullado su pobre cuna, que habia sido el campo de sus ejercicios juveniles, el proveedor del escaso sustento de toda su vida. Y acaso olvidado de poder y de fortuna, vagaba su imaginacion por regiones más humildes; cuando reparó en las galeras; y su proximidad y aparato bélico le recordaron las ideas de mando y de poderío. En esto oyó rumor de armas en el claustro inmediato, y voces que repetian distintamente su nombre. Creyó que era el pueblo, su amado pueblo, que venía á darle algun nuevo triunfo, alguna prueba de sumision y de entusiasmo. Salió apresurado de la celda, y dijo á aquellos feroces: «*¿Me buscais...? Héme aquí, pueblo mio;*» y recibió por respuesta cuatro balas de arcabuz que lo tendieron muerto en tierra.—«*¡Ingratos! ¡traidores!*» fueron sus últimas palabras. Un carnicero que iba entre la tropa de asesinos le cortó inmediatamente la cabeza, que aún gesticulaba, y asiéndola de la cabellera Cárlos Catáneo, la llevó chorreando sangre por entre el gentío aterrado y mudo que ocupaba aún la iglesia y la plaza del Mercado. Tomó un coche que encontró casualmente, y la llevó triunfante al Virey. Este la recibió con demostraciones de júbilo y de feroz alegría, ajenas de un cristiano, no convenientes en un caballero, poco dignas de un delegado del poder supremo del Monarca (2).

Ni una sola espada, ni una voz sola se alzaron en favor del hombre del pueblo, del que veinticuatro horas ántes era el dueño absoluto de la ciudad y de todo el reino; del que habia sido su ídolo diez dias, y el objeto de un entusiasmo general; del que sin duda alguna habia hecho á su patria el importantísimo servicio de abolir las arbitrarias contribuciones, de restablecer la influencia popular, y, el mayor de todos, el de darle á conocer su propia fuerza, y

---

(1) Baldachini.

(2) Giraffi.—De Santis.—Comte de Modéne.

lo que podia intentar y obtener el dia que pensase en crear una verdadera nacionalidad.—¡Leccion terrible para los que se fian de los aplausos populares y del merecimiento de sus servicios; para los que creen pedestal seguro de duradero poder el efímero entusiasmo, miéntras más exagerado más pasajero, de las agitadas turbas!

La muchedumbre que ocupaba la iglesia, el Mercado y las calles de la ciudad, aterrorizada, no conmovida, vió en sombrío silencio pasear por ella en una pica la cabeza de su caudillo. Y despues de vacilar un momento, se decidió á proclamar la nueva inevitable dominacion, y pobló el aire de vivas al rey de España, de vivas al duque de Arcos. La vocería, la agitacion, el disgusto de las últimas atrocidades del pescadero, la satisfaccion de los que se creian libres de persecuciones, y la verdadera alegría de los amantes de la paz, fueron formando poco á poco un nuevo entusiasmo, que, como enfermedad pegadiza, se comunicó á las masas populares amigas de nuevas emociones, y se hizo muy pronto general. El cadáver del infeliz Masanielo no fué tampoco respetado. Se apoderó de él la misma inmunda pillería que se habia cebado en los de sus víctimas, y lo arrastró por las calles y plazas, arrojándolo mutilado y casi deshecho en los fosos de Puerta Nolana; miéntras su cabeza, despues de recoger maldiciones y groserísimos insultos por los diferentes barrios en donde la pasearon, fué depositada en un muladar junto á los graneros públicos.

No perdonó la fortuna caprichosa é inconstante á la pobre mujer del pescadero, tan vana y tan honrada dos dias ántes. Viendo la infeliz su casa insultada por el mismo populacho que hacía pocas horas la miraba como el templo de su dios, quiso con su suegra y cuñada refugiarse en Palacio. Apuró la desventurada por las calles que atravesó todo linaje de insultos, todo género de amarguras; y, lo decimos con dolor, no halló en el Palacio la buena acogida

que esperaba, con razon, fiada ¡oh mísera! en las caricias que le habian prodigado allí dos dias ántes. Encontramos escrito, y es de obligacion nuestra referir, que la Vireina olvidó la grandeza de su cuna, y la compasion propia de su sexo; pues se desquitó largamente de las humillaciones á que se habia plegado, tratando con tono sarcástico y cruel á aquellas desdichadas de señoría ilustrísima; y llamando con amargo retintin *vireina de las plebeyas* á la infeliz y desolada viuda.

Pero el cardenal Filomarino se portó en aquella ocasion como prelado, como caballero, como hombre. Voló al amparo de aquellas pobres mujeres: las sacó de las manos de la autoridad que las escarnecia, de las de la nobleza que las insultaba gozándose con sus desdichas, de las de una plebe ingrata y soez, que se burlaba de ellas y las perseguia; y condújolas á Castilnovo, cuidando allí de su comodidad y de su subsistencia (1).

Ya era la alegría general. El pueblo no se acordaba de su libertador sino para maldecirlo. Los nobles le tiraban puñados de monedas de oro con que lo enloquecian. Los que habian padecido incendios, saqueos y persecuciones, mostraban inmoderada satisfaccion, y no pocos deseos de venganza. No habia un solo habitante de Nápoles que no anhelase el restablecimiento total del poder legítimo; y aún el duque de Arcos permanecia en inaccion luchando con su perplejidad, y sin saber qué hacerse; cuando los repetidos consejos, y hasta vigorosas excitaciones de las personas que le rodeaban y que le veian con asombro perder momentos tan preciosos y oportunos para restablecer sólidamente el poder real, le decidieron por fin á mostrarse en público, y á ser de nuevo verdadero Virey.

Montó á caballo, acompañado del Cardenal-arzobispo, de los Consejos, altos magistrados, señores y caballeros.

---

(1) De Santis.—Agnello della Porta, MS.

Fué á la catedral á dar gracias al Altísimo, y se expusieron al público las reliquias de San Genaro. Recorrió la ciudad toda, asegurando de viva voz y con apacible y gracioso semblante las concesiones hechas y los privilegios restablecidos; y ofreciendo aún en nombre del Rey mayores mercedes é inmunidades. Y regresó á Palacio casi en brazos de la muchedumbre, que lo bendecia y vitoreaba con el mismo ardor, con el mismo entusiasmo, con la misma cordialidad que dias ántes lo maldecia y lo execraba... ¡Así son los pueblos; así lo serán hasta la consumacion de los siglos!

No faltó quien aconsejase al duque de Arcos, que pues estaba restablecida su autoridad suprema, empezase en caliente á hacer escarmientos y á satisfacer ofensas. Pero tuvo entónces, lo decimos con gran gusto, la feliz inspiracion de no dar oidos á semejantes excitaciones, y de publicar por sí y ante sí, y sin consejo de nadie, un bando, que le honra mucho, prohibiendo acusar ni perseguir á nadie por los pasados acontecimientos; exceptuando solo al hermano y á un cuñado de Masanielo, que estaban ausentes (1).

Este paso disgustó mucho á los que esperaban una violenta reaccion para reponer sus intereses, ó satisfacer sus venganzas; pero llenó de contento á la generalidad, como lo manifestó con inequívocas demostraciones. ¡Ojalá hubiera seguido el Virey esta nueva y acertada senda que le indicó su buen juicio, y no se hubiese apartado de ella tan pronto como veremos más adelante!

Los parientes de D. José Caraffa no desperdiciaron momentos para recoger los destrozados y ya corrompidos restos de aquel caballero, dándoles honrosa sepultura. Los otros sangrientos y horrorosos trofeos de la furia popular, que inficionaban con su hedor la plaza del Mercado, tambien desaparecieron; miéntras el cadáver del secretario

(1) Véase el apéndice.

Márcos Vitale, depositado en San Luis, fué sacado de allí, arrastrado y mutilado por el populacho, para quien era ya un crímen haber sido partidario de su libertador.

Dedicó la noche el Virey á dictar las disposiciones necesarias para asegurar la tranquilidad pública, y para empezar á poner en órden la ciudad. Y como los panaderos le representasen que era imposible el que continuara el ínfimo precio y el excesivo peso del pan, mandó, acaso inoportunamente, que al dia siguiente se expendiese como se hacía ántes de la sublevacion. Esta medida, muy justa sin duda, pero demasiado pronto dictada, y la noticia de haber dado muerte una patrulla en las afueras de la ciudad á otro cuñado de Masanielo, causaron desde el amanecer del dia 17 de Julio gran inquietud en el populacho. Aprovecharon diestramente la oportunidad los que aún deseaban reanimar la hoguera, no del todo apagada; y poniendo sagazmente en juego los recuerdos de unos, los intereses de otros, y las pasiones de todos, consiguieron en poco tiempo y con poco trabajo que apareciera de nuevo la sublevacion, acéfala en verdad, pero siempre temible y amenazadora. Fué acudiendo al Mercado primero la gente báldía de los barrios, y luégo otra más granada acaso por curiosidad. Se decia en los corrillos que ya Nápoles estaba padeciendo el castigo de haber abandonado inicuamente al furor de sus enemigos al héroe libertador; que si el Virey empezaba de tal modo á encarecerles el pan y á escatimarles el sustento, no tardaria en imponerles de nuevo las gabelas. Y empezaron á circular con efecto mágico por la muchedumbre sentidas lamentaciones por haber abandonado y perdido á su valeroso protector, al único que miraba por el pueblo. Encendiéndose rápidamente los ánimos, se acrecentaba por puntos la desesperacion por la pérdida de su caudillo, de su libertador, del único que sabía aterrar á los tiranos é imponer condiciones á los vireyes. Y derramándose luégo aquel gentío por calles y

plazas, volvió á resonar en ellas con clamorosos gritos el nombre de Masanielo, produciendo su memoria un entusiasmo general. Desconcertado el duque de Arcos, envió diligentes emisarios por todas partes á calmar los amotinados grupos, culpando de la carestía del pan á los panaderos: con lo que sólo logró que algunos de ellos fueran despedazados por haber obedecido su inoportuna disposicion. Y puestas en accion nuevamente las turbas, huyeron los empleados públicos, escondiéronse los amigos de la paz, cerráronse las puertas de tiendas y talleres, tomaron las armas las tropas en los cuarteles, y presentó de nuevo la ciudad el horroroso aspecto que los dias de la sublevacion. ¡Qué mucho si ésta habia renacido con sus mismos enconos, con su misma sed de venganza y de sangre!

El nombre de Masanielo se repetia con doloroso afan por todos los labios del acalorado gentío que habia visto el dia ántes sin conmoverse su cabeza sangrienta en manos de los asesinos, que luégo se cebó en su cadáver, y que insultó á su viuda y persiguió á sus partidarios. Y por un movimiento general se resolvió acabar con los asesinos que habian matado al hombre del pueblo, y buscar sus restos mortales y celebrar con ellos á su modo una especie de apoteósis reparadora.

Fué inmediatamente un numeroso grupo respirando furor y venganza á las casas de los verdugos del pescadero, que se salvaron de la furia popular huyendo con tiempo y escondiéndose con habilidad; y otra turba fué solícita á recoger los despojos de su ídolo. Llevaron la desfigurada cabeza adonde estaba el destrozado tronco, con el que la unieron y cosieron lo mejor que les fué posible. Lavaron el ya entero y restaurado cadáver en las aguas del humilde rio Sebeto; lo perfumaron y vistieron con ricas ropas, y puesto en un sillon de brazos lo pasearon en triunfo por la ciudad con fúnebre algazara y dolorosa gritería. Corrió luégo la voz de que habia resucitado Masanielo, y esta no-

ticia, aunque tan inverosímil, consternó al Virey, aterró á la nobleza, y embriagó de alegría al populacho que llenaba las calles y las plazas con vehementísima conmocion. Todos querian verlo, todos tocarlo, todos conservar alguna prenda de su atavío, un mínimo pedazo de sus ropas, como una preciosísima reliquia. Los que conseguian acercarse lo tenian á la mayor dicha, aunque viendo sólo á un cadáver anunciaban en alto y lastimoso grito, y con lágrimas en los ojos á los que quedaban más léjos, que Masanielo estaba muerto (1).

Llegó á ser tan grande la concurrencia, que no podia ya transitar por las calles aquel nuevo paseo triunfal; por lo que se determinó darle fin, depositando aquel cuerpo en la iglesia del Cármen. Colocáronlo en un magnífico túmulo rodeado de todas las banderas de los barrios, de los estandartes de las cofradías, y de una guardia popular de más de cuatro mil hombres. Al anochecer, sacándolo en las andas con las insignias de capitan general, hicieron un suntuoso entierro, ó, por mejor decir, procesion, á que asistieron los cabildos, las comunidades y muchos magistrados y autoridades civiles; obligando á los puestos militares por donde pasaba á que le hiciesen los supremos honores. Recorrió esta pompa fúnebre todas las calles y plazas de la ciudad, que espontáneamente iluminaron los vecinos. Y al llegar á la plaza de Palacio, henchida de taciturno gentío, se paró el féretro y se detuvo larguísimo rato; y el Virey envió ocho de sus pajes con libreas de gala y hachas de cera, y la mitad de su guardia tudesca, para acompañarlo. Al amanecer volvió esta procesion solemne al Cármen, donde se celebró el oficio de difuntos con salvas de artillería en el torreon de la iglesia y con el clamoreo general de todas las campanas de Nápoles. Las mujeres plañian y alborotaban en el templo con sus gemidos, y

(1) De Santis.

se acercaban de tropel para tocar sus rosarios en el cadáver, y se oia exclamar de cuando en cuando con fervor devoto: «*Beato Masanielo, ora pro nobis.*» Al mismo tiempo en la plaza del Mercado, atestada de la apiñada muchedumbre que no pudo entrar en la iglesia, se vendian á precios increibles retratos de lápiz y bustos de cera. Y los ciegos entonaban y vendian oraciones y coplas edificantes dirigidas á aquel nuevo bienaventurado (1). Diósele sepultura en el mismo templo en que se celebraron las honras. Peró el MS. de Capecelatro dice que pocos dias despues fué exhumado aquel cadáver como de persona muerta bajo el peso de una excomunion, y enterrado sin aparato alguno fuera de sagrado. Ignoramos, pues, el sitio donde descansan los mortales restos de hombre tan memorable.

Nueve dias duró solamente el portentoso é increible poder de Masanielo, pero tan llenos de graves acontecimientos, de trascendentales trastornos, de espantosos crímenes, de violentas contradicciones, y de amargos desengaños, que presentan como en un solo cuadro un ejemplo solemne y desconsolador de lo que son los hombres y de lo que son los pueblos.

(1) De Santis.—Comte de Modéne.

LIBRO SEGUNDO.

TORALDO.—ANNESE.—EL DUQUE DE GUISA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Muerto el hombre prodigioso que de una manera tan extraordinaria habia dado cuerpo y forma á la sublevacion; conseguido el objeto de ella en la abolicion de los impuestos y gabelas, y con el restablecimiento de privilegios que imposibilitaban toda exaccion arbitraria; cansada la plebe de tantos dias de fatiga y de movimiento; deseosa la ciudad de Nápoles de quietud y de reposo; horrorizada además de las sangrientas escenas de que habia sido teatro, y restablecida de hecho la autoridad real, con fuerzas disciplinadas á sus órdenes, con la nobleza á su devocion, ganados los más influyentes jefes populares, y con gran parte del pueblo sumiso y obediente de buena fe, parecia que iban ya á amanecer para aquel desventurado reino dias bonancibles de órden, de reposo y de tranquilidad. Pero la mala estrella del duque de Arcos amontonaba nuevas borrascas sobre su frente, y preparaba nuevas escenas de sangre y de escándalo, y más serios y graves peligros para la dominacion española.

Si las exequias del dictador popular manifestaron un síntoma no dudoso de que la sublevacion no habia muerto con su caudillo, los dias siguientes patentizaron claramente su existencia, y que no era el perplejo Virey capaz de sujetarla y de destruirla. Ya un grupo del pueblo asaltaba impunemente una panadería, so pretexto de que habia vendido el pan falto; ya otro repetia los asaltos sin estorbo alguno á las casas de los matadores de Masanielo, refugiados en Castilnovo, y las saqueaban y las incendiaban; ya en el Mercado ó en algun otro sitio de concurrencia se armaba una disputa, que nadie trataba de calmar ni de impedir, y que concluia á puñaladas, llamándose unos á otros foragidos y partidarios de Maddalone; ya la plaza de Palacio se llenaba de gente desarrapada, que con *mueras* y *vivas* presentaban mal fundadas quejas, que eran siempre acogidas con indigna debilidad; ya los soldados tudescos y españoles, que discurrian solos y desarmados por las calles, tenian que refugiarse á sus cuarteles ó á los cuerpos de guardia más inmediatos, siempre apedreados, y muy á menudo heridos. Y no aparecia una medida vigorosa que asegurase á unos y que contuviese á otros; no se publicaba un bando con disposiciones tales, que imposibilitaran aquellos desórdenes; no se hacía un escarmiento que arredrase á los díscolos, que amedrentase á los facinerosos; en fin, no habia gobierno.

Si era tan triste el estado de la capital, no era más lisonjero el de las provincias del reino. Por todo él habia cundido de un modo ó de otro la sublevacion, y en todas estaba roto el freno de la obediencia al poder legítimo. En las grandes ciudades se desarrolló el elemento popular; fueron arrojadas ó asesinadas las autoridades, y alzados todos los impuestos; repartiéronse armas al paisanaje, y se ejecutaron las más violentas rapiñas y las más atroces venganzas. En las villas y aldeas, en unas los barones, señores de la tierra, se fortificaron en sus palacios y castillos

para libertarse del furor de sus colonos, y ejercian sobre ellos la más dura tiranía, ayudados de bandidos que llamaron á sueldo; en otras, los colonos tomaron la delantera, incendiaron las casas fuertes señoriales y se declararon de realengo. Solo donde las guarniciones españolas y tudescas eran bastante numerosas para tener en brida á los habitantes, se conservaba una aparente tranquilidad, ó por mejor decir, una mal comprimida sublevacion.

Los altos señores feudales hacian por su parte esfuerzos por contener el desórden, demostrar fidelidad al Rey, y ayudar á la autoridad legítima; conociendo harto que no siéndoles posible amalgamarse con el pueblo, no les quedaba otra tabla de salvacion en tan deshecha borrasca. Pero la autoridad legítima, ó porque aún desconfiaba de la ayuda de los potentados, ó porque no queria combatir, les mandó derramar y despedir las fuerzas que á su costa levantaban y mantenian, perdiendo así un elemento de represion muy ejecutivo, y un medio seguro de mantener en el dominio de España aquel importantísimo Estado.

Las ciudades, villas, aldeas y campiñas que circundaban la capital obedecieron á Masanielo, cuyos tenientes con pelotones napolitanos las recorrian y alarmaban. En las provincias más distantes no fué nunca tan absoluto el dominio del pescadero, pero se alzaron y seguian los movimientos y progresos de la insurreccion. En la de Otranto fueron muy graves los conflictos; en la de Lecce las rivalidades entre dos funcionarios públicos, Anolini y Boccapiánola, sobre quién debia dar cumplimiento á las órdenes del Virey aboliendo las gabelas, dió márgen á asesinatos, incendios y escenas de ferocidad inaudita; la ciudad de Aquila fué teatro de horrorosos desórdenes; la de Nardo, feudo del conde de Conversano, se declaró de realengo; acudió á sujetarla con fuerza considerable de bandidos, y fué rechazado; pero por interposicion del obispo monseñor Pappacoda hubo avenimiento, entregándose de nuevo

la ciudad con ciertas condiciones á su señor. Pero éste, en cuanto entró en ella, olvidándolas todas, y hollándolas sin miramiento, se entregó á las más sangrientas venganzas (1). En Chietti, ciudad del Abruzzo, comprada poco ántes á la corona por D. Ferrante Caracciolo, se levantaron los nobles para sacudir el moderno yugo feudal; asesinaron á los empleados, jueces y administradores del señor, y se declararon de nuevo vasallos del Rey. En Voggia, un tiro que casualmente se escapó á un centinela, fué orígen de una sublevacion espantosa, en que hubo gran derramamiento de sangre. La provincia de Basilicata estaba sometida á la dominacion de Hipólito Postena, que se apoderó de Salerno. Mateo Caivano, hombre oscurísimo, habia levantado con buen éxito el estandarte popular en Taranto. La tierra de Bari estaba toda en fermentacion. Ambos Abruzzos en el mayor desórden, presa de la más espantosa anarquía. Y las dos Calabrias, agitadas por Tofardo y Marota, comisionados del pueblo de Nápoles, eran campo miserable de los excesos revolucionarios y de las ejecuciones de los bandidos, que ó servian á los señores de la tierra, ó se aprovechaban de la fuga de las tropas, y de la ausencia de las autoridades, para saquear las villas en desórden y los lugares sin defensa. Ni los respetables monasterios de la Cava y de Montecasino se vieron libres de la invasion de los revoltosos; y corrieron gran riesgo aquellos ricos archivos, depósito y refugio en los siglos bárbaros de todo el saber humano, de ser reducidos á cenizas. Es muy curiosa la declaracion que arrancó el abad del monasterio de la Cava al jefe popular que fué á atacarlo: documento que tenemos á la vista (2).

En fin, llegó á tal punto el vértigo de insurreccion y desórden que se difundia con la atmósfera, y que se comu-

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.
(2) Véase el apendice.

nicaba como un contagio pestilencial, invadiendo todos los pechos, acalorando todas las cabezas, que en la aldea de Schiavoni, compuesta de unas treinta chozas, se reunieron un domingo los habitantes para hacer tambien su insurreccion; y como se encontrasen que eran todos parientes y amigos, que no habia autoridad contra quien rebelarse, ni riquezas que saquear, ni gabelas que abolir, quedaron muy desconcertados y mohinos, cuando uno de ellos dijo, como si fuese inspirado: «*Venid, é incendiad mi choza, que nada me importa con tal que hagamos algo, y que no se diga que somos cobardes y malos patriotas.*» Y la choza de este héroe, que así se inmolaba en las aras de la reputacion de su aldea, fué inmediatamente reducida á cenizas, con grandes alaridos, y procurando aquellos inocentes rústicos contrahacer, lo mejor que supieron, los furores que habian oido contar de Nápoles y de otras ciudades de importancia. En Tuturano, aldea inmediata á Bríndis, por hacer algo, prendieron fuego á la taberna (1); y en un casal de Calabria, las mujeres se rebelaron contra los maridos, y quemaron á dos de ellos con sus hijos, incendiando un pajar en que se habian refugiado (2).

Sentimos no haber encontrado bastantes materiales para escribir con más detencion sobre estos acontecimientos, cuyas particularidades darian una exacta idea del carácter de la época, y del estado en que llegó á ponerse el reino de Nápoles. Pero no existen documentos de aquel tiempo en los archivos públicos, y los escritores de entónces, dedicando toda su atencion á las ocurrencias de la capital, sólo hacen leves indicaciones de lo acaecido en las provincias, y alusiones á casos particulares ocurridos en ellas, que no han llegado hasta nosotros. Mas lo que dejamos li-

---

(1) De Santis.

(2) Relacion MS. en un códice de la librería del príncipe de San Giorgio.

geramente apuntado, siguiendo á los más graves autores contemporáneos, basta para dar á conocer que el país todo estaba hondamente conmovido, aunque por fortuna de España, sin un pensamiento nacional y unánime, sin un objeto fijo, sin una direccion determinada, sin un caudillo solo á quien todos obedecieran. En fin, andaba revuelta la tierra, estaban amotinados los pueblos, reinaba una desconcertada y feroz anarquía; pero en el reino de Nápoles no habia hasta entónces *rebelion*. Esta apareció al cabo, porque así debia suceder, como no tardaremos en referir.

CAPÍTULO II.

En Nápoles cada instante asomaban nuevas pruebas de que continuaba como ántes la sublevacion. El dia 19 de Julio se alteró la ciudad, volviendo á ponerse en armas el populacho, porque se esparció la falsa nueva de haber sido asesinado por los españoles el electo del pueblo. Y el dia 20 hubo un serio alboroto, porque los aduaneros empezaron á exigir, como ántes, los impuestos abolidos por la capitulacion. El furor popular quiso dirigirse desde luégo contra el Virey; pero Julio Genovino, deseoso de mostrar su celo por el legítimo gobierno, para no ver retardada la posesion de la presidencia del Tribunal de la Sumaria que le estaba ofrecida, consiguió con su maña y sagacidad calmar al pueblo, y persuadirle que llevase sus quejas al Arzobispo; el cual se entenderia mejor con el duque de Arcos, sin cuyo conocimiento, osó asegurar, se estaba cometiendo aquella tropelía por los empleados subalternos. Y efectivamente fué dirigida al Cardenal una respetuosa representacion por escrito (1).

Corrió en aquella ocasion gran riesgo un caballero español llamado D. Miguel Sanfelices, porque encontrando en la calle una de las turbas, dijo imprudentemente: «*Gritad, gritad, que pronto comereis piedras*.» A la ligereza de un poderoso caballo en que iba montado debió la vida, huyendo á esconderse donde no pudieran dar con él Pero

(1) Véase el apéndice núm. 12.

tomó con este incidente tanto cuerpo la asonada, que tuvo el Virey, para calmarla, que poner á talla la cabeza del fugitivo, como si fuera la del mayor traidor ó facineroso (1).

Al mediodía, y cuando todo estaba ya tranquilo, alborotaron de nuevo la ciudad los habitantes de Milito, casal inmediato, entrando armados y con gran gritería por las calles de Nápoles, buscando para matarlo á su señor, el consejero Francisco Antonio Moscattola. Estaba éste muy descuidado comiendo con su familia, cuando vió invadida su casa por aquella furibunda turba de rústicos, seguida de un gran número de curiosos, que aumentaban la confusion. Alterado y sorprendido huyó con su mujer y logró esconderse, abandonando la casa con las muchas riquezas que contenia, y una preciosa biblioteca, al furor y codicia de sus rebeldes vasallos, que quemando, destruyendo y robándolo todo, sin que nadie lo impidiese, volvieron á su aldea satisfechos y triunfantes, pero pesarosos de no haberse llevado consigo la cabeza de su señor.

Tambien hubo dos distintas asonadas harto cómicas. Las mujeres del populacho más soez se reunieron, recorrieron armadas y voceando por las calles y plazas, y se dirigieron al Monte de Piedad, para exigir que se aboliesen ciertos artículos del reglamento, que siendo favorables á las ropas buenas y á las joyas que empeñaban los ricos, perjudicaban á los harapos y miserias que empeñaban los pobres; y pedian, á favor de estos efectos de ningun valor, la preferencia. El director del establecimiento, hombre sagaz y de sangre fria, les abrió las puertas y las calmó con buenas razones y con oferta de servirlas. Con lo que se retiraron muy ufanas y contentas, cantando victoria, y celebrando su soñado triunfo.—La otra asonada la hicieron los mendigos de la ciudad contra los frailes cartujos: repartia aquel monasterio á su puerta un dia de la semana ciertas limosnas

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

de una obra pía fundada por la famosa reina Juana; y los que la recibian, no queriendo incomodarse en subir por ella á la cartuja, fundada en un cerro junto al castillo de Santelmo, exigieron que se les diese en la plaza del Mercado. Resistiendo los cartujos esta inconsiderada exigencia, los interesados trataron sin más ni más de hacerla efectiva por la vía de las armas. Y se vieron aquel dia trepar por aquellos agrios recuestos, á más de mil pobres ciegos, cojos, mancos y tullidos, armados de garrotes y de algunas alabardas y arcabuces, amenazando incendiar el monasterio y pasar á cuchillo á los monjes. Y eran tales sus bravatas y ademan resuelto, que tuvieron los religiosos que cerrar las puertas, y que pedir socorro al vecino castillo. Mas tomó tanto cuerpo el ataque con los valedores y amigos de aquella inmunda canalla, que tuvieron que salir dos monjes con buenas razones y prudentes ofertas á calmar á los amotinados, que volvieron á la ciudad muy contentos con la muestra de su valentía (1).

Pero cuando volvió á aparecer la sublevacion en toda su fuerza, y amenazadora y terrible, fué el 29 de Julio. Atravesando á primera mañana la plaza del Mercado el electo del pueblo, Francisco Arpaja, fué llamado aparte con gran recato por Genaro Aunese, que ya empezaba á darse tono de sucesor de Masanielo, y por un tal Vanno Panariello, jefe popular de mucha valía. Y le dijeron que el pueblo habia sido completamente engañado, porque al leerle las capitulaciones juradas, habian dejado en silencio muchas frases de los artículos, cual aparecian impresos, y que echaban abajo, ó anulaban las disposiciones más importantes. Que por fortuna hasta entónces nadie habia reparado en ello. Pero que si no se remediaba pronto tan insigne mala fe, ellos serian los primeros en publicar la indigna superchería, y en excitar á los napolitanos á hacerse

(1) De Santis.—Raph. de Turris.

por sí mismos pronta y cumplida justicia. Hízose de nuevas el electo, respondiéndoles que no encontraba motivo para aquella desconfianza. Y Aunese y Panariello le mostraron un ejemplar impreso de la capitulacion, y en el artículo que disponia la abolicion total de las gabelas y contribuciones, no existentes en tiempo del emperador Cárlos V, la cláusula siguiente: «*exceptuándose aquellas que estuviesen arrendadas á particulares;*» con lo que ciertamente, estándolo todas, quedaba invalidado y sin efecto lo pactado en tan importante artículo. Desconcertóse el electo, y aseguró que era yerro de imprenta. Y que faltaba un *no*, que habia sin duda en el original, ántes de la palabra *exceptuándose*. Fueron los tres incontinenti á la imprenta para asegurarse, y el impresor, con los manuscritos á la vista, demostró que habia estampado con toda exactitud. Arpaja entónces ofreció hablar al instante al Virey, para que se deshiciese la equivocacion, y rogó á Aunese y á Panariello que no lo divulgasen. Sobrevino en esto á hablar del mismo asunto un clérigo revoltoso, llamado D. Onofre Jacutio, el que, cuando los otros se apartaron aparentemente satisfechos, y se vió solo con el electo, le exigió que se le diesen reservadamente dos mil cequíes por guardar el secreto. Rechazó aquél la proposicion sin agraviar al clérigo, y fué á dar parte de todo al Duque, no dudando que la noticia iba muy pronto á difundirse por el pueblo, y á producir funestísimos resultados (1).

Perplejo como siempre el Virey, y desconociendo, á pesar de tan repetidos escarmientos, que cuando es forzoso hacer concesiones al pueblo alborotado, es mejor hacerlas en los primeros momentos, cuando aún las pide de rodillas y como gracia, que despues cuando las exige con las armas en la mano y como derecho, entró en consultas dilatorias y evasivas, diciendo que no podia arruinar así de

(1) Santis.—Raph. de Turris.

una plumada á más de cincuenta mil familias interesadas de antiguo en los arriendos de impuestos y gabelas. La razon era ciertamente poderosa; pero no aquel el momento oportuno de darle valor. Pues aunque es un principio de justicia que todos los derechos adquiridos son respetables, y que si están acaso fundados en abusos que necesitan de reforma, debe ésta hacerse poco á poco y con mucho pulso, cuidando de indemnizar á los poseedores de buena fe, y de subsanar intereses creados bajo el amparo de leyes buenas ó malas, y con la sancion respetable de la costumbre inveterada, las circunstancias eran en extremo ejecutivas, y no para andarse en miramientos. La abolicion terminante y completa de aquellas cargas habia sido la condicion primera del avenimiento; condicion acordada, aceptada y jurada. No podia ya volver al campo de la discusion; y buscar medios rateros para no hacerla efectiva, era un perjurio, una muestra insigne de mala fe, que debia producir funestísimos resultados: un medio seguro de reanimar y de justificar un incendio tan mal apagado, y que áun podia, como se verificó, reanimarse más voraz, más terrible, y de más trascendentales consecuencias. Estas reflexiones fueron expuestas al duque de Arcos por el Cardenal-arzobispo, por algunos consejeros, y por muchas personas sensatas. Pero él, sin negar su valor, no les dió la pronta acogida que en aquellos críticos momentos debia haberles dado: y con sus respuestas evasivas, y con sus medios dilatorios, dió tiempo á que publicada la supercheria se alarmara toda la ciudad. Pues resonando en toda ella el grito de traicion, acudió furiosa á las armas, para reclamar con ellas la validez de la capitulacion, no cual andaba impresa, sino cual se habia leido al pueblo en la catedral.

Llenóse la plaza del Mercado de furibundo gentío, que á palos y pedradas dispersó á los picapedreros y marmolistas que trabajaban en las lápidas que deberian colocarse allí con los artículos de la avenencia. Y quisieron hacerlos

pedazos, llamándolos falsarios y engañadores (1), apareciendo la sublevacion tan general, tan poderosa, tan embravecida, cual lo estaba ocho dias ántes, cuando tenía á su cabeza, como supremo dictador, á Masanielo.

El duque de Arcos hizo entónces lo que siempre, refugiarse en las murallas de Castilnovo, y enviar emisarios al pueblo con excusas, y con todo género de concesiones. Mas nada consiguió: la general desconfianza rechazaba con indignacion las ofertas de la depravada autoridad, é insultando á sus mensajeros, dificultaba todo acomodo. Y el motin tomó un aspecto imponente y aterrador. Pero presentóse á caballo en medio de las acaloradas turbas el príncipe de la Rocca, sobrino del Cardenal, y nombrado por su influjo superintendente de abastos. Y como era muy bien quisto de los napolitanos todos, logró que lo escuchara y atendiera la muchedumbre. Y calmándola poco á poco con buenas y concertadas razones, y esforzando la disculpa de que todo era error involuntario de los copistas, hijo de la premura del tiempo y de la precipitacion con que se escribieron las capitulaciones, consiguió persuadir al pueblo que nombrase una persona de su confianza que se entendiera con él para corregir el artículo en cuestion, y de un modo tan claro y terminante, que no diese lugar á dudas ni á siniestras interpretaciones. Fué inmediatamente nombrado por la multitud el mismo clérigo Jacutio, el que entró con el Príncipe en la iglesia del Cármen para arreglar el negocio.

Pronto se pusieron ambos de acuerdo, redactando el artículo de nuevo, expresando en él terminantemente la abolicion de todos los impuestos, y *particularmente de los arrendados*.—Salió el clérigo á dar parte de este arreglo á la multitud. Pero recibió tantas nuevas enmiendas y adiciones por escrito, para añadir más seguridades y dar más

(1) De Santis.—Rap. de Turris.

claridad, no sólo á aquel artículo, sino á todos los demas de la capitulacion que ofrecian algun sentido dudoso, que volvió á entrar en la iglesia y á conferenciar más largamente con el príncipe de la Rocca. No tardaron tampoco en entenderse, conociendo éste que era preciso contemporizar. Y saliendo ambos á la plaza y asociándose á un tal Gregorio Accietto, mercader de sedas, muy estimado del pueblo napolitano, fueron en diputacion á presentar las nuevas exigencias al Virey.

Recibiólos éste con la más fina cordialidad; y haciendo exageradas protestas de su buena fe, y de su deseo de lo mejor, accedió sin el menor reparo á las enmiendas y considerables variaciones que le presentaron. Y adoptándolas todas, firmándolas inmediatamente y sin la menor dificultad, mandó reimprimir sin tardanza con ellas las capitulaciones, dando por nula y de ningun valor la edicion publicada. Con lo que despachó contentísimos á los diputados de la sublevacion, encargándoles asegurasen al pueblo que sólo deseaba afianzar su felicidad (1).

El Príncipe, el clérigo y el sedero tornaron al Mercado, donde los esperaban las armadas turbas, ya cansadas de su propia inaccion, y que enterándose de que quedaban plenamente complacidos, se dispersaron en alegres grupos por la ciudad.

---

(1) Comte de Modéne.—De Santis.—Véase el apéndice número 13.

CAPÍTULO III.

La costumbre de reunirse y de alborotarse, era ya segunda naturaleza en el populacho napolitano. Y parecia que andaba solícito en busca de ocasiones para ejercer su terrible propension. Y como no faltaban ciertamente pretextos, ni personas inquietas animadas con la impunidad que exaltaran los ánimos tan bien dispuestos, raro era el dia en que no apareciese la asonada, y en que no se alterase de un modo ó de otro la pública tranquilidad.

Uno de los primeros de Agosto se reunió el pueblo armado en la plaza del Cármen, foco permanente de la sublevacion, y resolvió atacar las casas públicas de juego. Asaltólas efectivamente con gran algazara, se apoderó del dinero que encontró en ellas, apaleó y maltrató á los jugadores, y prendió fuego á los edificios. Y como un siciliano, hombre de corazon, que era dueño de uno de ellos, se presentase decidido con una alabarda en la mano á defender su propiedad, fué hecho pedazos por la multitud (1).

Otra vez se dirigió el motin á la iglesia de PP. Teatinos de la calle de Toledo, para sacar de ella á un soldado español allí retraido. Y despues de maltratarlo grandemente lo llevó á la presencia del Virey, pidiéndole le sentenciase á horca, porque habia disparado su arcabuz contra el pueblo en una de las anteriores asonadas. Resistióse debidamente la suprema autoridad á dar tal sentencia, y

---

(1) De Santis.—Raph. de Turris.

entónces el populacho, sin esperar más, lo llevó al patíbulo (1).

El 8 de Agosto saqueó é incendió el pueblo alborotado el palacio que tenía en Piedigaotta el príncipe de Caramanica, hombre oscuro y de bajísima extraccion, que habia juntado en pocos años incalculables riquezas. Y entre los muebles que allí perecieron, hacen mencion los historiadores contemporáneos de un sillon todo recamado y embutido de gruesísimas perlas (2).

Tambien, á instigacion de los frailes franciscos, hubo un serio alboroto. Habia decidido la ciudad declarar por uno de sus protectores á San Antonio de Padua, y le habia erigido una estatua de plata que debia, con la de los otros santos patronos, sacarse en las procesiones y custodiarse en el tesoro de la catedral. Y una tenaz competencia entre franciscanos y capuchinos sobre la forma que se debia dar á la capucha del Santo, pretendiendo aquéllos que fuera redonda, y éstos que debia ser puntiaguda, obligó á que se depositara judicialmente la imágen, que estaba hecha á gusto de los primeros, en casa del regente Capecelatro, miéntras se decidia el pleito formalmente entablado entre ambas religiones. Los franciscanos, temiendo perderlo por la influencia que entónces gozaban en Roma los capuchinos, aprovecharon las revueltas y acaloraron á sus devotos para que hicieran una asonada, sacaran al santo de su depósito y lo llevaran á la catedral, terminando así á su favor, por la fuerza, aquel negocio. Dispúsose, pues, la jornada en la plaza del Mercado, armáronse las turbas, y no sin choques y sérias pendencias, pues tambien los capuchinos tenian, aunque en menor número, valedores, asaltaron la casa del Regente, se apoderaron de la imágen, y en tumultuosa procesion la llevaron á la capilla del Te-

(1) De Santis.
(2) De Santis.—Capecelatro, MS.

soro. Y en ella, hallando muchos capellanes nobles, los arrojaron de allí, sustituyéndolos por clérigos plebeyos, y confiando su custodia á los canónigos, con lo que se captaron la benevolencia del Cardenal-arzobispo (1).

Los estudiantes tambien quisieron, amparados del comun desórden, exigir por la fuerza rebaja en los derechos de universidad. Y tomando las armas contra los doctores, que los percibian, se juntaron más de cuatro mil, ocuparon los alrededores del edificio, y pusieron en grande apuro al claustro y al Rector. Pero como la mayor parte de los amotinados escolares eran forasteros, y los doctores y empleados de la Universidad napolitanos, consiguieron éstos tener de su parte al populacho, que, amotinado á su vez, acudió á deshacer y castigar otro motin. Los estudiantes huyeron amedrentados, y unos salieron de la ciudad, otros se escondieron en ella, y habiendo sido muchos descubiertos, fueron maltratados y heridos, y los que opusieron resistencia hechos pedazos sin piedad (2).

Estos desórdenes diarios, y las noticias de lo que ocurria en las provincias, donde cada momento era mayor la anarquía, movieron por fin el ánimo del duque de Arcos (alentado tal vez con la esperanza de recibir socorros de España, habiendo tenido nuevas de que las cosas de Cataluña iban bien, pues habian levantado los franceses el sitio de Lérida) á hacer algunos castigos, y á tomar algunas medidas de buen gobierno; pero estas fueron desconcertadas, y aquellos vinieron ya tarde. Trató, pues, aunque con mal efecto, de dar nueva organizacion á las armadas turbas populares, mudando los cabos, que á su manera las gobernaban. Pero nombró, con malísima eleccion, personas poco gratas al pueblo, y como tales de ninguna influencia, y que al mismo tiempo ofrecian poca seguridad

(1) De Santis.
(2) De Santis.—Raph. de Turris.—Capecelatro, MS.

de buena fe, pues hizo teniente de maestre de campo á Onofris Cajiero de Santa Lucía (en cuya casa se creyó, como dejamos dicho, envenenado á Masanielo), y á Salvador Baroni, vecino del barrio de Mortelle (que se susurraba habia tenido parte en su muerte), con lo que se disgustó la ciudad toda, viendo hombres tan sospechosos tan altamente colocados. Bien que ellos supieron muy pronto restablecer su opinion con el populacho muy aventajadamente. Publicó tambien el Virey varios bandos prohibiendo de nuevo saqueos é incendios; y uno muy notable y de perversas consecuencias, previniendo á los pueblos de señorío que le presentaran las quejas que tuviesen contra sus señores, seguros de que les haria justicia. Las alas que dió semejante disposicion á los lugares de propiedad particular, y el disgusto de la nobleza, se dejan discurrir.

Deseoso, en fin, de presentar algun escarmiento, negoció con los jefes populares de su devocion, que prendieran, como de motu propio, y les acusaran como infractores de la capitulacion, á algunos de los que habian dirigido los últimos saqueos é incendios de las casas de juego y del palacio Caramanica. Y á dos que le llevaron, los mandó inmediatamente ahorcar, sin más ni más, á la puerta de Castilnovo. Estas ejecuciones causaron por lo pronto buen efecto, haciendo profunda impresion en el populacho. Pero á poco rato, agolpándose la gente á ver á los ajusticiados, empezaron á decir los más audaces:—«*Así hará el Virey poco á poco con todos nosotros:*» palabras que, repetidas, cundieron con rapidez, y empezaron á notarse síntomas de indignacion y anhelo de prevenir el peligro. Súpolo el Virey, y mandó inmediatamente colocar en el pecho de los ahorcados un cartel con gruesas letras, que decia: *Arrestados y acusados por el fidelísimo pueblo por haber faltado á la capitulacion, incendiando y saqueando sin licencia del Virey ni órden de los jefes populares, han sido juzgados y condenados á muerte por este delito:* con lo cual se cal-

maron los ánimos y se deshizo instantáneamente la multitud (1).

Tambien amanecieron ahorcados en el mismo lugar, con sus correspondientes carteles aclaratorios, un fraile agustino, apóstata, espía de los franceses; un cochero, ladron, y un soldado español que habia matado de un tiro á un paisano: ejecuciones todas que fueron muy aplaudidas (2).

El dia siguiente se alteró la gente de Lavinaro, y fué armada á pedir la libertad del hermano de Masanielo, que suponia preso en Castilnovo, y que muchos creian ejecutado secretamente en el calabozo. Y el duque de Arcos, contra su costumbre, afrontó el motin, se negó decididamente á complacerlo, y dijo resuelto á aquellos furiosos, que el hombre cuya libertad pedian no estaba en Castilnovo, sino en Gaeta. Más, que aunque estuviera en el castillo, de ningun modo se lo entregaria. Entereza que deshizo el motin sin más resultado (3), dando á conocer cuánto, usada á tiempo y cuerdamente, hubiera podido conseguir y evitado.

Pero por más que el duque de Arcos quisiera manifestar carácter, y que podia ser verdadero Virey, tomaba ya tarde tan buena resolucion. Su constante debilidad anterior le tenía harto desacreditado, y con ella habia cobrado demasiada osadía el movimiento popular, para que pasajeros alardes de fuerza y de inoportuna energía consiguieran resultados estables y positivos. Así que los conspiradores no dejaban de entenderse entre sí, y de prepararse á más formales empresas. Y los jefes é instigadores de la permanente sublevacion, soplando y manteniendo vivo el fuego nunca apagado, combinaban un vasto plan para que apare-

(1) De Santis.

(2) De Santis.—Raph. de Turris.

(3) De Santis.—Capecelatro, MS.—Comte de Modène.

ciera pronto cual nunca terrible y amenazadora, y con objeto más grande y de mayor importancia. No faltando ya en los conciliábulos y clandestinas reuniones agentes de Francia con instrucciones y dinero del marqués de Fontenay, embajador del Rey cristianísimo en Roma, el cual, desde los primeros momentos de la sublevacion, acechaba el oportuno para apoderarse de ella, y dirigirla á su provecho.

Dispúsose, pues, en secreta conjura de los más osados el dar un golpe decisivo el dia de la Vírgen de Agosto, solemnísimo en Nápoles, apoderándose en un solo punto y en un solo momento del Virey, de su familia, y de los generales, consejeros y altos funcionarios españoles. Para lo cual resolvieron convidarlos á todos en nombre del pueblo á la funcion solemne que debia celebrarse en la catedral. Encargóse de hacer el convite el electo Francisco Arpaja, deseoso sin duda de restablecer con los conjurados su opinion, un tanto lastimada por los empleos lucrativos repartidos entre su familia. Y como la decision se tomó precipitadamente la mañana misma de la fiesta, esto es, en la madrugada del dia de la Asuncion, fué muy temprano á Palacio á desempeñar su solapada comision. Escamó al Duque tanta premura en convidarlo, y tanto empeño en que llevara séquito tan numeroso. Y despues de pensar mucho lo que le cumplia hacer, se determinó á ir solo á la iglesia, como lo verificó, disculpando á la Vireina con que en tan corto tiempo no habia podido disponerse y ataviarse, y á los generales y autoridades con perentorias ocupaciones, y con la dificultad de que les hubiese llegado á tiempo el aviso del convite.

Desconcertó esto á los directores de la intentona. Pero como el Virey asegurase á todos sin afectacion que aquella tarde asistiria á las vísperas con su familia y con todo el séquito convidado, resolvieron dilatar algunas horas el golpe, teniéndolo por seguro. Concluida la misa volvió el

Duque á palacio con graves sospechas de la encubierta trama, ya por los semblantes que habia observado en la iglesia, ya por las palabras sueltas que habia cogido al vuelo. Y puso sin demora en actividad todos los medios de espionaje que tenía en la mano. Estos, y una delacion espontánea que recibió muy oportunamente de uno de los conjurados, le descubrieron el riesgo que acababa de correr, y cuanto se intentaba hacer aquella tarde. No estuvo entónces ciertamente tan perplejo é irresoluto como solia. Llamó sin perder momento á los jefes populares de toda su confianza, y de acuerdo con ellos, prendió á los cabezas de la trama, los que, confesando en el tormento su proyectado crímen, y descubriendo todo el plan, fueron inmediatamente ahorcados, y sus cadáveres expuestos á la puerta del castillo (1).

La actividad, acierto y energía que demostró entónces el Virey, y que tanto hubieran aprovechado ántes y despues, y la rapidez de las ejecuciones, consternaron á la ciudad toda, y asombraron á la masa popular que ignoraba la conjuracion aquella, pero que la hubiera sostenido sin duda en cuanto hubiera estallado. Deshízose la borrasca, pero quedando las nubes en el horizonte dispuestas á reunirse de nuevo á la primera ocasion.

(1) De Santis.

CAPÍTULO IV.

Julio Genovino, tipo verdadero de los instigadores de motines y asonadas, veia con impaciencia que se retardaba el pago de sus importantes servicios, y reclamaba el cumplimiento de las ofertas que se le habian hecho, cuando verdadero director del espíritu de las turbas, y oráculo de Masanielo, podia él solo, si no calmar la sublevacion, darle el rumbo más favorable á los intereses del Gobierno, como lo habia hecho, tanto predicando contínuamente lealtad y obediencia al rey de España, cuanto reconociendo como válido el privilegio de Cárlos V, oponiéndose despues á la peticion de ocupar el castillo de Santelmo, y últimamente preparando la ruina y perdicion del pescadero. El duque de Arcos le aseguraba contínuamente que podia contar con el destino ofrecido; pero que dilataba el darle el título correspondiente temeroso de que iba á desacreditarlo, y á echar por tierra toda su influencia, de la que tanto se necesitaba aún, estando en pié la sublevacion. Mas fueron tan reiterados los esfuerzos del viejo, en quien la ambicion, como acontece, pudo más que la sagacidad, que al cabo el Virey le dió el nombramiento y posesion de la presidencia del Tribunal de la Sumaria. Siendo el resultado el que se habia previsto: esto es, que Genovino, descubierto su juego, perdió completamente la popularidad (1).

---

(1) De Santis.—Comte de Modéne.—Raph. de Turris.—Capecelatro, MS.—Baldachini, etc.

Habia este clérigo-magistrado conseguido del Virey, para restablecer un tanto su influencia con la clase de tejedores de seda, que era numerosa, una descabellada órden para que cuanto llegase á los almacenes de la ciudad no pudiera salir de ellos, ni consumirse más que en sus fábricas, sin poder surtir los otros telares de las provincias (1). Y los tratantes y mercaderes reclamaron inmediatamente contra una disposicion tan perjudicial á sus intereses, y que los sujetaba á la merced de unos cuantos fabricantes de la capital. Y presentaron una demanda en justicia, y se entabló litigio en forma entre mercaderes y tejedores. Veíase el pleito y debia darse la sentencia en un tribunal de que era presidente Fabricio Cenamo, que, como dejamos referido, fué de los perseguidos por el populacho en los primeros dias de la sublevacion, quemando su palacio y sus riquezas. Causa por la cual los abogados de ambas partes lo recusaron, apoyados en el artículo de la capitulacion en que se establecia que ninguno que hubiese incurrido en el odio popular, y sufrido incendio en los anteriores trastornos, pudiera ejercer en lo sucesivo ningun cargo público. El recusado trató de probar, para mantener el puesto, que no habia incurrido en el desagrado del pueblo, y que las persecuciones y daños padecidos habian sido venganzas de enemigos particulares, que obraban de por sí y sin órden de Masanielo ni de los jefes populares. Y Julio Genovino le dió una certificacion firmada por él y por otros de sus allegados, asegurándolo así. Andaba este documento con sobrada confianza de mano en mano para aumentar las firmas, y vino á caer en las de un tal Horacio Rosseto, conocido con el apodo de Razullo, capitan del barrio de la Zecca, y enemigo acérrimo del hoy presidente de la Sumaria y ayer consejero del fidelísimo pueblo y director de Masanielo. Y en un numeroso corrillo de gente bien dispuesta leyó en

(1) Véase el apéndice, núm. 14.

alta voz aquel documento, glosándolo luégo con acritud, y llamando á boca llena traidores á los que lo habian firmado. Creció la multitud que lo circundaba, y él cada vez más enardecido, manifestó que con tales certificados volverian los mayores enemigos del pueblo á los altos empleos, donde saciarian sin freno sus venganzas. Que con tales certificados se anulaban todos los artículos de la capitulacion, y volvia la ciudad á caer en la más pesada servidumbre; y por último, que con tales certificados quedaria el pueblo infamado y tratado de ladron, calificadas de venganzas personales sus justicias, y triunfantes los funcionarios prevaricadores, que habian tan justamente incurrido en el odio universal. Las palabras de Razullo hicieron su efecto; y creciendo rápidamente la masa popular, corrió indignada detras de él á asaltar el Tribunal.

Era el dia 21 de Agosto, y estaban en el tribunal Genovino y Cenamo tratando justamente del pleito de la seda, cuando recibieron aviso del Virey de que se dirigia el pueblo amotinado contra ellos, y órden de cerrar el tribunal. Pusiéronse inmediatamente ambos en salvo, y cuando llegó la turba atropellando é incendiándolo todo, se encontró sin las víctimas designadas, acrecentando la fuga de éstas la indignacion popular.

Capitaneado siempre por Razullo, se dirigió el pueblo, que á cada paso se reforzaba con pelotones de gente que llegaban al alboroto, desde el tribunal á la plaza de Palacio, pidiendo en altas voces y descompuestos gritos al Virey los dos fugitivos (1), creyéndolos refugiados en Castilnovo. Procuró el duque de Arcos con benignas palabras y benévolos ademanes conjurar aquella tormenta y calmar los ánimos, manifestando á todos que ignoraba el paradero de los dos presidentes. Mas creciendo la multitud y poniéndose en armas toda la ciudad, Salvador Baroni, de-

(1) Capecelatro, MS.

seoso de ganar crédito, se puso á la cabeza de los amotinados del barrio de Mortelle, y atacó de motu propio la plaza de los Angeles y el importantísimo puesto de Pizzo-Falcone. Guarnecíalo el tercio viejo de Nápoles, al mando del maestre de campo D. Próspero Tuttavilla, y aunque sorprendido, se puso en defensa. Pero como al mismo tiempo Onofre Cajiero con la gente del barrio de Santa Lucía se apoderase del puesto de la Cruz y del convento de San Luis, dándose la mano con Baroni y reforzando su ataque, no pudieron sostenerse las tropas napolitanas, y se replegaron no sin dificultad y pérdida al Palacio. Los sublevados se apoderaron de el del duque de Ascoli, del cuartel de los Alemanes y de la punta de Trevico, que domina al castillo del Ovo.

Estas ventajas del pueblo, conseguidas tan fácilmente por el arrojo de dos hombres, y la espantosa gritería de la plaza de Palacio, henchida de sublevados que pedian, no sólo á Genovino y á Cenamo, sino tambien al hermano de Masanielo, obligaron al Virey á tomar su disposicion favorita, esto es, á refugiarse con toda su familia en Castilnovo, encargando á su guardia que no exasperase al pueblo y que no provocase un conflicto.

Ignorando las turbas que ya el Virey se habia puesto en salvo, continuaban con furor creciente sus gritos y sus amenazas. Y desesperados de hallar satisfaccion, empezaron á apedrear el puesto de la guardia tudesca. Viendo los soldados que los dejaban allí como abandonados á los insultos del populacho, y que iban á ser arrollados, trataron de defenderse, á pesar de la terminante órden que habian recibido, é hicieron una descarga de mosquetería. Cayeron muertos solo dos hombres del pueblo, porque la multitud, al ver calar las cuerdas, se arrojó repentinamente en tierra para evitar el efecto de las balas. Esto pareció á los que estaban más léjos que era el que la descarga habia tenido completo efecto, haciendo un incalculable destrozo. Y en

vez de acobardarlos, los irritó á tal punto, que arremetieron furiosos al Palacio, miéntras algunos, los más cobardes, corrieron á dar la equivocada noticia á los barrios más apartados, y á llamar á la venganza á toda la ciudad. Hízose instantáneamente general el movimiento, y empezó la más horrenda matanza de españoles que puede discurrirse, asesinando á cuantos hallaron desperdigados por todo Nápoles (1). Hubo napolitano que mojó pan en la caliente sangre de sus víctimas, y que se lo comió, chupándose luégo los dedos con bárbara é inaudita ferocidad (2). Trabóse entre las tropas y el pueblo un horrendo combate; pero aquellas, sorprendidas, diseminadas, y sin órdenes á que atenerse, fueron vencidas y arrolladas en todas partes, y tuvieron que encerrarse y fortificarse en los cuarteles y en el Palacio, y hacer allí una gallarda defensa.

Jamás el pueblo napolitano, aunque sin una sola cabeza que dirigiera sus operaciones, se mostró tan acertado en el ataque, ni tan tenaz en la pelea. Miéntras unas turbas combatian, aunque diezmadas por la arcabucería española, otras se apoderaron de la Aduana, y sacaron de ella gran cantidad de armas de fuego y cuatro mil espadas; y otras conducian artillería y la colocaban, no sin acierto, en los puntos desde donde podian molestar más al Palacio y á los castillos; y otras, en fin, abastecieron el torreon del Cármen de vituallas, municiones y cañones gruesos.

El ardiente alborotador del barrio de Mortelle, Andrea Polito, de oficio batihoja, armó un peloton de sus vecinos, y con él sorprendió la cartuja de San Martin, y se apoderó de ella, poniendo en gran peligro el castillo de Santelmo, que está contiguo al monasterio. Y colocó oportunísimamente cuatro piezas de artillería en aquellas alturas. En terrible aprieto iban poniendo al Virey y á las armas espa-

(1) Capecelatro, MS.
(2) De Santis.

ñolas las rápidas ventajas que aquel tremendo dia daba la ciega fortuna á la sublevacion. Y miéntras los españoles fortificaban á toda priesa el Palacio, colocando falconetes en los balcones y azoteas, y atajando la plaza con cortaduras y faginas, sin cesar un momento el fuego, y estrechados sin respiro por las embravecidas turbas, el Duque pensó en abastecer el castillo, ya apretado y sitiado por todas partes, escasísimo de municiones y de vituallas, y dominado ya por los puestos populares, establecidos en San Martin y en Pizzo-Falcone. Mandó, pues, á las galeras, que por quitarse del tiro del torreon del Cármen se habian alejado bastante de la playa, que fueran á remo á la torre de la Anunciata y á Castelamare á recoger cuanto grano y harina hubiera en los molinos. Pero todo fué en vano. El pueblo conoció á lo que iban las galeras, y despachó emisarios que imposibilitaran su intento.

Llegaba la noche: no cesaba la pelea, ni cesaba un punto la fatiga universal. Y abatido y confuso el Virey, acudió al Cardenal-arzobispo pidiéndole encarecidamente que saliese á probar la mano con el pueblo, tratando de calmarlo de un modo ó de otro, para salvar la ciudad y el reino todo de los horrores sin cuento que sobre él se precipitaban. No rehusó el Prelado la comision; y sin vacilar un momento recorrió á caballo las calles y plazas, acompañado de José Palumbo (que sin querer nunca ser el primero en el mando, conservaba prudentemente el mismo puesto y la misma reputacion que en tiempo de Masanielo), y sin evitar los sitios en que silbaban las balas y en que era más espantosa la carnicería, exhortaba á todos con ruegos y con lágrimas á la paz y á la tranquilidad. Vanos fueron sus esfuerzos; pues si bien halló, como siempre, en todas partes respeto y áun veneracion, no encontró en ninguna más que sed de sangre y de exterminio, y una especie de rabia infernal que no dejaba lugar alguno á la razon. Trató várias veces de penetrar en Castilnovo para

conferenciar con el Virey, pero le fué imposible conseguirlo; y rendido y horrorizado regresó á su palacio sin haber logrado nada, cuando ya estaba muy avanzada la noche. Esta fué tan espantosa como el dia que la precedió, pues no cesó el tiroteo, retumbando sin cesar los cañonazos, y continuando las obras de ataque y de defensa á la horrenda luz de las llamas de los incendios.

CAPÍTULO V.

Al dia siguiente reunidos los distintos jefes populares, que separadamente y sin un plan determinado habian dirigido las felices y oportunas operaciones del anterior, trataron de buscar una cabeza suprema, que dando unidad al movimiento, utilizase las ventajas conseguidas; y resolvieron ponerse en manos del acreditado militar D. Cárlos de la Gatta, el que, como dejamos dicho, defendió la importante plaza de Orbitello. Pero este leal caballero rechazó cuantas propuestas le fueron hechas, y se resistió tenazmente á ponerse á la cabeza de los sublevados, manifestando que no sólo sus dolencias y su avanzada edad se lo impedian, sino tambien su honra y sus juramentos. Desahuciados los revoltosos por hombre de tanta importancia, se desconcertaron; y volvieron los ojos á D. Francisco Toraldo de Aragon, príncipe de Massa, maestre de campo general, acreditado últimamente de perito y esforzado guerrero en las revueltas de Cataluña. Grandemente sorprendió á tan ilustre personaje la eleccion del pueblo sublevado, y trató de eludirla con noble entereza. Pero el cariño de su mujer, jóven y hermosa, que cayó en poder de los alborotadores, que la custodiaban como rehenes de la decision del marido, y las secretas persuasiones de los confidentes del Virey, temerosos de que cayese el supremo mando en otras manos ménos fieles á la corona de España, le obligaron á aceptar, para evitar mayores males, la direccion suprema de una rebelion furibunda. No juzga-

mos, sin embargo, disculpada su aceptacion, porque creemos que el que no participa de las ideas y proyectos de las turbas que capitanea, tiene escasa fuerza para contenerlas y evitar males, y falta con un especioso pretexto á los deberes de la honra y de la conciencia. El príncipe Toraldo quiso tranquilizar la suya; y para conseguirlo, exigió una declaracion solemne de los jefes populares, que se extendió ante notario público y en toda forma, de que la sublevacion no era de modo alguno contra los derechos de la soberanía real (1).

Púsose, pues, á la cabeza del amotinado pueblo, y nombró su teniente de maestre de campo general á Onofre Desio, entendido militar, fiel á la corona de España, y sujeto de altas conexiones en el Consejo colateral y muy bien quisto del Virey; y acreditó en aquella ocasion su extrema sagacidad, navegando sin tropiezo en aquel mar tan borrascoso y tan erizado de escollos y de bajíos.

Reconocido por todos los barrios de la ciudad sin la menor contradicción como capitan general del fidelísimo pueblo D. Francisco Toraldo, montó á caballo con su teniente, y visitó todos los puntos militares, donde fué recibido con vivas aclamaciones. Al llegar al de la cartuja de San Martin, donde mandaba Andrea Polito, se sorprendió al ver que este hombre audaz habia concebido el proyecto de minar el castillo de Santelmo, y que llevaba ya no sólo comenzada, sino muy adelantada la obra, dirigida con inteligencia suma hácia la cisterna de la fortaleza. Y conociendo el peligro en que estaba punto tan importante, elogió el proyecto para inspirar confianza, y aprobó la ejecucion; pero para retardarla, manifestó que no debia apresurarse hasta que estuviesen hechos los preparativos necesarios para entrar con toda seguridad en el fuerte, de

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Comte de Modéne.—Raph. de Turris.

los que ofreció ocuparse sin demora. Y dió aviso secreto de la mina al castellano para que estuviera alerta, y al Virey para que mandara refuerzos.

Entretanto el duque de Arcos quiso tentar algun medio de concordia, y envió mensajeros al pueblo con una cédula de indulto, y con nuevas ofertas de observar la capitulacion. Pero todo en vano: pues no consiguió más que recoger nuevas pruebas de desconfianza y de desprecio, degradantes insultos á su autoridad, y atroces maldiciones á su detestada persona.

Con más fruto trabajaba el Cardenal-arzobispo: recorriendo desde muy temprano la ciudad, conoció el verdadero estado de los ánimos, y trató de sacar el partido posible. A pesar del aspecto terrible de la sublevacion en el dia anterior, y de las positivas ventajas que habia obtenido, no era tan unánime como parecia, ni tan compacta como se juzgaba, pues miéntras las turbas de proletarios y la gente verdaderamente acalorada combatian con buen éxito, y combatian sin cesar y encarnizadamente, la parte del pueblo que tenía algo que perder, los mercaderes, los curiales, los propietarios deseaban que no pasasen las cosas muy adelante, porque aquel estado de agitacion y de guerra perjudicaba sus intereses. Y en ellos buscó el sagaz Prelado el apoyo de sus negociaciones: logró, no sin trabajo, reunir en el convento de San Agustin una junta compuesta de gente granada, con los electos de los sediles y muchos capitanes del pueblo. Y allí, reconocido como principio de la nueva conmocion la ocurrencia del presidente Cenamo, se decidió que se propusieran al Virey nuevos artículos adicionales á las capitulaciones. Y que en ellos se expresase terminantemente: que todos aquellos, y sus hijos, cuyas casas y efectos habian sido quemados por el pueblo, saliesen desterrados para siempre del reino; que los signatarios del certificado en favor de Cenamo salieran de él por diez años, y que el pueblo pudiera castigarlos

además á su gusto; que se concediese pleno indulto por los acontecimientos del dia anterior; que no se persiguiera á los que habian asaltado la aduana, y apoderádose de las armas que en ella habia; que se entregara al pueblo el castillo de Santelmo, y que se guarneciera el Palacio con tropas populares, con otras disposiciones aclaratorias, componiendo en todo cincuenta y ocho artículos. Y para que la negociacion pudiera entablarse con facilidad, dispuso la Junta una suspension de armas el tiempo que duraran las conferencias. En señal de esta tregua enarboló bandera blanca el torreon del Cármen, fortaleza de los sublevados, y lo mismo hizo Castilnovo, adonde se dirigió Filomarino con general aplauso. Pero los sublevados que ocupaban á Pizzo-Falcone, ó no vieron la señal, ó no quisieron sujetarse á ella, y atacaron el Palacio con gran furia por la parte del jardin, ocupando las casas que lo dominaban. Apretado el general Tuttavilla, que tenía el mando de las tropas, pidió socorro al Virey; mas éste, perplejo é indeciso, como siempre, y temeroso de echar á perder la negociacion pendiente rompiendo la tregua, nada resolvió. Cuando un caballero español, que estaba á su lado miéntras se discutia vagamente en Consejo pleno, levantándose impaciente, dijo con rostro encendido y acalorado acento: «*¿Qué se espera?... ¿Queremos acreditarnos de cobardes y morir como gallinas?...*» Palabras que, como dice el historiador Santis, despertando al Duque de su pesado letargo, le compelieron á dar la inesperada órden de que obrara la artillería de los castillos.

Los primeros tiros de Castilnovo bastaron para desalojar al pueblo de las inmediaciones del jardin. Y volviendo luégo la puntería á las calles del puerto, empezaron á causar grave daño en las masas populares allí reunidas. Los jefes de éstas, para obligar á que cesase el fuego, discurrieron levantar de pronto y de cualquier modo un dosel con el retrato del rey Felipe IV. Y como una bala lo

echase por tierra, empezaron todos á gritar como energúmenos, que el Duque y los españoles eran traidores y reos de muerte por tan grave desacato, delito de lesa majestad (1).

Empezó Santelmo tambien á jugar su artillería con daño de los sublevados, que se agolparon al puente de los Angeles en Pizzo-Falcone, adonde acudió confuso y turbado D. Francisco Toraldo. Derribaron las balas algunos edificios, aumentando la confusion. Pero sin amilanarse los amotinados, empezaron por desquite á disparar sus cañoñes desde la punta de Trevico contra Castilnovo, contra el castillo del Ovo, y contra las galeras. Y éstas, acosadas además del fuego del torreon del Cármen, zarparon apresuradamente, y fueron á fondear detras de la isla de Nisida, en la punta de Posilipo.

El cardenal Filomarino, que por estos imprevistos acontecimientos no pudo llegar á Castilnovo, á donde dijimos que desde el convento de San Agustin se dirigia, refugióse en casa de Cornelio Spínola, y desde allí envió al Virey cuatro diputados de los que asistieron á la reunion, con los artículos en ella acordados, y con ardientes ruegos de que no retardase la aprobacion. El Duque, reanimado con este mensaje, vió un rayo de esperanza, y volvió á enarbolar la bandera blanca, dando á todos los puestos órden terminante de dar fin á las hostilidades.

Andrea Polito entretanto apretó el castillo de Santelmo, y avanzó la mina, obligando al valiente gobernador Galiano á pedir instrucciones y socorros al Virey. Y como éste no le contestase, trató aquel leal y valeroso castellano, no sólo de defenderse, sino de caer con toda su fuerza sobre el sitiador. Detuviéronle algunos personajes de alta categoría que estaban allí refugiados, y más que todo las señales de paz que vió enarboladas en Castilnovo.

---

(1) De Santis.—Capecelatro, M.S.

D. Francisco Toraldo por otra parte, de acuerdo con el Virey, tambien trabajaba por restablecer la tregua. Y poco á poco iba consiguiendo poner en razon á las turbas, y hacer cesar el fuego y las hostilidades. Y envió á su teniente Desio á avistarse con Polito, de quien era amigo, para hacerle desistir del empeño de la mina, con reservadas ofertas de dinero, de mercedes, y de una mitra para un hijo fraile que tenía. Con lo que, amansado el patriota incorruptible, se disipó por entónces aquel peligro (1).

Cesó por fin en todos los puntos de la ciudad la pelea, lo que agradó mucho á cuantos la paz de buena fe deseaban. Pero el duque de Arcos no envió en todo el dia la ratificacion de los artículos propuestos; lo que volvió á encender los ánimos, culpándolo todos con voz unánime de los desastres que apuraban á aquella infeliz ciudad.

No eran más venturosas las provincias del reino. En todas se habia considerablemente desarrollado la anarquía. Y en Chiatti y en Lanciano ocurrieron lastimosos desórdenes, y se regaron las calles con sangre. Y la ciudad de Capua, plaza sobre el Volturno, fronteriza al Estado romano, y hasta entónces tranquila, se tocó del contagio general, obligando á la guarnicion, muy disminuida, á encerrarse en los cuarteles, y á presenciar en inaccion el desenfreno del populacho y los horrores de la sublevacion. Estas noticias abatieron más y más al duque de Arcos, y aumentaron su funesta perplejidad.

---

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

CAPÍTULO VI.

Al amanecer del 29 de Agosto, como nada hubiese aún resuelto el Virey, continuó el pueblo los aprestos de ataque, sin curarse de la tregua. Y donde más preparativos hostiles se agolparon aquella noche, fué en San Martin; porque la empresa favorita de los sublevados, y tenian razon, era el ataque de Santelmo. Y concurrieron á ella á la primera luz del dia más de cincuenta mil hombres, armados y preparados para en cuanto volase la mina, que creian más adelantada, porque ignoraban la mudanza de Polito, arrojarse al asalto. El gobernador Galiano, conociendo el peligro en que estaba la fortaleza, aunque aquella noche habia sido socorrida por el Virey, y aumentado el número de oficiales con sujetos de acreditado arrojo, hizo señales á Castilnovo. Y como no recibiese respuesta, hizo salir por una poterna disfrazado al alférez D. Alfonso de Céspedes para que fuera á abocarse con el Duque. Llegó aquel felizmente á Castilnovo, y encontró á éste muy apurado porque los sublevados habian levantado aquella noche una trinchera en la calle del Olmo, y colocado en ella dos gruesas piezas de artillería, que podian destrozar la puerta de Castilnovo, y derribar la cortina; aumentando el peligro el haber tomado el mando de aquel puesto Octavio Marchese, inteligentísimo artillero. Reclamó el Duque contra aquella infraccion del armisticio, y le fué contestado que la obra estaba hecha desde el dia anterior. Pero no satisfecho, y alarmado con las noticias que le trajo Céspe-

des, avisó secretamente de todo á D. Francisco Toraldo y al Arzobispo, para que pusiesen remedio. Y quejóse públicamente á los diputados que habian venido al tratado y pasado allí la noche, de esta falta de buena fe.

El Capitan general del pueblo montó inmediatamente á caballo para acudir al mayor riesgo. Y fué á la cartuja de San Martin. Allí consiguió, ayudándole con maña y sagacidad el mismo Andrea Polito, calmar el ardor de la muchedumbre. Y con argumentos tomados de la ciencia militar, logró persuadirles que tanta gente y tanta confusion no servian más que para hacer imposible la empresa. Y dispuso que se retirase de allí aquel inútil y embarazoso gentío, quedando sólo las tropas armadas que dijo bastaban. Dióles por jefe la persona que le pareció más á propósito para tranquilizar los ánimos, y nombró compañero de Polito, para proseguir la mina, á un ingeniero llamado Avellone, amigo de Desio, y con instrucciones reservadas para detener la operacion. Tambien cambió la guarnicion del monasterio so pretexto de que debian de volver á sus casas á descansar los pelotones que hacía tres dias estaban allí padeciendo grande escasez de agua. Y cuidó de introducir otros de gente ménos alborotada, con cabos más maleables. Lo mismo hizo con los demas puestos populares; recomendólos todos con muestras ardientes de celo por la sublevacion, pero realmente para debilitarla.

Manifestóle su teniente Desio que miéntras concurriesen solo á las armas la gente perdida y las turbas proletarias era imposible ningun razonable concierto. Y que convenia obligar á tomarlas y á concurrir á los puestos á los ciudadanos acomodados, mercaderes, curiales, etc., para tener en ellos, interesados en la pública tranquilidad y en el fin de aquellos trastornos, un apoyo y una prenda de órden. Conoció Toraldo lo sagaz y oportuno de la idea, y publicó un bando llamando á las armas á todos los habitantes de la ciudad para que entre todos se repartieran las fatigas y

las glorias. Disposicion que agradó mucho al populacho, no conociendo que contra él estaba precisamente dictada aquella medida.

El cardenal Filomarino, por otro lado, conferenciaba con unos, hablaba con otros, y reunia otra vez en San Agustin las personas más influyentes. Y como todos se quejaban de que hacía ya veinticuatro horas que el Virey tenía en el castillo los emisarios que habian ido á tratar la nueva avenencia, sin que nada resolviera, le escribió y envió varios mensajeros, que no consiguieron por cierto activar la negociacion.

Entre tanto, los diputados negociadores quisieron con disimulo conquistar á Julio Genovino, que estaba refugiado en Castilnovo, y trataron de abocarse con él. Bien que efectivamente creyesen necesarias aún á la sublevacion la sagacidad y experiencia de aquel viejo, bien que quisieran haberlo á la mano para ejecutar en él su venganza. Pero Genovino, como zorro experimentado, eludió toda entrevista, y contestó á las propuestas que con gran reserva le hicieron, que no se fiaria jamás de la instabilidad de un pueblo ingrato que habia desconocido sus servicios. Pocos dias despues el Virey lo embarcó para Cerdeña; de allí quiso ir á Madrid, y de arribada en Mahon murió abrumado de años y de traiciones (1).

Aquella mañana, aprovechándose de la tregua que, aunque tan mal observada, existia, salieron de Castilnovo el prior de la Roccella, el gran cruz Juan Bautista Caracciolo y el duque de San Pedro, muy desabridos con el Virey, que los trataba con poco miramiento (2). Pero cuando creian, no habiendo con ellos odio particular, que los dejarian tranquilos en sus casas, el populacho dió sobre ellos, queriéndolos hacer pedazos, y los llevó ante D. Francisco

(1) De Santis.—Raph. de Turris.
(2) Capecelatro, MS.

Toraldo para que los mandase ahorcar. Horrorizado éste, trató de convencer á la turba de que aquellos caballeros eran habitantes pacíficos y no criminales, y que áun cuando lo fueran, la tregua los amparaba. Pero se armó tal gritería y se desmandaron tanto aquellos furiosos, llamándolos espías y traidores, que corrieron gran riesgo. Y sólo los salvaron las lágrimas y ruegos de la hermosa princesa de la Massa, logrando que se los entregasen á ella en calidad de presos, ofreciéndose á ser su carcelera (1).

No fué tan dichoso D. Juan de Sanfelices, padre del que afortunadamente pudo salvarse de la muerte, que provocó su imprudencia. Estaba este buen anciano en una iglesia extramuros, fué reconocido, y trató de salvarse en un corral inmediato. Las mujeres de la casa creyeron que era un ratero, y la emprendieron con él á pedradas. Díjoles en mal hora su nombre, ofreciendo regalarlas largamente si lo ocultaban y le salvaban la vida. Y ellas, enfurecidas, lo asaltaron con los utensilios caseros, y lo amarraron hasta la llegada de los maridos, á quienes lo entregaron ufanas de su ferocidad. En poder de los hombres fué conducido, apurando insultos y golpes, á presencia de Toraldo, que por más esfuerzos que hizo, no logró sacarlo de manos de la canalla, pues llevándoselo ésta, viendo que nada conseguia del Capitan general, á la plaza del Mercado, le cortaron la cabeza, arrastraron el tronco por las calles, abandonándolo por último en un muladar.

Se hallaba la ciudad de Nápoles en una situacion sin nombre. Existia una tregua, y no se peleaba, es verdad; pero no cesaban las otras hostilidades, pues seguian con actividad suma en todas partes las obras de ataque y de defensa. Y miéntras el Virey nada resolvia, y los diputados del pueblo permanecian en Castilnovo, y la reunion del convento de San Agustin no se disolvia, el pueblo se en-

(1) De Santis.

tregaba desenfrenado á particulares venganzas, y á saquear é incendiar los palacios de los nobles y de los altos funcionarios, refugiados en los castillos. Continuaba tambien la mina de Santelmo, pero dirigida segun las buenas intenciones de Toraldo. De lo que ignorante el valiente Galiano, y advirtiendo que le andaban ya en los cimientos de la fortaleza, se dispuso á practicar la contramina, y á preparar tantos medios de defensa, que notándolo la gente del pueblo, empezó á gritar, reclamando la observancia de la tregua. Contestóles vigorosamente el castellano que él obraba segun obraban sus enemigos. Y avisó de todo, pidiéndole instrucciones, al Virey, que nada le contestó.

Fué víctima de aquel estado de anarquía el desdichado presidente Cenamo. Estaba oculto desde que, huyendo del motin, se retiró, como dejamos referido, del tribunal, en una casa de Pizzo-Falcone, donde no encontrándose ya seguro, trató de salir para buscar en la playa de Santa Lucía una barca que lo condujera á Sorrento, donde estaba su familia. Metióse en una silla de manos, con las cortinillas echadas, y por mayor precaucion se cubrió el rostro con un pañuelo. Pero de poco le valió: al llegar á Santa Lucía fué reconocido, y detenido por un peloton de pueblo que lo quiso matar. Ayudado de algunos amigos y valedores, y del favor de Onofre Cajiero, influentísimo en aquel barrio, logró hallar asilo en una casa, adonde pronto vino á buscarle una turba de asesinos. Noticioso de ello el Virey, mandó salir algunos soldados de Palacio, que nada consiguieron. Pues se apoderó al cabo el feroz populacho del desventurado Presidente, y dilatándole una terrible agonía entre los más groseros insultos y los más dolorosos golpes, le cortaron la cabeza en el Mercado, arrastrando y mutilando el cuerpo, que abandonado luégo bajo el puente de la Magdalena, sirvió de pasto á los perros y á las aves de rapiña (1).

(1) De Santis

Despues de tantas consultas y dilaciones, manifestó por fin el duque de Arcos á los diputados del pueblo que no podia convenir con el artículo en que se pedia la entrega del castillo de Santelmo, por las razones expuestas cuando otra vez se hizo la misma peticion; ni acceder al otro en que se pretendia desalojar á los españoles de la guardia del Palacio, porque sería este un desaire para las tropas del Rey. Salieron de Castilnovo los diputados con esta repulsa, que divulgada por el populacho, le hizo prorumpir en furibundos alaridos de guerra, y correr á las armas, dando la tregua por terminada. Pero el activo Cardenal-arzobispo, los hombres que deseaban la paz y los jefes populares que se avenian á la razon, y que estaban verdaderamente subordinados al general Toraldo, calmaron aquella efervescencia, y se reunieron de nuevo en San Agustin. La idea de si el apoderarse del castillo de Santelmo era ó no acto de rebelion, se discutió detenidamente. Y se hizo una consulta de letrados para dilucidarla. Opinando éstos que sí, como igualmente que el Virey no tenía dominio sobre los castellanos, porque la autoridad de éstos procede directamente de la Corona. Con lo que casi todos los concurrentes se pusieron de acuerdo. Pero como no faltaban en la Junta algunos díscolos, interesados en que continuara el desórden, y empujados tal vez por los agentes extranjeros, no se convinieron con la decision, y persistieron furiosos en que se rompiese la negociacion y se obtuviese por la vía de las armas lo que se deseaba. Acaloróse el altercado entre unos y otros, ayudado de la gritería de la turba, que hervia en las calles circunvecinas. Cuando uno de los presentes, que era letrado, clamó en alta voz: «*Señores, ¿queremos ó no ser vasallos del rey de España? Si lo queremos, mostrémoslo con las obras, y hagamos una honrosa sumision. Si no, rompamos el juramento de fidelidad, y aventurémoslo todo en una guerra de rebeldes.*» Pasmó á todos la cuestion planteada en términos tan explícitos. Y

Mateo Jovele, mercader de sedas, levantándose y dominando la asamblea toda con una voz de trueno, contestó: «*Sí, señor, queremos ser vasallos del rey de España; pero queremos ser bien gobernados.*» Aplaudieron todos la respuesta, y aprovechando el momento Desio, el teniente de Toraldo, dijo: «*Pues si somos y queremos ser vasallos del rey de España, sometámonos al Virey que lo representa, y aseguremos el buen gobierno con la capitulacion, cumpliéndola todos de buena fe.*» Convino la Junta, siguió la discusion tranquila y sosegada, y se determinó en ella desistir de la exigencia de Santelmo y de la guardia del Palacio, y rogar al Virey de nuevo la aceptacion de los otros artículos (1).

Fueron á Castilnovo con noticias de lo ocurrido dos diputados, uno el hijo de Polito, que debia ser obispo, y otro el cleriguin Fatturusso, de quien ya hemos hecho mencion en esta historia. Y Desio y Marchesse montaron á caballo y recorrieron la ciudad con pañuelos blancos en los bastones, gritando paz. Pero al llegar al puesto de Pizzo-Falcone, donde estaba la gente más alborotadora, fué tal el disgusto por tan grata nueva, que apoderándose aquellos furiosos de Desio porque tropezó su caballo y no pudo huir, como lo verificó Marchesse, llamándolo traidor y engañador del fidelísimo pueblo, se dispusieron á ahorcarle. Ya estaban preparados el confesor y el verdugo, cuando llegaron oportunamente el príncipe de Celamare y el marqués de Oliveto, señores muy queridos en Nápoles, y los plebeyos Onofre Rosmundo, Genovino Ottone y Pedro Cano, y le salvaron la vida, gritando á los que le iban á matar que la paz estaba ya ajustada, y que si ellos querian otra cosa se fuesen á sus casas, porque toda la ciudad estaba de acuerdo para que no hubiese más guerra.

Tambien la noticia de la paz llegó á Santelmo, justamente

(1) De Santis.

en el momento en que escamado del bullicio y movimiento general, se preparaba Galiano á poner en juego su artillería. El electo Arpaja fué el que le llevó la nueva, arbolando un ramo de olivo para que le dejasen penetrar los puestos y los rastrillos.

CAPÍTULO VII

Mucho contentó al duque de Arcos el que el pueblo desistiera de su empeño de apoderarse de Santelmo. Y para asegurar tan favorable resolucion, exigió del príncipe Toraldo que se hiciera acto público, en que se extendiera en debida forma el desistimiento de aquella peticion, con pena determinada para el que la reprodujese. El Capitan general del pueblo, por complacer al Virey, convocó inmediatamente otra reunion en San Agustin, en donde se extendió el instrumento con las formalidades de estilo, firmado por el electo del pueblo, y condenando á la pena de los rebeldes al que volviese á hablar de apoderarse del castillo (1). Y publicóse en seguida á són de trompeta por toda la ciudad.

Pero entretanto, un peloton de pueblo habia concluido una trinchera en la calle de San Bartolomé, contra la puerta principal de Castilnovo, y otras obras importantes de ataque contra el Palacio en la calle de Toledo y en la bajada de Pizzo-Falcone. Lamentóse amargamente de esto con los diputados el duque de Arcos, manifestándoles que faltando así á la tregua, era imposible toda negociacion. Y que cuando era él el primero en solicitar la paz, hostilizar con tanto descaro el castillo manifestaba poquísimo deseo de avenencia. Convencidos los diputados, sa-

(1) Véase el apéndice núm. 15.

lieron á hablar con los jefes de aquellos puestos para hacerles entrar en razon. Y como respondieran que hacian aquellos preparativos porque los españoles no cesaban en hacer los suyos, y que aquella misma noche habian hecho reparos y cortaduras en el jardin de Palacio, y aumentado su guarnicion, dispuso el Virey, para que se desengañaran de que era falso cuanto decian, que entraran dos de ellos á reconocer el puesto. Hiciéronlo así, y viendo que todo estaba como ocho dias ántes, se sosegaron. Toraldo, de acuerdo con el Virey, aprovechó la coyuntura, y logró persuadir á todos que pues se iba á firmar la paz, y que los españoles, seguros de ella, no aumentaban sus reparos, eran ya inútiles aquellas obras; que las zanjas, espaldones y empalizadas tenian la ciudad intransitable, con grave perjuicio del vecindario, y que lo mejor era destruirlos, y allanarlas. Mucho dolia al pueblo el hacerlo así. Pero viendo que los españoles empezaron á derribar sus obras de defensa, que sin duda cuidarian de hacerlo con las que eran inútiles ó de pronta reparacion, y persuadidos de que era preciso dejar expeditas las calles para las fiestas con que debia celebrarse la paz, destruyó en un momento la obra de tantos dias, desconociendo, incauto, toda su importancia.

Tambien consiguió el Virey por medio de Toraldo, del electo Arpaja, que viendo el giro que tomaban ya los negocios trató de ponerse en buen lugar, y de muchos de los capitanes del pueblo que deseaban la paz de buena fe, el que se desistiera del capítulo en que se pedia que el general y jefes de la armada y de las galeras fuesen napolitanos, pues no sólo renunció la reunion de San Agustin á esta exigencia, sino que estableció pena de la vida para el que de nuevo la provocase, y para todo aquel que opusiera obstáculos á la completa paz que con tanto anhelo se deseaba. Y el mismo Arpaja mandó, pocas horas despues, arcabucear en la Vicaría á un hombre del pueblo que habia

perorado acaloradamente en un corrillo en favor de la guerra.

Pero áun conseguidas tantas ventajas, el perplejo Duque dilató algunos dias la conclusion de la avenencia, esperando tal vez los socorros que por todos los conductos imaginables habia pedido á Madrid, y que ya ciertamente tardaban. La dilacion en terminar un negocio con tanta facilidad allanado en ventaja del gobierno, no dejó de producir graves inconvenientes. Pues conservó la ciudad en un estado anómalo, en que si bien no se tiró un tiro de una ni de otra parte, ni se hizo obra ninguna de ataque y defensa, la mutua desconfianza tenía siempre las armas en la mano; y el pueblo, poco disciplinado, hallándose mal, ocioso y armado, se dió á saquear é incendiar los palacios y efectos de los nobles y de los pudientes que estaban ó en las provincias ó refugiados aún en Castilnovo. El general D. Francisco Toraldo trataba en vano de impedir estos desórdenes, y de atajar las venganzas particulares; pero su autoridad era tan escasa, como lo es siempre la que tiene por orígen la eleccion de un pueblo amotinado. Por fortuna, no se pensó más en el prior de la Roccella ni en los otros caballeros custodiados en su casa, y de que era carcelera su hermosísima y gallarda mujer; pues se retiraron adonde quisieron en plena libertad, y áun entre los aplausos de los mismos que pocos dias ántes querian beber su sangre. Así pasan los odios populares, tan terribles en el primer momento.

Las provincias del reino, siguiendo los movimientos de la capital, habian sido teatro de grandes desórdenes, y nuevas revueltas y nuevos asesinatos tenian la tierra toda en combustion. Y las noticias de tan tristes acontecimientos aumentaban la inquietud de la ciudad, que iba escaseando de víveres, y cada dia se veia más aislado el gobierno legítimo, y con más obstáculos que superar para su completo restablecimiento.

El dia 5 de Setiembre se adhirió por fin el Virey á la nueva capitulación. Y puestos todos de acuerdo, con gran satisfaccion de la mayoría de los habitantes de Nápoles, que deseaban el término de tantas angustias, se dispuso su solemne publicacion y juramento en la catedral.

Empezaron los preparativos necesarios para dar el correspondiente aparato á aquella solemnidad. Pero recibió el Virey varios avisos de que los díscolos y bulliciosos, bien que en pequeño número, audaces sobremanera, acalorados por emisarios extranjeros, conspiraban secrètamente para llevar á cabo el plan frustrado el dia de la Vírgen de Agosto. Y muchos clérigos y religiosos le dijeron con gran reserva que sabian por el confesonario que se tramaba contra su vida: noticias todas que lo dejaron confuso, y sin saber qué partido tomar. Consultólo con várias personas, que creyendo de muy mal efecto el que manifestara desconfianza, y que tambien podian ser exagerados los avisos, fueron de parecer de que debia ir el Duque á la catedral, tomando de antemano todas las precauciones que aconsejaba la prudencia. Pero el bizarro Várgas Machuca, gobernador de Castilnovo, dijo con calor que su opinion era que de ningun modo debia la suprema autoridad ponerse en manos de los facinerosos; que nada importaba que la generalidad del pueblo estuviese de buena fe, si una docena de revoltosos podian á su gusto inflamarla y empujarla á los más horrendos atentados; y que una vez apoderados del Virey, cuya persona representaba la del Soberano, era de temer un desacato á la majestad real, y que el motin tomase descaradamente el carácter de rebelion. Las palabras de este pundonoroso, entendido y experimentado militar hicieron el debido efecto, y desistió el Duque, en lo que no hizo un gran sacrificio, de salir de su guarida para asistir á la ceremonia (1).

(1) De Santis.

Resuelto así, envió el Virey á llamar á los jefes populares de su devocion, y les habló del modo más conveniente para que estuvieran alerta y á punto las masas populares de que disponian. Y luégo llamó á los otros, ménos deseosos de paz y del restablecimiento de la tranquilidad, y con palabras magníficas, halagándolos primero, acabó por manifestarles que habiéndose introducido entre el pueblo muchos facinerosos y algunos emisarios de los enemigos del Rey, capaces, para imposibilitar todo ajuste, de arrojarse á cualquier crímen, que mancharia la reputacion del pueblo napolitano y desvirtuaria la justa causa de sus esfuerzos, habia resuelto, para evitar todo compromiso, jurar la capitulacion en la capilla del castillo: siendo para la validez del acto enteramente indiferente que la ceremonia se verificase en uno ú otro santuario. Si estas palabras del Virey desconcertaron á alguno de los concurrentes, cuidó de disimularlo. La mayoría las creyó sinceras, y muchos muy fundadas, y cuando fueron repetidas á las turbas no hicieron el mal efecto que era de presumir.

El dia 6 por la tarde, sin haber de antemano manifestado tal intento, salió el Virey imprevistamente á caballo, rodeado de oficiales de guerra, y paseó algunas calles de la ciudad, con precaucion sí, pero sin temor, seguro de que ignorándose que iba á dar aquel paseo, no podia estar urdida trama alguna contra su persona. Esta aparente muestra de confianza acabó de asegurar los ánimos de los que deseaban la paz y no tomaban parte en las secretas conspiraciones. Por lo que no dejó de oir algunos *vivas* y aplausos el Duque, ántes de regresar al castillo, como lo verificó al anochecer.

Al dia siguiente por la mañana concurrieron á Castilnovo, á caballo y en solemne procesion, el electo Arpaja, el capitan general D. Francisco Toraldo, muy mortificado de la gota, los maestres de campo, los jefes populares Désio, Polito y Marchesse, y detras de todos en una carroza

de gala con lucido séquito el cardenal Filomarino, seguidos de numeroso pueblo. Dejaron todos los caballos para pasar el puente levadizo, y las armas para atravesar los rastrillos, cosa que mortificó muchísimo á los populares. Y más aún al ver toda la guarnicion formada, grandes retenes en las plazas de armas, y preparadas y á punto las baterías.

En la capilla de Santa Bárbara, ocupando cada cual su puesto correspondiente, y dejando entrar alguna gente del pueblo, se leyeron los 58 artículos de la nueva capitulacion adicional (1), y se juró en debida forma por unos y otros su cumplimiento. Terminado este importante acto, se cantó un solemne *Te Deum*. Y en seguida tomó la palabra el Virey, y arengó con destreza y sagacidad á los concurrentes, elogiando al pueblo, pero condoliéndose de los excesos inevitables que habian tenido entrada en aquellos dias de confusion. Insistió en que el alzamiento habia sido razonable, y promovido con motivos muy justos; pero afeó el que la primera capitulacion hubiese sido infringida: trató de inculcar la idea de que emisarios extranjeros de los enemigos del Rey eran los que agriaban los ánimos y abusaban del candor de los napolitanos. Y concluyó manifestando el estado de penuria en que se hallaba el tesoro, y la necesidad de que la ciudad hiciera un nuevo generoso esfuerzo, y un extraordinario servicio, no ya al Rey, sino á sí misma. Pues no se trataba de enviar socorros á España, sino de procurarlos á los habitantes mismos de Nápoles, donde las circunstancias habian aumentado tanto la miseria, que faltaba subsistencia para todos, y no se podia atender á la manutencion de las tropas y á las necesidades urgentísimas de la marina. A esta arenga, que fué muy bien escuchada y recibida, contestó el teniente Desio, poniéndose en pié, y proponiendo con desenfado que en vir-

(1) Véase el apéndice, núm. 16.

tud de que estaban completamente abolidas las gabelas para no aparecer más, y siendo indispensable atender á los gastos del servicio público, se diese á S. M. una voluntaria contribucion de quince carlinos (22 rs. vn.) por cada hogar. La aprobacion fué unánime. Los vivas asordaron el aire, y se creyó terminada de véras la sublevacion (1).

(1) De Santis —Raph. de Turris.

CAPÍTULO VIII.

Publicado solemnemente el juramento de las nuevas capitulaciones, quedó por algunos dias en reposo la ciudad de Nápoles, pero no en completa tranquilidad. El poder de la autoridad legítima no se restableció cual se esperaba y para lo que no le faltaban apoyos, y el pueblo armado, y obediente siempre á los jefes de la sublevacion, estaba pronto á volver á la pugna, y á renovar los desórdenes, con pretexto ó sin él, segun se les antojase á los que de hecho lo gobernaban. La mayoría de los habitantes de la ciudad deseaba ardientemente que no se interrumpiera el sosiego, conociendo que este es el primer bien, la necesidad primera de la sociedad. Pero la minoría que nada tenía que perder, y sí mucho que ganar en el desórden, queria nuevo movimiento. Y como acontece que siempre dominan todas las situaciones los pocos que se mueven y no los muchos que se están quietos, pronto empezaron otra vez á conmoverse los ánimos, y á presentarse síntomas de alarma, y presagios de nuevos desconciertos. Aparecieron en las esquinas pasquines y carteles acusando á los españoles y á los nobles de planes de reaccion y de venganza. Y corrieron por los corrillos de la gente baldía, que nunca falta en los puestos públicos de las grandes capitales, noticias alarmadoras y especies absurdas, pero de seguro efecto. Por lo que el electo del pueblo publicó el 11 de Setiembre un bando con pena capital para los autores de pasquines y para los noveleros, ofreciendo dos mil ducados de gratifi-

cacion á los que los delatasen. Confirmó el Virey esta disposicion, y mandó además, sabiendo que la ciudad hervia en emisarios extranjeros, que en el término de tres dias saliesen de ella los franceses, piamonteses, saboyanos y sicilianos que no contaran dos años de domicilio. Revalidó los privilegios de los tejedores de seda, con lo que disgustó grandemente á los mercaderes, renovándose el litigio entre unos y otros. Arregló el precio de los víveres, y trató, esperando ya de un momento á otro la armada española, de abastecer de vituallas y municiones los castillos, y de recomponer y aumentar con disimulo los reparos y obras de defensa. Y como cayeran en sus manos várias cartas en cifra de algunos jefes populares al marqués de Fontenay, embajador de Francia en Roma, pintándole el momento favorable para con poca fuerza apoderarse del reino, renovó la vigilancia y el cuidado, temiendo á cada instante verse atacado por los franceses.

El dia 12 recibió aviso el Virey por una falúa que llegó en pocas horas de Cerdeña, de estar allí detenida por los contrarios vientos la armada española al mando del hijo natural del Rey. Y esta circunstancia desagradó mucho al Duque y le aguó el contento de ver tan próximo el suspirado socorro. Tratóse en su consejo íntimo de mantener secreta la noticia; pero el dia 18 empezó á traspirar y á producir diferentes efectos por la poblacion. La mayoría de ella celebró la venida de aquellas fuerzas, que debian restablecer un órden duradero en el país; pero los alborotadores de profesion y los jefes populares, que no querian volver á las tareas de su condicion privada, y que se saboreaban con el mando, compelieron al general Toraldo á avistarse con el Duque, y á proponer que mandara detener aquellas fuerzas navales en Gaeta, para evitar mayores daños. Excusóse el Virey con decir que viniendo directamente de España y á las órdenes de un príncipe real, no podia darles órden alguna. Respuesta que dejó muy poco satisfecho

al populacho conmovido, pues empezó descaradamente á aprestarse á la resistencia, proveyendo largamente de armas, víveres y municiones la torre de San Lorenzo, el torreon del Cármen y otros puntos fortificados.

Dispuso el duque de Arcos, ya con más ánimo fundado en las esperanzas de inmediato socorro, que se fortificasen unos edificios que estaban entre Castilnovo y el arsenal, y que en los pasados dias habia ocupado el pueblo, interrumpiendo la comunicacion de aquellos puntos importantes. Empezóse la obra el 22 de Setiembre, y alarmado el populacho manifestó desde luégo su disgusto. Iban creciendo los grupos de descontentos, y empezando á manifestarse clara la alteracion; cuando la noticia de haber sido preso Pione, el compañero de Masanielo, y jefe de una de las bandas de muchachos que, como dejamos dicho, dieron principio á la sublevacion, y uno de los que mayores atrocidades habian cometido durante ella, vino á dar un pretexto plausible para el ya preparado rompimiento. Montaron en cólera las desarrapadas turbas, y quisieron matar á uno de los jefes populares llamado Milone, ya mal visto por partidario de la paz, y que habia tenido en su casa á aquel revoltoso y atrevido mancebo. Fueron, pues, á asaltar su vivienda, jurando matarlo, y matar en seguida al Virey y á todos los españoles (1).

El rumor del motin y la noticia de su objeto llegaron á un mismo tiempo al duque de Arcos, que recurrió al electo del pueblo para que tratara de conjurar la tempestad, que acaso en aquella ocasion hubiera podido un cañonazo ahuyentar para siempre. Acudió tambien á Desio, que en union con Arpaja calmó el alboroto. ¿Pero cómo?... Mandando con beneplácito del Virey suspender inmediatamente las obras de fortificacion comenzadas, y presentando en la plaza y en plena libertad al preso, con una reverente ex-

(1) De Santis.

cusa de la autoridad suprema, asegurando á la pillería que la prision de Pione se habia hecho sin su conocimiento, y haciendo castigar á los que la habian verificado. Con tan enérgicas y dignas disposiciones quedó el motin contento y servido, y se deshizo la alterada reunion de aquellos pocos alborotadores. ¡Y tenía el Virey á pocas millas una armada mandada por un príncipe español, y tenía tropas leales indignadas de tanta condescendencia, y tenía de su parte la mayoría de una ciudad fatigada de desórdenes y de confusion!

Al siguiente dia volvió á alterarse con disgusto de todos la pública tranquilidad, por dos capuchinos que predicando como solian en la plaza del Mercado, conmovieron el populacho. Pero como el movimiento no encontró eco en otros barrios, se deshizo pronto por sí mismo. Y los predicadores, y nuevamente el mancebo Pione, y un cuñado de Masanielo fueron aquella noche arrestados y conducidos con sigilo á Castilnovo, de donde no volvieron á salir (1).

En todos estos alborotos tomaba parte más ó ménos, segun se lo aconsejaba su sagacidad, José Palumbo, que nunca quiso figurar en primer término, contentándose con el mando de un barrio, y con ejercer una secundaria influencia. El que desde la muerte de Masanielo ambicionaba ardientemente sucederle, y ser cabeza suprema de la sublevacion, era el maestro arcabucero Genaro Annese. Pero aunque contaba con muchos partidarios, no habia podido conseguirlo, y se sujetó de malísima gana al general Toraldo y á su teniente Desio; conservando empero con casi absoluto dominio el mando del torreon del Cármen, ciudadela del populacho, y el gobierno del barrio del Lavinaro, foco permanente de alborotos. Este hombre, aunque cobarde audacísimo, era el que con más calor se oponia á

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Raph. de Turris.

todo avenimiento, sembrando las noticias más alarmadoras y las especies más á propósito para desacreditar á Toraldo, á Desio y á los jefes populares que propendian á la paz y al órden. Y espiando contínuamente las ocasiones de alborotar, la encontró muy oportuna el dia 30 de Setiembre.

Habíase ya negado á dejar trasladar la exorbitante cantidad de pólvora, que con peligro del fuerte y de los barrios circunvecinos estaba depositada en el torreon del Cármen, á los almacenes y castillos. Y como aquella mañana, por disposicion del Capitan general del pueblo, y del electo Arpaja, se condujese una gran cantidad de ella á Santelmo, Annese levantó el barrio del Lavinaro, y con la gente más perdida de él atacó la recua que conducia la pólvora, y dispersando la escolta, se la trajo á su torreon. La noticia de este atentado, que conmovió algun tanto la ciudad, llegó al convento de San Agustin, donde Toraldo, su teniente Desio, el electo Arpaja, y otros jefes populares estaban en conferencia. Y Desio con el rostro encendido y ademan violento dijo á Toraldo:—«*¿A qué juego jugamos?... ¿De qué sirve que los hombres de bien estemos aquí trabajando para asegurar la paz, si otros la rompen y atropellan con tanto descaro? Tales atentados merecen pronto escarmiento.*» D. Francisco Toraldo, conociendo lo nulo de su posicion, se encogió de hombros y respondió:—«*El señor electo, que tiene más autoridad que yo, puede tomar las disposiciones que juzgue más oportunas.*» Con lo que Arpaja, enardecido y sin reflexionar lo que decia, ni delante de quién hablaba, se levantó exclamando:—«*Hagamos matar á ese tunante. Yo por mí daré doscientos ducados al que nos haga tal servicio.*» Y salió apresurado y resuelto como para evitar las consecuencias que podia tener aquel grave incidente.

En el mismo momento llegó por distinto lado á San Agustin Genaro Annese, y al verlo Panarella, jefe del barrio de la Congería, animado por las palabras del electo, y por el

espíritu que reinaba en la junta, se arrojó á él con un puñal enarbolado. Interpusiéronse algunos frailes, que evitaron el golpe, y fué tal el susto de Annese, que huyendo despavorido se ocultó en el coro detras del órgano, y a poco rato saliendo por un postigo secreto se fué al barrio del Lavinaro á pedir cumplida venganza. Corrió pronto la noticia de este suceso, y conociendo el electo que podia encontrar graves peligros en la plaza del Mercado, adonde se encaminaba, mudó de rumbo y se fué al barrio de Santa Lucía, que estaba á su devocion. Panarella, despechado de no haber asegurado el golpe, fué en su busca y le ofreció poner inmediatamente sobre las armas todo el distrito de la Congería, y atacar al del Lavinaro como hospedaje y asilo de la pillería que alteraba contínuamente el reposo de la ciudad, y que imposibilitaba toda medida de órden. Desio que estaba presente lo aprobó, y marchó á levantar támbien con el mismo objeto los barrios altos.

Tocóse arma, resonaron las campanas á rebato, conmovióse la capital toda, y se puso en defensa el Lavinaro con Annese á la cabeza, ayudado de los barrios del Cármen y de la Marina, que hicieron causa comun; miéntras que el de la Congería con su jefe Panarella, y seguido del de las Vírgenes, San Juan y Puerta Capuana, se preparaban al ataque con resolucion. Prontos, pues, estaban á combatir y á destruirse entre sí los sublevados, dividida en bandos la ciudad, y decidido el que capitaneaban Panarella y Desio, que era el más granado y numeroso, á pasar á cuchillo á la pillería, y á destruir con fuego los barrios en que habitaba. Reinando tan ciego furor y tan enardecido encono entre ambas facciones, como si no fueran las mismas que pocos dias ántes formaban un solo cuerpo, peleando por la misma causa, y perpetrando crímenes tan horrendos.

Sabedor el duque de Arcos de lo que ocurria en la ciudad, creyó gozoso llegado el momento de su seguro triun-

fo. Y para caer oportunamente sobre el pueblo así dividido, asegurando una completa venganza, mandó poner á punto la artillería de los castillos, y preparar las guarniciones para hacer una repentina salida en la ocasion conveniente. Los barrios de la ciudad que no quisieron tomar parte en aquella lucha fratricida permanecieron tranquilos, aunque aprestando las armas para defensa propia, y para declararse á tiempo por el partido vencedor.

Iba la ciudad á inundarse de sangre. Ambas fracciones del pueblo napolitano marchaban ya á embestirse para empezar una lucha de exterminio, cuando el príncipe de Massa, D. Francisco Toraldo, guiado por los impulsos de su corazon benéfico y generoso, y sin más objeto que el de impedir los desastres del inocente, corrió á probar fortuna y á meterse entre los opuestos y encarnizados bandos, para exhortarlos á la paz. Corrió á caballo al sitio en que casi comenzaba la pelea, y tuvo tan buena suerte, habló con tanta oportunidad, y se sirvió de tan buenos ayudadores, que logró muy pronto ser escuchado, y consiguió en pocos minutos conjurar y deshacer completamente aquella borrasca. Y llamando ante sí á Annese y á Panarella, les obligó á hacer las paces, abrazándose en presencia de todos, y á que mandaran retirarse en sosiego y dejar las armas á las encontradas turbas que capitaneaban.

Desconcertó al Virey este imprevisto desenlace de aquel drama que tan sangriento y espantoso habia aparecido. Y él y otros muchos hombres de Estado juzgaron que Toraldo habia cometido una gravísima falta, ora mirase por los intereses de la corona á quien decia servir, ora por los del pueblo sublevado á cuya cabeza se hallaba. Pues vencida la gentuza alborotada del Lavinaro, como lo iba á ser sin remedio, se hubieran evitado los desórdenes y matanzas que sobrevinieron, y la ciudad de Nápoles, libre de la levadura de discordia y sin continuar en aquel estado hor-

rendo de anarquía, hubiera conseguido el objeto de quedar libre de impuestos arbitrarios, y regida de la manera más conveniente á sus verdaderos intereses. Y el mismo Toraldo, obrando por el instinto de hombre de bien, empeoró muchísimo su difícil posicion. Pues se atrajo el odio de los españoles y de los napolitanos que deseaban acabar con los motines, sin ganar ni el afecto ni la confianza de los alborotadores.

CAPITULO IX.

El dia siguiente 1.º de Octubre de 1647 avisó al amanecer el castillo de Santelmo que una gruesa armada se descubria en el horizonte. No faltó quien temiese y quien esperase que fuera de franceses, y áun el mismo Virey estuvo dudoso. Pero muy pronto la bandera real enarbolada en el vigía, aseguró á todos que era española, la que ya entraba en el golfo de Nápoles con viento favorable y con mar bonancible. Cundió rápidamente la nueva por la ciudad, causando efectos diversos, y despertando temores y esperanzas, cubriéronse de curioso gentío playas, marinas, muelles y azoteas, para ver llegar aquellos bajeles, cuyo arribo debia producir tan importantes resultados. Una salva general de todos los castillos y fuertes, incluso el torreon del Cármen, saludó la insignia real que tremolaba en la alta popa de la capitana. Y á media tarde fondearon majestuosamente enfrente de la Marinela, bajo el cañon de Castilnovo, veintidos hermosas galeras, doce gruesas naves, y catorce barcos menores.

Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, jóven de diez y ocho años de edad, de gallarda presencia, benigno carácter, y capacidad precoz, era el general de aquellas fuerzas. Traia por director y consejero (bien que se habia quedado atras por los malos tiempos, y para recoger algunos bajeles que venian de Génova) al valiente caballero y experimentado marino D. Cárlos Dória, duque de Tursí, nieto del célebre Andrea, y padre de Gianetino, que man-

daba las galeras napolitanas. Venian además con S. A. el duque de Gandía y el baron de Batteville, como consejeros, y un Gaspar Leguía como secretario (1).

La llegada de tan gran príncipe causó un momentáneo movimiento de alegre entusiasmo en el pueblo de Nápoles *sublevado* hasta entónces, pero no *rebelde*. Mas pronto se calmó para dar lugar á otros ménos favorables, que cuidaron de mantener y de acalorar los hombres desconfiados y recelosos, y los interesados en llevar las cosas más adelante. Pues aunque temian que aquellas fuerzas, al parecer formidables, con que contaban ya los españoles pudiesen dificultar sus planes, esperaban mucho de los franceses, con quienes tenian muy adelantadas sus negociaciones.

El duque de Arcos, aunque no muy contento de encontrarse con un personaje superior suyo en clase y en autoridad, cuando esperaba sólo medios de ejercer sin límites la suya de Virey, disimuló sagazmente su disgusto, y trató de apoderarse del ánimo del jóven Príncipe, para dominarlo, tener en él un escudo, y servirse de las fuerzas que traia para restablecer su dominio, y desquitarse con usura de las humillaciones á que le habian conducido su imprevision primero, y luégo su debilidad. Envió á felicitarle del feliz arribo á su yerno el marqués de Lombay; y poco despues al Visitador general del reino, bien adestrado en las ideas que sagazmente debia sembrar en el recien llegado, acerca del estado del reino, y de las medidas de rigor que reclamaba. No hicieron gran mella en el ánimo de D. Juan de Austria estas insinuaciones, pues comparaba las fuerzas populares y el cuerpo que ya tenía la sublevacion, de la que habia adquirido poco favorables noticias, con las fuerzas que traia á bordo, y que no pasaban de tres mil y quinientos infantes, formando cuatro tercios, tres de españoles y uno de napolitanos. Y seguimos

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

en esta numeracion al contemporáneo de Santis, y al maestre de campo Capecelatro, aunque autores posteriores, que han querido acaso aumentar la gloria de los triunfos del pueblo rebelde acrecentando el número de las tropas que le combatian, afirman que pasaban de seis mil hombres los que trajo la armada. Número siempre escaso para competir con más de cincuenta mil, no ya tímidos paisanos, sino guerreros avezados á las armas, mandados con inteligencia, y sostenidos por circunstancias de mucha gravedad, y por el estado del reino todo.

Al anochecer fué el Virey en persona á visitar al Príncipe, y cuidó de llevar adelante su plan, y de dar más extension á las pláticas ya entabladas por su confidente el Visitador. Halló á D. Juan frio y discursivo, y muy dudoso en el partido que debia adoptar. Pero le contó los hechos á su manera, y le pintó las circunstancias tan favorables, asegurando que todos los barones del reino, y más de veinte mil paisanos bien organizados y dispuestos en la ciudad le darian inmediatamente apoyo, que el jóven Príncipe y sus sesudos consejeros quedaron casi convencidos de las razones del Duque, decidiendo, sin embargo, que se obrara con mucho pulso, y que ántes de apelar á la fuerza se apurasen los medios de prudencia y de conciliacion (1).

Al dia siguiente reunió el Virey en Castilnovo á D. Francisco Toraldo, capitan general del pueblo, á su teniente Desio, á los electos y diputados de los sediles, al electo del pueblo, y á los jefes de los barrios, con otros ciudadanos de los más influyentes. Y les manifestó que la escuadra española destinada á cruzar en el Mediterráneo para proteger y defender las costas, y perseguir á los piratas berberiscos, habia llegado por casualidad al puerto de Nápoles, sin más objeto que el de refrescar víveres, y reparar las averías

(1) De Santis.

causadas por el último temporal de equinoccio, y de modo alguno para hostilizar á los napolitanos, de cuya lealtad y obediencia estaba tan seguro el Rey. Pero que viniendo de almirante de aquella escuadra un príncipe tan excelso, un hijo querido del Soberano, y que miraba como hermanos á todos los súbditos de su padre, razon era obsequiarle y servirle como merecia, abastecer largamente sus bajeles, y separar de sus ojos todo resto de los pasados disturbios. Que debia, pues, convidársele á honrar con su presencia la ciudad el tiempo que necesitase para reponerse. Y que para que su venida á tierra fuese un nuevo vínculo de paz y de concordia, debia el pueblo deponer las armas, y si aún tenía mercedes que pedir ó reclamaciones que demandar, hacerlo con toda confianza á tan excelso y benigno huésped, sin darse el aire de exigirlas, porque no sería decoroso ni para la autoridad de tal personaje, ni para la reputacion de fiel y de leal de que gozaba la ciudad de Napoles.—El discurso del Virey, bien que muy estudiado, y sin la menor expresion que pudiese inspirar desconfianza ó herir la susceptibilidad de los sublevados, hizo muy mal efecto en la asamblea, por más que Toraldo y los otros partidarios de los españoles trabajaron con el rostro y los ademanes para evitarlo. Y uno de los circunstantes, poniéndose en pié, entre el murmullo general de descontento, manifestó con el rostro encendido y la voz alterada: que el pueblo no creia tan casual é inocente la llegada de la escuadra, ni tan bien dispuesto á su comandante. Que veia su perdicion en el momento de dejar las armas, como se le pedia. Y que asunto tan grave y trascendental no podia tratarse tan á la ligera, y que era preciso discutirlo y resolverlo en una asamblea general. Con esto se disolvió aquella reunion, quedando todos sospechosos y desabridos.

En seguida se convocó á otra mucho más numerosa en el convento de San Agustin, á que concurrieron todos los

jefes populares y muchos habitantes de la ciudad de todos colores, y púsose sin preámbulo á discusion si debia ó no dejar las armas el pueblo, para recibir en la ciudad al señor D. Juan de Austria. Acaloradísimo fué el debate; hablóse largamente en pro y en contra. Las personas de responsabilidad, lastimadas de los pasados desórdenes, secundaron los deseos del Virey y de Toraldo. Las que miraban más adelante, y debian á la sublevacion su importancia y engrandecimiento, se opusieron con sentidísimas razones, manifestando que sería el soltar las armas entregarse á discrecion de enemigos poderosos y enconados; y abastecer la armada, robustecer las fuerzas que los habian de destruir. Y prevaleciendo estas opiniones en la numerosa asamblea, se decidió despues de largos discursos que el pueblo se conservase armado, y que se enviaran diputados á cumplimentar y á regalar á S. A. *como deber de cortesía*, manifestándole las quejas y recelos que obligaban á los napolitanos á no deponer las armas á sus piés.

No contentó á D. Francisco Toraldo semejante resolucion, y animado con el recuerdo del buen éxito que tuvieron dos dias ántes su presencia y sus palabras con las masas populares, montó á caballo, y ántes que se divulgara fué á recorrer los barrios bajos, para ver si podia sorprenderlos y hacerlos consentir en la deposicion de las armas. Empezó á trabajar con buenos auspicios á fuerza de arte y de buenas razones. Y ya dirigia la palabra á una masa considerable de pueblo que rodeaba su caballo, y que le oia con deferencia; cuando le ocurrió en mal hora servirse inoportunamente de un argumento *ad terroren* diciendo: que era ya preciso avenirse á un pacífico acomodo, porque si no, la armada, que era la más poderosa del mundo, podria muy fácilmente con una sola descarga de su artillería destruir la ciudad. Esta fanfarronada produjo grandes carcajadas y tras de ellas tal repentino furor en la

turba, que faltó muy poco para costarle caro al Capitan general del pueblo.

Tambien el Virey por otra parte, miéntras valiéndose de la autoridad y astucia del consejero Mirab처allo negociaba con los barones y grandes señores que se reuniesen y armasen, quiso probar la mano, y envió emisarios por todos los barrios de la ciudad á predicar el desarme, revalidando las juradas capitulaciones, ofreciendo nuevas mercedes, y asegurando que pondria tan estrechos á los nobles, que nada tuviese que temer de ellos el pueblo. Pero tales mensajes hicieron corto efecto, y se llevó á cabo lo resuelto en San Agustin (1).

(1) De Santis.—Capecelatro.—Raph. de Turris.

CAPÍTULO X.

Al dia siguiente, 3 de Octubre, fueron á bordo los diputados del pueblo, para cumplimentar y regalar al jóven Príncipe. Recibiólos éste con grandes muestras de amor y de consideracion, admitiendo con cordialidad los refrescos abundantes y exquisitos que le presentaron. Manifestáronle humildemente el lastimoso estado de la ciudad, que habia tenido que apelar á las armas para libertarse de la total ruina á que la arrastraban, como al reino todo, los malos y codiciosos ministros, los insolentes y corrompidos nobles. Que por lo tanto no extrañara hallarlos con las armas en la mano, para defenderse de tales domésticos enemigos, pero de ningun modo para deservicio de S. M.

Eludió D. Juan sagazmente la cuestion, contestando con palabras generales; y despidió á los diputados contentos y satisfechos de la gallarda presencia y noble discrecion de tan excelso príncipe. Pero miéntras esto pasaba en la nave real, en ella y en las demas de la escuadra se derramaron várias personas del pueblo, so pretexto de vender chucherías, frutas, pan fresco y otros regalos; y examinaron cuidadosamente el estado de los bajeles, sus provisiones y aprestos, y sobre todo el número de tropas que trasportaban. Y vueltos á tierra, publicaron en los corrillos el mal estado de la armada, la escasez de sus recursos, y lo corto de las fuerzas que la tripulaban y guarnecian. Estas fidedignas noticias hicieron su efecto, y empezó á decirse en todas partes sin rebozo (como refieren De Santis y Capece-

latro, contemporáneos) que la armada era una vejiga llena de viento. Con lo que levantaron cabeza todos aquellos que al ver aparecer tales fuerzas habian desmayado; y avergonzados de su infundado temor, volvieron más feroces y encarnizados á oponerse á todo acomodamiento.

Sin embargo los españoles, y todos los que tenian que lamentar alguna pérdida ó insulto en los pasados desórdenes, ponderaban lo oportuno y decisivo del socorro, y lo seguro de su resultado para obtener reparaciones y venganzas. Y nadie más que el Virey, corto de vista en todas ocasiones, participaba de estas ideas, y ufano más de lo que la prudencia dictaba, ensoberbecido más de lo que su situacion permitia, y creyéndose ya omnipotente, no volvió á pensar en el Cardenal-arzobispo ni en lo mucho que hubiera valido su influencia, tantas veces puesta felizmente a prueba, en aquellas nuevas circunstancias. Pues sin contar para nada con él, y desdeñando sus relaciones, se dedicó exclusivamente á acalorar y organizar la nobleza en favor de sus planes de rompimiento y guerra; y á dominar el ánimo del Príncipe, para que sirviese de ciego instrumento á su venganza.

Entre tanto, D. Francisco Toraldo, Desio y otros cabos populares, que deseaban de buena fe el restablecimiento del órden y de la autoridad legítima, y que, viendo más claro que el Virey, no querian llevar las cosas al último extremo, prosiguieron en la reunion de San Agustin las negociaciones. Y lograron al cabo el que se decidiese en ella que dejase el pueblo las armas, depositadas en un almacen de la plaza de la Sellería, situada en el centro de la ciudad. Y que quedasen sólo seis mil hombres armados, para defender las capitulaciones, y asegurarse contra alguna intentona de los nobles, ó algun rebato de los bandidos. Razonable y de muy buen acomodo parecia este partido, y el mismo Toraldo con otras personas de cuenta fué á bordo de la Real á dar parte al Sr. D. Juan de Austria de

este acuerdo, que debia producir el más feliz resultado. Recibiólos el Príncipe con benignidad y agasajo, y aunque no le disgustó el arreglo, como ya habian extraviado su buen juicio, no se atrevió á resolver. Y contestando en términos generales, sin aceptar ni rechazar la propuesta, los despidió honrándolos y acariciándolos con cordialidad. Y despachó en seguida á su secretario Leguía á avisar de todo al Virey.

Este, no ya perplejo en sus decisiones y dócil á todas las exigencias, como lo era pocos dias ántes, sino resuelto, inexorable, decidió que no era de modo alguno acogible la proposicion de la junta de San Agustin. Porque seis mil hombres armados eran suficientes para ser dueños absolutos de Nápoles, é imposibilitar toda autoridad. Mas ó porque no podia ménos el Virey de manifestar siempre indecision, ó porque quiso obrar con más apoyo, determinó tomar sin pérdida de tiempo consejo de personas sensatas para su definitiva resolucion. Ciertamente no comprendemos cómo el que queria con la fuerza de la armada poner en brida ciento cincuenta mil hombres aguerridos y ya en rebelion abierta, hallaba tanto peligro en solo seis mil, y despues de haber hecho el pueblo todo un acto positivo de sumision.

Celebró, pues, el duque de Arcos al dia siguiente una consulta poco numerosa, y á la que cuidó de convocar las personas que habian de apoyar su pensamiento. Pero no pudo eximirse de Cornelio Spínola, el negociante genoves que, como dejamos escrito, aconsejó tan á tiempo la abolicion de la gabela sobre la fruta, orígen de los acontecimientos que vamos narrando. Entablada la discusion, este hombre prudentísimo, que conoció la propension de la asamblea á adoptar medios violentos, manifestó con moderacion y gravedad que no los juzgaba convenientes, cuando se presentaban otros no despreciables. Que no era tan fácil como se suponia el sujetar á viva fuerza la suble-

vacion armada y aguerrida. Que los medios con que se contaba no eran bastantes para tan ardua empresa; pues aunque la artillería arrasase la ciudad, no se lograria más que arruinar casas y palacios. Y en fin, que el saber acomodarse á las circunstancias, y sacar partido del amor y del respeto que inspiraria la presencia del Príncipe real, podria tener más ventajoso resultado.—El capitan de la guardia del Virey, que asistia á la junta, caballero español, jóven y acalorado, impaciente con el discurso del sesudo anciano, lo atajó con viveza diciendo: que la empresa no era tan difícil y costosa como la pintaba el miedo, y que el humo de los cañonazos bastaba para acabar con la sublevacion. Que se recordara lo que habia sucedido en tiempo de D. Pedro de Toledo, cuando el tumulto contra la Inquisicion. Y que bastaron entónces tres mil españoles para sujetar y escarmentar á Nápoles revuelta.—Repúsole Spínola con acento tranquilo y modesta sonrisa, que aquellos eran tiempos muy diferentes. Que entónces vivia y reinaba un Cárlos V, de tanto prestigio en el mundo, que á su nombre solo se postraba el universo. Que entónces tenía la ciudad de Nápoles la cuarta parte de poblacion que al presente, y sólo quince mil hombres sobre las armas. Los que fueron vencidos, no con tres mil, sino con diez mil españoles y cincuenta galeras. Y que á pesar de todo la Inquisicion no se estableció (1).

O hicieron impresion en el ánimo del duque de Arcos las razones de Spínola, ó aunque ya resuelto y decidido por la guerra le asombró, como sucede á los caracteres débiles, su propia resolucion, y áun luchaba con el estorbo de la habitual perplejidad, pues disolvió la reunion sin que nada quedara decidido. Y dispuso que se celebrase otra muy numerosa en San Agustin. En ella manifestó, por medio de sus comisionados, que el Príncipe hijo del Rey no

(1) Raph. de Turris.

podia ni debia venir á tierra hasta que los napolitanos todos depusiesen las armas á sus piés. Gran tormenta levantó en la asamblea esta manifestacion, que rechazaba completamente el medio conciliatorio propuesto al mismo Príncipe; y entablóse una reñida y larga discusion. Los partidarios del Virey, apoyados por los que anhelaban reposo y tranquilidad á toda costa, juzgaron aceptable la condicion, aunque con ciertas cortapisas. Pero los que tenian intereses creados que sostener, ó justos temores que considerar, levantaron el grito en contra, apoyados y sostenidos por los revoltosos, y por el clamoreo de la turba popular, que circundaba el convento, clamando guerra y anhelando combatir. Dejó como astuto el teniente Desio desfogar la borrasca, y en un sagaz discurso, sin declararse partidario de unos ni de otros, y sin aceptar ni rechazar la proposicion del Virey, manifestó que era insostenible el estado á que habian llegado las cosas. Que no era decoroso tener al hijo del Rey relegado en los bajeles. Que el pueblo armado seguia cometiendo tropelías inauditas, y faltando abiertamente á la capitulacion. Que la insubordinacion de Genaro Annese y de otros cabos populares que seguian almacenando pólvora en el torreon del Cármen y trabajando en las fortificaciones, no se podia tolerar. Y que era necesario para el bien comun dar fin á tantos desórdenes y avenirse á la razon.—No pudo acabar su discurso, que no dejaba de ir causando buen efecto. Las voces de Palumbo, Panarella, Cajiero y otros, que no sólo con descompuestas palabras le interrumpieron, sino que le atacaron furiosos con dagas y puñales, le obligaron á ponerse en salvo para huir de una muerte cierta. Refugióse en la sacristía, y alejóse luégo de San Agustin para ponerse á buen recaudo (1).

Otra reunion se verificó al anochecer en Palacio presi-

(1) De Santis.

dida por el Virey, donde se mostró éste más conciliador y razonable de lo que solia, pero nada se resolvió en ella. Y en seguida en un Consejo privado á que asistieron sólo el general D. Vicente Tuttavilla, el Visitador general del reino, el acalorado capitan de la guardia, y los pocos jefes populares de entera confianza, se volvió á ventilar el negocio, y se decidió definitivamente apelar á la fuerza. El Duque creyó así á cubierto su responsabilidad, y para más asegurarla, hizo extender un acta prolija firmada por cuantos estaban presentes. Verificóse así, aunque Tuttavilla ántes de firmar expuso algunas juiciosas observaciones sobre lo poco que se debia fiar en las ofertas de los nobles, que contaban con escasos recursos, y que no tenian ya tanta influencia como se imaginaban, y sobre la poca fe que merecian las seguridades de los jefes populares, que brindaban con la cooperacion de una fuerza que acaso no encontrarian disponible ni decidida en el momento del conflicto. No se tomaron en cuenta estas reflexiones; firmó, pues, el documento, y al hacerlo aconsejó que ántes de todo se asegurase la persona de Toraldo, porque iba á ser un obstáculo de mucha gravedad. Dijo el Duque que Toraldo estaba ya escamado y sospechoso, y que sería difícil hacerse con él, porque no vendria ni al Palacio ni al castillo aunque se le enviase á llamar. Replicó Tuttavilla que no se resistiria á ir á la nave real si el Príncipe lo convocaba, y que podia arrestársele á bordo: debiendo hacer lo mismo con el electo Arpaja, que fingiéndose partidario del órden y celoso servidor del Rey, era el que más acaloraba la sublevacion y el que más imposibilitaba todo arreglo.

Determinado así, fueron á deshora á la capitana el Virey y el Visitador general, para obligar al Príncipe á que llamase á Toraldo. Hízolo; mas éste, ó porque algun aviso secreto le advirtió del peligro, ó porque temió desconfiar al pueblo, que lo observaba cuidadoso, yéndose á bordo á tales horas, ó porque juzgó prudente evitar en aquellas

difíciles circunstancias todo compromiso, no acudió al llamamiento. Entónces se trató decididamente de desembarco y de ataque, haciendo con pluma y papel mil soñados cálculos de las fuerzas populares que se unirian á las tropas, les guardarian las espaldas y asegurarian el triunfo. Con lo que D. Juan, jóven inexperto, y sus consejeros, no bien informados del estado de las cosas, accedieron completamente á los intentos del obcecado Virey. Decidióse, pues, que desembarcaran aquella misma noche con sigilo en el arsenal dos mil y quinientos hombres. Que el teniente Desio aprovechando los momentos avisase á los confidentes y partidarios, y aprestase con recato las fuerzas populares que habian de ayudar á la operacion. Y que esperaran todos para obrar la señal que daria la torre del Homenaje de Castilnovo, á donde se retiró el Virey ántes de amanecer, llevándose consigo al secretario de S. A.

CAPÍTULO XI.

No encontró Desio tan bien dispuestas como se creia las gentes con quienes se contaba. Y advirtió además que el pueblo, ó bien por instinto, ó por haber barruntado lo que ocurria, pasó la noche toda muy vigilante, fortificándose con zanjas y reparos, y acrecentando sin estrépito los repuestos de armas y de municiones. Estas noticias no agradaron mucho al Virey, y despertando algun tanto su perplejidad le obligaron á reunir nuevo Consejo. Mas ya estaban las cosas muy adelantadas para retroceder, y se decidió llevar á ejecucion el proyectado y dispuesto ataque. Pero que ántes de romperse las hostilidades se atrajesen con cualquiera pretexto á Castilnovo al electo Arpaja, á los dos hermanos Cajiero, á Salvador Barone, al secretario de Polito, á su sobrino Bautista, á su hijo fray Hilario, á Gregorio Accietto, y á algunos otros de los que acaloraban al pueblo, y que eran más capaces de dirigirlo y de tomar oportunas disposiciones de defensa. Envióseles astutos mensajeros, cayeron en el lazo, y se presentaron casi todos en el castillo. Ya estaba instalado en él (pues no se perdia el tiempo) el consejo de guerra que los debia juzgar: tomóseles declaracion sin demora. Confesaron aterrados y sin apremio, que á instigacion de Palumbo y de Genaro Annese, se disponian á sorprender la noche venidera los puestos altos de la ciudad, y á empezar desde ellos la agresion, combatiendo los castillos y cañoneando la armada. Y que hacía dias estaban en correspondencia con el

marqués de Fontenay, esperando una gruesa armada francesa. Convictos de traicion, fueron inmediatamente sentenciados y condenados á muerte, y sin más esperar ejecutados. Salvándose sólo fray Hilario Polito, para tenerlo como en rehenes, y Francisco Arpaja. De éste exigió en el acto el Virey que, como *electo del pueblo*, le pidiera en nombre de la ciudad la ocupacion á viva fuerza, cual único medio de restablecer en ella el órden y el sosiego. Resistióse el magistrado popular, con una energía digna de un hombre de mejores antecedentes, á autorizar aquella agresion, que tenía todo el carácter de venganza. Y dice la historia, que indignado el Virey de aquella noble repulsa, prorumpió en frases y áun se propasó á acciones indignas de su alta jerarquía, de su madura edad, de su elevada posicion. El pobre Arpaja fué sumido en un calabozo, trasladado despues á Cerdeña y de allí á España, donde un tribunal lo condenó al presidio de Oran, en el que murió á los pocos años (1).

A media mañana del dia 5 de Octubre, los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de Castilnovo se dispararon, y corrieron desbocados y sin cochero hácia la calle de Toledo, atropellando á la multitud y causando espanto general, desórden y confusion. Aprovechando lo cual, mandó impetuosamente el Virey salir un tercio de españoles gritando: *Viva el Rey, vivan las gabelas*. Enarboló en la torre del Homenaje la señal de arremeter, y en medio del trastorno general envió un mensaje al Arzobispo, con quien para nada contaba hacía ya muchos dias, encargándole mandase inmediatamente manifestar en las iglesias el Santísimo Sacramento, y hacer rogativas por el buen éxito de las armas del Rey. Indignóse el Prelado, y contestó que jamás prostituiria así su santo ministerio, ni demandaria los socorros espirituales en favor de una ven-

(1) De Santis.

ganza atroz é inaudita. Repulsa que no dejó de atemorizar al Duque, casi arrepentido, pero ya tarde, de su resolucion.

El pueblo, que aunque esperaba el ataque no lo creia tan inmediato, aterrado y sobrecogido huyó delante de aquellas fuerzas que lo atropellaban todo. Y aunque acudió á la defensa de sus puestos, lo hizo en desórden y con flojedad. Nuevas tropas españolas salieron del castillo tras de las que marchaban triunfantes por la calle de Toledo. Y dividiéndose unas y otras en pelotones mandados por bizarrísimos oficiales, ejecutaron un plan muy bien combinado de antemano, atacando á un tiempo los puntos más importantes de la ciudad, y apoderándose de ellos con poca pérdida y escasa resistencia. Las fosas del grano, el almacen de aceites, la aduana de la harina, el hospitaleto, la cartuja de San Martin y Pizzo-Falcone, quedaron pronto en poder de los españoles, y los populares arrollados en todas partes, sin tener ya donde repararse y hacer resistencia; y habiendo perdido muchos de sus jefes, unos muertos en la refriega, otros apresados y conducidos á Castilnovo, como aconteció á Andrea Polito, el famoso inventor de la mina de Santelmo, que fué inmediatamente ahorcado y expuesto su cadáver en las almenas (1), huian despechados sin saber cómo evitar su exterminio.

Pero las fuerzas españolas, tan escasas en número y esparcidas así por la ciudad, no tenian en ningun punto de ella gente bastante para extenderse por los barrios circunvecinos y darse la mano. Y quedando diseminadas y aisladas en los distintos puestos que habian ocupado, pensando sólo en mantenerse en ellos, dieron tiempo para reponerse de su primer espanto al pueblo, tan práctico ya en los combates, y para que con aquel aliento que da la desesperacion, tratara no sólo de defenderse de tan inesperada

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

acometida, sino de recuperar con un valor desesperado las ventajas que una sorpresa le acababa de quitar.

Tocóse á rebato en toda Nápoles, y toda ella se alzó como un solo hombre en defensa de sus hogares, ansiando venganza de sus opresores. Los mismos que, partidarios del órden y de la paz, se habian mostrado deseosos de un acomodamiento, volvieron indignados á las armas, y volaron á la pelea. Y aparecieron de repente, como si brotasen de la tierra, masas populares, unidas y resueltas, componiendo más de cincuenta mil hombres bien armados y decididos, que cayeron de un golpe y á un tiempo, resueltos á morir, sobre todos los puntos que con tanta facilidad habian ganado los españoles. Estos, viéndose á su vez tan vigorosamente atacados y por tan considerable número de enemigos, se defendieron esforzadísimamente sin cejar un paso; pero con las señales convenidas pidieron socorro á Castilnovo. Mas ¿cómo podia mandárselo el Virey si habia dispuesto de todas las fuerzas, y no habia dejado ninguna reserva?... Envió órden á los castillos y á la armada para que rompiesen el fuego de cañon contra la ciudad. Encarnizadísima andaba la pelea. Santelmo, Castilnovo, Castel del Ovo, y las galeras avanzando sobre la playa de la Marinella, empezaron á jugar su artillería con un espantoso estruendo, que retumbando en torno esparcia el terror y la confusion por toda la comarca.

El Sr. D. Juan de Austria en el alcázar de la capitana presenciaba con dolor el estrago. Y como viese en todas partes apretados á los españoles, sin ser socorridos ni ayudados por nadie, exclamó várias veces con desconsuelo: *«¿Y dónde están los veinte mil hombres del pueblo, que debian ayudarnos? ¿Dónde están?»* (1). Reconvencion amarga al Virey y á sus consejeros, que con falsos cálculos le habian decidido á un paso que repugnaba á su corazon.

(1) De Santis.

Combatíase en toda la ciudad con teson y encarnizamiento. Los españoles, aunque al cabo fueron arrojados de algunos puntos, resistian con valor heroico el empuje de las inmensas masas populares que los ahogaban. El pueblo, irritado con la ruina que las balas y bombas causaban en el hermoso caserío, peleaba rabioso y sediento de sangre. En las fosas del grano fué donde la pugna estuvo más empeñada. Dos veces perdieron y recobraron tan importante puesto los españoles, y al cabo quedó en poder de los napolitanos, que incendiaron el grano allí almacenado, no pudiéndolo retirar oportunamente (1).

El teniente Desio se habia quitado la máscara, y decidídose abiertamente por el Virey. Y con los poquísimos del pueblo que aún seguian ciegamente la causa española hizo prodigios de valor aquel dia, ocupando el barrio de Mortelle.

El fuego de la armada causaba gran daño en el barrio del Lavinaro, y en el Mandaracho. Pero la artillería del torreon del Cármen, donde mandaba Genaro Annese, causaba en las naves considerable avería. Y aunque D. Juan hizo desembarcar quinientos hombres, última fuerza que quedaba á bordo, para dar una arremetida á aquel fuerte, no consiguieron éstos más que aumentar la reputacion de su bizarría, teniéndose, con pérdida notable, que replegar al cabo sobre Castilnovo. Y los bajeles, ya desguarnecidos y muy mal parados, lo hicieron detras de Castel del Ovo, prosiguiendo desde allí á cubierto sus tiros contra el barrio y las marinas de Chiaya.

Mandaba aquel desastroso dia todas las fuerzas españoles el general de artillería Batteville, noble borgoñon (2), que, como dejamos dicho, habia venido acompañando al Príncipe en calidad de consejero. Y no acertamos la causa

(1) Capecelatro, MS.—Donzzelli.

(2) Capecelatro, MS.—De Santis.—Agnello de la Porta, MS.

por qué no las mandó en persona el mismo duque de Arcos, como parece que hubiera convenido más á su reputacion, y las confió á este caballero, famoso militar sin duda, pero que no conocia la ciudad, ni el carácter peculiar de aquel género de guerra. La falta de estos conocimientos indispensables aumentaron grandemente su embarazo, tanto, que hallándose con un número de enemigos superior al que habia calculado, con contínuos ataques mucho más ordenados y rigurosos de lo que esperaba, y con tan escasas fuerzas diseminadas en posiciones que no conocia, se arrepintió de haberse fiado de los planes del Duque, y de haberse plegado á sus exigencias; por más que como bueno, y apoyado en el esfuerzo y disciplina de sus tropas, no cediese un punto, y corriendo de uno á otro lado con actividad suma tomase las más acertadas disposiciones para no perder los puestos ocupados y para recuperar los perdidos.

D. Francisco Toraldo en su anómala y delicadísima posicion, si de véras anhelaba la paz y el servicio del Rey, como lo demostraba cumplidamente en las conferencias, trabada la lucha se dejaba llevar de su instinto de leal caballero y de valiente soldado, y dirigia las operaciones sin engañar á los que se habian puesto en sus manos. Y como militar entendido y experimentado, ponia en muy duro aprieto á los españoles.

El contínuo tronar de tanta artillería, el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas contínuas, la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres que corrian, en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano donde refugiarse; el són espantoso de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantosísimo rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destruccion com-

pleta de su hermosísima capital. En unos el terror obligó á decidirse por los españoles, cuyo triunfo se juzgó asegurado. En otros, el patriotismo hizo empuñar las armas á sus habitantes, para volar denodados á socorrer á Nápoles, ó á perecer entre sus ruinas. Llegó tambien en pocas horas, si no el rumor, la noticia vaga é inexacta de lo que pasaba en la ciudad, á la de Benevento, donde los nobles de más valía, entre ellos el famoso duque de Maddalone, reunidos bajo la inspiracion del consejero Miraballo, trataban de socorrer al Virey. Y reuniendo repentinamente las fuerzas allegadizas que habian levantado, y repartiéndose los mandos de ellas, salieron en campaña para cortar los víveres á la sublevacion, é impedir los socorros que de las provincias pudieran recibir. Y enviaron un mensaje al Virey, pidiéndole nombrase un general entendido que los dirigiera y gobernara (1).

Declinaba la tarde y continuaba más encarnizada la pelea: en ambas partes se hacian portentos de valentía, sin decidirse por ninguna la victoria. Y ni las sombras de la noche, oscura y borrascosa, pusieron término al combate y á la matanza. Habiendo sido aquel funesto dia uno de los más espantosos que ha pasado ciudad alguna, y en que á más alto punto haya llegado la furia y la tenacidad de encarnizados enemigos.

---

(1) Capecelatro, MS.—Parrino.

CAPÍTULO XII.

Continuó al siguiente la pelea con el mismo ardor, con la misma incierta fortuna. El pueblo, reforzado con gente armada de los lugares circunvecinos, que habian abrazado resueltos, por un instinto vago de nacionalidad, el partido de la sublevacion, se habia engrosado considerablemente. Y para asegurarse el dominio de una parte de la ciudad, determinó apoderarse del importante puesto de Jesus-María, donde se habian hecho firmes los españoles. Arriesgada y difícil era la empresa. Pero como las fuerzas populares estaban muy bien dirigidas por viejos soldados napolitanos que, sirviendo al Rey en Flándes, en Lombardía y hasta en América, se habian acostumbrado á la guerra y conocian todas las reglas del arte, ningun riesgo ni dificultad las arredraba. Multiplicaron con denuedo y resolucion los ataques de aquel punto fortificado, embistiéndolo con maestría suma; pero siempre se estrellaron en el valor de los defensores. Buscábase un medio de llevar á cabo el intento, y D. Francisco Toraldo propuso la construccion de un mantelete con ruedas que facilitara la operacion. Hízose á toda priesa; pero resultando pesado, embarazoso y de mal efecto, se alborotó el pueblo, diciendo que era traicion del general para entretenerlo y dar respiro á los enemigos. Acaloraron la idea los que miraban de mal ojo á Toraldo. Y se dispuso tumultuosamente, ya que no deponerlo como algunos exigian, darle por teniente, ó con este nombre por verdadero superior, un hombre

de más confianza. Y quedó elegido teniente de maestre de campo general, puesto vacante por la abierta defeccion de Desio, Jerónimo Donnarumma, vendedor de hortaliza y pariente de Masanielo (1).

Desistióse por entónces del ataque á Jesus-María, pero lo fueron otros puestos tambien de importancia: unos resistieron gallardamente; otros, siendo en vano la más obstinada defensa, tuvieron que rendirse, y los prisioneros fueron bárbaramente despedazados por el pueblo, indignado más que atemorizado con el bombardeo de la ciudad, que no cesaba un momento.

El dia 7, queriendo Donnarumma acreditar su aptitud para el mando, determinó atacar la aduana de la harina, ocupada desde el principio por los españoles, y fortificada con una estacada, un pequeño foso y parapetos de fagina. Mas conociendo la dificultad de sobrepujar estos reparos al descubierto, inventó la siguiente estratagema. Reunió un gran número de búfalos montaraces, y acosados y mordidos por perros de presa los encaminó de modo que derribando ciegos las estacas, salvando el foso y descomponiendo el parapeto, desordenasen la tropa. Y lo consiguió todo como se habia propuesto, arremetiendo denodadamente detras de aquellos animales feroces, y apoderándose del punto sin dificultad. Grande fué la matanza de españoles en él, y los pocos que salvaron la vida lo debieron á que, tirándose á la mar, ganaron á nado el castillo (2).

Despechado el Virey con esta desgracia ocurrida delante de sus ojos, mandó salir la escasísima guarnicion de Castelnovo, para recobrar aquel importante puesto y escarmentar á los vencedores. Pero muy luégo tuvo que retroceder con pérdida considerable, porque el pueblo, apode-

(1) De Santis.

(2) Capecelatro, MS.—De Santis.—Raph. de Turris.

rado de las casas vecinas, les atajó el paso con un fuego muy nutrido de los balcones y azoteas.

Aquel dia recibió la sublevacion considerables refuerzos de la Cava, Nocera, Paganí y San Severino; pero los que venian de otras ciudades más lejanas fueron detenidos por la caballería de los nobles, que corria la campaña.

El cansancio iba haciendo ya no tan activa la pelea. Y D. Francisco Toraldo, despechado y confuso con el desaire que le habia hecho el pueblo dándole un teniente, ó más bien un superior, de condicion tan baja y humilde como Donnarumma, no deseaba más que el término de aquella confusion. Y despues de recobrar por medio de sus amigos y parciales alguna parte de su pasada influencia, recordando la lealtad, bizarría é inteligencia con que habia dirigido el primer dia las operaciones, aprovechó aquel momento en que, necesitando ya todos de algun reposo, se combatia con flojedad, proponiendo que se pidiera una tregua de seis dias al Virey, para reponerse algun tanto, y buscar aún si era posible algun medio de honrosa conciliacion. Era tan grande la fatiga general y la necesidad de respiro, que no fué mal acogida la propuesta. Y aprovechando la buena disposicion del momento, fué Octavio Marchesse á negociar á Castilnovo.

El duque de Arcos, siempre tan inexorable cuando se creia con ventajas, cuanto débil y complaciente cuando se creia sin ellas; y obcecado, desde que empezaron á combatirlo tan extraños sucesos, á tal punto que jamás juzgó con acierto las circunstancias, equivocando siempre sus resoluciones todas; juzgó, á pesar de la situacion en que veia la ciudad y el reino, de la escasez de sus tropas, y del mal estado de su inconsiderada empresa, que la propuesta de tregua era indicio de debilidad y de desfallecimiento. Y dando nuevo pábulo á sus descabelladas esperanzas, creyó que aquel era el tiempo de seguir impertérrito su malhadado plan, con la seguridad del triunfo. Y

negóse, pues, á toda habla de acomodamiento, mandó redoblar el fuego de los castillos, y tentar nuevos ataques y embestidas á los puntos reconquistados por el pueblo. Afligido Marchesse con el mal éxito de su comision, iba á retirarse, pero fué detenido y preso, por haberse encargado de ella (1).

Abiertas con nuevo furor las hostilidades, arrojó el pueblo del puesto de los Estudios á las tropas tudescas que lo guarnecian, y revolvió sobre el monasterio de San Sebastian para hacer lo mismo con las españolas. Heroica fué la defensa que estas hicieron. Pero era tal la multitud resuelta que daba el asalto, y tan repetidos y vigorosos los ataques, que al cabo se apoderaron los napolitanos de la parte baja del edificio, quedando los españoles en el piso principal, y continuando así por muchas horas la pelea. Escena muy repetida modernamente en la inmortal Zaragoza, cuando la sitiaron los franceses en la gloriosa guerra de la Independencia.

Raros sonaban ya los gritos de *viva el rey de España*. Y como algunos jefes del pueblo, oyéndolos aún en medio del combate, manifestaron que era absurdo gritar *viva el Rey*, y pelear con sus tropas, y cañonear sus bajeles, y desafiar sus estandartes, cesaron del todo aquellas aclamaciones, se abatieron las banderas en que habia armas reales de España, y empezó, cundiendo con suma rapidez y aplauso, el grito de *viva el pueblo y San Pedro*.

Mucho agradó el cambio al cardenal Filomarino: se aprovechó de él para ganar partidarios al Papa, recordando su soberanía. Y escribió á Roma muy satisfecho, y (nos duele el decirlo) pidiendo el nombramiento de capitan general del reino (2). No agradó este incidente al Padre Santo, que queria conservar á toda costa el Estado de Ná-

---

(1) Raph. de Turris.—Agnello de la Porta, MS.
(2) De Santis.—Comte de Modéne, MS.—Donzzelli, MS.

poles bajo el dominio de España, temiendo que cayese en manos de los franceses. Desaprobó el celo del prelado y le dió órdenes terminantes, no sólo de trabajar activamente en evitar todo personal compromiso, sino de rechazar cualquiera propuesta de sumision que intentase hacerle el pueblo.

Los nuevos bríos que iba adquiriendo la sublevacion, ya tornada en rebelion descarada con este completo alejamiento de los principios de lealtad y de amor al Rey, hasta entónces nunca conculcados; el ver que sin esperanzas de socorro, y con las pocas y fatigadas fuerzas que le obedecian no era fácil salir adelante de tanto apuro; el conocer que ni los castillos ni las naves podian causar ya más estrago en la ciudad; y el encontrarse apretado con las exigencias de la escuadra que pedia víveres y municiones, escasísimas ya para todos, amilanaron el ánimo del Virey, que abriendo aunque tarde los ojos conoció sus desaciertos, y lo mal que habia hecho en no conceder la tregua que habia el mismo pueblo solicitado. Pero como era su estrella la de no acertar nunca en sus resoluciones, se le ocurrió la peregrina idea de pedirla él á su turno, creyendo que la obtendria con facilidad, y que con ella ganaria tiempo para obrar segun las circunstancias se presentasen.

Escribió, pues, un billete lleno de ofertas y de palabras blandas, como solia, á D. Francisco Toraldo, haciéndole la proposicion. Recibiólo este general en el momento en que acertadamente dirigia la construccion de una trinchera en la plaza del Puerto, con que combatir á Castilnovo. Y para demostrar al pueblo que lo circundaba su lealtad y buena fe, lo mandó abrir y leer en público. Indignada la muchedumbre con la peticion de tregua tan inoportuna, hecha por el mismo que la habia rechazado el dia anterior, y juzgándola tambien á su vez indicio de debilidad, respondió con el grito unánime de guerra, y ar-

boló en el torreon del Cármen una bandera encarnada, por la que conoció el pobre duque de Arcos el mal éxito de su inconsiderada tentativa (1).

Grande empeño tenía el pueblo en desalojar á las tropas que se habian fortificado en la iglesia de Santa Clara, punto céntrico de la ciudad. Y construyó con acierto una trinchera en la calle de Torcella, y unos carros fuertes con artillería, cubiertos de gruesos tablones, para aproximarse sin riesgo de las nutridas descargas de la certera arcabucería española. Y despues de un tenaz ataque y de una obstinada resistencia, los soldados españoles, faltos enteramente de municiones, tuvieron que rendirse, y fueron inhumanamente hechos pedazos por la muchedumbre enfurecida.

Esta pérdida lamentable fué seguida de otra tambien de consideracion. Escaseando los víveres en todos los castillos, mandó el Virey que fuese una galera á la torre del Greco, para recoger grano y harinas de aquellos molinos; en la que, y al llegar á las playas de Resina, se rebeló la chusma, embistió en tierra y rompió sus hierros. El comandante y algunos hombres de mar, no pudiendo poner remedio, se salvaron con gran peligro, arrojándose en el esquife y huyendo en él á fuerza de remos á Castilnovo, miéntras el paisanaje acudiendo á la playa y entrando en el mar con el agua á la cintura, recibió en los brazos con el mayor entusiasmo á los galeotes, y quemó el casco, no siendo posible desencallarlo; pero retirando ántes la artillería, que fué con gran algazara conducida en triunfo al torreon del Cármen (2).

---

(1) De Santis.—Raph. de Turris.

(2) De Santis.—Capecelatro, MS.

CAPÍTULO XIII.

Desesperado el Virey con tanto descalabro, se echó en brazos de la nobleza, buscando en ella socorro y sosten. Envió emisarios á Capua, donde estaba Miraballo, y con él el duque de Maddalone, el príncipe de la Torella, el duque de Gravina y otros señores, reuniendo nuevas fuerzas de sus vasallos y de los bandidos. Y les mandó no abandonar la campaña, procurar víveres á los castillos y continuar cortando los de los rebeldes, é impidiendo que les llegasen socorros y refuerzos de las provincias.

Entretanto el fuego de los castillos empezaba á ser más lento, por la escasez de municiones, y por el poquísimo efecto que causaba ya en los sublevados. Pero los combates parciales eran contínuos, y mucha la sangre que de una parte y otra se derramaba. Violentó el pueblo la cárcel de la Vicaría, hasta entónces respetada. Quemó el archivo del real patrimonio, y dió libertad á los presos por tratos con la Francia. Hallábase entre ellos un hombre audacísimo, llamado Luis del Ferro; al cual, con otros partidarios de los franceses, se le ocurrió levantar en la plaza del Mercado un trono, y colocar en él el retrato del Rey Cristianísimo. No habian llegado las cosas al punto de madurez necesario para esta demostracion harto significativa, y produjo un efecto contrario al que se habian propuesto sus inventores; pues si una osada cuadrilla prevenida de antemano, corrió á vitorear al monarca frances, otra no pequeña corrió á derribar el trono y el retrato, como se ve-

rificó, no sin derramamiento de sangre de unos y de otros, quedando tranquila espectadora de aquella parcial contienda la masa popular (1). Este acontecimiento le pareció al Virey que demostraba no haber perdido aún el pueblo napolitano su adhesion á la corona de España, y que ofrecia por lo tanto ocasion oportuna para tentar de nuevo la vía de la negociacion. Y pidió inmediatamente al Sr. D. Juan que escribiera al pueblo dándole las gracias por aquella muestra de lealtad, lo que el Príncipe no verificó entónces, y él lo hizo á Toraldo con proposiciones nuevas de acomodamiento. La respuesta que tuvo fué ver enarbolar un estandarte negro en el torreon del Cármen, y renovarse con gran furia el ataque simultáneo de todos los puntos ocupados por las tropas, llevando el pueblo á su frente por bandera la camisa ensangrentada de un español de cuenta que acababan de asesinar.

Afligido el ánimo generoso del jóven D. Juan de Austria, y disgustado de las escenas de sangre y de destruccion que presenciaba; desabridísimo con el duque de Arcos, que con sus falsas relaciones y apasionados consejos le habia comprometido á usar de sus fuerzas físicas y morales para verlas desairadas; viendo consumidas casi sus municiones, escasísimos de víveres sus marineros, rendidas de cansancio las chusmas, muy averiados sus bajeles; resolvió retirarse á la bahía de Baya, detras del monte Posilipo. Verificólo sin más consulta, con gran despecho del Virey, á quien dejó sólo las galeras de Gianetino Dória, fondeadas al abrigo de Castilnovo, y dos naves armadas que en las playas de Resina trataban de vengar el incendio de la galera sublevada.

La ausencia de la escuadra hizo el debido efecto en el pueblo, por más que el Virey trató de divulgar que no era más que una manifestacion del deseo de que cesasen las

(1) De Santis.—Donzzelli, MS.

hostilidades; pero que volveria muy pronto más terrible y asoladora, si las cosas no se mejoraban. Los sublevados cobraron nuevo brío, y se arrojaron, no teniendo ya que temer en la marina, á embestir la trinchera de Monserrate, que defendia la aproximacion á Castilnovo. Guarnecíanla, como punto importantísimo, ochenta ilustres caballeros escogidos, cuarenta españoles y cuarenta napolitanos. Don Francisco Toraldo, que ya se habia podido sobreponer á Donnarumma, dirigió en persona el ataque con pericia y con valor. Pero los que defendian la trinchera lo hicieron con tanta bizarría y resolucion, que rechazaron constantemente á las tropas populares, causándoles una pérdida horrorosa. Este descalabro fué juzgado por los sublevados traicion de su caudillo. Lo atropellaron y llevaron casi, como preso abrumado de insultos y de amenazas á la plaza del Mercado, donde hubiera perdido violentamente la vida á manos de aquellos furiosos, sin los esfuerzos de sus amigos y parciales, que consiguieron apaciguar un tanto al embravecido populacho. El angustiado Toraldo, cuya posicion era harto lastimosa, quiso hacer allí mismo dimision del generalato. Pero los mismos que pocos minutos ántes lo iban á despedazar, se opusieron con la misma violencia á su renuncia del mando. Con lo que rogó al pueblo que á lo ménos le dieran algunas personas que mereciesen la confianza general para servirle no sólo de consejeros, sino de testigos y hasta de espías de su conducta leal. Fué complacido en esto, y nombráronse por tumultuosa eleccion cuatro plebeyos de los más exagerados, para servirle de consultores (1).

Aquel dia se cometieron algunos asesinatos, so pretexto de castigar traidores que andaban en tratos para vender la ciudad á los españoles. Y tambien fué asaltado el convento de Jesuitas, profanando la iglesia, y muertos á puñaladas

(1) De Santis.—Raph. de Turris.

varios religiosos. Y hubieran sido mayores el escándalo y la matanza, si el Arzobispo-cardenal no hubiese acudido á contener, con riesgo de su persona, á los furiosos que perpetraban tan horrendos crímenes.

Continuaban en tanto los ataques á las obras avanzadas de los castillos, y á los demas puestos que con tanta fatiga y gloria mantenian los españoles, sin esperanza de socorro, escasos ya de municiones, faltos absolutamente de víveres, y abrumados de cansancio. Volvió á jugar su artillería Castilnovo, sin más efecto que el de derribar algunas casas, que quedaban en pié, de la calle del Olmo. Y viendo el Virey que el pueblo no amansaba, y que la fuerza española con una constancia heroica se consumia en hazañas sin resultado, quiso terminar tan angustiosa situacion, y se dirigió al ofendido cardenal Filomarino rogándole humildemente que se pusiera de nuevo de acuerdo con él y desplegara de nuevo su poderosa influencia y los recursos de su ministerio, para calmar el furor de los napolitanos y persuadirles á aceptar una honrosa capitulacion. Rechazó con entereza el Prelado este mensaje, diciendo: «Que no se maravillaba de que quien habia perdido el reino con su mala fe, tuviera en tan poco el decoro de la Iglesia, que quisiera comprometerla de nuevo, despues de haberla obligado á comparecer á los ojos del pueblo como engañadora y perjura (1)». É indignó tanto esta respuesta al Virey, que ciego de cólera mandó inmediatamente asestar la artillería contra el Palacio arzobispal, y destruirlo. Y solo el prudente Spínola, que se hallaba presente, y que sobornó con disimulo á los artilleros para que hicieran mal la puntería, salvó al Duque de un crímen inútil y de una venganza insensata (2).

Llegaron comisionados de los barones que, teniendo por

(1) De Santis —Raph. de Turris.
(2) De Santis.

cuartel general á Capua, corrian las avenidas de la ciudad, para ponerse de acuerdo con el príncipe D. Juan, y tomar sus órdenes. Pero éste, que confiaba poco en su socorro, y que sólo deseaba ardientemente no continuar aquella guerra desastrosa é interminable, procurando una paz honrosa para la tranquilidad de aquel infeliz reino, los envió á entenderse con el Virey. Pidieron á éste nuevas instrucciones, y, sobre todo, que les diera un caudillo que los dirigiese y mandase; y el Duque eligió para ello á D. Cárlos de Gaeta. Mas como se resistiese este entendido militar á aceptar el cargo, lo confió al general Tuttavilla. El cual, autorizado con el correspondiente nombramiento (1), marchó inmediatamente con dos galeras á Baya, para ir desde allí, con setenta españoles, cincuenta alemanes y setenta caballos borgoñones, á Aversa y Capua, probando de pasada, con la gente de guerra de Puzzoli que se mantenia leal, si podia apoderarse de la gruta de Posilipo, ocupada por los sublevados, y abrir un camino de abastecer las tropas y las fortalezas. No logró esta empresa porque encontró con más oposicion de la que se habia calculado, y marchó sin tardanza en busca de los barones, acompañándolo algunos caballeros.

En tanto, el Sr. D. Juan, deseoso de entablar por sí mismo y directamente negociaciones de acomodamiento, se valió del cura párroco Arinollo, para escribir á Toraldo, tomando por pretexto el desaire que los napolitanos habian hecho al retrato del rey de Francia, una carta muy afectuosa (2), y dando márgen con sencillas ofertas á una aceptable capitulacion. El Capitan general de los sublevados la leyó á los cabos populares; y en su acuerdo contestó respetuosamente (3), pero sin comprometerse á nada, ma-

(1) Véase el apéndice, núm. 17.
(2) Idem, id., núm. 18.
(3) Idem, id., núm. 19.

nifestando harto que la desconfianza con que todos le miraban le ataba las manos para todo. Pero de esta correspondencia resultaron nuevas reuniones populares propendiendo á un ajuste, y el que se cruzaran, con un seguro que dió el Príncipe (1), varios mensajeros de la plaza del Mercado á Baya, haciendo diversas propuestas. Redujéronse todas, por parte de los napolitanos, á que S. A. tomara el mando del reino, confirmando las capitulaciones juradas por el duque de Arcos, y entregando al pueblo el castillo de Santelmo. Esta exigencia imposibilitaba todo acomodo. Pues si á todas las demas, por exageradas que fuesen, se prestaba el Príncipe anhelando la conciliacion, de ningun modo podia acceder á que el pueblo se apoderara de tan importantísima fortaleza. Rota, pues, la negociacion, por esta causa creció la rabia de los sublevados. Revocaron con público bando la concesion del tributo de quince carlines por hogar, decretada, como dijimos, el dia que se juró la capitulacion adicional. Declararon en forma solemne guerra á muerte á España y á sus valedores. Mandaron tomar las armas á todos los habitantes del reino. Tornaron con nuevo furor á atacar los puntos fortificados. Y advertidos de que los nobles andaban ya en campaña, publicaron de ellos una lista de proscripcion, poniendo á talla sus cabezas, y circulando por las provincias órdenes terminantes para que los persiguiesen y exterminasen, imponiendo la pena de incendio á los lugares y aldeas que los admitiesen sin resistencia.

Al mismo tiempo, desconfiado siempre el pueblo del general Toraldo, por más que en las operaciones militares lo dirigia con acierto, y disgustado ya de Donnarumma, ignorantísimo en la guerra, y cuyos recursos de entendido capitan se agotaron con la estratagema de los búfalos, quiso poner en su lugar un soldado experto en el arte y

(1) Véase el apéndice, núm. 20.

capaz de dirigir las operaciones complicadas de ataque y defensa en regla, á que estaba ya reducida la pelea en las calles de la capital. Puso los ojos la muchedumbre en Marco Antonio Brancaccio, que aunque pasaba de setenta y cinco años conservaba todo el vigor de la edad juvenil, y una justa reputacion de militar científico y arrojado, adquirida bajo las banderas venecianas, siendo además conocido por su odio acérrimo á los españoles. Reuniéronse, pues, los sediles, y por unanimidad fué elegido maestre de campo general.

Recibió D. Francisco Toraldo este nuevo desaire con gran despecho. Pues si le mortificó la anterior eleccion de Donnarumma, por lo zafio y humilde del compañero, ó, por mejor decir, simulado superior que le daba el desconfiado pueblo; ahora le humillaba la eleccion de un caballero igual suyo, y más entendido en el mando de la milicia y en las operaciones científicas de la guerra.

Brancaccio se resistió á aceptar el nuevo cargo, diciendo abiertamente que no queria ponerse á la cabeza de una sublevacion que, segun el rumbo que llevaba, habia de concluir tarde ó temprano en un acomodamiento con los españoles, que ejercerian á mansalva crueles venganzas. Pero como le asegurasen en unánime voz los que le eligieron, que jamás, jamás llegaria tal avenencia, y que ya se combatia para sacudir el yugo extranjero, admitió el mando, y empezó á ejercerlo con suma energía (1).

Como hubiesen vuelto á resonar, aunque rara vez, los gritos de *viva el Rey de España*, ya por la fuerza de la costumbre, ya por sugestion de los partidarios de la casa de Austria, reforzó Brancaccio las razones que militaban contra tan absurda aclamacion contradicha con los hechos, y la prohibió con severas penas. Mandó abatir en todos los edificios públicos las armas reales, y ponderó en contínuas

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Comte de Modène.

peroratas la ventaja de establecerse en república libre é independiente. Muy bien acogidas fueron sus indicaciones; y aunque sin preceder acuerdo formal ni declaracion en regla de tan importante mudanza, empezó á mirarse la ciudad como cabeza de la república napolitana. Y se acordó en la junta popular la redaccion de un documento muy curioso, titulado *Manifiesto del pueblo*, que se esparció por toda Europa, y que se envió oficialmente á diferentes gobiernos.

Mucho alarmó á Toraldo el supremo ascendiente que tomaba el maestre general Brancaccio, y el giro que, sin contar para nada con él, que al cabo era de derecho la suprema autoridad, iba dando á la sublevacion. Pero, conociendo su debilidad, trató de contemporizar, y de procurar, valido de sus amigos y parciales, que aún eran muchos, balancear y entorpecer los osados proyectos de su rival, y cada dia era más embarazosa su posicion. D. Juan de Austria lo miraba como enemigo; el Virey como hombre despreciable y de fe dudosa; los nobles como desertor; los amantes de la paz como inútil para obtenerla; el pueblo como traidor solapado, y encubierto instrumento de sus opresores; y hasta sus mismos partidarios como demasiado blando y contemporizador: triste y merecida suerte de los que en las discordias civiles quieren servir á todos los partidos á un tiempo, y contemporizar con encontrados intereses con la vana esperanza de concertarlos.

CAPÍTULO XIV.

Antes de llegar el general Tuttavilla á la ciudad de Aversa, salieron, sabedores de su venida, á recibirle los principales nobles, que con su fuerzas colecticias y de toda broza le esperaban para regularizar la guerra. Y despues de conferenciar largamente con ellos, y de inculcarles la necesidad de disciplinar su gente, de procurar socorros á los españoles apretadísimos en los castillos y puestos, designó á cada cual el que debia ocupar y sostener; y reuniendo lo más granado de aquellas fuerzas, revolvió sobre Nápoles para apoderarse del Vómero, como tenía determinado.

Caba dia escaseaban más los víveres á las tropas reales. Y habiéndose apoderado el pueblo de los molinos de la torre de la Anunciata, que estaban defendidos por solo cincuenta soldados tudescos, temió el Virey que corrieran la misma suerte los de Castellamare y Graguano, y expidió título de gobernador de aquella costa á D. Pedro Caratta, dándole el mando de cien infantes españoles y de sesenta caballos napolitanos, fuerzas, aunque escasas, suficientes para rechazar toda invasion, pues eran tropas escogidas y militaban en ellas el marqués de Trévico, Bautista Alberico, Alejandro Caracciolo, el conde de Oppido, y otros soldados de reputacion.

Tambien envió á Puzzoli una galera para llevar á Tuttavilla algunos cañones que habia pedido, y dos mil ducados en metálico para compra de vituallas. Hallóse oportunamente el general con este auxilio, cuando volvió de su

entrevista con los barones. Y como en su marcha hubiese sorprendido una piara de vacas de carne, pertenecientes á un carnicero de Nápoles de los más revoltosos, y un almacen de pipas de vino, escalado en medio de un espeso bosque; envió uno y otro á Castinolvo, y además gran cantidad de harina, que le habia procurado el duque de Maddalone. Socorro de gran consideracion en aquellas circunstancias, que dió gran fama al general Tuttavilla, y que restauró el abatido ánimo del Virey, y las casi postradas fuerzas de los valerosos españoles que en mal hora le obedecian.

El nuevo maestre de campo Brancaccio quiso estrenarse dando una arremetida general á todos los barrios sostenidos por los españoles; pero fué en todos completamente rechazado, lo que le hizo perder un poco su popularidad, y que renaciera la de Toraldo. Este triunfo animó mucho al Virey, coincidiendo con el arribo á Baya de el duque de Tuosi, de quien ya hemos hecho mencion, que trajo algunas galeras que habian estado detenidas en Génova, temerosas de dar en manos de los cruceros franceses. Pero esta llegada no proporcionó socorro alguno, tanto porque no venian tropas de desembarco en dichas galeras, cuanto porque el personaje genoves se reunió inmediatamente con el Príncipe, desaprobando cuanto se hacía en Nápoles, y lamentándose de no haber llegado á tiempo de impedir, con la autoridad de sus consejos, desaciertos tan trascendentales.

Quiso probar nuevamente fortuna Brancaccio atacando el puesto de San Cárlos de Mortelle, y consiguió un nuevo descalabro. Los vecinos acomodados del barrio ayudaron á las tropas reales, y éstas pelearon con tanta decision, que las masas populares fueron rechazadas con espantosa pérdida (1). Igual suerte corrieron seiscientos napolitanos

(1) Capecelatro, MS.

escogidos, que llevando á su cabeza el carnicero aquel que cortó la del desventurado D. José Caratta, atacaron con ímpetu el puesto de Puerta Medina. Quince españoles solos que la defendian, sin armas de fuego, ni otras que espada y pica, opusieron á la masa popular tan denodada resistencia, causándole tan horrendo estrago, que la rechazaron y desbarataron completamente, conservando aquel puesto importante (como dice De Santis, historiador contemporáneo y no muy favorable), con inmortal gloria de ellos y de la nacion española.

Los descalabros sufridos en la ciudad no desconcertaban al pueblo, ni amansaban la tenacidad de la sublevacion. Nuevos pasos dados por el Sr. D. Juan, con consejo del prudente duque Atuosi, para procurar un acomodo, fueron completamente inútiles. Y los jefes populares, sabiendo que la nobleza dirigida por Tuttavilla empezaba á lo largo el bloqueo de la ciudad, trataron de encender la guerra en la provincia de Puglia, tanto para distraer á los barones, cuanto para procurarse recursos en aquel feracísimo país. Mandaron, pues, una expedicion para apoderarse de la ciudad de Ariano, colocada en el camino sobre una altura, y guarnecida de tropas reales. Los habitantes, por sacudir el yuyo del duque de Bovino, su señor, querian abrir las puertas á los populares, teniendo ya apretada la guarnicion. Pero acudieron los barones, y en reñido encuentro escarmentaron á los napolitanos. Quisieron estos refugiarse en Bovino, pero encontraron resistencia, sin duda porque ya iban vencidos, y tuvieron que volver completamente rotos, en el mayor desórden y con notable pérdida, á la capital.

Ufano y orgulloso empezó á mostrarse el Virey con estas ventajas, y se imaginó que la fortuna comenzaba á mirarle con ménos desden. Repartió los víveres que le enviara Tuttavilla, entre los castillos y los puestos militares. Y aunque escaseaban las municiones, dispuso un nuevo

bombardeo, pensando dar así el último golpe á la sublevacion, en su concepto ya abatida y postrada. Pero nuevos acontecimientos vinieron pronto á deshacer sus lisonjeras ilusiones.

Conociendo los jefes populares que nada adelantaba su causa con aquella lucha interminable, y que de poco servian los ataques parciales á puestos de escaso interes, y las expediciones de dudoso éxito á las provincias, y que lo que interesaba era dar un golpe positivo que asegurara ante todo el completo dominio de la ciudad, determinaron atacar de firme, y con fuerzas que asegurasen la operacion, el convento de Santa Clara, recuperado otra vez y muy bien fortificado y guarnecido por españoles. Era punto importantísimo para el nuevo plan, pues su posicion central daba al que lo poseyese el dominio seguro de los barrios principales, y la llave de las comunicaciones entre los altos y los bajos de la poblacion. Decidido, pues, por los populares el ocuparlo á toda costa, se encargó Brancaccio de los preparativos, y del mando de las fuerzas que debian embestirlo, y D. Francisco Toraldo de las obras de ataque, y de la excavacion de una mina con que debia volar un ángulo del edificio.

El dia 21 de Octubre, designado de antemano para la empresa, pusiéronse al amanecer á punto las tropas populares, en tanto número, que casi eran embarazosas, y que sólo la pericia de Brancaccio pudiera manejar sin confusion. Como perdido para los españoles podia ya contarse aquel importantísimo puesto, al ver las fuerzas que lo embestian, y el buen órden del ataque; pero al reventar la mina, precursora del asalto, vino la explosion por un lado, sin causar el menor daño al convento y arruinando unas casas de enfrente, que sepultaron entre sus ruinas todas las fuerzas populares que las tenian ya ocupadas. Al trueno de la mina siguió otro más espantoso: el grito unánime de *traicion*, clavando la muchedumbre sus ojos de

fuego en Toraldo. Conoció éste el paso en que estaba, y revolvió el caballo para salir de él, mas suspendió la accion conociendo que con ella no podia lograr más que aumentar la sospecha. Estrechóle por todos lados la furibunda turba, abrumándolo de insultos y de maldiciones. Y huyendo de una salida oportuna que hicieron los soldados de Santa Clara, arrastró consigo al desventurado general hácia la plaza del Mercado. Quiso en vano la designada víctima arengar á la muchedumbre, en vano sus amigos quisieron darle favor, en vano sus parciales trataron de distraer al pueblo. Antes de llegar á la plaza, donde tal vez hubiera encontrado defensores, en un sitio llamado la Pietra del Pesce, despues de acribillado á puñaladas y de contundido á golpes, le cortaron la cabeza, resonando en sus labios estas palabras: «*Muero por Dios, por el Rey y por el pueblo. Pues juro que mis acciones todas se han encaminado sólo á conciliar los ánimos, para dar paz á mi afligida patria...*» (1) ¡Desgraciado caballero! No sabía que en las disensiones civiles de nada aprovechan los medios de conciliacion ni los buenos deseos; y que para reunir los ánimos discordes y embravecidos, y dar paz y concordia á un país revuelto, es necesario una energía de bronce, un prestigio de ángel, una fuerza de coloso para sobreponerse á todos los partidos, pues no halagando á los unos y á los otros, no prestándose ora á unas, ora á otras exigencias, sino dominándolos todos é imponiendo silencio á todos, se consigue la union y se restablecen el órden y la armonía.

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Raph. de Turris.—Comte de Modéne.

CAPITULO XV.

Muerto tan desastradamente el Capitan general que se eligió el pueblo con tanto empeño pocos meses ántes, parecia regular que recayese el mando supremo en el animoso é incorruptible Brancaccio, que no poco lo deseaba. Pero hombre más de guerra que de astucia y de sagacidad, y poco favorecido por la fortuna en las empresas que habia tentado desde que tomó como maestre de campo el mando de la sublevacion, se vió con despecho grande pospuesto al villano de ménos valer. El pueblo en una tumultuosa junta, con el acierto que suele, elevó á Genaro Annese, desde el insignificante gobierno del torreon del Cármen, al alto empleo de que acababa de caer D. Francisco Toraldo, príncipe de Massa, uno de los primeros señores del reino. Y obteniendo el mismo dia 22 de Octubre, por sorpresa, una votacion unánime de todas las utinas, confirmando la eleccion, tomó inmediatamente el zafio é ignorante maestro arcabucero el título de generalísimo, y la posesion del encumbrado puesto en que, no su capacidad que era limitada, ni su valor que era ninguno, ni su astucia que era corta, sino un capricho de la ciega fortuna le colocaba; con una especie de proclama (1) firmada por él, y refrendada por Vicente Andrea.

Era este improvisado secretario abogado, por supuesto versado en las argucias del foro, y con gran clientela en el

(1) Véase el apendice, núm. 21.

populacho. Y empezó desde aquel dia con pedantesca verbosidad y arrogancia á reproducir la idea de establecerse en república, recordando que ya Nápoles lo habia sido, y pintando con gran copia de sofismas y de ejemplos históricos mutilados, las ventajas del tal sistema, y la ventura de los tiempos en que se ensayó en el país. Sus peroratas acabaron de romper los ya escasos y harto relajados vínculos que aún ligaban aquel rico Estado á la corona de España. Y conviene saber, aunque no sea de este lugar, que luégo fué el mismo Vicente Andrea uno de los que más eficazmente contribuyeron al restablecimiento absoluto del dominio español; de lo que fué largamente remunerado (1).

Desabrido Brancaccio con el nuevo generalísimo, y muy mortificado con que el secretario leguleyo, con la audacia que da este carácter, se entrometiese tambien en los consejos de guerra, manifestó resuelto que renunciaria á toda intervencion en la direccion de ella, si no la dejaban completamente en sus manos. Con lo que Genaro Annese, conociéndose con escaso saber en la materia, y temeroso de disgustar á los muchos veteranos que formaban el verdadero nervio de las tropas populares, y que eran partidarios del viejo maestre de campo, declaró que sólo á éste pertenecia el mando de las armas y la direccion de las operaciones militares. Pero unos y otros quedaron desazonados, empezando desde luégo á no ser tan grande ni tan compacto el poder del nuevo generalísimo, ni tan íntima y estrecha la union de los distintos elementos de aquella trabajada sociedad.

El general Tuttavilla entretanto maniobraba para cerrar el bloqueo de la ciudad, ocupando y defendiendo los casales circunvecinos. Y salió á impedir la operacion, con considerable golpe de populares, Jaime Russo, hombre re-

(1) De Santis.

suelto, y no ignorante en la guerra. Empezó atacando unas casas fortificadas, defendidas por el capitan D. Ignacio de Retes con cincuenta españoles. Los que se portaron con tanto esfuerzo que, deteniendo muchas horas al enemigo, dieron tiempo á Tuttavilla para reunir sus fuerzas, y caer sobre los napolitanos. Mas éstos, aprovechando las ventajas del terreno, se dieron tan buena maña, que empeñaron un reñido combate. Derribó un bala al marqués de Longarino que estaba al lado del general Tuttavilla, con una sobreveste del mismo color, y con un penacho igual en la cimera. Y creyendo que el general era el muerto, perdieron ánimo las tropas reales, y huyó á toda brida la caballería la vuelta de Aversa, publicando la pérdida del valeroso caudillo. Aprovechó grandemente Jaime Russo el momento de aquel desórden, cargando con intrepidez. Y aunque los soldados españoles, repuestos algun tanto y alentados por el bizarrísimo marqués de San Giuliano, mejoraron de terreno é hicieron prodigios, llevaron lo peor de la jornada. Y retiráronse á favor de la noche, dejando á los enemigos artillería, bagajes y crecido número de prisioneros, que fueron pasados á cuchillo. El victorioso jefe popular volvió ufano á Nápoles, mostrando satisfecho al pueblo los despojos de la victoria, y las cabezas de los rendidos, entre las que todos querian reconocer la del general Tuttavilla, la del duque de Maddalone, y las de otros personajes temibles ú odiosos.

En tanto, en Aversa fué grandísimo el abatimiento con la noticia del descalabro, aunque grave, muy abultado por los fugitivos. Pero la llegada de Tuttavilla sano y salvo, la relacion verdadera de lo acaecido, calmaron los ánimos y restablecieron el órden.

Brancaccio en Nápoles intentó várias acometidas, que no tuvieron feliz éxito. Una de ellas fué otra mina en la calle de Saponari, contra el convento de la Nuova, que no tuvo mejor resultado que la dirigida por el infeliz Toraldo.

Genaro Annese publicó un bando contra los barones armados, con pena de la vida para el que no acudiese en un corto plazo á servir al pueblo. Y el duque de Arcos, por no quedarse atras, publicó otro en sentido contrario. Y es menester decir en honor suyo, que despues de la muerte de Toraldo salió várias veces, ya á caballo ya á pié, á reconocer, como debia haberlo hecho desde el principio, los puestos; á dar por sí mismo las disposiciones, y á animar con su presencia á los soldados, que se estaban sacrificando inútilmente por llevar á cabo sus mal meditados planes.

Creia Tuttavilla, con razon, que su autoridad no era tan respetada, como á las operaciones de tan difícil guerra convenia, por los barones y caballeros, que con sus vasallos armados y mantenidos á su costa, ó con bandidos de su devocion, formaban aquel ejército colecticio, y por consiguiente, indisciplinado. Y temia que cada uno de aquellos personajes desease hacer el *Condottiere*, y guerrear por su cuenta. Creencia y temor que le quitaba la energía que da la confianza. Quejóse várias veces de su embarazosa posicion. Y sabido por los barones, determinaron por el bien comun, y poniendo aparte sus aisladas pretensiones, asegurar á Tuttavilla con escritura pública, documento muy curioso (1), su ciega obediencia, y que tenía las facultades necesarias para gobernarlos. Provisto de esta nueva é inusitada autorizacion, que pinta al vivo el desórden de aquellos tiempos, pasó muestra el sesudo general á las fuerzas con que acudian los barones (2). Conoció lo escaso de ellas y su mala calidad, y avisó al Virey para acabarlo de desengañar de lo errado de sus cálculos y de sus esperanzas. Trató de fortificar á Aversa lo mejor que pudo, y organizó como le fué posible aquellas tropas, saliendo de nuevo en

(1) Apéndice, núm. 22.
(2) Apéndice, núm. 23.

campaña, para seguir cortando los socorros á la sublevada capital.

En ella empezaba ya á conocerse la imposibilidad de apoderarse de los puestos fortificados que de hecho la dominaban. Y como hijas del desfallecimiento por tantas tentativas malogradas, y por la prolongacion de una situacion tan penosa, á que no se le veia fin, empezaron á circular voces en las reuniones populares, que manifestaban deseo de un acomodo con los españoles, con tal que fuese mediador el Pontífice, y se asegurasen las capitulaciones. Llegó esta especie á oidos del conde de Oñate, nuestro embajador en Roma, y sin perder tiempo rogó al Padre Santo que ejerciese la mediacion. Este, siempre temeroso de que los franceses se apoderasen del reino de Nápoles, se prestó gustoso á los deseos del Conde, y envió órdenes é instrucciones al nuncio Altieri para abrir las conferencias con el Virey y con el Generalísimo del pueblo. El duque de Arcos, cada dia más obcecado y tenaz, desechó bruscamente toda propuesta, excusándose con que teniendo de su parte y empeñados en aquella guerra á los barones del reino, no podia sin su consentimiento entrar en tratos con los rebeldes. Genaro Annese contestó resueltamente, que no era posible avenencia, porque el pueblo estaba harto de las falsas promesas de los españoles, y resuelto á establecerse en república independiente (1). Y esta fué la vez primera que sonó oficialmente esta resolucion, que cambiaba completamente la fisonomía de los acontecimientos, y daba mayor gravedad á las circunstancias.

El 25 de Octubre, Juan Luis del Ferro, el mismo que expuso con tal mal resultado el retrato del Monarca Cristianísimo, y que se daba en las reuniones populares el no muy bien justificado título de su embajador, presentó á Genaro Annese, cabeza de la república napolitana, una

(1) De Santis.

carta del marqués de Fontenay, en la que ofrecia al pueblo en nombre del rey de Francia una armada de cincuenta naves gruesas y veinticinco galeras, y un millon de ducados, que debian ser entregados por el negociante Tadeo Barbarino. Leida en público en la iglesia del Cármen esta comunicacion, causó general entusiasmo. Y la gente, ganada ya á favor de los franceses, pidió con desaforados gritos que se echasen por tierra todos los retratos de Felipe IV, de Cárlos V y de los demas soberanos españoles, y que se colocase de nuevo en la plaza y bajo dosel el del Rey Cristianísimo. Iban las ciegas turbas á ejecutar uno y otro, cuando las personas más sesudas impidieron lo segundo, manifestando que pues no se peleaba ya sino por la nacionalidad y por la independencia, no convenia sustituir señor á señor, y dominacion extranjera por dominacion extranjera. Y que por lo tanto no se debia hablar más ni de España ni de Francia, sino solamentente de Nápoles. Prevaleció tan acertado dictámen, y se alzó un dosel con la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, y con la de San Genaro (1), contestando con otras demostraciones de júbilo y gratitud á las ofertas de Francia. Y se evitó con cuidado el dar á aquella generosidad el título de proteccion. En todo lo cual se descubre que no faltaban hombres de cabeza y de corazon entre aquellas desordenadas y rabiosas turbas.

(1) De Santis.—Raph. de Turris.—Agnello de la Porta, MS.

CAPITULO XVI.

Miéntras esto pasaba en Nápoles, puesto otra vez en campaña Tuttavilla apretó el bloqueo de la ciudad, reforzando y manteniendo los puestos militares de Puzzoli, Aversa y Acerra, y ocupando las aldeas intermedias, con lo que empezó á ser insoportable la escasez de víveres en la poblacion. Genaro Annese, para remediarla, recurrió á Salerno y á las ricas costas de Amalfi. Pero la comunicacion directa con aquel país estaba interceptada por doscientos caballos, al mando de D. Cárlos Caratta, que era dueño de Castelamare, é impedia constantemente el paso del puente de Scafati. Trataron los rebeldes de apoderarse de él á viva fuerza ó por sorpresa. Mas llegando á tiempo el general Tuttavilla, los rechazó y deshizo, volviendo rotos y escarmentados á la ciudad. Ni esta ventaja, ni otras que diariamente conseguia aquel experimentado y activísimo caudillo, le inspiraban confianza en el éxito de la empeñada pugna, considerando cuán malas y escasas eran las fuerzas con que se pretendia terminarla. Y escribió de nuevo al Virey una desconsolada carta, hablándole claro, y manifestándole que con solo las tropas allegadizas de los barones, y con los recursos de un país tan exhauto, era imposible llevar adelante aquella guerra (1).

Al mismo tiempo, habiendo llegado al conocimiento de los señores las propuestas del Papa, y la repulsa del duque

(1) De Santis.

de Arcos dando á entender que eran ellos los que dificultaban una avenencia, se indignaron con razon, y sin querer contar más con el Virey, escribieron en derechura al Sr. D. Juan de Austria una reverente exposicion, manifestándole que no serian ellos jamás estorbo de una fraternal reconcilicion. Que tenian las armas en la mano para mostrar su lealtad y sostener la soberanía del Rey de España, pero no para oprimir al pueblo, ni para asolar el país. Y que léjos de oponerse á un avenimiento, suplicaban á su Alteza que concediese al pueblo los indultos, franquicias y vantajas que pudiese apetecer, siempre que dejase las armas y de buena fe se sometiese á lo más justo y razonable, y á lo más conveniente al servicio del Rey y á la felicidad de los napolitanos (1).

Las pocas esperanzas de Tuttavilla y las buenas disposiciones de la nobleza, movieron á D. Juan de Austria á tentar nuevo ajuste. Pero, dados con la conveniente cautela y la debida dignidad los primeros pasos, se vió claramente que era ya tarde, que habian cambiado completamente las circunstancias, que la sublevacion era ya rebelion declarada, y que el pueblo napolitano no peleaba ya por adquirir tales ó cuales franquicias, éstos ó los otros privilegios, sino por su independencia y nacionalidad, y por sacudir el yugo extranjero. ¡Generosa y noble resolucion en verdad! Pero empresa descabellada en aquella época, y dificilísima, si no imposible, de llevar á cabo, tanto por la desunion mortífera en ideas y en intereses que devoraba el país, cuanto por los medios con que se queria hacerle triunfar, y por los hombres de bajos y ruines pensamientos, y de capacidad limitada, que la dirigian.

En las galeras llegadas con el duque de Tuosi vino, nombrado por el Rey maestre de campo general, D. Dioni-

---

(1) De Santis.—Raph. de Turris.—Comte de Modéne.—Donzelli.

sio de Guzman. Por lo que M. Batteville renunció este cargo que ejercia por nombramiento del Virey. Pero temiendo éste, con razon, el cambio de la direccion de la guerra, y el que cesase en él el valeroso Borgoñon, ya acostumbrado á ella y enterado ya del terreno, para caer en manos de un militar, aunque de alta y merecida reputacion, que jamás habia estado en Nápoles, ni era conocido de los soldados, y que á una edad avanzadísima juntaba los contínuos padecimientos de una gota tenaz; negoció con destreza y dispuso las cosas de tal modo, que Batteville conservó el mando activo de las armas, y Guzman, sin resentimiento, quedó con el cargo de supremo consejero en casos de guerra.

Arreglado este negocio, para dar calor á las operaciones de Tuttavilla lo envió el Virey á Nola, al marqués del Vasto, con ciento noventa caballos, y órden terminante de estrechar el bloqueo, y de atender á la sumision de las provincias limítrofes: sin descuidar el puente de Scafati, de que con tanto empeño querian apoderarse los napolitanos. Y llegando por entónces á Aversa con una fuerza el duque de Castel de Sangro, y el gran prior Caracciolo, envió el activo general de refuerzo á la torre, que defendia dicho puente, á Picolomini y al duque de la Regina; los que pusieron en ella de presidio cuarenta españoles y otros tantos alemanes, con el capitan Mengical y el sargento Serra, valerosísimo soldado. Y al mismo tiempo el príncipe de Montesarchio cortó el agua á los molinos de Torre de la Anunciata, de donde, aunque con trabajo y peligro, se proveian aún de las harinas los rebeldes. Gran terror causó en Nocera la proximidad de las tropas leales, y llamó en su ayuda á Hipólito Pastena, el que gobernaba la rebelion en Salerno. Hubo reñidas escaramuzas entre las tropas de bandidos que éste capitaneaba, y las que obedecian á Tuttavilla. Pero dueño éste del puente de Scafati, y extendiendo su dominio á los casales de Avella, Barjano y Mu-

guano, y apoderándose tambien de Somma y Maregliano, cerró completamente el bloqueo de Nápoles, poniendo en gran carestía á los rebeldes, miéntras envió socorros de consideracion al Virey en dinero y vituallas.

Apretado así el pueblo, y viendo que pasaban dias y dias sin que asomara la escuadra francesa, y sin que llegaran los prometidos socorros, empezaron á circular voces de que la carta del marqués de Fontenay, presentada por Ferro, y leida con tan buen efecto en el Cármen, era falsa, y un engaño para llevar adelante una guerra desastrosa que empezaba á dar á todos fatiga y cuidado. Aumentó esta sospecha el que la tal carta habia desaparecido, en cuanto se verificó su primera lectura, y por más que se habia deseado haberla á la mano, para examinarla de nuevo y meditarla más detenidamente, jamás se habia podido dar con ella. Y llegó á tal punto la desconfianza popular, que como un fraile capuchino presentara otra carta tambien con la firma, verdadera ó supuesta, del embajador frances, reproduciendo las ofertas y añadiendo seguridades, faltó poco para que fuese despedazado por el populacho. Pues debió la vida á que mandó oportunamente Genaro Annese meterlo en un calabozo, miéntras se averiguaba la verdad.

Con este objeto envió el generalísimo del pueblo á Roma, con poder suficiente y autorizacion en regla para entenderse directamente, y en nombre de la república napolitana, con el marqués de Fontenay, y pedirle socorro, á Nicolo María Manciara. Pues aunque el historiador De Santis dice que fué el Dr. Francisco Patti, es evidente equivocacion, porque éste fué despues, como diremos, y con encargo muy distinto. Y nos apoyamos para asegurarlo así en el conde de Módena, que tuvo, como vamos á referir, ocasion de tratar á uno y á otro negociador, y parte muy activa en aquellas conferencias.—Y esta fué la vez primera que oficialmente y de un modo ostensible y autorizado se entablaron negociaciones formales entre los sublevados, ó

por mejor decir, ya rebeldes napolitanos, y la corona de Francia. Pues aunque los trabajos estaban muy adelantados, todo hasta entónces se habia hecho bajo cuerda, por medios indirectos, por personas sin responsabilidad, y en reuniones privadas, sin acuerdo de las juntas populares y sin autorizacion de los jefes del pueblo.

El Sr. D. Juan de Austria, conociendo desde luégo que la situacion se hacía grave y peligrosa, y que si en el estado de cansancio y privacion de todo en que se encontraban las escasas tropas españolas, que solo á fuerza de constancia heroica se sostenian, se presentaba de refresco una armada francesa, con gente de desembarco para socorrer al pueblo, era segura la completa pérdida del reino de Nápoles; envió nuevos emisarios á tentar el vado con ventajosas proposiciones. Pero sólo consiguieron oir claramente por terminante respuesta, que estando ya comprometido el pueblo con el rey de Francia, y entabladas las negociaciones, nada tenía que tratar con el de España, ni con el Príncipe su hijo, ni con sus ministros. Con lo que despechado D. Juan perdió por primera vez los estribos, y mandó continuar la guerra sin tener más miramiento con la ciudad (1).

El duque de Arcos al mismo tiempo trató por otro lado de probar fortuna. Y envió un secreto confidente á Genaro Annese, ofreciéndole una gruesa suma y un lucrativo cargo de importancia en la Península, si entregaba el torreon del Cármen y ahogaba la rebelion. Pero el maestro arcabucero, ó porque no se fió de la propuesta y de quien la hacía, ó porque tuvo un momento de grandeza de ánimo y de elevacion de carácter, ó porque pudo más en él la ambicion que la avaricia, delató inmediatamente al pueblo la propuesta, y mandó ahorcar en el acto al que la habia traido. Mucho le valió esta demostracion, pero para aca-

(1) De Santis.—Capecelatro, M.S.

bar de calmar las sospechas que contra él se propalaban en los corrillos amenguando su autoridad, publicó el 29 de Octubre un bando ó proclama (1), atribuyéndolo todo á manejos ocultos de los españoles para desacreditarlo.

Continuaba en tanto la guerra en la ciudad y en sus contornos. En ella eran diarios los asaltos á los puestos, y las escaramuzas por las calles; en ellos el general Tuttavilla mantenia sin soltar las armas de la mano el bloqueo; habiendo vuelto á empeñar un rudo encuentro, en que, aunque con mucha pérdida, quedó vencedor sobre el puente de Scafati. Castilnovo cañoneaba sin cesar la calle del Puerto, con lo que incomodaba continuamente á los rebeldes. Y éstos, aprovechando una noche oscurísima y lluviosa, levantaron con gran silencio y presteza, y con inteligencia admirable, una trinchera con espaldones, que los puso completamente á cubierto, empleando en su construccion sacos de lana y de algodon, y hasta fardos de paños, tapices, ricas telas y géneros preciosísimos de Levante, que sacaron á viva fuerza de todos los almacenes de la marina. Cuando al amanecer se encontró el Virey con aquella obra encima, que resistia el tiro de cañon, y que ponia en gravísimo peligro la fortaleza, bramó de cólera, y mandó inmediatamente ahorcar de las almenas á los centinelas que no habian notado la operacion, sin que les sirviese de excusa la oscuridad.

Aunque el pueblo no habia adelantado terreno alguno dentro de la ciudad, tampoco lo habia perdido; ni habia padecido en los contornos descalabro capaz de hacerle decaer de ánimo. Pero la falta de víveres lo trabajaba y consumia, y el cansancio de tantos dias de contínua pelea sin adquirir notable ventaja, empezaba á manifestarse. Y bien por la necesidad que ya todos tenian de descanso, bien porque el tiempo iba calmando el ardor y entusiasmo de

(1) Véase el apéndice, núm. 24.

las masas populares, bien por los ocultos manejos de los partidarios del Virey, empezaron á circular por los corrillos ideas de desaliento y deseos de salir de cualquier modo de tan insostenible situacion. Por otro lado, como en tiempos revueltos pululan las ambiciones, y anhelando todos saborearse con el poder, se trabaja para que pase de mano en mano, y al que lo ejerce se le desacredita y baldona, hágalo bien ó mal, sólo porque lo ejerce á despecho de los que lo desean, y no saben ó no quieren esperar que les llegue su turno; empezaron tambien á renovarse con más calor las hablillas en descrédito de Genaro Annese. No tardó éste en saberlo, y violento y despechado publicó un furibundo bando, prohibiendo discurrir sobre la situacion, y tomar en boca su nombre, bajo pena de la vida, como asimismo toda reunion pública ó clandestina, sin exceptuarse las de jefes militares, sediles y capitanes de barrios, áun cuando fuese para tratar de cosas de guerra (1). Aterró é impuso silencio á todos esta disposicion. Pero Brancaccio, que siempre miraba al generalísimo del pueblo con odio, y lo que es peor, con desprecio, levantó el grito contra este bando, que decia, y con razon, que debilitaba su autoridad militar. Y por esto, y por creerse desairado porque en la correspondencia con el embajador Fontenay no se hacía mencion de él para nada, tuvo un acaloradísimo altercado con Annese; de que resultó el hacer renuncia del mando de las armas, y alejarse completamente de los negocios públicos. Ocurrencias todas que dividian más y más los ánimos, ya demasiado discordes, y que imposibilitaban el establecimiento de la soñada república. La que acabó de morir en la cuna, renunciando á su nacionalidad, cuando le ocurrió darse su supremo jefe extranjero.

---

(1) De Santis.—Donzelli.

CAPÍTULO XVII.

Desde el momento en que unas barcas de la isla de Prócida, llevando fruta á Roma, esparcieron las primeras noticias de las ocurrencias de Nápoles y de la exaltacion de Masanielo, el embajador de Francia cerca de la Santa Sede, marqués de Fontenay Mareuil, tuvo á su Gobierno al corriente de los progresos de la sublevacion. Y aunque le indicó desde luégo la oportunidad que ofrecia para procurar la desmembracion de aquel importantísimo reino, de la corona de España, y no se descuidó en enviar á él agentes secretos, que acalorando el movimiento popular, procurasen darle el giro más conveniente á los intereses de su corte, no recibió de ella instrucciones tan terminantes como habia creido. Y se vió obligado á mantener los cabos de la red oculta que habia ya extendido, para tirar de ellos segun las nuevas órdenes que pudiera y deseaba recibir.

En el Gabinete de Francia empezaban á nacer deseos de no llevar adelante la guerra con España. Y habia resuelto continuarla lentamente, y sin tentar nuevas empresas que dificultasen un próximo acomodo. Por lo que el cardenal Mazarino, aunque conoció todo el fruto que podrian dar los alborotos de Nápoles, se decidió por esperar sus resultados sin determinar nada, ni aventurar por lo pronto el crédito y poder de la Francia. Mas para estar dispuesto á todo, mandó aprestar en Tolon una gruesa armada que diese la vela al primer aviso. Hablóse de todo esto en Paris, y varios personajes franceses quisieron trasladarse á Nápoles.

Y entre ellos el que lo tomó con más calor y mayores instancias hizo para verificarlo, ofreciendo hasta llevar á cabo la empresa á su costa, fué el príncipe de Condé; pero encontró en el Gobierno una formal y decidida oposicion.

Entretanto se desarrollaban aquellos extraordinarios sucesos. Y en Roma trabajaba con asiduidad para traerlos á su mano, sin contar para nada ni con el embajador de Francia ni con el Gobierno frances, Enrique de Lorena, duque de Guisa. Este príncipe, jóven, de ánimo osado y bullicioso, de poco maduro juicio, de gallarda presencia, de condicion liberal, de corazon valiente, de modales muy atractivos, se hallaba en la corte pontificia solicitando anular su descabellado matrimonio con la viuda del conde de Bosiu, para contraer otro no más acertado con Mlle. de Pons, á quien amaba ciegamente. Y cuando desesperado con las dilaciones y dificultades de la curia eclesiástica, pensaba en volverse á Paris, apretado por su amada, las noticias de las ocurrencias de Nápoles lo detuvieron. Tenía el Duque frances en su compañía al discreto y sesudo baron de Módena, que con el título de Conde escribió y publicó poco despues memorias históricas de estos sucesos. El cual habiendo topado por casualidad con los Procitanos, que llevaron á Roma las primeras noticias, los presentó al Duque, quien echó con ellos el cimiento de un atrevido plan, cuyos resultados vamos á referir.

Descendia por línea femenina el duque de Guisa de Renato de Anjou, y acalorado con este recuerdo, se imaginó con derecho á la corona napolitana; y se propuso aprovechar las circunstancias del momento para ceñírsela á poca costa. Recibió contentísimo á los Procitanos, los regaló y agasajó grandemente, y les encargó hiciesen saber á los habitantes de Nápoles, que habia un príncipe del linaje de sus antiguos reyes, pronto á sacrificarse porque recobraran la libertad. Y efectivamente aquellos rudos marineros fueron los que primero dieron orígen de que naciese la

idea de la proteccion francesa en el populacho sublevado. Despues no se descuidó el Duque en buscar con empeño, y en conseguir ver y hablar á cuantos napolitanos llegaban á Roma. Y hasta se atrevió á enviar mensajeros á Nápoles, que fueron reconocidos, detenidos, y ahorcados en Gaeta. Tambien trató de que autorizara sus pretensiones el marqués de Fontenay. Pero este sagaz diplomático lo acogió con tal frialdad, y le opuso tantas dificultades, que el ambicioso jóven resolvió recatar sus manejos del embajador, y valerse de otros medios para obtener el apoyo del Gabinete frances. Dirigióse al cardenal de Santa Cecilia, hermano de Mazarino. Y le ofreció para una sobrina la mano de su hermano el duque de Joyense, si alcanzaba la proteccion del purpurado ministro, y la cooperacion de la Francia en favor de su proyecto. El cardenal de Santa Cecilia recibió no sólo con gusto sino con entusiasmo las confidencias y las proposiciones del príncipe frances. Y tan ligero como él, y de viva imaginacion, llegó á pensar que el asegurar en las sienes de aquel pretendiente la corona de Nápoles, era asegurar la tiara para las de su hermano; y que no era además de desdeñar por lo pronto un enlace con la familia real: por lo que se apresuró á escribir al hermano ministro en los términos más eficaces. Pero el ministro, hombre de otro alcance, y de más flema y madurez, contestóle sagazmente con aquellas frases que suenan mucho y que no dicen nada; pero que vienen bien á todos los resultados posibles de un negocio dudoso é intrincado (1).

Entretanto tentó el duque de Guisa nuevos medios de comunicacion con los napolitanos, y creyó el mejor de todos un hermano del famoso Domingo Perrone, que llegó á Roma; apoderóse de él, envióle con cartas é instrucciones; pero la suerte parecia burlarse del ambicioso, y dis-

---

(1) Comte de Modéne.

puso que este agente llegase á Nápoles cuando ya su hermano habia tan desastrosamente desaparecido de la escena política.

Tampoco los partidarios de Francia en Nápoles se descuidaban, pues llegaron nuevos comisionados á Fontenay. Entre ellos Lorenzo Tóntoli, y Agustin de Lieto, que se quedaron en Roma, llamándose, no sabemos con qué autorizacion, residentes del pueblo napolitano (1). Trabó con ellos estrechas relaciones el Duque frances por medio del activo baron de Módena. Y uno y otro, oyendo las abultadas relaciones de estos agentes, que como interesados en dar importancia á su causa abultaban los medios con que contaba, juzgaron la empresa más fácil de lo que realmente era. Y con gran actividad buscaban todos los medios de llevarla á cabo.

El marqués de Fontenay, por su parte, y á pesar de su sagacidad exquisita, tambien concebia ligeras esperanzas, sin conocer las exageraciones de los negociadores napolitanos: volvió á solicitar de su corte más atencion á aquellos importantes acontecimientos. Y empezó á trabajar de véras bajo mano, para que la sublevacion se inclinase á buscar el amparo de su Rey. Pero el aspecto frío de este embajador, y su parsimonia en gastar, disgustaban tanto á Tóntoli y á Lieto, cuanto les hechizaba el calor y la generosidad del jóven y arrebatado príncipe frances (2). É ignorando sus antecedentes, y el poco crédito que gozaba en su corte, en él y sólo en él fundaban sus esperanzas, escribiendo á Nápoles los más exagerados elogios de su persona.

El ningun efecto de la llegada de D. Juan de Austria; lo que habia enardecido la situacion el inoportuno uso de escasa fuerza; la declaracion primera de los sublevados en

(1) De Santis.
(2) Comte de Modène.

favor del Papa, y su última resolucion de constituirse en república, aguijonearon de nuevo á Fontenay. Y lo hizo de tal modo al cardenal Mazarino, que dió éste órden de zarpar inmediatamente á la armada de Tolon al mando del duque de Richelieu, llevando á bordo al señor de Crencet y al de Forgetz, generales de crédito, que podian ponerse á la cabeza de la rebelion. No juzgando político el ministro-cardenal fiar empresa semejante, en que se trataba de la adquisicion de un reino, á príncipe de la sangre, ó á personaje de tanta valía que osase trabajar por cuenta propia en aquellas circunstancias.

En este punto estaban las cosas cuando llegó á Roma el verdadero comisionado oficial de Genaro Annese, Nicolò María Maunara.

La casual circunstancia de vivir en Roma en el mismo palacio, aunque en pisos distintos y en habitaciones totalmente independientes, el embajador de Francia y el duque de Guisa, proporcionó á éste el apoderarse del ánimo del enviado napolitano, y el verlo, oirlo y comunicarlo, ántes que el hábil diplomático lo consiguiera.—Arribó Maunara despues de una larga y penosa navegacion á Fiumicino, y de allí se trasladó á caballo á Roma, donde llegó á media mañana harto malparado, cubierto de lodo y empapado de la lluvia. Y en este estado que prevenia ciertamente muy poco á su favor, apeóse á la puerta del palacio Barberini, y subió á la vivienda del marqués de Fontenay, precisamente cuando este acababa de salir. Los secretarios y dependientes de la embajada, como habian observado la frialdad y reserva con que el jefe acogia á los napolitanos, no lo daban grande importancia; y recibieron con desden al recien llegado, diciéndole que esperase hasta que volviera el embajador. El agente de Annese tuvo que conformarse con un recibimiento tan poco lisonjero: y se sentó á esperar, empapado y mohino, en una de las primeras antecámaras.

Entró en ella por acaso un lacayo del duque de Guisa, le habló, y supo quién era. Y así como los servidores de Fontenay observaban con los napolitanos el desdeñoso continente de su señor, los del Duque se esmeraban en afectuar el interes y cariño que el suyo les demostraba. Y despues de acariciar éste á su manera á aquel hombre de tan mala catadura, sólo porque venía de Nápoles, corrió á ponerlo en noticia del baron de Módena. Avisó éste inmediatamente al Duque, y aprovechando los instantes de no estar en casa el embajador, mandó al mismo criado que, con disimulo y ocultándose de la gente de la embajada, trajese de un modo ó de otro aquel hombre á su presencia. La suerte favoreció la ejecucion, y Maunara se trasladó, sin que nadie lo notase, á los aposentos del duque de Guisa. Recibiólo el Baron con los brazos abiertos. Mandó darle vestidos, y servirle un abundante almuerzo, en que no escaseó el vino. Y cuando lo vió repuesto, enjuto, refrigerado, y agradecido sobre todo á tan buena acogida, y con el ánimo dispuesto favorablemente, lo introdujo en el gabinete del Príncipe, ya convenientemente preparado.

CAPÍTULO XVIII.

La acogida cariñosa y franca del duque de Guisa, contrastando sobremanera con el desden y poco miramiento de la recepcion en casa del marqués de Fontenay, hizo su natural efecto. Pues el comisionado del pueblo de Nápoles fundó toda su confianza en tan jóven y gallardo príncipe; le manifestó sin reserva sus instrucciones, y le pintó el estado de la sublevacion, aumentando como era regular sus recursos y sus esperanzas. Con profunda atencion le oyó el Duque, no muy satisfecho de que no hubiera sonado para nada su nombre en los labios de aquel napolitano. Y empezando con destreza, superior á la que solia ostentar, por hacerle grandes elogios del Embajador; por disculpar la mala acogida que habia encontrado en su casa, como descuido de criados, y por asegurarle que hallaria en aquel personaje, como representante de tan gran rey, toda proteccion, pasó luégo á hablarle largo de sí mismo. Explicóle con prolijidad su descendencia de la familia de Anjou, y le pintó con vivísimos colores su ardiente entusiasmo por un pueblo generoso y valiente que peleaba con tanto teson para conquistar su libertad y su independencia. Y mostrando en seguida temores de que toda la buena voluntad del Rey Cristianísimo su pariente, y todo el celo del marqués de Fontenay pudieran ser contrariados por el retardo que los vientos opusiesen á la armada, ó por otras causas imprevistas, insinuó al novel diplomático, en quien ya ejercia una verdadera fascinacion, la idea de lo conveniente

que sería proveer á estas eventualidades, yendo él mismo á ponerse al frente del pueblo, y á combatir por la nueva república, como lo estaba haciendo en Holanda el príncipe de Orange. Y que su persona en Nápoles, ligada con la familia real, aumentaria el celo de los ministros, para no retardar los socorros; y avivaria en el rey de Francia el deseo de que triunfase una causa en que tenía empeñado á tan cercano pariente, grato además á los napolitanos, como vástago de sus antiguos reyes.

Alucinado Maunara con este discurso, creyó ver en su mano una importante y brillantísima negociacion, que iba á darle alto nombre y fortuna. Y aunque en sus instrucciones no se le decia nada del duque de Guisa, creyó tener en el artículo en que se le autorizaba en general para procurar lo que más conviniera al triunfo de la república, campo abierto para solicitar la cooperacion de un príncipe que tan poderoso se imaginó, y tan preponderante en la corte de Paris. El Duque, conociendo que era ya suyo completamente aquel mensajero, para asegurárselo aún más, le ofreció grandes mercedes, y le encargó que ocultase aquella conferencia á los ojos del marqués de Fontenay, para no lastimar su amor propio de embajador. Ofrecióselo el napolitano, y saliendo de la casa del Duque por la puerta del jardin, volvió á entrar por la principal, y subió á la del Embajador, haciendo creer que venía de la posada en que habia dejado su equipaje.

Recibiólo el Marqués con agasajo, pero con reserva. Leyó las cartas de Genaro Annese, que le escribia por sí y á nombre de la Junta popular. Y despues de informarse detenidamente de la situacion de Nápoles, y de la confianza que tenía en la proteccion del Rey Cristianísimo, manifestó al mensajero la gratitud de su soberano á tales pruebas de confianza, y le aseguró que de un instante á otro la armada francesa, que habia zarpado ya de Tolon, llegaria á patentizar con poderosos socorros el alto aprecio

con que miraba su corte la amistad de los valerosos napolitanos. Dióle rendidas gracias por todo el enviado del pueblo, y añadió, como cosa sencillísima y natural, que para prevenir cualquier eventual retardo, deseaba la república naciente tener en su seno, como prenda de alianza, algun príncipe frances que mandara las armas, interesara á Francia en su socorro, y asegurase el éxito de la independencia por que se peleaba. No cayó por lo pronto en la cuenta el Marqués, y respondió en términos generales Mas volviendo á la carga el napolitano, le dijo: que informado el pueblo de que se hallaba en Roma el duque de Guisa, príncipe del linaje de Anjou, pedia que fuera á ponerse á su cabeza, y á organizarlo convenientemente para la guerra con sus opresores, interin llegaban la armada y los demas socorros que el Rey Cristianísimo enviase. Sorprendióse grandemente el astuto y experimentado diplomático oyendo tan explícita peticion, y cuidando de no darlo á entender en el semblante, contestó á pesar suyo con agitado aliento y balbuciente voz, que creia que el duque de Guisa estaba en Roma de incógnito y por negocios particulares. Y que no sabía si hallándose sin carácter, séquito y aparato de príncipe, le acomodaria ir á Nápoles en aquellas circunstancias, y arrostrar las dificultades que podria ofrecer el viaje. Maunara sin titubear (más diestro entónces que Fontenay), ocultando con gran primor que estaba ya de acuerdo con el Duque, repuso que los napolitanos no necesitaban más que de la persona de tan gran príncipe, no de su séquito y aparato; pues hallaria entre ellos uno y otro superiores al del mayor monarca. Y que para asegurar el viaje bastaban las falúas napolitanas, tan prácticas de aquellos mares, y tan acostumbradas á burlar los cruceros españoles. Estrechado tan de cerca el Embajador, terminó sin afectacion la conferencia, prodigando en cuanto pudo agasajos al negociador. Y se encerró en seguida en su despacho á meditar detenidamente cómo impedir la ida del du-

que de Guisa á Nápoles, sin comprometerse con él, ni con la corte, ni con los napolitanos.

El baron de Módena, por quien sabemos todas estas menudencias, dice que el Marqués tenía deseos de ir á Nápoles, pero que le faltaba resolucion; que acaso lo hubiera verificado, llegando á tiempo la armada francesa, y que por esto se opuso en cuanto le fué posible á la marcha del Duque. Mas nosotros, registrados otros autores, no tan interesados en la empresa del Príncipe frances; visto el modo con que éste se portó cuando logró lo que tanto ambicionaba; y examinando imparcialmente su conducta pública y privada ántes y despues de aquellos acontecimientos, juzgamos que el Marqués debió creer que el Duque iba á imposibilitar el triunfo de los napolitanos, y á empeorar su causa, con su ligereza y corta capacidad, y á enfriar tambien en la corte (como sucedió) el deseo de socorrer á la nueva república por los resentimientos antiguos y modernos de la corona de Francia con la familia Guisa. Y que por esto sin duda se opuso constantemente á que cargasen tan débiles hombros con empresa de tanto peso é importancia. El éxito no tardó en justificar los recelos del previsor diplomático.

Maunara informó sin perder momento al duque de Guisa de su conferencia con el Embajador. Y este al dia siguiente fué á visitarlo y á referirle la proposicion de los napolitanos, sin darle importancia y calificándola más bien de descabellada. Pero el Duque le manifestó que no la creia tanto, que no fuera aceptable en interes de la Francia. Y que si el deseo del pueblo napolitano era tenerle en su capital, y valerse de sus servicios, estaba muy dispuesto á ir allá á servir al Rey, y á impedir á costa de los mayores sacrificios, que el retardo eventual de la armada diese lugar á imprevistos acontecimientos que privasen á Francia de tan oportuna ocasion para acrecentar su gloria y su poderío. Desconcertóse el Embajador con esta declaracion

explícita, y mucho más cuando el cardenal de Santa Cecilia, que llegó casualmente en aquel momento, reforzó con gran calor los argumentos del Duque. El sagaz diplomático no se atrevió á combatir con un príncipe osado, que tan bien sabía disfrazar su ambicion con el traje de sacrificio por la gloria de su rey, y con un cardenal influyente y hermano de su primer ministro. Y por eludir toda responsabilidad celebró una consulta, sin aventurar su juicio, con otros cardenales y prelados franceses que estaban en Roma. Y éstos, no tan sagaces como Fontenay, ó ignorantes de los antecedentes del personaje y del disfavor en que estaba con la corte, decidieron por unanimidad, que pues el pueblo napolitano pedia que el duque de Guisa lo gobernara, no debia retardarse el viaje del Príncipe, por convenir así á los intereses de la Francia (1).

Regresó Maunara á Nápoles con cartas de Fontenay muy expresivas y satisfactorias para el Generalísimo del pueblo, y para la real república napolitana. Y llevó tambien otras del Duque llenas de pomposas ofertas y de magníficas esperanzas. Su llegada á Nápoles fué en el momento en que Genaro Annese, aborrecido generalmente por su bárbara grosería, crasa ignorancia é insaciable avaricia, tenía un desastrado fin. Y salvóle de él el entusiasmo general que encendieron las noticias positivas y seguras de tener efectivamente la proteccion de un poderoso monarca, tan cercanos sus socorros, y pronto para ponerse á su cabeza un esclarecido príncipe de su familia. Cuidando los partidarios del arcabucero de atribuir á su habilidad y celo tan grandes ventajas, lo rehabilitaron en la opinion de las populares turbas enajenadas de contento, y nuevamente alentadas para continuar la guerra. Annese, viéndose de nuevo asegurado, creyendo en el momento que se pondria para siempre á cubierto de las veleidades del popula-

(1) Comte de Modéne.

cho trayendo á su lado al Duque, se apresuró á que fueran efectivas sus ofertas. Y sin pensarlo mejor, despachó de nuevo inmediatamente á Roma al mismo Maunara con el P. Capece, fraile dominico, y con Aniello de Talco, general de artillería, para dar en nombre de la real república las gracias al embajador frances, y para rogar al duque de Guisa que se presentase sin demora á tomar el mando supremo de las armas, en los mismos términos que lo desempeñaba en Holanda el príncipe de Orange (1).

Apénas habia partido de Nápoles esta formal legacion, y áun estaban casi á la vista las barcas que la conducian con próspero viento, cuando se arrepintió el Generalísimo del pueblo de haber obrado con tanta ligereza y precipitacion. Pues ó bien porque le abrieron los ojos algunos de sus partidarios más sagaces que él, ó bien porque el instinto de la ambicion alumbró á su escaso entendimiento, conoció que le iba á ser imposible mantener superioridad sobre un personaje tan esclarecido, y que pronto sería suplantado por él, volviendo de nuevo á la insignificancia de su vulgar condicion, y á ponerse al alcance de la venganza de sus muchos enemigos. Asombróle esta idea. Maldijo su inconsiderada resolucion. Y anheloso de remedio, consultó sus temores con Francisco Patti, abogado de mucho crédito, y hombre de gran astucia y desfachatez. Este, en lugar de desvanecerlos como el pobre Annese esperaba, se los aumentó asegurándole que se habia cortado la cabeza. Y que debia por todos los medios imaginables impedir la venida del príncipe frances. Desesperado el Generalísimo del pueblo, y sin más afan que el de conservar su posicion á toda costa, se echó en brazos del confidente letrado, rogándole hasta de rodillas que marchase á Roma sin perder un instante, para deshacer con su maña y osadía cuanto hicieran los otros tres comisionados, y para

(1) De Santis. — Capecelatro, MS.

oponer todos los obstáculos posibles á los intentos del duque de Guisa. Hízose de rogar Francisco Patti, pero al fin se determinó á encargarse de mision tan delicada, de que él mismo redactó las instrucciones. Reducíanse estas á negociar directamente con el Padre Santo, y proponerle, ó que conservase para sí la Santa Sede el reino de Nápoles, cuyo dominio directo le pertenecia, ó que lo tomase bajo su proteccion y amparo como república dependiente de la tiara, ó que concediese la investidura de rey de aquel reino á uno de sus sobrinos. Y en el caso de que el romano Pontífice no diese acogida á ninguna de estas tres proposiciones, á dirigirse al marqués de Fontenay y manifestarle que Genaro Annese, el Consejo supremo de la república, y los napolitanos de arraigo y de responsabilidad deseaban entenderse solo con él y con el Rey Cristianísimo. Y rogarle que fuese á Nápoles sin demora á representar á tan poderoso monarca, seguro de que haria su presencia y su autoridad mucho más efecto que la del duque de Guisa, jóven inexperto y que sólo habia sido deseado, con poco acuerdo momentáneamente, por una parte muy pequeña de lo más despreciable del populacho. De suerte que la mision de Patti abrazaba dos negociaciones para echar mano de la una si no tenía buen resultado la otra. Y ambas dirigidas á impedir la venida á Nápoles del príncipe frances con quien le era imposible competir al villano Genaro Annese.

CAPITULO XIX.

Maunara y sus dos compañeros llegaron con felicísimo viaje á Roma, donde fueron muy bien acogidos por el marqués de Fontenay. Presentáronse en seguida al duque de Guisa, quien, adestrado sin duda por el baron de Módena y otras personas de talento que le circundaban y en lo posible lo dirigian, los recibió afectuosísimamente, pero negándose á oir sus proposiciones oficiales sino en presencia del Embajador. Por lo que á instancia de los comisionados se celebró aquel mismo dia una entrevista en el salon del Marqués, en que oficial y solemnemente en nombre de la república pidieron al Duque que se dignase de ir á Nápoles y de tomar el mando de sus ejércitos. El Príncipe, siempre bien aleccionado, despues de manifestar su gratitud á los mensajeros, y de asegurarles de su ardiente deseo de complacer al pueblo que representaba, dijo: que para volar á su socorro sólo esperaba, á fuer de leal súbdito frances, el que se lo mandase el representante de su Rey y señor. Apuradísimo se vió Fontenay, conociendo el compromiso, y la inmensa responsabilidad en que podia incurrir. Y balbuciendo algunas palabras sin sentido, que manifestaban su turbacion, expuso al cabo que no tenía instrucciones bastantes, y por lo tanto autoridad ninguna para mandar y dar órdenes á tan alto personaje. Pero que tampoco las tenía para poderse oponer á una eleccion espontánea del pueblo napolitano y de su generalísimo, cuando recaia en un príncipe frances, que áun no habia

recibido contestacion de la corte á sus últimos despachos. Y que lo único que podia asegurar era, que la escuadra francesa estaba ya navegando la vuelta de Nápoles, y que en ella tendria la nueva república el más firme apoyo para asegurar su independencia y su libertad (1). Bastóle al osado Duque esta declaracion, aunque tan ambigua. Y apoyado en ella, aceptó en el acto el cargo con que Nápoles le brindaba, y resolvió partir en cuanto vinieran á buscarlo las falúas.

Contentísimos los comisionados de Genaro Annese con el buen éxito de su negociacion, despacharon por mar y tierra avisos á su capital, pidiendo que viniesen inmediatamente á Finmicino las barcas que debian conducir al Príncipe general.

Loco de contento el duque de Guisa con ver tan cercano el objeto de sus anhelos, miéntras preparaba el viaje y buscaba dineros y municiones que llevar consigo, daba incautamente una inconsiderada publicidad á todas las negociaciones, sin recatarlas ni áun de sus más encarnizados enemigos. Y con diez mil escudos que le proporcionó el cardenal de Santa Cecilia, y con una escasa cantidad de pólvora que le vendió el duque de Bracciano, se aprestó á la partida. Nombró confesor al padre Capece, ofreciéndole una mitra, y envió á Paris á un secretario con cartas para su madre pidiéndole fondos, y que negociase con la autoridad de su nombre el que no escaseasen los socorros, y el que apoyasen con calor los ministros del Rey su atrevida empresa (2).

Cuanto se habia trabajado por unos y otros en tan embrollado negocio lo sabía menudamente el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y que seguia una activísima correspondencia con Madrid sobre todo lo que ocurria en

(1) Comte de Modène.
(2) Idem.

Italia. Y como sagaz y entendido, y gran apreciador de las cosas y de las personas, creyó que la ida del duque de Guisa á Nápoles era la ocurrencia más favorable en la situacion en que se encontraba aquel reino. Conocia personalmente al jóven Príncipe, y sabía que estaba mirado de mal ojo en la corte francesa, donde su audacia debia despertar recelos, y entorpecer cuando no imposibilitar los socorros, que sin estar él de por medio, hubiera dado la corte de Francia; y no ignoraba tampoco la mala voluntad del marqués de Fontenay, circunstancias todas que, unidas al estado de desórden en que habia caido la rebelion, y á la envidia y temores que ya se habian despertado en el corazon del villano Annese, debian apresurar forzosamente el descrédito del Duque, y con él nuevos acontecimientos, que al cabo proporcionaran el completo triunfo de las armas españolas. Con tales seguridades del porvenir, fundadas en datos casi positivos, léjos de trabajar contra el duque de Guisa, pensó sólo el diplomático español en allanarle diestramente el camino de su perdicion. Teniendo siempre al corriente de todo al Sr. D. Juan de Austria y al duque de Arcos, que no se descuidaron, valiéndose de sus muchos confidentes, en preparar el terreno de modo que lo encontrase el príncipe aventurero deleznable y resbaladizo.

Tan feliz como habia sido el viaje de los tres comisionados de Genaro Annese, fué largo y penoso el de Francisco Patti, que llegó cuando el negocio estaba ya resuelto. Empezó, sin embargo, con gran actividad y sigilo sus negociaciones. Mas desengañado pronto de que el Padre Santo no daba oidos á sus propuestas, se acogió á la segunda parte de sus instrucciones, y se dirigió al embajador marqués de Fontenay. Mucho, muchísimo se alegró éste de cuanto le dijo el agente secreto. Pero conoció muy luégo que llegaba tarde, y que impedir ya el viaje del de Guisa era punto ménos que imposible. Así se lo manifestó á Patti,

exhortándole á que fuera á Paris para tratar directamente con la corte. Entónces el astuto abogado, consultando ante todo su propio interes, creyó que le importaba ya más servir al duque de Guisa que al maestro arcabucero. Se excusó del viaje á Paris con la falta de medios y de credenciales é instrucciones. Y se despidió del Embajador, demostrándole que se resignaba con lo resuelto, supuesto que podia ser en beneficio de su patria. En seguida fué á buscar á los otros comisionados, fingiendo que acababa de llegar de Nápoles para apresurar la partida del Duque. Y áun tuvo la desfachatez de asegurarlo así al mismo, con las más bajas y viles adulaciones (1).

Llegaron en esto á Finmicino catorce barcas ó falúas napolitanas destinadas para el viaje del Príncipe. Éste apresuró sus preparativos, y despues de mil necias publicidades y de darse una pueril importancia, dispuso su salida de Roma con un aparato triunfal. Llevando la ligereza y petulancia hasta el extremo de pasar con su comitiva y un trompeta delante, por la plaza de España, y por debajo de los balcones del conde de Oñate, que acaso al verlo desde detras de sus vidrieras desplegaria los labios con la sonrisa de la compasion. Acompañáronlo en varios coches el marqués de Fontenay, el cardenal de Santa Cecilia, y otros señores y prelados franceses, hasta la Basílica de San Pablo, extramuros. Allí se despidieron, prosiguiendo el Duque su viaje á caballo hácia el mar, con el baron de Módena y los emisarios napolitanos. Llevando además en su séquito al señor de Cerizantes, como representante de Francia nombrado por el Embajador, esto es, de espía; á Jerónimo Fabrani en calidad de secretario, y á Agustin de Lieto con la de capitan de guardias. Cada falúa no podia contener más que dos ó tres pasajeros. El Duque entró en una con solo su ayuda de cámara, y en las otras se repar-

(1) Comte de Modéne.

tió la comitiva, dando la vela con tiempo bonancible el 13 de Noviembre de 1647, á la media noche (1).

Al siguiente en las aguas de Ponza descubrieron esta flotilla tres galeras españolas, que estaban en acecho. Pero no pudieron darle caza, porque se dispersaron inmediatamente las falúas en todas direcciones, y no conociendo en la que venía el Príncipe, no sabian á cuál habian de perseguir, mucho ménos desapareciendo pronto todas á favor de la noche oscurísima y borrascosa. En tanto, con destreza suma y sin perder tiempo, la barca en que venía el Duque, navegando tierra á tierra, y pasando entre las islas Ischía y Prócida, con rumbo á la de Capri, apareció al amanecer en el golfo. Y aunque acosada por la mosquetería de los botes armados, que envió D. Juan de Austria á perseguirla, arribó en salvo á la torre del Grecco; de allí se trasladó inmediatamente á la playa del Cármen, recibida por el pueblo con la mayor alegría y entusiasmo.

(1) Comte de Modéne. —De Santis. —Capecelatro, MS., y otros A. A.

CAPÍTULO XX.

En punto harto crítico llegó el duque de Guisa, provisto de fantásticas esperanzas, más bien que de efectivos recursos, á ponerse á la cabeza de un alzamiento popular, con más ruidosa apariencia que poderosos medios de conseguir un triunfo glorioso y duradero. El movimiento que, empezando motin despreciable de muchachos contra la gabela de la fruta, llegó á ser rebelion abierta contra la dominacion española, habia recorrido en breve tiempo largo espacio, pero por terreno poco firme, y se hallaba desfallecido de su propio esfuerzo. Es verdad que todo el país estaba en armas; pero no conforme ni en la causa ni el fin con que las empuñaba y esgrimia. Es verdad que ciento y cincuenta mil hombres, secundados por la casi totalidad de la poblacion, habian peleado, y peleado con valor heroico y con constancia tenaz, en la capital y en los alrededores; pero este número estaba ya muy disminuido, y era aún más pequeño si se contaba con él para operaciones difíciles y en regla. Y además no eran sólo aquellas tropas populares y aquellas masas informes é indómitas de populacho los habitantes de la ciudad. Los vecinos de arraigo, los que vivian ó de empleos públicos, ó del tráfico, ó de la industria, llamados entónces *Capas-negras*, y que componian la clase media del pueblo napolitano; si se alzaron contra los impuestos, ó por satisfacer resentimientos personales, ó por buscar medio de acrecentar su fortuna, estaban hartos de aquel desórden, dis-

gustados de los excesos del populacho, desengañados de toda ilusion, deseosos de tranquilidad; y no eran enemigos de la dominacion española, creyéndola prenda única de estabilidad y de reposo. La nobleza, que no dejaba de tener poderío, y mucho peso en la balanza de los destinos del país, combatia encarnizadamente la revolucion. Y tres castillos casi inexpugnables, muchos puntos importantes de la ciudad y el dominio absoluto del mar, eran de los españoles. La conmocion duraba y crecia, pues, porque el temor de los *Capas-negras* á los asesinatos y á los incendios los tenía aterrados y retraidos, sin atreverse á comunicar entre sí y á ponerse de acuerdo por no incurrir en sospecha de los agitadores; y porque las escasas fuerzas españolas, aunque ventajosamente colocadas, no tenian poder suficiente para destruir las masas proletarias, ni para inspirar confianza bastante á la clase media, inerte, sí, pero disgustada y numerosa.

La organizacion misma de la parte militante del país no dejaba esperanza de consistencia alguna. En las provincias no era uniforme; en la ciudad, si bien habia la suficiente para pelear, no habia ninguna que la constituyese. Y ya creyéndose fiel al rey de España, ya declarándose enemiga de los españoles, ya proclamándose república, ya echándose en brazos de un príncipe extranjero, siempre era una masa de proletarios, de descontentos y de bulliciosos, armada é indomable, con un hombre cualquiera y eventualmente á la cabeza, que la empujaba más que la regía, y que la tiranizaba ó la obedecia humildemente, pasando con rapidez de señor á siervo, y de verdugo á víctima. La rebelion, en fin, del reino de Nápoles, que tanto ruido hacía en Europa, no podia tener por resultado la independencia, porque no tenía fuerzas propias ni físicas ni morales para conquistarla. Sólo con una escuadra superior á la de D. Juan de Austria, y con tropas de desembarco suficientes para levantar el bloqueo de la capital,

uniformar la opinion de las provincias, organizar el país y arrojar despues de largos sitios en regla á los españoles de las fortalezas, hubiera podido Nápoles cambiar de dominacion, pero no constituirse en Estado independiente. Y esta mudanza de mano, si es que era favorable para los napolitanos, sólo podian verificarla franceses; pero su cooperacion era dudosa con la intervencion de un príncipe mal visto en la corte de Francia, temerosa de su exaltacion.

Todas estas circunstancias y las reflexiones consiguientes habian ya, como dijimos, arreglado la conducta del conde de Oñate, y marcaron al señor D. Juan de Austria y al Duque-virey la que debian de observar; así que no vieron en el duque de Guisa más que un aventurero, que si iba por lo pronto á dar calor efímero á la rebelion, iba luégo á ser un estorbo para su progreso, y acaso el medio más eficaz de su acabamiento y de su ruina. Y resolvieron mantener á toda costa las posiciones ventajosas de que eran dueños, apretar el bloqueo de la ciudad, y esperar á que los desaciertos del nuevo caudillo, y el cansancio, desórden y miseria de las masas combatientes, dieran el triunfo á las armas españolas.

No pensaba lo mismo el inexperto y arrogante Príncipe frances, pues sin considerar que sólo habia traido á la república en embrion una docena de aventureros para todo refuerzo, siete ú ocho mil escudos para todo auxilio, y unos cuantos quintales de pólvora para todo socorro (1); ufano y desvanecido con el feliz éxito de la travesía, con las salvas del torreon del Cármen, con las aclamaciones del populacho, se creia ya libertador de un pueblo oprimido, fundador de una monarquía independiente, árbitro futuro de la suerte de Italia toda. Rodeado de tan lisonjeras esperanzas y de un inmenso gentío que lo vitoreaba,

(1) De Santis.

se dirigió á caballo á la iglesia catedral para dar gracias de su feliz arribo al Todopoderoso. Y en seguida lo llevó consigo Genaro Annese á su guarida del torreon del Cármen, para que allí viviese en su compañía, ínterin se le preparaba más digno y decoroso alojamiento (1).

No sería ciertamente muy agradable para el orgulloso Príncipe frances, para el atildado petimetre de Paris, el verse tratado tan familiarmente por el zafio arcabucero, y el encontrarse en su asquerosa manida. Donde aunque se veian hacinadas por los rincones vajillas de plata y oro, telas riquísimas y otros preciosos objetos robados, habia tanta inmundicia, tan pestífero olor, tales harapos, y ajuar tan pobre y tan repugnante, que la persona ménos delicada no hubiera podido permanecer allí cinco minutos. Aumentaba lo disgustoso de aquel cuartucho la desarrapada esposa del Generalísimo del pueblo, que allí á su lado, desgreñada y sucia, preparaba en un anafe de yeso la escasa comida de su marido, que iba á ser el banquete de todo un Enrique de Lorena. Y como para dar el último perfil á tan repugnante escena, Genaro Annese, miéntras se acababan de preparar los macarrones, haciendo alarde de confianza con su huésped, se puso muy oportunamente á curar con ciertos ungüentos una llaga pestífera y cancerosa que tenía en una pierna (2).

Es la ambicion la más acomodativa y doblegable de todas las pasiones. Y el duque de Guisa, conociendo que el indisponerse con Annese, ó el desagradarle en aquellos primeros momentos, podria dar por tierra con sus gigantescos planes, se mostró contentísimo de aquella grosera familiaridad y repugnante acogida. Abrazó muchas veces al arcabucero, acarició á la cocinera, elogió el albergue franco y la comida sobria, conferenció íntimamente con el

(1) De Santis.

(2) Comte de Modène.

Generalísimo, procurando desvanecer en él todo recelo de ser suplantado, y hasta se prestó á acostarse con el hediondo jefe popular, pasando la noche á su lado en un colchon en el suelo, miéntras roncaba en otro allí inmediato la señora del castillo.—No sabemos si el cansancio de la navegacion y las fuertes emociones de la llegada le proporcionaron tranquilo reposo en tan poco digno hostalaje; ni si ensueños de gloria y de poderío revolaron sobre su frente. Las historias de aquel tiempo sólo dicen que pasó la noche vestido y que se levantó al amanecer para recorrer la ciudad.

Cercado de innumerable populacho, que creia ver en el duque de Guisa su libertador, y seguido del temor de los *Capas-negras*, que ignorantes de los antecedentes de aquel príncipe, creian que estaba detras de él todo el poder de Francia; fué á reconocer los puestos militares, á revistar las tropas de paisanos armados, que tan denodadamente combatian, y sobre las que, justo es confesarlo, brillaba la aureola de la constancia y del valor, y á examinar por sí mismo los recursos con que contaba el pueblo rebelde que venía á gobernar. Muchas ilusiones se le desvanecieron aquella mañana, viendo con sus propios ojos lo exagerado de las noticias que volaban por el mundo sobre el poder y el porvenir de la rebelion napolitana. Halló, es verdad, una masa de hombres resueltos y armados muy considerable; pero sólo habia en ella ocho ó diez mil verdaderamente capaces de guerrear en regla. Y cuando creia encontrarse con todos los habitantes de la capital, y áun de las ciudades de provincia, uniformes en opinion, en deseos, en odio á los españoles, en ánsia de libertad, se encontró con que una respetabilísima clase media permanecia indiferente y disgustada, cuando no hostil; y que era tan numerosa, que con solo resolverse y querer, podia inclinar á su lado la balanza de la fortuna. Vió que en la misma masa militante no reinaba órden ni concierto: que

la república no estaba organizada y constituida, y que era imposible que lo estuviese: que los jefes populares gozaban de escasísimo poderío y de muy efímero ascendiente; y que, aunque abundaban en las filas del pueblo veteranos de bizarría y de arrojo, no habia al frente de ellas oficiales expertos, prácticos é inteligentes, capaces de dirigir con tino las combinadas operaciones que aquella guerra requeria. Advirtió la falta total de dinero, la escasez completa de víveres, la mezquina provision de armas y de municiones: finalmente la imposibilidad de llevar á cabo con aquellos elementos los planes que habia concebido en Roma, y que le habian traido á aquel teatro de desdichas.

Pero sin amilanarse, confiando en lo sonoro de su nombre, en los caprichos de la fortuna, en su valor personal; y creyendo alucinado que el Gabinete frances no le abandonaria, y que la influencia de su familia podria procurarle tesoros y soldados con que coronar su empresa, se propuso seguir adelante impertérrito, y aprovechar aquellos primeros momentos de entusiasmo popular para probar la mano. procurando obtener alguna ventaja sobre los españoles que diese gloria á su nombre, y que sirviese de buen agüero para las empresas futuras.

Con el objeto de aumentar la consideracion del pueblo de Nápoles y del reino todo, y para fortalecer la suprema autoridad militar, que iba á ejercer, dispuso el duque de Guisa, ó, por mejor decir, hizo proponer á Genaro Annese, y aprobar á la junta popular de San Agustin, que se le tomase juramento de fidelidad á la República solemnemente en la catedral. Y que se le entregase allí, con las ceremonias debidas, un estoque bendito en forma por el Arzobispo-cardenal. Conociendo Filomarino cuánto iba á comprometerlo este paso, con que sancionaba la rebelion, se excusó con el mal estado de su salud. Pero un aviso, mejor dicho una amenaza secreta, que le fué comunicado, de que si no se prestaba de buena voluntad corria riesgo

su persona, le decidió á asistir á la funcion y á bendecir y entregar una espada con que debian ser exterminados los españoles y destronado el legítimo soberano. Accion que le desacreditó sobremanera con la gente sensata (1), y que oscureció en gran parte la justa reputacion que habia ganado con su conducta, ya prudente, ya enérgica, ya arrojada, y siempre digna en aquellas dificilísimas circunstancias.

En tanto el general Tuttavilla consiguió nuevas ventajas sobre el puente de Scafati, deshaciendo, no sin trabajo y despues de reñida pelea, unos cuatrocientos caballos napolitanos que salieron de la ciudad para sorprenderlo. Con lo que apretado el bloqueo pudo rehabilitar las aceñas de Torre de la Anunciata, y enviar algunas harinas á Castilnovo. Pero no bastaron para socorrerlo, segun la necesidad en que estaba. Por lo que le mandó terminantemente el Virey que tratase á toda costa de abrir el paso de la gruta de Posilipo, único camino de recibir bastimentos. Tuttavilla, aunque creia de difícil éxito esta empresa, se preparaba á tentarla. Y dispuso en Punol doscientos buenos caballos, que reuniéndose con alguna infantería que de la guarnicion de Castilnovo debia llevar á la playa de Pagnoli una galera intentasen sorprender la gruta. Pero como tuviese aviso por medio de sus confidentes de que el duque de Guisa queria empezar su campaña atacando á Aversa, cuartel general de la nobleza; y luégo á Capua, para abrirse el camino de Roma, tuvo que reconcentrar sus fuerzas para impedir esta operacion.

Efectivamente, el príncipe frances intentaba acometerla, mas cuando supo el movimiento concéntrico de Tuttavilla, la dejó para más adelante, y pensó sólo en ganar alguna ventaja notable en la ciudad. Determinó, pues, consultando

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Agnello de la Porta, MS.—Comte de Modéne.

con los jefes populares, por los que afectaba la mayor deferencia, atacar el puerto de San Cárlos de Mortella, para apoderarse luégo de las eminencias y acercarse á Santelmo.

El 21 de Noviembre dispuso el duque de Guisa al amanecer una columna de cuatro mil hombres para verificar las operaciones, que empezó con muy buenos auspicios. Apoderáronse de los primeros reparos, con muerte de muchos españoles, y se derramaron á saquear é incendiar las casas contiguas. Cargaron sobre ellos D. Cárlos de Gante y el capitan Fusco con dos compañías de arcabuceros, y los pusieron en grande apuro. Y queriendo la reserva de las tropas del pueblo socorrer á los suyos, se interpuso oportunamente M. de Batteville, seguido de D. José de Sangro y del príncipe de Tuosi con gente de refresco, y destrozó completamente la columna que subia al socorro de la que estaba ya derramada por la altura, causándola una gran mortandad. Consternóse el pueblo, y quedó no sólo frustrada la operacion del nuevo caudillo, sino tambien desacreditado su nombre y con mal agüero su fortuna (1).

---

(1) De Santis.—Comte de Modéne.—Capecelatro. MS.

CAPÍTULO XXI.

Este descalabro, y el descrédito del corto séquito con que se habia presentado el duque de Guisa, de los ningunos socorros que habia traido y de la tardanza de la armada francesa, empezaron á disgustar á muchos de los hombres del pueblo. É instigados secretamente por los agentes ocultos del Virey y de D. Juan de Austria, no dejaron de manifestarlo en plazas y corrillos. Esto obligó á Genaro Annese, aunque no le sonaban mal aquellas hablillas, á dar várias órdenes prohibiendo con severas penas tal desahogo, y al Duque á publicar una melíflua proclama, henchida de ofertas y de buenas esperanzas. Y á procurar por todos los medios que le habia dado naturaleza, captarse el afecto del populacho. Achacó la rota padecida á la confusion que ocasionaba la multitud de jefes y cabos que, interpretando á su modo las órdenes superiores, imposibilitaban toda unidad de accion. Y dispuso un nuevo arreglo del paisanaje armado, organizándolo segun un nuevo sistema frances. Para esto quiso formar un regimiento modelo, y mandó que cada capitan de utina le diese diez hombres escogidos, con el sueldo de un carlin diario. Y ofreció la misma ventaja á los soldados napolitanos que desertasen de las banderas españolas. Miéntras se dedicaba á estos arreglos militares, no se descuiba en atraerse por todos los medios reservados posibles la adhesion de los *Capas-negras*, dejándoles entrever que iba á enfrenar al populacho. y á darles la influencia saludable en los negocios públicos.

Y empezó tambien á procurar que se disminuyese el encono del pueblo contra la nobleza, buscando tambien medios de halagarla y de darle esperanzas del pronto restablecimiento del órden en todo el país. Pero llevando de frente y no sin sagacidad todas estas negociaciones, meditaba al mismo tiempo el plan de apoderarse de Aversa. Y tomaba sus medidas para alejar de ella al general Tuttavilla, que con su columna volante y actividad suma corria de una parte á otra, logrando siempre ventaja en diarios encuentros y contínuas escaramuzas.

Por entónces recibió de Madrid el Virey, duque de Arcos, en contestacion á sus despachos dando parte de la segunda avenencia celebrada con el pueblo despues de la muerte de Masanielo, completa aprobacion de su conducta, y plenos poderes para un arreglo definitivo, y para hacer en nombre del Rey todo género de concesiones á los napolitanos. Y creyendo que esta autorizacion, la sancion real dada á las capitulaciones hechas, y la seguridad de que le obtendrian las que aún se pudieran hacer, abrian nuevo campo á una fácil negociacion; imprimió y repartió con profusion la plenipotencia de que estaba revestido, con una exhortacion á la paz, y con nuevas ventajosas propuestas. El crédito del negociador entra por mucho en el éxito de las negociaciones, y el del duque de Arcos andaba muy por tierra, con la mala fe de sus anteriores tratos, para que pudiese inspirar confianza alguna. Así que, á pesar de sus nuevos y amplios poderes, su nombre solo cerraba la puerta á todo acomodamiento (1). Siendo la respuesta general á sus nuevas insinuaciones, que nadie se fiaba de sus ofertas, ni creia en sus palabras conciliatorias. Desaire completamente personal, reforzado con un bando de Genaro Annese prohibiendo bajo pena de la vida todo trato con el Virey.

(1) De Santis.

Corrido el duque de Arcos, disimuló la afrenta que á su nombre se hacía, y trató de minar al de Guisa y á Annese por otros medios. Miéntras, el Sr. D. Juan de Austria, convencido de que el reino se perdia miéntras tuviese el mando supremo tan desacreditado y aborrecido Virey, meditaba el modo prudente de quitar este estorbo á la paz y á la terminacion de tantos desastres.

El duque de Guisa, persistiendo en su idea de salir en campaña y de acometer á Aversa, reunió la gente popular en San Agustin, y expuso en ella, no sin acierto, y dando á entender que no le era extraña la ciencia de la guerra, que continuar perdiendo fuerzas y tiempo en atacar con éxito ó sin él los puestos españoles, sería perecer en una lucha interminable. Y que era preciso llevar la guerra fuera de la ciudad, deshacer el bloqueo para proveerse de bastimentos, animar al país, y esperar con ventajas positivas y con una organizacion estable la armada francesa, que no podia ya tardar en aparecer. Y concluyó proponiendo la expedicion sobre Aversa, pintándola tan fácil como importante. Grandes y unánimes aplausos recibió por respuesta, y se decidió en la junta, por voto general, ponerse completamente en sus manos, y fiarle, sin restriccion alguna y sin intervencion de nadie, el arreglo y ejecucion de las operaciones militares (1).

No agradaba mucho á Genaro Annese este ascendiente que ganaba el Duque. Pero tenía que doblegarse á él, mal de su grado. Y ayudó á la empresa propuesta con eficacia, por no hacerse sospechoso. El de Guisa organizó con destreza el cuerpo de tropas populares que debian acompañarle á la expedicion, y dispuso al mismo tiempo várias oportunas salidas para distraer á Tuttavilla, y ocuparlo léjos del verdadero punto de ataque. Pero el activo y entendido general no ignoraba ninguno de sus planes, y se los

(1) Comte de Modéne.—De Santis.

comunicaba constantemente al Virey. Mas éste no daba gran valor á sus noticias, y le apretaba sin cesar para que emprendiera la toma de la gruta, creyendo remediar así la miseria que reinaba ya en los castillos alterando la salud de sus guarniciones.

Preparado todo para el ataque de Aversa, trató el duque de Guisa de nombrar maestre de campo general, altísimo empleo que habia querido reservar para su hermano segundo. Muchas ambiciones se pusieron alerta. Monsieur de Cerisante se lisonjeó de obtenerlo, aunque sólo habia venido como espía del marqués de Fontenay, y era completamente ajeno á la carrera militar. Tambien tuvo la audacia de aspirar á él Agustin de Lieto, hombre de nada, y cuyo nombramiento de capitan de guardias habia ya escandalizado á Nápoles. Pero lo obtuvo el baron de Módena, buen soldado y leal caballero, que no quiso por cierto recibir la patente de la Junta popular con la firma de Annese, sino expedida y firmada por el mismo Duque (1).

Entretanto, un bandido llamado Papone se alzó en las inmediaciones de Gaeta con una tropa numerosa, y saqueando y destruyendo los casales en que no habia cundido la rebelion, llegó á talar los campos de Capua, y á dar cuidado á Aversa, que ya temia ser embestida. Aprovechando esta favorable incidencia y la venida de Pastena de tierra de Salerno con gran golpe de rebeldes á acometer á la Cava, y á caer de nuevo sobre el puente de Scafati, salió el Duque de la capital el 12 de Diciembre, al frente de cuatro mil peones, quinientos jinetes y seis cañones gruesos, todo con bastante órden y buen ánimo, pero con escasas municiones. Y se dirigió á San Giuliano, casal de mucha importancia, situado ventajosamente entre Aversa y Nápoles. Apoderóse de él sin dificultad, y extendióse al de Santantimo, poco distante. El baron de Módena,

(1) Comte de Modéne.

con tanta actividad como inteligencia, pensó inmediatamente en fortificar ambos puntos. Pues teniendo los nobles mucha y buena caballería y pocos infantes, era necesario ponerse á cubierto de un rebato.

El general Tuttavilla, avisado á tiempo de la salida en campaña del Duque, dejó reforzado el puente de Scafati, avisó á Castelamare para que saliera su escasa guarnicion á detener á Pastena, y revolvió al socorro de Aversa, llegando oportunísimamente.

El Príncipe frances, aprovechando la ocupacion del Baron con las obras y reparos que dirigia, trató de entablar, contra su dictámen, hablas secretas con los de Aversa, para mostrar á los nobles su buena voluntad. Y solicitó una entrevista con alguno de ellos, lo que no tardó en conseguir. Cuando lo supo el leal y entendido consejero, le manifestó que era muy aventurado el paso que iba á dar, no por desconfianza de los nobles napolitanos, incapaces de felonía, sino por la sospecha que iba á despertar en el pueblo, y por el partido que podia sacar el envidioso y enconado Genaro Annese. El Duque recibió con ceño estas juiciosas observaciones del único hombre que lo seguia con verdadera lealtad y puro interes, y llevó adelante su poco meditado plan.

Ajustada la conferencia, se señaló para celebrarla el convento de Capuchinos, que está entre San Giuliano y Aversa; y se pactó que cada parte llevaria sólo nueve hombres de séquito. Al dia siguiente por la mañana llegó él primero al puesto marcado el duque de Andria, en nombre de los de Aversa, con sus nueve caballeros. Y minutos despues llegó el duque de Guisa con otros nueve, entre los que iban el baron de Módena, que no quiso dejar solo al Príncipe, y algunos oficiales napolitanos. Al avistarse se adelantó á galope el de Andria, y lo mismo hizo el de Guisa; y despues de saludarse cortésmente, echaron ambos á un tiempo pié á tierra y se abrazaron. Visto lo cual se apea-

ron y acercaron ambas comitivas, mezclándose sin recelo y con noble cordialidad. Conferenciaron los dos Duques largo tiempo en la celda prioral, tratando el frances de persuadir á la nobleza que dejara la causa de España y se adhiriese á su servicio, y contestando el napolitano que jamás dejarian los nobles las armas en defensa del Rey legítimo á quien habian jurado fidelidad. Con lo que, sin adelantar nada, se retiraron, satisfechos uno y otro de la cortesanía, lealtad y honra con que por ambas partes se habia celebrado la entrevista (1).

El historiador De Santis, á quien no hemos perdido de vista en el curso de esta historia, dice que esta habla se tuvo despues del ataque del puente de Frignano (que luégo referiremos). Y que la procuró y ajustó el general Tuttavilla, con la intencion de apoderarse traidoramente de la persona del Duque, si no se prestaba á retirarse del reino. Y añade que el temor de la escuadra francesa, que llegó el mismo dia, impidió el atentado. Pero el baron de Módena, que no pierde ocasion de denigrar á los españoles y á sus partidarios, y que como maestre de campo general y confidente íntimo del Príncipe frances debia estar al corriente de cuanto pasaba, y que, como hemos dicho, asistió á la conferencia, la refiere como ocurrida ántes de la tal jornada de Frignano y del arribo de la escuadra francesa. Y no indica la menor sospecha sobre la buena fe y caballerosidad del general Tuttavilla, á quien siquiera nombra en esta ocasion, y de los señores de Aversa. Ni es de creer que tan esclarecido general y caballeros de tanta estima, como lo son y lo han sido los napolitanos, pensasen en tan indigna superchería. Ó estuvo De Santis mal informado, ó algun resentimiento personal le hizo acoger como cierta la sospecha de algun malicioso ó alguna hablilla vulgar y despreciable.

---

(1) Comte de Modéne.—Memoires du duc de Guisa.

Sucedió como lo habia previsto el Baron. Genaro Annese y muchos de los jefes populares se escamaron con esta conferencia. Y no tuvieron que hacer poco el Duque y sus partidarios para remediar el daño, rectificar la opinion de las turbas, contener las hablillas de la soldadesca y restablecer la confianza y la disciplina.

Pocos dias despues, avisado el duque de Guisa de que en el casal de San Cipriano habia un considerable almacen de grano, envió las compañías de Giacomo Rosso á apoderarse de él. Este movimiento alarmó á Aversa, y salieron de ella mil y quinientos caballos con direccion á San Giuliano.

Estaba comiendo el Duque cuando recibió el aviso de los puestos avanzados. Y montando á caballo, mandó al Baron que pusiera las tropas á punto de defender el cuartel general, al Sr. Zuords que con la infantería de Santantimo saliese á sostenerle, y voló con la caballería al encuentro de la de sus enemigos, que en buen órden se aproximaba. Pasado el puente de Frignano decidió la carga, y las compañías de su guardia la dieron con intrepidez. Pero los nobles las arrollaron de tal modo, que se pusieron en desórden los escuadrones que las sostenian. El Duque en aquel conflicto se portó con la bizarria que distingue y ha distinguido siempre á los príncipes franceses, y haciendo prodigios de valor trató de rehacer á los suyos; pero lográndolo tan imperfectamente, que era imposible el sostenerse, mandó tocar á recoger, y dispuso la retirada por el puente de Frignano, paso dificultoso, y en el que se temió una completa derrota, porque la caballería de la nobleza le apretaba muy de cerca. El baron de Módena habia provisto á su seguridad, pues sin decirle nada habia emboscado la infantería en unas casas hundidas y espesos matorrales que cubrian la entrada del puente. Y saliendo al proviso con ellas, sostuvo la retirada del Príncipe, conteniendo con notable descalabro la caballería de

Aversa (1). Del séquito del Duque quedó prisionero el señor de Orillac, vilmente asesinado luégo por un cobarde; pero los nobles napolitanos le hicieron unas magníficas exequias, para dar un testimonio público de que no habian tenido parte en aquel crímen, y de que como buenos, sabian honrar el valor de sus enemigos.

Este reencuentro, aunque tan desgraciado, dió mucha nombradía al Duque, por la brillante muestra que dió de su valor personal. Y desmintió completamente las hablillas y las sospechas nacidas de su conferencia con el de Andria.

Seguia, pues, en su cuartel general de San Giuliano extendiéndose por los casales que circundan á Aversa, esperando para embestirla que Papone acabase de interceptar el camino de Capua, y que Pastena llegase con las fuerzas de Salerno; cuando recibió aviso de Genaro Annese de estar á la vista la armada francesa. Noticia que le enajenó de gozo en el primer momento, pero que reflexionando luégo, lo dejó suspenso y discursivo.

Efectivamente, el 18 de Diciembre de 1647, al amanecer, aparecieron en el golfo de Nápoles, y fondearon luégo en la punta de Posilipo, veintinueve naves gruesas con cuatro mil hombres de desembarco, y cinco brulotes. Mandaba estas fuerzas el duque de Richelieu, y le acompañaba el comendador de Gontes, el bailío de Valance, y otras personas de cuenta que venian voluntarias á la expedicion (2). La armada española, casi desmantelada y desprovista de tripulacion, se hallaba dividida en tres distintos puntos. En Baya, donde estaba el Sr. D. Juan; en el puerto de Nápoles al abrigo de los castillos, con Gianetin Doria; y en Castellamare, á donde habian ido algunos bajeles para

(1) Comte de Modéne.—Capecelatro, MS.

(2) Comte de Modene.—De Santis.—Raph. de T[illegible]is.—Capecelatro, MS.

guardar la costa. Y si la escuadra francesa la hubiese atacado así dispersa y desapercibida, y sin tener en ninguno de los tres puntos fuerza suficiente para resistir, habria sido sin duda alguna destruida. Y el no haberlo hecho fué cosa tan de bulto que maravilló á todos, dando á los napolitanos suspicaces muy mala espina del intento de aquellas fuerzas auxiliares.

Dado fondo, trataron los franceses de reconocer la punta, para verificar la desembarcacion. Y despues de recibir á bordo á los comisionados del pueblo que fueron á cumplimentar al Almirante con gran cortesía, al despedirlos les manifestó éste que estaba dispuesto á enviar guarnicion de sus tropas al torreon del Cármen. Desconcertó esto sobremanera á Genaro Annese, siempre temeroso de perder un ápice de su autoridad. Y reuniendo la Junta popular, presentó la proposicion sin apoyarla ni contradecirla; pero los amigos del arcabucero, ayudados sin saberlo por los agentes del Virey, y por los *Capas-negras*, pusieron tan diestramente en juego la desconfianza que habia inspirado el que la escuadra francesa en cuanto llegó no hubiera empezado su ayuda á la república por destruir la armada española, que resolvió casi por unanimidad oponerse á que los franceses guarneciesen la ciudadela del pueblo.

Desabrido el de Richelieu con esta repulsa, no verificó tampoco el desembarque en la punta de Posilipo. Sólo saltó en tierra, con escaso acompañamiento, el abate Baschi, familiar del cardenal de Santa Cecilia, para ir á San Giuliano á visitar al duque de Guisa.

Llegó sin contratiempo, fué recibido con mucho júbilo, y regresó á los bajeles despues de una larga y secreta conferencia. No sabemos lo que en ella pasó, pero quedó de ella tan desconcertado el Duque, que prorumpió imprudentísimamente en público en groseras injurias á la Francia, á su Gobierno y su Almirante, con palabras y acciones de

frenético (1). Traia órden el de Richelieu de entenderse sólo con Genaro Annese, y de ponerse en todo á su disposicion. Sin que en las instrucciones se mencionase ni áun por incidencia al duque de Guisa. Y aunque el prudente baron de Módena procuró calmarlo y aconsejarle lo que más convenia, el acalorado mancebo, sin oir más voces que las de su resentimiento, resolvió impedir por todos los medios posibles el desembarque de franceses á quienes ya detestaba como enemigos, y dar á conocer al Gobierno de Francia que se engañaba miserablemente dando importancia al ignorante y vil maestro arcabucero, y en no darla á un príncipe ilustre de su nacion. Decidido á todo para desembarazarse de los juiciosos consejos del Baron, lo envió bruscamente á continuar el sitio de Aversa, y marchó precipitado á Nápoles con su capitan de guardias Lieto y con su consejero áulico Agustin de Milo, letrado que estaba de acuerdo con el Virey, y que era el que trabajaba con más empeño para indisponer al Príncipe con el Baron.

(1) Comte de Modéne.—M. Marie Turge-Loredan. *L'etat de la republique de Naples sour le oouvernement de monsieur le duc de Guisa*, traduit de l'italien. (Este autor, que no creemos fuera mujer, dice en el prólogo que su obra es traduccion de las memorias manuscritas del P. Capece, confesor del Duque, á lo que tampoco damos gran fe.)

CAPÍTULO XXII.

Informado el duque de Arcos de cuanto habia hecho y dicho tan indiscretamente el de Guisa, y del proyecto que á Nápoles le traia, vió el cielo abierto, y que la suerte propicia le proporcionaba el medio más oportuno de alejar la armada francesa, que le habia puesto en extremo cuidado. Y ántes que llegase á la ciudad el irritado y poco sesudo Príncipe, puso en juego sus artes habituales, circuló con tanta rapidez sus instrucciones á los *Capas-negras*, y preparó el terreno con tanto acierto, que la recepcion del Duque frances tuvo toda la apariencia de un verdadero triunfo, y jamás el entusiasmo pareció más general. El letrado Agustin de Milo, y los otros que adulando al incauto mancebo pérfidos lo vendian, aprovecharon su desvanecimiento para hacerle creer que el pueblo no queria más jefe que á él, y que para nada necesitaba de franceses ni de una escuadra sospechosa por no haber destruido la española, como tan fácil le hubiera sido.

Hinchado con tales obsequios y lisonjeado con tales insinuaciones, reunió el duque de Guisa la Junta popular, y pidió en ella, determinado, el mando supremo; acusando á Annese de querer entregar el torreon del Cármen al almirante Richelieu, que podia estar de acuerdo con los españoles para atacar la independencia de la república. Entablóse acalorada discusion. Pero los esfuerzos secretos de los *Capas-negras*, y los públicos y descarados de P. Capece, de José Palumbo, de Grazullo de Rosis, de Cárlos Lon-

gobardo y de otros jefes populares, allanaron la pretension del Príncipe frances. Y fué proclamado el 23 de Diciembre *Duque de la república napolitana, y defensor del Estado* (1). Despechado Genaro Annese, montó en un caballo, y recorrió los barrios bajos, gritando: que el jefe que proclamaba la Junta los iba á vender á los nobles, con los que estaba de acuerdo. Pero como el zafio, cobarde y codicioso arcabucero no habia sabido más que hacerse enemigos, no encontró eco ni amparo en parte alguna, y confuso y ahogado de impotente rabia se encerró en su torreon. El Duque, envanecido con su fácil victoria, avisó de ella, como por desprecio, á Richelieu, y recorrió las calles de la ciudad, recogiendo aplausos de la multitud, y llegando de cuando en cuando á sus oidos los lisonjeros acentos de *viva nuestro Rey*.—El historiador De Santis asegura que fué aquel dia proclamado Dux, como el de la república de Venecia; pero ningun documento hemos visto que lo indique, y el baron de Módena y otros AA. solo refieren que le fué conferido el título que dejamos mencionado.

Genaro Annese en su torreon podia muy bien haber desconcertado la ufanía y fantásticos proyectos del ambicioso mancebo, entregando aquella fortaleza á los franceses, ó á los españoles. Pero incapaz de resolucion en que se necesitase de habilidad ó de valor, tomó la de enviar humildemente su sumision al nuevo jefe del Estado. Con lo que quedó el Duque reconocido sin contradiccion en Nápoles como la suprema cabeza de la soñada república, recibiendo en seguida la adhesion y felicitaciones de Pastena, Papone y demas jefes de bandas populares de las provincias limítrofes.

Entretanto, la armada española, aprovechando una oscurísima noche, con ágiles maniobras y sin ser sentida se reunió en Baya. Lo que advertido al amanecer por la fran-

(1) Comte de Modène.—M. Marie Tourge-Loredan.

cesa, trató de embestirla. Púsose á la vela Richelieu para verificarlo, pero teniendo en contra el viento leveche, que soplaba recio, se dirigió á Castelamare, donde encontró en el valiente Caraffa gallarda resistencia, causándole notable daño la artillería de tierra, por lo que dió fondo fuera de su alcance. El dia 22 fué la armada española reorganizada lo mejor posible con actividad é inteligencia por el señor D. Juan; la que atravesando el golfo hizo rumbo contra la francesa. Viéndose ésta embestida, levó anclas y salió al encuentro. Ya comenzaba el combate, que era ciertamente de éxito muy dudoso, cuando una violènta turbonada que levantó mucho mar y causó averías en unos y en otros, lo imposibilitó. Los franceses se vieron obligados á salir del golfo, pasando con gran peligro por entre la punta de la Campanella y la isla de Capri, y los españoles fondearon, despues de larga brega, al abrigo de los castillos (1).

Creyéndose el duque de Guisa ya seguro en la soberanía de Nápoles, y animado con las noticias de las ventajas conseguidas por Papone sobre Teano, por Pastena en el puente de Scafati, y por el baron de Módena en las inmediaciones de Aversa; miraba las fuerzas navales francesas como enemigas, y al verlas alejarse se llenó ¡insensato! de júbilo, prorumpiendo sin reserva en los mayores dicterios contra Francia en general, y contra el duque de Richelieu, el marqués de Fontenay y el cardenal Mazarino.

Pasado el temporal, volvió á aparecer la armada en el golfo el dia 27; salió á su encuentro la española, trabóse combate, pero flojamente y sin suceso decisivo. Y fondeó el duque de Richelieu detras de Nisida. Desde allí pidió socorro de víveres al de Guisa; éste le respondió secamente que Nápoles los necesitaba, con lo que desabrido el Almirante, y sabedor de las bravatas y fieros del desvane-

(1) De Santis.—Comte de Modéne.—Relacion de D. Juan de Austria, dirigida al Rey.

cido Príncipe, dió la vela y desapareció, llevándose además un bergantin cargado de grano que venía para los rebeldes. Esta brusca partida contentó mucho al duque de Guisa, sin conocer que aseguraba el triunfo á los españoles. Pero los napolitanos, que ignoraban las pasiones de unos y de otros, los manejos ocultos y las verdaderas instrucciones que tenía la armada del Rey Cristianísimo, quedaron atónitos y desanimados viendo partir aquellas fuerzas que con tanto empeño habian solicitado, y en las que habian fundado con razon todas sus esperanzas (1). Así, pues, quedaron realizados los sagaces cálculos del conde de Oñate, del duque de Arcos, de D. Juan de Austria y de cuantos tenian verdadero interes por la corona de España.

Libre el duque de Guisa de tan importunos testigos, dió rienda suelta á su ánimo jactancioso, á su propension al lujo y vana pompa, y á su debilidad por el bello sexo (2). No descuidaba, es verdad, la guerra, y no dejaba de mostrarse justiciero, con exceso tal vez; pero hablaba mucho y con escasa discrecion; ostentaba un boato que contrastaba con la miseria pública, y hacía descaradamente, sin pudor ni miramiento, la corte á la hermosa viuda del desdichado Toraldo, y á una hermana de su capitan de guardias Lieto (3). Éste y el licenciado Milo, que eran sus íntimos favoritos, ostentaban tambien un lujo insultante. Y echaban mano para sustentarlo de los más sórdidos manejos (4). Todo esto causó el efecto natural en el pueblo, y el mismo duque de Richelieu, ántes de ausentarse la última vez, tuvo á bordo mensajeros secretos para hacerle saber aquellos excesos y escándalos, y que la nacion no queria

---

(1) De Santis.—Comte de Modéne.
(2) M. Marie Tourge-Loredan.
(3) M. Marie Tourge-Loredan.
(4) Comte de Modéne.—De Santis.—Agnello de la Porta.

tal jefe. Y despues marcharon con gran sigilo comisionados á Roma para quejarse al marqués de Fontenay de la depravada conducta del Duque (1).

Miéntras éste se lisonjeaba ciego de ceñir pronto una corona que alejaba de sus sienes con su poco tacto y liviano proceder, su fiel amigo y leal servidor el baron de Módena trabajaba para proporcionársela y darle triunfos que contrabalanceasen sus desaciertos. Y aprovechando las ventajas conseguidas por Papone y por Pastena, apretó con teson la ciudad de Aversa. Hallábase ya en ella en grande apuro el general Tuttavilla, pues con sólo la caballería de la nobleza, muy mermada, era imposible defenderla. Pidió socorro de infantería al Virey; pero éste no tuvo de dónde enviársela. Y se contentó con excitarle á resistir con firmeza todo ataque. Mas viéndose aquel valiente y entendidísimo militar estrechado muy de cerca; que empezaban á ser distintos los pareceres de los nobles, cuyas eran las fuerzas con que contaba, y que algunos de ellos, como lo hizo el duque de Maddalone, se retiraban sin contar con él, llevándose su gente, convocó un consejo de guerra, donde, leidas las órdenes del duque de Arcos, expuestos los medios de defensa, y debatidas las probalidades de su éxito, se acordó por mayoría, como consta del acta de aquella reunion, que tenemos á la vista (2), abandonar á Aversa, y marchar á reforzar la guarnicion de Capua, plaza mucho más importante, y necesitada de gente que la defendiera. Ejecutóse inmediatamente aquella misma noche esta resolucion; pero no con tanto órden como hubiera sido de desear, y con precipitacion tan grande que quedaron abandonados graneros inmensos atestados de grano y de forrajes. El baron de Módena ocupó la plaza al amanecer, viéndola abandonada; se apoderó de todos

---

(1) De Santis.

(2) Véase el apéndice, núm. 25.

los repuestos, picó la retaguardia de los fugitivos, y avisó al Duque sin pérdida de momento. Marchó éste en persona inmediatamente á tomar posesion de tan importante conquista. Y ó ya que miró con envidia al hábil general que la habia conseguido; ó ya que ufano y envanecido con haber depuesto á Annese, y alejado á Richelieu, le ofendian los buenos consejos del amigo; ó porque el veneno que habian derramado en su corazon los nuevos pérfidos confidentes habia hecho su efecto; trató al baron de Módena con un despego, con una altanería, con una ingratitud tan ajena de aquel momento, tan en disonancia con el importante servicio que acababa de hacer á su causa, y manifestadas con tan poco miramiento á la vista de todos, que que quedó el vencedor de Aversa harto humillado y ofendido (1).

El general Tuttavilla logró con dificultad suma llegar á Capua: tan grande fué el desórden de la retirada. Y entró en ella casi solo. Los barones, roto el freno de la obediencia, como suele acaecer en los desastres, se dispersaron con sus fuerzas indisciplinadas. Y unos se derramaron á guerrilIear por su cuenta; otros se dirigieron á sus tierras sublevadas, para ver si las podian hacer entrar en razon, y otros acercándose á Nápoles entablaron comunicacion con el Virey. Este puso en consejo de guerra al valiente y desgraciado General, y nombró para sustituirlo á D. Luis Podérico, que con algunas compañías de infantería, y unos cuantos caballos borgoñones, marchó en una galera á la boca del Voltumo para trasladarse á Capua (2).

(1) Comte de Modéne.—M. Marie Tourge-Loredan.

(2) De Santis.—Capecelatro, M.S.

CAPÍTULO XXIII.

Aunque alejada la escuadra francesa estaba verdaderamente perdida la rebelion napolitana, nunca en apariencia se vió más boyante, ni habia contado con tan grandes ventajas. El ejército formado por la nobleza, respetable en caballería, estaba disperso. Papone, dueño de Sesa, Fondi é Itri, y engrosada considerablemente su banda, señoreaba un extenso territorio, sin dejar salir á los españoles de Capua y de Gaeta. Pastena, despues de haberse apoderado del puente de Scafati, habia vuelto triunfante por nuevos refuerzos á Salerno, y era dueño absoluto de tan importante ciudad. Con la toma de Aversa y de sus abundantes graneros debia reinar la abundancia en Nápoles. Las primeras capitales de las provincias reconocian ya la suprema autoridad del duque de Guisa, seguian armadas y hacian contínuas correrías contra los castillos que áun conservaban los barones, ó que áun estaban por el rey de España; con lo que la guerra era contínua, general y encaminada al mismo fin en todo el reino. Y hasta la importante persona del duque de Tuosi, consejero y director de D. Juan de Austria, estaba en Nápoles prisionero, víctima de exceso de noble arrojo ó de ciega confianza. Pero el duque de Guisa, con su ligero é inconsiderado comportamiento, desperdició el fruto que podian haber producido tan felices coincidencias. Pues creyéndose ya sin enemigos de ninguna especie, ó, por mejor decir, derrotados todos, se entregó á rienda suelta á sus pasiones, manifestó abierta-

mente su envidia á todo género de mérito, ó hizo imprudente alarde de sus costumbres relajadas y licenciosas (1), con lo que apresuró su perdicion y la de la causa que tan ligeramente y con tan fantásticos planes habia abrazado. Descuidó el sitio de Capua, donde por falta de dinero se insubordinaron las tropas, padeciendo el honrado Baron que las mandaba serios descalabros. Desaprovechó el recurso de los graneros de Aversa, entregándolos á la codicia de logreros, con lo que no remedió sino aumentó la carestía de Nápoles. Y por más que los hombres sensatos de la revolucion, que deseaban consolidarla, asegurando la independencia nacional, le instaban para que organizase la república, y le indicaban el modo de hacerlo pronto y del modo más conveniente para el país, persistió en permanecer él solo á la cabeza de la sublevacion desorganizada, obrando, segun su capricho y como absoluto déspota, sin regla ni concierto.

Por aquellos dias recibió D. Juan de Austria pliegos de España, con poderes amplios para hacer todo cuanto considerase necesario para acabar con la rebelion, y para asegurar el dominio de Nápoles, y ofreciéndole pronto socorro. Y trató de corresponder dignamente á esta confianza de su padre y de su Rey. Divulgada la noticia, que oyó con imbécil desprecio el duque de Guisa, aunque debió haber conocido que habia hecho gran mella en los napolitanos; Genaro Anneso y su partido por un lado, y por otro los *Capas-negras*, que ya conocian que la Francia habia levantado la mano, manifestaron reservadamente al Príncipe español que no le sería difícil concertar un ventajoso acomodo, con o no interviniese en él el Virey, cuyo nombre era odioso á la nacion. Tambien los barones que guerreaban en distintos puntos se pusieron de acuerdo entre sí, y le enviaron un mensajero rogándole que tomase el vireinato

(1) M. Marie Tourge-Loredan.

y alejase al duque de Arcos; con lo que podria lograrse fácilmente en una avenencia el fin de tantas calamidades.

D. Juan, de ánimo generoso y benigno, y ajeno de toda ambicion, resistía el despojar á una autoridad legítima para ponerse en su lugar. Pero apretado por todas partes, y convencido de que el odiado Duque era un obstáculo invencible para la deseada pacificacion, juntó un numeroso consejo en Castilnovo. Discutióse en él detenidamente si era ó no posible tranquilizar el reino bajo el gobierno del Virey; si convendria ó no destituirlo, y si el Príncipe, en virtud de sus poderes, podia ó no verificarlo, y tomar su lugar. Los tres puntos, despues de largo debate y de razones de mucho peso, expuestas por las distintas opiniones, se decidieron por considerable mayoría de votos en contra del duque de Arcos, el cual resignó allí mismo su autoridad y entregó el baston, despechado al considerar que otro iba á coger el fruto de su obstinada paciencia y de su lentísima astucia. Pues menester es confesar que si su debilidad, imprevision y falta de energía primero, y luégo sus imprudentes arrebatos, pusieron las cosas á punto de perdicion; su constancia inflexible en los reveses, esperándolo todo del tiempo, y su funesta habilidad, no envidiable, en atizar rencores, encender pasiones, y desunir, sin reparar en los medios, los ánimos de sus enemigos, tenian ya inminente la completa ruina de todos ellos, y el triunfo seguro de las armas españolas.—Despojado, pues, del mando y sustituido en él por un príncipe de sangre real y de tan altas esperanzas, partió el 28 de Enero de 1648 en una galera, para Civitta-Vecchia, llevando tras sí la maldicion de todo un pueblo. Pero, sea dicho en elogio de su probidad, tan pobre, que tuvo que buscar prestado el dinero indispensable para los gastos del viaje (1).

Tomó el Sr. D. Juan el título de Virey interino. Publicó

---

(1) De Santis.—Comte de Modéne.—Capecelatro, MS.

en Nápoles y esparció en el reino una proclama escrita con mucho tacto, que hizo un efecto maravilloso, y despachó á Madrid un correo con relacion circunstanciada de lo acaecido. Y pocos dias despues, ó para demostrar lo seguro que estaba de recobrar el dominio de la ciudad y del reino todo, ó porque realmente fuese deplorable el estado de la armada, determinó privarse de su apoyo y de un medio de retirada, y la envió á puerto Mahon.

No dejó de inquietar al duque de Guisa aquel cambio, y trató de ganarse á toda costa al duque de Tuosi, tan influyente en el ánimo del nuevo Virey, y á quien, como hemos apuntado, tenía prisionero y no muy generosamente tratado. Mas habiéndose estrellado su plan en la entereza del noble anciano, despreciador de halagos y de amenazas, de palabras blandas y de groseros insultos, determinó ganar con las armas en la ciudad ventajas tales, que aumentaran su prestigio y deshicieran las esperanzas que empezaban á fundarse en el Príncipe austriaco.—Reunió un cuerpo escogido de tres mil hombres, y atacó con él vigorosamente el arrabal de Chiaja y su ribera. Apoderóse sin gran resistencia del torreon de Piedigrotta, y en seguida de la iglesia de San Leonardo sobre el mar, y se derramaron los vencedores á saquear y ejercer todo género de violencias en los habitantes de aquel barrio, poco entusiasta de la rebelion. Orgulloso el Duque con esta victoria, quiso embestir á Puzzoli, pero volvieron de allí sus tropas escarmentadas.

El Sr. D. Juan, con prudencia muy superior á sus años, anudó diestramente las negociaciones rotas por culpa de su antecesor, tanto con Genaro Annese cuanto con los *Capas-negras*. Y no se descuidó en comunicar órdenes á los barones que obraban fuera de Nápoles, para que se reunieran de nuevo, con lo que algunos vinieron disfrazados á tomar personalmente sus órdenes y á ponerse completamente á su disposicion.

Los tratos secretos entre los populares descontentos y

el nuevo Virey, empezaron á abrir camino á un arreglo, y áun se cruzaron proposiciones no desatendibles. Aquellos pedian la ocupacion de uno de los castillos, la intervencion en la eleccion de autoridades, y la facultad de enviar embajadores al Papa, bajo cuya proteccion se habia de hacer el ajuste. Este contestaba que el pueblo ocuparia los muros y puertas de la ciudad, y conservaria el torreon de Cármen; que intervendria en el nombramiento de funcionarios públicos, exceptuándose el de Virey, el de general de la armada y el de gobernador de los castillos; y que podria enviar comisionados á Roma. Pesábanse secretamente estas demandas y estas concesiones, cuando algunos favorables sucesos vinieron á reforzar el prestigio del Príncipe austriaco. Pues si tuvo el descalabro de que las galeras *San Francisco de Borja* y *Santa Teresa* fueron entregadas al pueblo por las chusmas que se rebelaron y asesinaron á los cómitres y oficiales de mar; el príncipe de Roca-romana sorprendió y derrotó á Papone, libertando de su pesado yugo la Tierra de Labor, y restableciendo la comunicacion entre Capua y Gaeta; y el duque de Bovino en un reñido encuentro destrozó á Pastena, en el momento que marchaba á apoderarse sin dificultad de Castelamare y de Torre de la Anunciada (1).

Estas ventajas adquiridas por las armas reales consternaron á los rebeldes. Y viendo que no estaban contrapesadas con la toma de Aversa, pues que no se habia remediado con ella el hambre de la ciudad; y reconociendo ya todos el error de haber rechazado los socorros de la armada francesa, fué universal el despecho y el abatimiento. Aprovecháronse grandemente de él el villano Genaro Annese, los ardientes partidarios de la soñada república, y los afectos á la paz á toda costa y á los españoles. Reuniéndose, como siempre acontece en ciertas circunstan-

(1) De Santis.—Comte de Modéne.

cias, los distintos partidos, pequeños aunque opuestísimos entre sí, para destruir al dominante: lisonjeándose cada cual de que quitado el estorbo, supeditara luégo á los otros sus aliados, triunfando sus ideas y sus peculiares intereses. ¡Error gravísimo y comun en todas las disensiones civiles!

El duque de Guisa, llena la cabeza de viento, confiado siempre en sus propios recursos, y abandonado en brazos de infames favoritos, era el único en Nápoles que no conocia los peligros de la situacion, y creyéndose con más fuerzas de las que realmente tenía, y contando siempre con el prestigio de su nombre, sin ver que andaba ya por tierra, determinó una embestida general y simultánea á todos los puntos de la ciudad ocupados por los españoles: jactándose de que en un momento y de un golpe iba á apoderarse de toda ella. Opúsose á este descabellado proyecto el baron de Módena, que aunque ofendido y desairado por su Príncipe, persistia á fuer de leal en aconsejarle, y le manifestó con sólidas razones, que la operacion era de éxito muy dudoso, y que lo que convenia era estrechar á Capua, y apoderarse de ella á toda costa. Pero el presuntuoso mancebo despreció sus avisos y preparó el ataque, sin recatar de nadie su plan, ni reservar las instrucciones dadas á los distintos jefes que debian ejecutarlo. En lo que el Príncipe-virey tuvo lugar de prepararse, de reforzar los puestos y de asegurar el éxito para sus banderas.

Dispuesto todo á medida del capricho del Duque frances, que recibió de refuerzo para aquella jornada un número inmenso de bandidos que vinieron á su llamamiento, y de los restos de las tropas del derrotado Pastena, señaló el dia 12 de Febrero para el ataque general. Repartió la masa de tropas populares, no mal organizadas, en divisiones de dos y de tres mil hombres, mandadas por los jefes más expertos y animosos, quedándose él con una numerosa y

escogida reserva en San Lorenzo. Prontas las columnas en sus puestos respectivos, y bien aleccionados los jefes, se dió la señal de arremeter, y cada una por el camino trazado de antemano se arrojó denodada sobre el puesto español cuya expugnacion le estaba encomendada. Con lo que fué en un momento general el combate por toda la ciudad. Duró todo el dia y gran parte de la noche furioso y encarnizado. Y aunque el órden y el ímpetu de la acometida hubiera honrado al ejército mejor disciplinado y más valeroso, la defensa fué tan resuelta y gallarda que ni un solo puesto donde ondeasen las enseñas españolas fué ganado por el pueblo (1). Y siendo tan desigual el número de los defensores, que cada uno de ellos tenía que pelear á la vez con diez asaltantes, quedó la victoria por las armas del Rey; siendo increible el destrozo de las masas populares, que dos, cuatro y seis veces volvian como perros rabiosos á las estacadas y parapetos, inexpugnables por el esfuerzo heroico de los españoles. Pues lució tanto aquel tremendo dia, que el mismo baron de Módena, sobrio en elogiarlos, dice en sus Memorias como testigo de vista: «El valor de los españoles adquirió muchos grados de gloria en tan importante jornada.»

Dia de luto y de consternacion fué para la angustiadísima ciudad el que siguió á tan horrenda matanza. Sangre, y sangre napolitana, corria por los arroyos de las calles; y lágrimas amargas por los rostros de sus habitadores. Cuál buscaba al amanecer, entre los montones de muerto horrendamente heridos y mutilados, el cadáver de un padre; quién el de un hijo ó un hermano; aquella el de un esposo ó un amante; otros los de sus amigos y protectores; y todo era confusion y despecho, y los alaridos de las viudas, de los huérfanos, de los ancianos, resonaban en aterradora armonía.

(1) Comte de Modéne.—De Santis.

Furioso el duque de Guisa, culpando, con bien poca razon, de cobardes y de traidores á los jefes de las columnas, recorrió á caballo la ciudad, oyendo en toda ella gritar á los afligidos grupos: «*Paz, paz queremos*;» y no pocas veces ni en pocas partes: «*Viva el rey de España*.» Exclamaciones que le pintaban el estado de los ánimos, el abatimiento de las turbas y el deseo general de reposo á cualquiera costa. Y para aumentar la desesperacion de Nápoles y completar el dia, los bandidos que habian venido á tomar parte en tan desastrosa faccion, y que pasaban de cinco mil, pidieron descaradamente la recompensa ofrecida. El Duque, por contentarlos, no pudiendo cumplir su oferta, les dió una escasa suma de dinero, con lo que, enojados aquellos facinerosos, aprovechando del luto y desfallecimiento general, atacaron y saquearon ántes de salir de Nápoles el barrio de San Antonio, sin que nadie se lo pudiese estorbar (1).

Nuevas proclamas del Duque y nuevos esfuerzos de sus partidarios calmaron poco á poco tan aflictiva situacion; renacieron esperanzas del pronto regreso de la armada francesa, suponiendo que habia ido á la isla de Elba á recoger unas tropas de desembarco. El bandido Papone volvió á aparecer en las inmediaciones de Capua, repuesto de su derrota. Y un numeroso cuerpo rebelde, mandado eventualmente por un frances aventurero, consiguió una señalada victoria, sorprendiendo otro de tropas napolitanas leales, mandadas por el marqués de Salsa, el de Buonalbergo, D. Pedro Spínola y otros caballeros que pelearon como buenos y murieron desastradamente. Tantas ventajas animaron mucho á los populares, haciéndoles olvidar la pasada rota, y trataron de apoderarse por inteligencia del importante puesto de Pizzo-Falcone. Pero fueron descu-

(1) De Santis.—Comte de Modéne.

biertos los agentes de la trama, y ahorcados inmediatamente.

Aclarado un poco el horizonte, y tranquilizado algun tanto el espíritu público, insistieron los partidarios de la república en que no fuese esta una mentira, y en que se organizase como tal el Estado, saliendo del de confusion en que se hallaba, y que creian ser la causa de tanta alternativa y de tan poca consistencia. El duque de Guisa, viéndose estrechado de cerca, esquivó las exigencias de los republicanos, y fomentó un partido contrario que se opusiese abiertamente á ellas. Con lo que llevó con su prudencia habitual las cosas casi á punto de rompimiento. Pues en la plaza del Mercado y en otros sitios de la ciudad hubo serios disturbios en que sonaron encontrados los gritos de *viva la República*, *viva el duque de Guisa*; dando la contienda ocasion de que con buen agüero llenasen tambien el aire las voces de *vivan la paz y el Rey de España*. Y por último, el Duque, para terminar aquel desórden fomentado por él mismo, pero que no giraba tan en su provecho como habia creido, manifestó que queria organizar debidamente el gobierno republicano; arboló una bandera que por un lado tenía sus armas y por otro las iniciales S. P. Q. N.; nombró una comision para trabajar el proyecto de Constitucion y la forma que se habia de dar al Senado; y acuñó moneda con su busto, y el sello y leyenda de la República napolitana (1).

(1) De Santis.—Comte de Modène.—Capecelatro, MS.

CAPÍTULO XXIV.

El Sr. D. Juan de Austria, con grande tacto y discrecion, aprovechaba las circunstancias todas que debian apresurar el favorable desenlace de aquel sangriento y prolongado drama. Logró, como era de esperar, ausente el duque de Arcos, atraer de nuevo al arzobispo Filomarino. Y haciéndole olvidar pasados resentimientos, le obligó á poner de nuevo el peso de su influencia en la balanza. Estrechó relaciones con Genaro Annese, acaloró á Vicente Andrea y á los republicanos, y dió oportunas instrucciones á los *Capas-negras*. Con todo lo cual adelantó muchísimo en el camino de las negociaciones; y con tanto recato, habilidad y circunspeccion, que nada, nada pudo traslucir ni sospechar el ligero y atolondrado duque de Guisa: formando ciertamente un contraste singular el carácter de los dos príncipes.

Cerca estaba, pues, el triunfo que merecian los españoles por su constancia en mantenerse firmes contra los embates de la fortuna, cuando vino á reemplazar á D. Juan en el cargo de virey, que interinamente y con tanto acierto desempeñaba, el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y de quien ya hemos hecho honorífica mencion.

Alarmado el gabinete de Madrid con la noticia de la, aunque saludable, ilegal deposicion del duque de Arcos, juzgándola con harta razon de peligroso ejemplo, por más que hubiese recaido la suprema autoridad en tan leal y generoso príncipe, hijo predilecto del Soberano, se apresuró

sábiamente á enviar un virey con nombramiento real. Dudóse en la corte sobre la eleccion, y áun hubo en el Consejo quien desacertadamente propuso al duque de Medina de las Torres, ya conocido y muy poco amado de los napolitanos; pero afortunadamente recayó en el conde de Oñate. Eleccion feliz, pues este personaje habia con su sagacidad y entereza ganado en Roma mucho crédito, aumentando en muchos quilates el buen nombre que heredó de su padre, famoso por los importantísimos servicios que habia prestado en Alemania, ya descubriendo y contrarestando la conjuracion de Walstein, ya deshaciendo los atrevidos planes del esforzado Gustavo Adolfo. Recibió, pues, su nombramiento en Roma, avisó de él al Sr. D. Juan, y el 2 de Marzo de 1648 llegó á Nápoles con cinco galeras, dinero, municiones, y aunque poca alguna gente de refuerzo. Desembarcó en el arsenal, saludado por la artillería de los castillos y combatido por la del torreon del Cármen, cuyos tiros le mataron dos galeotes del esquife al momento de tocar en el muelle (1).

El Sr. D. Juan de Austria, como generoso príncipe, honrado caballero, reverente hijo y leal vasallo, acató las órdenes de su Rey y la voluntad de su padre, sin el menor descontento, despojándose gustoso de un mando que ejercia, no legalmente, sino por la fuerza indeclinable de las circunstancias. Y lo entregó sin titubear y sin reserva al que venía en toda regla á ejercerlo. Y para que lo hiciera con más acierto y mejor servicio de la corona, puso en sus manos todos los hilos de las negociaciones secretas, y le instruyó lealmente del estado de los negocios, dándole además muy sesudos é importantes consejos. A lo que el Conde correspondió como debia á tan franco proceder, elogiando mucho la conducta observada por el Príncipe en los dias que habia gobernado el reino, y siguiendo sus

(1) De Santis.—Comte de Modéne, MS.—Capecelatro, MS.

mismos pasos, no ejecutó en lo sucesivo nada importante sin tomar ántes su beneplácito.

Reconoció personalmente el nuevo Virey los castillos y puestos fortificados de Nápoles; circuló proclamas y ofertas de completo olvido por la ciudad y por las provincias; se puso en comunicacion con las capitales subalternas del reino, y con todas las fortalezas mantenidas por las armas del Rey; envió oportunas órdenes y acertadas instrucciones á las columnas volantes que cruzaban el país todo; socorrió con hombres, municiones, vituallas y dinero las plazas de Capua y de Gaeta; estrechó relaciones con Genaro Annese y con los *Capas-negras;* animó con cartas y honrosos mensajes á los nobles que peleaban y sostenian el nombre español en sus feudos, y á los que estaban más inmediatos les rogó viniesen, como lo verificaron, á la ciudad para reforzar su guarnicion.

Desconcertado el duque de Guisa con la actividad increible del nuevo Virey, y por la facilidad y acierto con que organizaba sus recursos, empezó á sospechar que tenía minado el terreno que pisaba. Pero en lugar de conocer que le perdian sus nuevos favoritos y su poca circunspecta conducta, se entregó más y más en brazos de ellos, y aumentó más y más los escándalos. Llegando á tal punto de ceguedad, que como el baron de Módena, á pesar de verse en desgracia, sólo arrastrado de su buen celo por aquel ingrato Príncipe, le rogase que mirara por sí y por su reputacion, se indignó tanto que lo mandó prender, lo encerró sin comunicacion, y dispuso que se le formase causa por una comision militar creada expresamente (1). Este arbitrario é injusto proceder con militar tan valiente, tan entendido y tan estimado de todos, y algunas muertes violentas que mandó dar á personas de gran valía entre el populacho, y los desórdenes de su vida privada, acabaron

(1) Comte de Modéne.

de disgustar completamente áun á sus más ciegos partidarios. Llegando á ser ya tan poco respetada su persona y acatada su autoridad, y á hacerse el servicio de tan mala gana, que algunos puestos de los más importantes de la ciudad quedaron algunas noches completamente abandonados.

No dejó de aprovechar este resfriamiento por el Príncipe frances el villano Genaro Annese. Pues se salia á caballo de su guarida para concitar contra él los barrios del Lavinaro y de la Congeria. Mas el Duque, que al cabo era valerosísimo y jamás recataba su persona, voló á atajar el desórden y á reprimir la osadía del arcabucero, que viéndose sorprendido y descubierto huyó cobardemente á esconderse en su torreon. Este acontecimiento, el haber sido ahorcados despues de padecer tormentos espantosos los fautores y cabezas de dos conspiraciones republicanas que se descubrieron, y la voz esparcida con oportunidad de que de un momento á otro volvia la armada francesa con fuerzas muy considerables, restablecieron algun tanto la opinion y autoridad del duque de Guisa, dando vida á nuevas esperanzas. Y algunas ventajas conseguidas por Papone en las márgenes del Volturno, y por Pastena cerca del puente de Scafati, reanimaron el aliento del populacho.

El duque de Guisa, ó porque efectivamente esperase socorros, si no de la armada francesa, de algunos bajeles que le pudieran enviar sus agentes particulares; ó por dar á entender que los esperaba, quiso asegurarse de un buen fondeadero, como era indispensable en estacion tan cruda. Y discurrió en mal hora apoderarse de la isla de Nisida, que colocada detras de la punta de Posilipo, ofrece abrigo á embarcaciones de poco porte. Defendíala un castillejo con escasa guarnicion española. Trató de ganar á ésta con dinero, y viendo rechazadas sus ofertas, determinó acometer la isla. Y lo verificó saliendo con corto aviso de Nápoles, al frente de unos cinco mil hombres, disponiendo que

le ayudasen cuantas barcas de pescadores pudo armar y fortalecer convenientemente (1).

El conde de Oñate, que acechaba, para aprovecharse sin dilacion, todos sus desaciertos, viéndolo ocupado en aquella inoportuna empresa, pensó inmediamente en hacer una salida de los castillos, publicando la paz, pero dispuesto á la guerra si hallaba resistencia en el pueblo. Reunió inmediatamente un consejo de guerra presidido por el señor D. Juan de Austria, y consultó con él la operacion, confesando que era osada y que podia ser de gravísimo riesgo. Acostumbrados todos los concurrentes á la paciencia ejemplar y nimia circunspeccion del duque de Arcos, y empapados en sus máximas, creyeron imprudente y demasiado arrojada la determinacion. Pero el príncipe D. Juan, cuyo ánimo generoso no estaba muy satisfecho con tanta espera, y el anciano D. Dionisio de Guzman, de genio pronto y arrebatado, é inteligentísimo en el arte de la guerra, defendieron el proyecto del Virey con tanto calor y con tan poderosos argumentos, que decidió al cabo el consejo su ejecucion (2).

(1) De Santis.—Comte de Modéna.
(2) De Santis.

CAPÍTULO XXV.

Sin pérdida de tiempo combinó su plan el activo conde de Oñate. Circuló las órdenes necesarias con el mayor recato, y dió las instrucciones convenientes con la mayor reserva. Y aprovechando el oportuno socorro llegado de España, en una galera de Sicilia, de quinientos buenos soldados al mando del valeroso maestre de campo D. Alonso de Monroy, decidió la jornada.

Reforzado el castillejo de Nisida, reconocidos los puestos militares de los rebeldes, y puesto de acuerdo con los *Capas-negras* y con los jefes populares ganados de un modo ó de otro, ántes de amanecer el memorable dia 6 de Abril de 1648 puso el determinado Virey sobre las armas todas las tropas disponibles, españolas, napolitanas y tudescas, que formaron una columna de poco más de tres mil hombres. El denodado D. Juan de Austria fué de los primeros en acudir á caballo. Y como el conde de Oñate le rogase que no saliera del castillo ni aventurara su persona en aquella jornada, en que podia ser grande el riesgo y el éxito dudoso, le contestó resuelto y como verdadero príncipe, que porque lo consideraba así, no dejaria de hallarse en ella y de hacer lo que á su alto nombre convenia. Llegada la hora y dada la señal, marchó la fuerza unida al puesto de San Sebastian. Y de allí partiendo á un mismo tiempo las distintas divisiones que debian atacar simultáneamente los puestos populares, se dió glorioso principio á la reconquista de la ciudad.

El maestre de campo Caraffa, con ciento sesenta españoles y cincuenta napolitanos, tomó la puerta de Alba y los baluartes de la de Constantinopla, encontrando escasa resistencia. Y fué á reunirse á la plaza del Almirante con D. Diego de Portugal, que la habia ocupado con trescientos españoles, para sostener al capitan Vargas, que entró en el alojamiento del duque de Guisa arrollando su guardia. El puesto de Sant-Anello fué acometido vigorosamente y tomado por el maestre de campo Gennaro con cien españoles, cien walones y doscientos tudescos. El marqués de Torrecusa se encargó con un peloton de veteranos y de oficiales excedentes de atacar la Vicaría, como lo ejecutó con felicidad; y detras de estas columnas, que á un mismo tiempo obraban, sostenidas por otras que las seguian de cerca, salió la caballería mandada por el general Tuttavilla, llevando á sus órdenes al marqués de Peñalva, á don Alonso de Monroy, al príncipe de Torella y á otros nobles napolitanos. Y ya se dividia para sostener los ataques, ya se reunia en las plazas, segun convenia al plan propuesto ó lo exigian las circunstancias. Mandaba la retaguardia el Sr. D. Juan de Austria, cercado de una escolta de nobles napolitanos á las órdenes del duque de Andria, y llevaba consigo el tercio de Viedma y la caballería del país, dividiéndose ó reuniéndose esta fuerza oportunamente segun convenia al éxito de la operacion ó lo exigia el terreno. Y detras con la reserva marchó el Virey, conde de Oñate, con la caballería borgoñona y algunos arcabuceros españoles escogidos. Acompáñabanle los generales Guzman, Batteville y Visconti, con otras personas de importancia. Y acudia con actividad é inteligencia á donde era menester.

Ni uno solo de los puntos embestidos pudo resistir el ímpetu de nuestras tropas. Y dejando en los más importantes un piquete que los custodiase, sin perseguir á los fugitivos, sin ensangrentarse en los vencidos, volvieron á reunirse las fuerzas en tres columnas, para atravesar la

ciudad y caer á un tiempo sobre la plaza del Mercado y el barrio del Lavinaro, pues las turbas populares que habian sido desalojadas con tanta facilidad, se habian refugiado en aquellos puntos, donde rehechas y engrosadas con todos los habitantes de ellos, se disponian á arrancar á los españoles la hasta entónces tan fácil y rápida victoria.

El cardenal Filomárino, que aunque habia cooperado á las últimas negociaciones, lo habia necho con frialdad y corto empeño, sabiendo que el Virey y el Príncipe estaban reconquistando tan fácilmente la ciudad, al frente de un puñado de soldados, y que pasaban con sus columnas vencedoras cerca de su palacio, salió á pié y en ropa de casa á su encuentro, para felicitarlos y ofrecerles su cooperacion. Acogiólo el Conde con muestras de gran respeto y de atenta cordialidad. Y disponiendo le trajesen al proviso sus vestiduras de ceremonia, y dándole un caballo dignamente enjaezado, que llevaba de respeto, lo puso al lado del Príncipe, continuando la marcha hácia la plaza del Cármen (1).

A medida que se acercaba el rumor de las tropas vencedoras, se enfriaba el ardor de las aún respetables masas, que aunque en desórden y con la confusion propia del caso, podian haber hecho una obstinada defensa. Solo Mateo Amore osó adelantarse al encuentro de las columnas con unos cuantos valientes, pero pagó con la vida su temeridad. Lo mismo acaeció á Pedro Longobardo en el barrio del Puerto, donde opuso á las fuerzas españolas una obstinada resistencia. Estos últimos descalabros acabaron de desanimar al pueblo, y á media mañana las escasas tropas del Rey eran dueñas de toda la ciudad, sin más pérdida que la de diez hombres. Tan escasa fué la resistencia que encontraron. Pues por todas partes, al grito de *viva el Rey, viva la abundancia, no más gabelas*. caian las armas

(1) De Santis.

de las manos de los rebeldes, y se poblaban las calles, balcones y azoteas de alegre gentío, que repetia agitando en el aire blancos pañuelos: *viva la paz, viva el Rey de España.*

Solo quedaban ya en poder de la rebelion San Lorenzo, puerta Nolana y el torreon del Cármen. Envió el Virey dos destacamentos á apoderarse, como lo lograron sin dificultad, de los dos primeros puntos. Y puso todo su conato en apoderarse lo más pronto posible del tercero, que era el verdaderamente importante. Reunió las fuerzas todas, no dándole ya cuidado los barrios bajos. Y encargó al príncipe D. Juan que las llevase sin detenerse á la plaza del Mercado, miéntras él con algunos arcabuceros escogidos y caballos á la ligera recorria y aseguraba las avenidas de las calles laterales, y se apoderaba de paso de algunos puestos de poca importancia, y cuerpos de guardia que podian aún servir de puntos de reunion á los desesperados. Y se llevó consigo al Cardenal-arzobispo para asegurárselo, conferenciando con él sobre el modo de restablecer completamente la tranquilidad, despues de afianzada la victoria.

Sin oposicion ni contratiempo alguno llegó el Sr. D. Juan de Austria á la plaza del Cármen, donde pálido y temblando salió del convento y se arrojó á sus piés el nuevo electo del pueblo. El que oyendo en los benignos labios del Príncipe las palabras consoladoras de *perdon y olvido de lo pasado*, se animó algun tanto, le besó la mano, y tomando un caballo lo siguió en silencio. Vinieron muy pronto el Virey y el Arzobispo, y extrañando que no se hubiese ya presentado Genaro Annese, y advirtiendo que el torreon daba muestras de ponerse en defensa, enviaron un oficial de energía á entenderse con el maestro arcabucero. Éste consternado le dijo, que pues se hallaba allí el cardenal Filomarino, deseaba tratar con su Eminencia. Diósele gusto, por evitar inútiles desgracias, y entró el Pre-

lado sólo en el torreon. Y no tardó en salir dejando convencido á aquel hombre soez, pero todavía temible, de que rendir y entregar la fortaleza inmediatamente era lo que le cumplia. Envió el Virey á D. Cárlos de Gatta á posesionarse de ella. Pero el pérfido Annese con su gramática parda, mostrándose muy solícito en enterarle menudamente de las armas, víveres y municiones que estaban allí almacenadas, retardaba visiblemente la entrega. Con lo que cansada la paciencia del Virey, que se habia apoderado entretanto del convento, mandó arrimar dos petardos á la puerta del torreon (1). Su estruendo y el efecto que produjeron aterraron á Genaro Annese, y salió pálido, trémulo, miserable á presentar las llaves de la fortaleza al Príncipe español. Acogiólo D. Juan con benignidad, manifestándole con el ademan y con las palabras que lo perdonaba. Y como aquel villano aún continuase dando muestras de terror y de desconfianza, le gritó S. A. con enfado: «*Por vida del Rey, mi Señor, álcese y no dude de que está perdonado* (2).» D. Cárlos de Gatta fué en el acto nombrado gobernador del torreon, y quedóse en él con dos compañías escogidas de españoles, y algunos artilleros alemanes.

Enarbolado el estandarte real en la ciudadela de la rebelion, la capital toda estaba en poder del Virey, cuya osada empresa habia completamente coronado la fortuna. Sólo restaban dos cosas: asegurar completamente la victoria, y dar gracias al Todopoderoso. Para lo primero envió el conde de Oñate al general Tuttavilla y al valeroso don Alonso de Monroy, con fuerzas escogidas, á ocupar las alturas del Vómero y las marinas de Chiaja, para impedir al duque de Guisa la vuelta á la ciudad. Para lo segundo, don Juan, á la cabeza de las tropas vencedoras, se dirigió á la catedral. Cantóse allí un solemne *Te Deum*, con gran con-

(1) De Santis.—Comte de Modéne.
(2) De Santis.

currencia. En seguida dió el Príncipe un paseo triunfal por las calles principales, colgadas y adornadas ricamente, y puestos de trecho en trecho retratos del Rey, vitoreado sin cesar por un inmenso gentío. El historiador De Santis, testigo de vista, refiere con estas palabras, que traducimos del italiano, tan inesperada escena: «Era cosa increible el »ver cómo lloraban de ternura y de alegría, hombres, mu»jeres, jóvenes, viejos, ricos y pobres. Y abrazarse amigos »y enemigos, habitantes y forasteros, sin rencor de los »pasados robos y recientes violencias... Parecia que no »habia más que una voluntad: la de gozar la paz tantos »meses deseada.» El baron de Módena la refiere tambien casi en los mismos términos.

Entre los sonoros aplausos de la muchedumbre alborozada llegaron á palacio el Príncipe, el Virey y el Cardenal, seguidos y acompañados de los generales y consejeros, de los señores napolitanos y de los jefes populares que ó se habian rendido á tiempo, ó habian contribuido á la feliz pacificacion. Las tropas se retiraron á los cuarteles y castillos, desbaratando ántes las trincheras y empalizadas de los puestos populares. Gruesos retenes quedaron en los más importantes, y numerosas patrullas se derramaron por la ciudad, con órdenes terminantes de observar la más estrecha disciplina, y con pena de muerte para el soldado que molestase en lo más mínimo á los habitantes.

El estruendo de las salvas, el rumor de las aclamaciones populares, y el rimbombe de las campanas, avisaron al Duque de que algun suceso de mucha importancia ocurria en la capital, y levantando el campo, trató de regresar á ella inmediatamente. A pocos pasos llegaron confusas nuevas de lo ocurrido, pero que no dejaban duda del completo triunfo de los españoles. Y vióse el Duque frances en la momento abandonado por las fuerzas populares que acaudillaba. Resolvió entónces seguido de algunos caballeros dirigirse á Aversa, para ponerse á la cabeza de las tropas

que amagaban á Capua, y hacer con ellas el último esfuerzo.

Pero al anochecer llegó allí ántes que él la noticia exacta de lo ocurrido en Nápoles, y aquel ejército popular, ya muy indisciplinado y desobediente por la falta de pagas, se dispersó en cortos instantes. Informado de todo D. Luis Podérico, y temiendo la fuga del Duque al Estado romano, derramó su caballería por la frontera para cortarle el camino.

El desgraciado Príncipe, perseguido y cercado por todas partes, y no sólo ya por sus enemigos, sino tambien por sus propios soldados y por los villanos de la comarca, que pocas horas ántes lo vitoreaban y obedecian, trató valerosamente de abrirse camino con la espada. Pero herido su caballo y estrechado de cerca por el bizarro Visconti, teniente de la compañía de corazas de D. Diego de Córdova, se entregó prisionero. Y fué conducido á Capua con diez caballeros franceses, que como buenos no le abandonaron. Recibiólo allí cortésmente el general Podérico; púsolo á buen recaudo, y dió aviso al Virey. Dos dias despues fué conducido á Castelvolturno, y de allí al castillo de Gaeta, donde el severo conde de Oñate quiso cortarle públicamente la cabeza. Mas el Sr. D. Juan se opuso hasta recibir órdenes del Rey. Así se hizo, y á pocos meses vino la de que fuera el Príncipe prisionero á España, donde no tardó en recobrar su libertad (1).

Con gran rapidez se extendieron las noticias de lo ocurrido en la capital, y de la prision del duque de Guisa, por todas las provincias del reino. En todas ellas cesaron al punto los horrores de la guerra. Y todas despacharon comisionados á Nápoles para someterse á la autoridad del Virey, é implorar la clemencia del príncipe D. Juan.

(1) De Santis.—Comte de Modéne.—M. Marie Tourge-Lordan.—Capecelatro, MS., y otros autores.

Y aunque despues de trastornos tan complicados como habian agitado aquel vigoroso país, era difícil restablecer pronto y de un golpe la calma y el reposo, la entereza del conde de Oñate, templada acaso por la benignidad de don Juan, y la prudencia, sagacidad y tacto de ambos, restablecieron en pocos dias el imperio de las leyes y el órden público, borrando pronto hasta las huellas y rencores de tan calamitoso período.

No cumple ya á nuestro propósito referir que algunos dias despues, habiendo momentáneamente aparecido a la entrada del golfo la armada francesa, se descubrió una conjuracion de poca importancia, que costó la cabeza al turbulento Genaro Annese. Ni cómo el activo conde de Oñate aseguró el Estado de Nápoles, desalojando gallardamente á los franceses de la isla de Elba y de las costas de la Toscana. Ni tampoco que mucho tiempo más adelante el atrevido duque de Guisa volvió, sin éxito, á dejarse ver en las playas de Castelamare. La sublevacion napolitana, que nos propusimos referir, empezó el 15 de Julio de 1647, y terminó, cansada de sus propios esfuerzos y vencida por la perseverancia española, el 6 de Abril de 1648; corto período en que manifestaron los napolitanos un valor fabuloso, y á veces una ferocidad inaudita; y los españoles una constancia heroica.

El primitivo objeto de aquel movimiento popular, esto es, el de la abolicion de las gabelas, quedó conseguido; aunque á costa de un mar de sangre y de pérdidas incalculables, que hicieron, como siempre acontece en tales casos, mucho más doloroso y terrible el remedio que la enfermedad.

El anhelo de emancipacion y de independencia que nació en el curso de la conmocion, aunque noble y generoso fué tan inoportunamente concebido, y por tan malos medios, y por tan impotentes manos encaminado, que no podia tener efecto. El cielo en sus inescrutables decretos

tenía guardada la emancipacion é independencia del reino de Nápoles para un siglo despues, y de un modo más tranquilo, legítimo y conveniente, que afianzara bajo el cetro de un gran príncipe de la casa de Borbon su grandeza, su gloria y su estabilidad.

FIN.

APÉNDICE

CON LOS DOCUMENTOS QUE SE CITAN EN ESTA HISTORIA:
UNOS COPIADOS DE LOS ORIGINALES,
Y OTROS DE LOS PUBLICADOS EN RELACIONES DE AQUEL TIEMPO.

APÉNDICE.

NÚMERO I.

Napoli parrocchia di Santa Catarina in Faro Magno. Libro XII de battezzati, folio 44 al rovescio, numero progressivo 174: a 29 Giugno 1620.

Thomas Aniello figlio di Cieco d' Amalfi et Antonia Gargana é stato battezzato da me D. Giovanni Matteo Peta, et levato dal sacro fonte da Augustino Monaco, et Giovanna de Lieto, al Vico Rotto.

NÚMERO II.

Emmo. y Rmo. Señor mio:

El fidelísimo pueblo de esta fidelísima ciudad me ha suplicado la confirmacion de sus privilegios, y atendiendo al afecto y sumo amor con que en todas ocasiones se ha señalado en el servicio de S. M., he venido en su peticion y en hacerle merced de despacharle privilegio en forma cancillérica, y porque me ha hecho instancia que para mayor autoridad se publique por V. Ema. en forma pontificia, suplico a V. Ema. me haga esta merced, y al pueblo este consuelo, que será para mí de particular estimacion.

Dios guarde á V. Ema. muchos años, como deseo. Datum 6 de Julio de 1647.

El privilegio se queda despachando, y lo llevarán á V. Ema. los del fidelísimo pueblo.

De V. Ema. Rma. mayor servidor.—El duque de Arcos.

Privilegio á que se refiere la carta anterior.

Philipus Dei gratia Rex, etc. D. Roderico Ponce de Leon duca d' Arcos, etc.

Noi con perpetuo privilegio concediamo al fedelissimo popolo di questa fedelissima città di Napoli, che siano estinte e abolitte tutte le gabelle et impositioni poste nella città di Napoli, e nel regno dal tempo dell' Imperador Carlo V di fel. nem. fin á quest' hora: e di più indulto generale di qualsivoglia delitto d' ogni sorte commesso dal principio della presente revolutione fin à quest' ultimo punto, com' anche d' ogni delitto, e inquisitione passata, etiam con non havere remisione di parte, dando tempo quattr' anni d' accaparla, etc. Dat. nel. Castel Nuovo 10 Giulio 1647.—El duque de Arcos.

NÚMERO III.

Emmo. y Rmo. Señor mio:

Las nuevas desconfianzas del pueblo con el accidente del duque de Magdalon, me tienen en sumo cuidado, porque no deseo otra cosa que la satisfaccion del pueblo y ajustamiento de la ciudad, hame parecido decir á V. Ema. que si hubiere á las manos algunos de los bandidos, le entregue en manos de la fidelísima ciudad, y cualesquiera otros que nos perturben la quietud. V. Ema. se sirva de que pase esta noticia, y de mandarme avisar lo que se ofrezca, y cómo se halla V. Ema., cuya Emma. persona guarde Dios por muchos años.—Palacio 10 de Julio 1647.

Avíseme V. Ema. de lo que haya hecho, ordenado y ajustado; porque mi ánimo es y será cumplir cuanto he ofrecido á la fidelísima ciudad de parte de S. M. y mia.

Señor mio: Dejóme maravillado este caso, y ofrezco á V. Ema., por vida del Rey, que cualquier bandido ó persona de estas que yo pueda haber á las manos, enviarla he á las del fidelísimo pueblo, á quien quiero desengañarle de que yo deseo la quietud.—De V. Ema.—El duque de Arcos.

NÚMERO IV.

Emmo. y Rmo. Señor mio: Por mano de V. Ema. se han ajustado las pretensiones de este fidelísimo pueblo de Nápoles, y yo le he concedido el privilegio que me ha pedido, despachado en toda forma, y le he entregado el del señor emperador Cárlos V, y de nuevo apruebo y ratifico todo lo que contiene, así el privilegio de la Cesárea Majestad, como el que en nombre de S. M. he despachado, y que se comprenda en el indulto, no solamente lo hecho hasta ahora y tiempo que le envié á V. Ema., sino lo que despues acá se ha obrado, y castigaré con toda severidad á los bandidos que hubieren sido llamados por cualquier persona, y con mayor rigor á los que los hubiesen convocado, como perturbadores de la paz pública. Y viendo que se dilata la conclusion de este negocio y que crecen por instantes los inconvenientes, he querido representarlo á V. Ema., para que como padre de toda esta ciudad, se sirva de dar á entender á este fidelísimo pueblo cómo de esta dilacion puede resultar que los enemigos de S. M. tomen ocasion para inquietar este reino, y sembrar dentro de esta ciudad nuevas disensiones, cosa que no puede dejar de sentir mucho este fidelísimo pueblo, que siempre se ha mostrado tan celoso del servicio de S. M., y que ahora

lo encamina todo á este fin; y juntamente se servirá V. Ema. de decirle, que todos los daños que se siguieren de no tomar luégo esta resolucion, así en esta fidelísima ciudad como en su reino, al servicio de Dios, al del Rey nuestro señor, á los templos, á los ciudadanos, mujeres y niños inocentes, todo correrá por cuenta de los que dilataren el cumplimiento de lo que está ajustado, cuando yo en nombre de S. M. estoy dispuesto á la ejecucion de él, y he hecho por mi parte lo que he podido, para que este fidelísimo pueblo conozca los tiene S. M. por hijos y de los más amados de su monarquía, y yo los trato como á tales y deseando su alivio y quietud. Todo lo pongo en manos de V. Ema., á quien guarde Dios muchos años.—Nápoles 11 de Julio de 1647.

Despues de haber escrito este billete he entendido que V. Ema. no se halla en el Cármen. Suplico á V. Ema. se sirva de volver allí y hablar á este fidelísimo pueblo en la conformidad referida, y procurar darle á entender con su autoridad cuánto conviene ajustar luégo lo concertado, sin dar lugar á dilaciones, que será obra muy digna de V. Ema., á quien no tengo que añadir nada. De V. Ema. Rma. mayor servidor.—El duque de Arcos.

NÚMERO V.

Emmo. y Rmo. Sr.: Quedo con mucho gusto de las nuevas que me trae el maestre de cámara de V. Ema. muy conforme la esperanza que siempre he tenido de ver ajustadas estas materias por mano de V. Ema., á quien se deberá todo, y le suplico continúe la diligencia que hasta aquí ha puesto porque veamos con perfeccion concluido negocio tan grande, y porque no estemos sujetos á que se desbarate tantas veces lo que una vez se ha asentado, será el único remedio que V. Ema. se sirva de asentar firme-

mente con la junta de este fidelísimo pueblo que no se dé crédito á ninguna novedad de las que dijeren, si no fuero por mano de V. Ema., pues yo tampoco creeré ninguna de las que llegaren á mí, sino por el mismo medio.—Dios guarde á V. Ema. largos años. Castelnuovo 11 de Julio de 1647.—De V. Ema. Rma. besa las manos su mayor servidor,—El duque de Arcos.

NÚMERO VI.

Emmo. y Rmo. Señor mio.

El teólogo de V. Ema. me ha dicho que hoy se pondrá en ejecucion por parte de este fidelísimo pueblo lo que está ajustado, y que yo detenga las galeras. Envío la órden inclusa abierta para que se detengan en cualquier parte que se hallaren. Espero que hoy saldremos de este cuidado por mano de V. Ema., á quien vuelvo á suplicar no permita se dilate más, como lo he hecho en el papel que lleva el maestre de cámara de V. Ema., á quien Dios guarde muchos años.—Palacio 11 de Julio de 1647.

De V. Ema. Rma. su mayor servidor,—El duque de Arcos.

NÚMERO VII.

Philippus Dei gratia, etc.

D. Roderius Ponce de Leon, dux civitatis Arcos, Marchio de Zara, comes de Bailen, dominus domus vilæ de Marchena, et Garzia, et in præsenti regno vicerex, locumtenens, et capitanus generalis, etc.

Essendoci stato supplicato per parte del fedelissimo popolo di questa fedelissima città di Napoli la esecuzione delli privilegi, e concessioni fatte dalla felice memoria del re Ferdinando Primo d'Aragona per insino al re Federico,

e depo il spoglio di detto re Federico, della mità de voti alla piazza del popolo, che su promessa la restituzione da Ferdinando il Cattolico, a petizione dell' eletto di quel tempo Alberico Terracina, e questo nell' anno 1506, e sempre per detto popolo si è preteso la restituzione di detta mitá de voti, e che per tale effetto se le dovresse dare ed esibire il propio privilegio originale, ed in caso che non si trovasse, che da noi si procurasse averlo quanto prima da Spagna, e frattanto tutta la città e regno goda detto privilegio in perpetuo con l' infrascritti altri capitoli, che ci sono state presentati per parte del detto fedelisimo popolo, quali sono l' infrascritti, videlicet.

I. In primis questo fedelissimo popolo di Napoli vuole il proprio privilegio originale del re Ferdinando d'Aragona per insino al re Federico e dipoi il spoglio del re Federico, della mitá delli voti alla piazza del fedelissimo popolo, che su promessa la restituzione da Ferdinando il Cattolico a petizione dell' eletto di quel tempo Alberico Terracina, e queste nell' anno 1506, e sempre per detto popolo si è pretesa la restituzione di detta mitá de voti, e se non si trovasse, vadino otto e dieci deputati del popolo a trovarlo, et dato caso, che non si trovasse che sua eccellenza procuri averlo quanto prima da Spagna. Frattanto tutta la città e tutto il regno goda il detto privilegio in perpetuo.

II. Item, che goda la città il perdono generale de crimine læsæ majestatis, etiam in primo capite, quatenus ci fusse incorsa, e cosi d' ogn' altra cosa etiam in persona di sua eccellenza (benchè il popolo intenda non essere in corso mentre sempre ha detto, viva il re di Spagna), dalli sette del presente messe di Giulio per tutto il tempo che si dara esecuzione a questo privilegio, perche detto popolo pretende essere estata tantummodo mossione di gente, figlinoli, o bassi per levamento, ed oppressioni di gabelle; e che li carcerati, che hanno fatto uscire dalle carceri, godano l' istesso indulto, non obstante qualsivoglia altro

ordino che non godessero altro indulto in loro favore.

III. Item, che l' eletto del popolo se faccia per sei mesi in S. Agostino dalla capi dell' Ottine, come concesse Carlo V, in virtù di privilegio, tiene stampato, e non piacendo al popolo detto eletto ne possano fare un altro; e di più se debbiano mutare li capitani di strada, consultari e deputati ogni sei mesi, e che li facci il popolo in S. Agostino: in tutto conforme li capitoli; avvertendo, che da qua avanti per detto eletto non si pessi prentendere confirma dalli capitani, ma dall' Ottine, e che sopra di questo si osservino li capitoli stampati.

IV. Item, che l' etto sopradetto abbitanti voti e voci egualmente quante ne ha tutta la nobiltà, conforme le teneva avanti, che re Federico no lo privase, e se occorrerà moltiplicare le piazze de nobili, se acerescano altre tanto voci al popolo.

V. Item, si per acaso detto privilegio non si trovase, che nessuna gabella stia in piede, ma se levino tutte, tanto per la città quanto per il regno ed anco delle cose spettanti a Moccia, seu al regio Portolano, ed imposizioni, seu alla piaza delli melloni, e ad ogni altra cosa spettante alla città, e che questo abbia effetto.

VI. Item, che lo donativo novamente imposto dal signor duca de Medina si levi, perche nel privilegio di Carlo V non vi è, e se in detto privilegio si fosse se obliga il popolo di darlo, purche non sia nella margine o vero aggiunto; e questo s'intenda per la città, e per tutto il regno; e detto donativo duri per il tempo conforme la stipulazione delli baroni.

VII. Item, che si levino le imposizioni delli sigilli della regia camera della summaria, della gran corte della vicaria, del consiglio delle regie audienze del regno, e per la città; e dette prerogative se abbiano da firmare sotto il sopra eletto privilegio di Carlo V di gloriosa memoria, quando si ritrovasse, da tutto il callatezale e consiglio di

stato; ed anco che si levi il jus dell' ano e mezzo per cento, che si paga nelle sentenze del sacro consiglio novamente intro detto.

VIII. Item, che non si facci dimostrazione alcuna di questo tumulto, sucesso dalli fette del mese di Giulio insino all' infrascritto giorno del presente privilegio, e che sua eccellenza prometta fra termini di mesi tre fare venire la ratifica e confirmazione di S. Maestá per dette prerrogative, e che tutto il convenuto si debbia sculpire in marmo da ponersi nella piazza del Mercato, ed in tutti altri luoghi dove verra il popolo a sua elezione.

IX. Item, che in nessuno altro futuro tempo non si possa mai più ponere nessuna gabella, sua avendo bisogno Sua Maestá, vuole il popolo sovvenirla con la vita, con la roba e quanto hanno.

X. Item, vogliono ancora il popolo, che detto privilegio si stipuli nel luogo, dove eleggerà deto fedelissimo popolo, publicamente con l' eletti nobili, e con quello del popolo firmato da Sua Eccellenza, collaterale e consiglio di stato; e che detta stipulazione si abbia da fare nella chiesa maggiore di Santa Maria del Carmine di questa fedelissima città di Napoli, e che venghi poi la ratifica da Sua Maestra fra detto tempo.

XI. Item, che il Graffiero lo facci il popolo con la nobiltà accettando detto privilegio.

XII. Item, che li delinquenti e contumaci napolitani siano liberi ed indultate da qualsivoglia loro inquisizione e delitti ancorchè non tenessero remissione di parte offese, ma dove sarà necessario, la debbiano procurare fra diece anni di tempo, ancorchè fossero fuorgiudicati di sententia in qualsivoglia tribunale, etiam regie giunte e visite. E tutte le giunte debbiano restare stente, sia che li negozi si trattano nelli tribunali ordinari, e particularmente che restino assoluti, liberi ed indultati tutti l'inquisiti d'interceti e contrabandi e che li carcerati per tal causa siano

subito escarcerati, tanto napolitani quanto forastieri, levando anco tutte le delegazioni, restando in piede quello fatte da Sua Maestà, servata la forma della sua real lettera.

XIII. Item, che le armi non si debbiano levare a detto popolo, insino a tanto che non se sia dato lo exequatur a detti privilegi e capitoli, e che insino che non se li consegnara detto privilegio, non si levino dette armi, ringraziando similmente detto popolo Sua Eccellenza di tal privilegio, accettando detto privilegio.

XIV. Item, che se intendano levate tutte le gabelle, tanto della regia corte, quanto della fedelissima città, non solo quelle importe d'ordine de signori Vicere e Nobiltà, sia anco del popolo, sia che siano manutenuti nella possessione, che al presente si ritrovano, obtenuta etiam per violenza, di non pagare gabella alcuna, così di corte come della città; ed anco tutti nuovi imposti ed imposizioni, che s'esiggono nella Dogana; ma solamente restino in piede quelle che si pagavano nel tempo dell imperatore Carlo V, e qualssivoglia altra, etiam in solutum data a particolari, ed ocorrendo recorrere alli bisogni del re nostro signore, l'abbia da un eludere il modo l'eletto del fedelissimo popolo solamente capitani di Strada e consultori.

XV. Item, che le chiavi dove si conservano li privilegi della città, una di quelle ne abbia da tenere l'eletto del popolo.

XVI. Item, in caso che non si ritrovasse lo privilegio originale, conforme di sopra Sua Eccellenza permetta, che il fedelissimo popolo facci le minute del detto privilegio, e di altre grazie che desidera; che Sua Eccellenza se li concederà per li meriti del detto fedelissimo popolo.

XVII. Item, che l'azioni fatte dal popolo contro chi ha consultato dette imposizioni, ed indebite gabelle, e di chi l'avea affittate, estorquendo ed esigendo quelle con tanta rigurosità in avere abruciato li mobili di quelli; loro in-

pena e che detti tali non possino aver giammai voto nelle cose publiche nell' amministrazione di questa città, e che di qualsivoglia cosa, o delitto per detta causa fatto, non se ne possa pigliare informazione comedi sopra.

XVIII. Item, che nessuno di detti che hanno patito di asserli abruciate le robe, cioè officiali regi, siano suspetti contro chi si fosse trovato abruciare dette robe, tanto per cause civile come criminali.

XIX. Item, che le cose comestibili si possino e debbiano vendere in tutti luoghi publici, non ostante qualsivoglia proibizioni di portolano o altri ministri.

XX. Item, che tutte le contrassise che si faranno alli subditi, etiam à faccia à faccia, non s' intenda altro di pena, che di carlini sette e grana sette.

XXI. Item, che tutti li forzati di galera, che hanno finito il tempo siano liberati subito.

XXII. Item, nel detto indulto generale vada anco compresso Masanello d'Amalfi napolitano, e suoi compagni, li quali marciando verso la torre del Greco con la sua compagnia, accompagnati da molti di Portici á S. Gio; a Teduccio, per incontrare alcune compagnie, che entravano nella città, ed avendone quelle incontrate, si posero dentro la chiesa di S. M. di Costantinopoli in difesa, ed esso Tommaso Anello, e compagni, per averle armi, che portavano detti soldati, fu necessario metere fuoco alla porta della detta Chiesa, e per detto eccesso in detto luogo successo si perdoni ad esso Tommaso Anello e compagni, stante che si è fatto per servizio del publico, e per osservanza dei privilegi, mentre ch'essi non tenevano armi.

XXIII. Item, che non osservandosi detti capitoli e privilegi, volendo il popolo pigliare le armi, non s'intenda rebellione (quatenus ce ne fosse), di nessuna maniera, ma giusta defensione delle ragioni del popolo. Conviene con la prontezza con che sempre ave accudito al servizio di Sua Maestà cattolica fare la presente, con la quale assente-

mo e condescendemo alli suddetti capitoli e dimande, justa loro serie continenzia e tenore. Ita, etc., taliter, che così si osservino ed abbiano il loro debito effetto ed esenzione. Datum Neapoli in regio palatio die 13 mensis Julii millesimo sexcentesimo quadragesimo septimo.

Diego Bernardo de Zufia Reg. Mattias de Casanate Reg. Antonius Caracciolus Reg. Hector Capyecius Latro Reg. Dom. Vicerex. Locumtenens, et capitaneus generalis mandavit mihi Donato Coppola. Il Principe di Satriano. Pompeo di Gennaro duca di Belforte, il principe di Cellammare, D. Garone Capcce Galeota principe di Monteleone, Gio: Tommaso Blanco, il marchese di S. Sebastiano, Francesco Toraldo principe di Massa, Gio: Battista de Mari Marchese di Assigliano, Carlo della Gatta, il Marchese della Torella, Luzio Caracciolo duca di S. Vito. D. Giuseppe Mariconda, Achille Minutalo duca del Sasso, D. Luise Ponze de Leone.

Capitoli, e Grazie aggiante per Sua Eccellenza, concesso a petizione di detto fedelissimo popolo di Napoli.

I. Item, che nella Mastria del governo della santissima Annunciata di Napoli, esercitata cosi dal Mastro, seu governatore nobile, come da quelli della piazza del fedelissimo popolo, possano entrare e concludere li maestri, seu governatori di detto fedelissimo popolo di detta S. Casa, ancorche non intervenga lo maestro, seu governatorè nobile, essendone però di numero, che possono concludere.

II. Item, che il regio protomedico abbia da essere medico nativo napolitano tantum, con l'istesse prerogative, ed emolumenti, che se li davano anticamente.

III. Item, che essendo reintegrato, che li voti, seu voci dell' eletto del fedelissimo popolo siano tanti, quanti quelli di tutte le piazze de Nobili, per questo avendo ogni piazza di Nobili, nel tesoro di S. Genaro, due capellani bullati dal Sommo Pontefice, se ne abbiano dal detto fedels-

simo popolo da eleggere otto altri, che in tutto siano diece, quanti ne hanno detti deputati de Nobili, e che abbiano da essere Preti nativi Napolitani tantum.

IV. Item, che li marinari pescatori, ed altri soggetti alla gran corte dell' Almirante, non abbiano da essere riconsciuti per qualsivoglia causa d' altro tribunale, eccetto che da detta gran corte dell' Almirante assolutamente; e con semplice requisitoria restino alli tribunali recluse le vie di pligliare informazione, conforme all'antichi privilegi di detta gran corte dell' Almirante.

V. Item, che s'intendano anco levati, e sospetti tanto il secretario della vicaria, quanto il jus di detta secretaria, conforme anco saranno levati tutti l' altri sigilli regi; e della secretaria si abbia da esercitare dalli magnifici mastridatti in capite della vicaria, conforme l' antico solito, etiam con li loro sigilli. Dat. Neapoli die 13 Julii millesimo sexcentesimo quadragesimo septimo.

El duque de Arcos.

Diego Bernardo Zufia Reg. Mattias de Casanate Reg. Antonius Caracciolus Reg. Hector Gapyeius Latro Reg. Dominus Vicerex, Locumtenens, et capitaneus generalis mandavit mihi Donato Coppola. Il principe di Satriano, il marchese di S. Sebastiano, il principe di Cellammare, il marchese della Torella, Gio: Tommaso Blanco, Gio: Battista Mari, Carlo della Gatta, D. Giuseppe Mariconda, don Gerone Capece Galioto, D. Luise Ponze de Leone.

NÚMERO VIII.

Il fedelissimo popolo di questa fedelissima città di Napoli avendo inteso, che chi tengono le cisterne dell' oglio, quello vendeno a somma grossa di stara a monasteri, e persone facultose, in grave pregiudizio e danno de cittadini, e

volendo rimediare a tale inconveniente; ordinamo e comandamo a tutte le persone, che tengono cisterne d'oglio, ed altri che vendono a stara, chè da oggi avanti sotto pena di rebelione non debbano quello vendere, se non a bottegari, ed a quelli, che vendono a quarto per Napoli, e volendo comprare a stara, che vengano da noi. Di più ordinamo e comandamo sotto l' istessa pena a tutti li capitani cosi dell'Ottine, come di fanteria, che debbiano provvedere l' artiglierie di facchetti di palle di moschetto, o di cartocci di latta pieni di dette palle, per essere il tiro a corto, dove non serve la palla. E di più si ordina e comanda a tutti li cittadini di qualsivoglia grado, stato e condizione si sia, che da oggi avanti, sonatta un ora di notte, si debbiano trovare alla loro casa, ed accorrendo caso de urgente cessità, come del Santissimo Sacramento, o di figlianze, debbiano farlo intendere al capitano delle milizie, il quali li debba subito dargli soldati sufficienti che l'acompagnino dove sarà necessario. Di più che tutti li soldati delle compagnie de questo suddeto popolo debbano dar l' ubbidienza alli loro capitani, cosi delle Ottine, come militari, e gli altri loro superiori, sotto pena di quatro tratti di corda, o parendo altimenti a detti capitani ed a loro superiori, li bebbano mandare carcerati da noi per ordine di Sua Eccellenza, e del fedelissimo popolo. Die 12 mensis Julii 1647.— Tommaso Aniello d'Amalfi.

NÚMERO IX.

Philippus Dei gratia Rex, et D. Rodericus Ponce de Leon, duque de la ciudad de Arcos. Por cuanto se ha entendido que dentro de la fidelísima ciudad y sus burgos se hallan muchos bandidos con grande escándalo y desconsuelo del fidelísimo pueblo; deseando poner el remedio que conviene, hemos resuelto publicar el siguiente bando, y

mandamos, en pena de la vida, salgan luégo, sin dilacion ninguna, los bandidos de esta fidelísima ciudad y sus burgos, y con la misma pena de la vida y pérdida de todos sus bienes, mandamos que ninguna persona, de cualquier calidad y grado que sea, los tenga en su casa, ni debajo de su proteccion, porque se ejecutarán irremisiblemente las dichas penas, sin respeto ni excepcion alguna. Dado en Palacio á 12 de Julio de 1647.—El duque de Arcos.—Donato Coppola, secretario.

NÚMERO X.

Fhilippus Dei gratia Rex. D. Rodericus Ponze de Leon, dux civitatis Arcos, Marchio de Zara, comes de Bailén, et Casares, Dom. Domus Villæ de Marchena, et Garzia, et in præsenti regno Vicerex, Locumtenes, et capitaneus generalis. Essendo pervenuto a nostra notizia, che in questa fedelissima città si vanno cercando diverse persone per causa del tumulto successo in essa da Tommaso Anello d'Amalfi; e perchè la nostra intenzione é che non solo si osservi l' indulto fatto, sua quello ampliare, come con questo ampliano, etiam per li delitti commessi per sino alla publicazione del presente bando. Perciò ći è parso ordinare a tutti li capitani di giustizia, di campagna, Barigelli, ad altre qualsivogliano persone di qualsivoglia grado e condizione si siano, che sotto pena di morte naturale non ardiscano carcerare nessuna persona eccettuando però il fratello, e cognato di detto Tommaso Anello, e gli altri carcerati portati dal fedelissimo popolo, al quale confirmamo, e quatenus opus est, di nuovo concedemo tuttili privilegi, e grazie concesse al detto fedelissimo popolo e da noi giurate alla chiesa dell' Arcivescovato la giornata di sabato tredici del corrente mese. Dat. Neapoli die 16 mensis Julii 1647.—El duque de Arcos.—Cristóbal de Rivera.

NÚMERO XI

In Dei Nomine Amen.

Die sesta mensis Januari primæ indictionis 1648. S. Excellentissimus et Illustrissimus Dominus Dominicus Colessi generalis Serenissimæ Reipublicæ civitatis Neapolitanæ eum juramento tactis literis dixit, asseruit, et declaravit se ipsum quatenus ad ipsum spectat non intendit modo aliquo usurpare nec prejudicere juribus, actionibus, Dominio, possessioni bonorum, jurium jurisdictionum, privilegiorum, inmunitatum, prerogativarum Sacro Monasterio Montis Casini Divi Benedicti Spectantium ac pertinentium pleno jure dominii et possessionis, in quo ad præsens reperitur dictum Venerabile Monasterium; nec etiam præjudica realis Ecelæsiis sub quovis pretextu quœrito solare et ingenio, expresse declarando, ut declaravit concessiones factas universitati Santi Germani nec includi nec obesse debere ullo modo Venerabilis dicti Sacri Monasterii juribus actionibus, prerrogativis possessionibus et jurisdictionibus nec aliter, nec alio modo ec, quibus ec, unde ec. Presbiterus ec, Carolo Rerio de Sauvino.—Petro de Talluccio Qud. ad Cont:

V. S. D. Octaviano Sabellico.
V. S. D. Bartolo Sabellico.
Cap. Dominico de benis ores.

NÚMERO XII.

Eminentiss. e Reverendiss. Signore Sene viene questo fedelissimo popolo à supplicare Vostra Eminenza, che come amorevolissimo Padre e Pastore, voglia restar servita di adoperarsi in modo queda Sua Eccellenza ne venghi osser-

vato tutto ciò, che per mezzo di V. Emin. concesse alle giuste petizioni di questo fedelissimo popolo; perchè lo strapazzo, che al presente Sua Eccellenza fa, mancando all' osservanza de privilegi, ne darà occasione di farne risolvere a dar piuttosto ubbidienza, a qualsivoglia persona, che agli spagnuoli, che cercano di dominare un regno per solo fine di distruggerlo. Non è necessario, Eminentissimo Signore, di serivere a V. Em. che sta benissimo informata, in quali e quante calamitadi e miserie si ritrova questo fedelissimo popolo, colpa de passati Vicere, e Nobiltà, basterà solamente supplicare V. Emin. voglia degnarsi ricordare a Sua Eccell. che facendo questo fedelissimo popolo altre deliberazioni, e mancando a Sua Maestá, conforme la presente S. Eccellenza ne manca, tutto farà colpa della sua soverchia stiratura abusando troppo tanta fedeltà, quanto l' ha mostrato il fedelissimo popolo, che V. Emin. voglia farli grazia ordinare alli Padri gesuiti, che vogliano attendere alli Divini offici, stente che detti Padri con indebito zelo, e con una carità pelosa vanno cotidianamente a raccomodare al signor Genovino gl' interessi propri e particolari, stuzzicando il vespajo per essere cacciatti in camicia, con poco gusto e soddisfazione di questo regno; e qui sol. fine bacia a Vostra Eminenza li piedi. Di Napoli á 21 de Giulio 1647. Di V. Emin. Reverend. Fid. e devotissimo, servo, il popolo napolitano.

NÚMERO XIII.

Nota di quanto si e mutato, ed aggiunto ne primi capitoli avertendo, che l' aggiunto, o mutato e quello che sequita dopo questo segno †.

Número 1.° Fin Verb. Spagna † o vero dove si trova.

Núm. 3. In med. Ver. deputati † e secretario del popolo.

Detto num. in fin. Ver. stampati † e tutti li officiali di sopra di tutti offici, che spettano alla città, detti siano nativi napolitani.

Núm 5. Item si per caso, † che nessuna gabella stia in piedi masi levino tutte, tanto per la cità, quanto per il regno, etiam fiscali, ed anco si levino le cose spetanti a Moccia, seu al regio, Portulano, Montiero maggiore, l'imposizione della piazza delli Melloni, ed ogni altra cosa, ed imposizione spettante alla cità e regno. Ma debbiano solamente restare in piede quelle, che ritrovò, e confirmò l'imperator Carlo V; e caso che si trovassero a quel tempo gabelle ed imposizioni onerose e gravi, siano nulle, ed anco restino in piedi tutti li privilegi, che concesse Carlo V, e suoi antecessori a beneficio della fedelissima città, e suo regno.

Núm. 6. In prim. Verb. perchè † purchè nel privilegio di Carlo V non vi fosse, e se in detto privilegio ci fosse, si debbia pagare purchè non stia nelli margini, ovvero aggiunto, e detto donativo duri per il tempo conforme la stipulazione delli baroni.

Núm. 7. In med Ver città † ed anco il sigillo per fuori Napoli, é il Jus registri.

Núm. 8. Ver. insino † a tanto che saranno eretti, ed affissi l'epilaffii nelli luoghi stabiliti, e data esecuzione a tutti li privilegi, e che per detto tumulto in futurum tanto la città, quanto il regno non si molestano.

Núm. 9. In fin. Ver. il popolo † la città. Nel Ver. roba † recondo la possibilità di ciascheduno per servizio di questa fedelissima città.

Núm. 14. In prin. Ver. che † si levano tutte le gabelle. Ver. città † di Napoli, e regno. Ver. popolo † ed altre, e Ver. Degana † e che si levi qualsivoglia altra etiam in solatum data a particolari, e si levano tutte le altre imposizioni. Ver. in piede † tutti li privilegi, e benefici, che concesse l'imperator Carlo V, e suoi antecessori; successori

a beneficio di detta fedelissima città, suo regno. Ver. il modo + dal Sig. Eletto del fedelissimo popolo, con li signori consultori, capitani, e capi dell' ottine.

Núm. 15. In fin. Ver. popolo + ed un' altra la nobiltà.

Núm. 16. In princ. ritrovasse + ritrovassero li privilegi originali. Ver. popolo, + e regno, e cosi promette e vuole, che si osservi in futurum.

Núm. 17. In prin. Ver. popolo, + e regno in med. Ver. mobili + case ed altri stabili.

Núm. 18. In princ. Ver. essendo + adesso, o in futurum officiale regio, tanto di questa fedelissima città, quanto di tutto il regno, non possa giudicare, nè intervenire nelle cause di persone populari, cosi civile, come criminali, e miste, per esserli sospetti.

Núm. 21. In fin. Ver. subito + e cosi si osservi in futurum.

Núm. 23. In fin. Ver. abbiano + il libero.

Nelli capitoli, e gracie concesse da S. E.

Núm. 1. In fin. Ver. concludere + ed essendo il nobile unitto all' audienza di detta casa santa con li governatori del popolo, abbia avere detto nobile una voce conforme ciascheduno del popolo, e dell' istesso modo detti governatori del popolo debbiano avere li voti nelle cose concernenti del banco.

Núm. 2. In fin. Ver. anticamente + e detto protomedico, unito con li nove dell collegio dell' arte della medicina, possano far esequire con loro tasse e debbia durare un anno, ed anco li detti nove di detto collegio di medicina non possano essere nuovamente detti, se non sono finiti tre anni e siano nativi Napolitani.

Núm. 3. In prin Ver. che lo + dello eletto.

Núm. 4. In fin. Ver. admirante + eccetto però le cose di grassa.

Núm. 5. In prin. Ver. che + si levano tanto il secret. In fin. sigilli + registri.

VI. Item, che ocorrendo di soggiovare il re nostro signore, abbia da pigliare espediente il popolo per la sua rata parte, come anco debbiano fare li cavalieri per la medesima loro rata parte, e che possano eliggere una persona per portare il donativo a S. M. come anco li cavalieri debbiano eliggere un' altra persona, come fa il popolo, per condurre detto notativo a Spagna per li bisogni di S. M.; ed in evento, che li cavalieri non restassero contenti di eliggere detta persona, in tal caso S. E. l' eligga, nominando uno della nobiltà, che vadi insieme con aquella eletta dal popolo.

VII. Item, che in ogni futuro tempo non si possa dar tratta fuora del regno di cosa comestibile, seu di grassa da S. E. e da baroni e da chi spetta, ancorchè avessero privilegio di dar tratta, e in futurum.

VIII. Item, che quando si ha da fare la cavalcata, il popolo possa eliggere il sindico della città, che vadi, con detta cavalcata, cioè una volta al detto fedelissimo popolo, e un' altra al seggio, che toccarà alli cavalieri, cioè caso che tocasse al seggio di Nielo, dopo debbia toccare al popolo; al seggio di porto, e dopo al popolo e cosi alternativamente, e ringraziando S. E. delle tante grazie, che ha fatto, e fa al fedelissmo popolo di Napoli.

IX. Item, che il popolo debbia eliggere una persona che vadi in Spagna a rappresentare á S. M. le capitolazioni concesse da S. E. in nome di S. M.

X. Item, come insino ad oggi il Jus della Dogana per tutta e qualsivoglia sorte di mercanzia si è stato a ragione di carlini dodici e grana sei per onza, e discusso al presente quello, che si ha da dedurre per le nove grazie concesse al detto fedelissimo popolo, e rimasta solo l' esazione dell' antico a tempo dell' imperatore non più che carlini tre e mezzo per onza etiam in futurum. Con declarazione, che detti tre carlini e mezzo per onza, si debbiano pagare di quelle robbe, che erano soggette a dette impo-

sizioni a tempo di Carlo V; e questo lo debbia dimostrare il Doganiere, o a chi spetta, che robe erano a quel tempo; altrimente sia lecito al padrone di dette robe di non pagare detti carlini tre e mezzo.

XI. Item, che il battaglione creato dalla Cesarea Maestà di Carlo V non possa uscire in futurum fuori di questo regno di Napoli, stante che lo creò per custodia di detto regno e questo s' intenda anco per la caballeria.

XII. Item, che l' apprezzi, misure de territori, e beni, che accorrerà commettersi in partibus, cioè fuori della città, e borghi, si possano commettere all' officiali delle terre di detti beni, e quelle debbiano eliggere due esperti, non sospetti per detti apprezzi, e misure non ostante qualsivoglia prammatica, ed ordine, e questo per evitare le spese, ed altri danni delli poveri negozianti.

XIII. Item che lo danaro da esiggersi in futurum per il bisogni di S. M. lo abbia da tenere la fedelissima città, cioè una chiave gli eletti nobili, e un' altra l' eletto del fedelissimo popolo, e quello portarsi a S. M. da due deputati, uno della piazza del fedelissimo popolo, e un altro della nobiltà.

NÚMERO XIV.

Su Excelencia, á peticion de la noble arte de la seda, ha sido servido de que toda la seda que se halla en esta fidelísima ciudad, y que en lo venidero se emitiere, se haya de labrar dentro de esta fidelísima ciudad, sin que se pueda extraer para labrar en otra parte del reino, ó fuera de él, de que aviso á V. S. para que así lo haga ejecutar. —Dios guarde á V. S., Palacio 13 de Agosto de 1647, y que acudan con el privilegio para que se dé el despacho por cancillería, con rúbrica de S. E.—El duque de Cansano.

NÚMERO XV.

Perchè questo fedelissimo popolo di Napoli fra gli capitoli supplicati á Sua Eccellenza (qual è l'ottavo) li dimanda, che il castello di S. Ermo fosse governato e custodito dal detto fedelissimo popolo, al detto capitolo e rimasta Sua Eccellenza servita far la risposta del tenor seguente. *Ecco la risposta di Sua Eccellenza.* Al octavo capitulo se responde, que S. E. estima como siempre el celo y fidelidad de este fidelísimo pueblo, y cree que estará muy bien gobernado en sus manos el castillo de S. Elmo; pero que siendo provision de castillo, no puede disponer en ella, ni el castellano obedecerá sus órdenes, por tener hecho pleito homenaje de no entregarle sin órden de S. M., y sin embargo, S. E. suplicará á S. M. conceda este capítulo á este fidelísimo pueblo. *Ecco l'accettazione con la pena.* Qual risposta essendo stata letta dal magnifico secretario di questa fedelissima piazza al sopraddeto fedelissimo popolo, in presenza del signor eletto, e magnifici capitani, tanto di fanteria, quanto delle 23 ottine, magnifici consultori di detto fedelissimo popolo, hanno risposto viva voce, che accettano detta risposta; che però si ordina e comanda alla pena di rebellione di Sua Maestà, e di questo fedelissimo popolo, e di morte naturale, che nessuno ardisca nominare di volere sorprendere il detto castello di S. Ermo, atteso questa è la volontà del detto fedelissimo popolo, con carcerare il delinquente, e presa diligente informazione, sia irremisibilmente incorso nelle suddete pene, e non costando, incorra il denunciante nella medesima pena, riservandosi a S. E. il scrivere a Sua Maestà servata la forma della preinserta risposta.—Il principe di Massa D. Francesco Toralto d'Aragona, capitan generale.—Francesco Antono Arpaja, eletto del fedelissimo popolo.—Gerónimo Vecello, secretario.

NUMERO XVI.

Philippus Dei gratia Rex.

D. Rodericus Ponze de Leon, dux civitatis de Arcos, marchio de Zara; comes de Bailen, et Casares. Dominus domus villæ de Marchena et Garzia, et in præsenti regno Neapolis per suam catholicam Majestatem vicerex locumtenens, et capitanus generalis.

1.° Essendoci stato di nuovo supplicato per parte del fedelissimo popolo di questa fedelissima città di Napoli l'infrascritti altri capitoli, e grazie, per detto fedelissimo popolo presentatici quali sono li sequenti videlicet. In primis, che tutti gli officiali, ed altre persone, che li sono state incendiate le loro case in questa città dalli 7 de Giulio 1647 fino ad oggi, siano disterrati dal presente regno di Napoli in perpetuo, e che mai possano ottener grazia alcuna da S. M. cattolica (che Dio la guardi), e che fra termine di un mese, numerando dal di della stipulazione di detti capitoli debbiano sfratare da questo presente regno, e elasso detto termine, e ritrovandosi ciascheduno di essi nella città e regno, incorrano ipso facto nella pena di morte naturale, si possano impune occidere; e di più li loro descendenti di linia mascolina mai possano esercitare, nè esser creati officiali, e ministri regi di questa fedelissima città e regno, e questo in perpetuo; eccettandone però la casa del Maggio: Batista Bujacarino, e suoi discendenti, stante che con il capitan Stefano, suo figlio han servito e servono con puntualità S. M., e'l fedelissimo popolo di polvere, non apportando esempio adaltri, ed eccettuandone anco tutti gl' incendiati per causa di gioco: con dichiarazione, che non si comprendono nel presente capitolo li padroni delle case, nelle quali abitavano gl' incendiati, ma s' intenda solamente le persone predette incendiate. Ci e parso concede-

ve, siccome con questa concedemo al fedelissimo popolo, tutto lo contenuto in questo presente capitolo; però elasso detto mese ci contentiamo, che si possano cacciar dal regno dal detto fedelissimo popolo, a costa delli detti inceudiatii, e vitrovandosi la seconda volta dopo elasso un altro mese, si possa eseguire la pena contenuta in questo presente capitolo. Però questo non s'intenda nelle persone militari.

2.° Item, che il presidente della regia camera della summaria Giulio Genovino sia privato del suo carico di presidente, e vicecancelliero, e cosi anco il giudice Giuseppe Santovincenzo sia privato di giudice di vicaria, e Fra Luca Genovino sia similmente privato del carico di capitan di caballi, e che li sopradetti Giulio, Giuseppe e Fra Luca siano disterrati dal presente regno, insieme con tutti i loro discendenti di linea mascolina in infinitum, eccettuato le figlie femine, e discendenti di linea feminina, e nè essi, nè detti discendenti di linea mascolina, ut supra, non possano mai ripatriare, nè ottener grazia, nè anco da S. M. cattolica, e nell suddetto termine d' un mese debbiano sfrattare dal presente regno sotto l' istessa pena della vita, per averne machinato falsamente contro detto fedelissimo popolo di Napoli e regno, il che è notorio a detto fedelissimo popolo; e li parenti di linea mascolina di detti Giulio, Giuseppe, e Fra Luca sino al quarto grado, computando de jure canonico, non possano esercitare offici regi di questa fedelissima città e regno, cosi d' amministrazione di giurisdizione, come di cose pubbliche. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo quello, che si domanda nel presente capitolo. Verum in quanto alla pena di morte naturale, s' intenda conforme nel precedente primo capitolo.

3.° Item, che Alonso de Angelis sia privato di tutti i suoi offici, che tiene e possiede dentro la regia Dogana di Napoli, e per tutto il presente regno, e quelli vadano in beneficio del fedelissimo popolo di Napoli, etiam se detti offici si ritrovassero in testa d'altri, e che detto Alonso sia

disterrato dal presente regno nel sopradetto termine d' un mese, nè mai possa esser aggraziato etiam da S. M., e che li figli mascoli, e loro discendenti di linea mascolina sino al quarto grado non possano aver offici regi, nè baronali, nè di città. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

4.° Item, che il duca di Maddaloni, e Gio: Angelo Barrile, duca di Caivano, e loro discendenti in infinitum di linea mascolina, eccettuandone le femine e discendenti dalla linea feminina, siano disterrati dal presente regno in perpetuum, e che mai possano ottenere grazia alcuna da S. M. cattolica, e che fra termine d' un mese debbiano sfrattare dal presente regno, e ritrovandosi ciascheduno di essi nel regno, si possano impune occidere, e cosi sempre in perpetuum si debba osservare con detti discendenti di detti duca di Maddaloni, e Caivano, quando si ritrovase ciascheduno d' essi in regno; ed anco D. Carlo Spinello, e D. Lucio Sanfelice, e suo frattello D. Andrea siano similmente disterrati dal presente regno di Napoli in perpetuum, e che mai possano ottener grazia alcuna da S. M. cattolica, e nell' istesso termine d' un mese debbiano sfrattare sotto l' istessa pena della vita, e li descendenti delli detti Spinello, e Sanfelice della linea mascolina mai possano esercitare, nè possano esser creati officiali e ministri Regi di questa fedelissima città, e presente regno, e questo in perpetuo; e tutte le dette pene che s' intendano anco contro li discendenti di Giuseppe Carafa. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda; però in quanto alla pena di morte naturale, s' intenda conforme al primo capitolo.

5.° Item, che tutti li rumori, revoluzioni, commovimenti, anco che importassero sedizioni, e rebellioni (benchè il fedelissimo popolo, giustamente pretende non esser in corso, per aver trattato di sua difesa, ed osservanza di privilegi, acclamando sempre: *Viva il Re di Spagna)* fatti, e

successi sotto li 21 del presente mese d' Agosto insino ad oggi, tanto avanti li regi palazzi con i spagnuoli edaltri, quanto contro li regi castelli, con cannoni, mine, Trincere, Bastioni, ed altre batterie, ed assalti contro detti regi castelli, e palazzi, con aver anco sparato, contro quelli, e tentato darli a terra, e per l' armi pigliate da dentro la regia Dogana di questa fedelissima città, e nuovi incendi in detta città e regno, e ciò che fusse occorso in questa città, e qualsivoglia altra parte del presente regno, e signanter per la morte del presidente della regia camera della summaria Tabvizio Cennano, e di qualsivoglia altro officiale, tanto togati, quanto di cappa corta, cosi temporali, como perpetui, regi e baronali, e di Giovanserio Sanfelice, e qualsivoglia altro omicidio occorso in detto tempo, anco de i soldati spagnuoli, ed alemanni, dell' armi pigliate dalla casa dell' illustre principe d' Ascoli, e per qualsivoglia altra causa, che ricercuasse specifica menzione e declarazione, ed ogni altra cosa successa dalli 7 di Giulio 1647 fino ad oggi; che mai se n' abbia, nè debbia fare dimostrazione alcuna, mase li dia il perdono, ed indulto generale in amplissima forma, come se mai le cose suddette, nè alcuna di esse fossero succedute: e s' intendano similmente aggrazziati tutti gli artiglieri, ed ingegnieri, tanto cittadini, come forastieri, etiam stipendiari di S. M. cattolica, stante che hanno servito il fedelissimo popolo; e trovandosi carcerati per tal causa, tanto per il tumulto successo dalli 7 di Giulio, quanto delli 21 del presente mese d' Agosto sino ad oggi, debbiano similmente godere detto indulto, tanto li cittadini di questa fedelissima città, quanto del presente regno, di qualsivoglia stato, grado, e condizione siano dette persone, eccettuandone però quelli, che machinarono di ammazzare il magnifico Francesco Antonio Arpaja, eletto di questo fedelissimmo popolo, quali al presente si ritrovano carcerati. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

6.° Item, che il regio palazzo di S. E. e tutti li posti, e galitte, dove entravano per prima le guardie spagnuole, da oggi avanti, ed in perpetuum si debbiano custodire, e guardare per le compagnie di detto fedelissimo popolo per servizio di S. M. cattolica, e suoi felicissimi successori, e dell' Eccellentissimi signori Vicere del regno, a' quali detto fedelissimo popolo desidera servire con ogni fedeltà ed amore, conforme per il passato hanno assistito in dette guardie le tanterie spagnuole; e dette compagnie di detto fedelissimo popolo si debbiano comandare da capitani eligendi dalla piazza di detto fedelissimo popolo, e questo si debba observare in perpetuum, con le prerrogative istesse che dette compagnie spagnuole hanno sempre goduto. Noi non possendomo concedere a questo popolo lo che si contiene nel sopradetto capitolo, se ne scriverà a S. M. cattolica, facci tutte le grazie al detto fedelissimo popolo, che merita la sua fedeltà.

7.° Item, che tutti li nobili, tanto quelli, che godono nelli seggi di Napoli, quantto quelli, che godono nobiltà nel regno, non possano avere, nè esercitare offici regi, nè di Foghe, nè militari, nè qualsivoglia altro officio pubblico, nè di città, ed amministrazione di essa, cosi di sindico, o eletto, come di deputazione, o altro appartenente a detta fedelissima città di Napoli, e suo distretto ma quelli si debbiano esercitare da cittadini nativi, ed oriundi tantum dal detto fedelissimo popolo di Napoli, e non per cittadini per privilegio; e con essi cittadini, del fedelissimo popolo vadino compresi quelli che godono nobiltà nel regno, purchè siano nativi, e oriundi napolitani, e siano anco comprese le famiglie, che godono nelli seggi di capuano e nido, e le persone tantum, che stanno attualmente servendo Sua Maestà cattolica nel consiglio collaterale, e di stato, e la persona del presente secretario del regno consigliero Donato Cappola, e tutti gli altri, che al presente stanno servendo Sua Maestà cattolica in esercizi militari. Con declarazione, che

con questa eccettuazione non s' induchi esempio a rispetto d' altri, nè per li loro discendenti, escludendo il duca di Maddaloni, D. Carlo Spinello, gio: Angelo Barrile, duca di Caivano, e loro discendenti in infinitum, con li discendenti in infinitum del quondam D. Giuseppe Carafa, edanco Fra Vincenzo della Marra, ed il quondam Pizo, alias Fabrizio Carafa ed altri, quali si trovarono all' omicidio del quondam dottor Camillo Soprano, esendo allora governatore della casa santa dell' Annunziata di questa fedelissima città di Napoli; il quale Fra Vincenzo, che al presente vive, s' intenda fra il medesimo termine del mese disterrato da questa fedelissima città e regno, sotto pena di morte naturale, nelli tempi e modi di sopra declarati; e li discendenti del detto quondam Fabrizio non siano ammessi ad offici, ed onori, come di sopra, e non s' intendano però compressi nel distierro. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

8.° Item, che Francesco Albano, Camillo, alias Millo di Francesco, ed altri affittatori, che tennero l' affitto della gabella de foutti, siano disterrati dal presente regno fra il sopradetto termine di un mese, sotto l' istessa pena della vita, nè i loro discendenti in perpetuum possano esercitare offici Regi, nè militari di questa fedelissima città e regno, etiam mercenari, e non possino esser aggraziati, etiam da Sua Maestà cattolica, e detto Francesco Albano sia privato del suo officio di razionale di camera, nel quale era stato eletto; e durante il termine di detto mese per detto distierro, detti gabelloti de frutti debbiano depositare le mesate, che devono per causa di detto affitto, con la rata da loro esatta sino alli 7 di Giulio prossimo passato, ed anco tutti gli altri gabelloti, arrendatori, e governatori di qualsvoglia gabella, ed imposizione, che s' esigeva prima nel presente regno, debbiano depositare tutte le quantità per essi debite per tutto il tempo passato sino al detto giorno 7 di Giulio 1647, per quelli dividersi alli consignatari di

arrendamenti, ed imposizioni per la rata di loro crediti, da dove perverranno detti danari. Ci è parso concedere siccome con questa concedemo, conforme si domanda; però a rispetto della pena della vita, s' osservi conforme sta disposto al primo capitolo.

9.° Item, che il regio castello di S. Elmo di questa fedelissima città di Napoli si debbia tenere e guardare da cittadini nativi napolitani di questo fedelissimo popolo, acciò detto regio castello si tenghi e guardi esattamente per servizio di Sua Maestà cattolica, e della fedelissima città di Napoli; e questo in perpetuum, escludendone però da detta guardia li Jannizzari, etiam di qualsivoglia nazione, ancorchè siano nati in Napoli. Noi non possendomo disporre, nè concedere quello, che domanda il fedelissimo popolo nel sopradetto capitolo, se ne scriberà a Sua Maestà cattolica.

10. Item, che li capitani delle regie galere della squadra di questa fedelissima città di Napoli siano, e debbiano essere cittadini nativi napolitani del popolo, escludendone li Jannizzari, e persone d'altre nazioni, ancorchè fussero quelle nate in questa fedelissima città di Napoli; e così anco s'intenda dell'altri officiali della squadra di dette regie galere, così maggiori, come minori, debbiano similmente essere cittadini del popolo, e non Jannizzari, nè di altra nazione, come di sopra. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme anderanno però vacando.

11. Item, che tutti quelli, quali hanno macchinato, e fatto firmare da alcuni cittadini una scrittura falsamente contro detto fedelissimo popolo di Napoli, debbiano insieme con tutti i loro discendenti di linea mascolina, fino al quarto grado de jure civile, sfrattare dal presente regno nel sopradetto termine d'un mese, escluse però le figlie femine, e discendenti di linea feminina; ed avendosi in potere del popolo detti machinanti, si possano impune occidere, escludendo dalle pene predette quelli, li quali hanno firmata detta scrittura; quali machinatori, e capi di far fir-

mare detta scrittura si debbiano declarare per la fedelissima piazza del Popolo, precedente informazione juris ordine servato. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda; però a rispetto della morte naturale, s'intenda conforme al primo capitolo.

12. Item, che Francesco Antonio Arpaja eletto del fedelissimo popolo, Domenico Molone, Agazio Assanto, Tommaso de Alfiero tenente di maestro di campo generale, il sergente maggiore Perez, l'aggiutante Francesco Acito, ed altri che si ritrovino ritenuti nel regio castello, eschino dal detto regio castello con le medesime prerogative, continuando, ed esercitando i loro stessi offici, e carichi come prima. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

13. Item, che si debbia fare una casa per conservazione delle artiglierie, ed altre armi a disposizione del fedelissimo popolo, e s'abbia da custodire da detto fedelissimo popolo, e per le persone da esso eligende. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

14. Item, che li giudizi della gran corte della vicaria civile e criminali, non possano essere di maggior numero, che sei civile, e sei criminali, e di età non meno d' anni trenta, e siano tutti nativi napolitani, o vero oriundi tantum, non scludendo le famiglie delli leggi predetti di capuano e Nido, dalli quali però ne siano per sempre escluse le suddette famiglie eccettuate, e declarate come di sopra; e che li presenti giudici si debbiano levare, eccettuando però il giudici D. Tommaso Caravita, acclarato generalmente dal fedelissimo popolo; e che li detti giudici tanto civile, quanto criminali debbiano essere biennali, e non perpetui, e dare a suo tempo il sindicato, conforme le regie prammatiche, costituzioni, e capitoli del regno. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

15. Item, che li regi consiglieri del S. R. C. presidenti e razionali della regia camera, ed officiali e ministri della regia scrivania di razione di questa città, e del regno, avvocati fiscali, e de poveri, ed ogni altro officiale e ministro, che per prima non davano reindicato, tanto di questa fedelissima città, quanto di tutto il regno, debbiano dal sindicato ogni tre anni avanti li sindicatori eligendi dalla fedelissima città, e per le città e luoghi del regno respective, nel modo e forma che ordinano i capitoli, costituzioni e prammatiche del regno; e però si supplica Sua Maestà non mandare per l' avvenire visitatori generali, supplicandosi anche S. E. che il presente visitator generale si licenzi, lasciando d'esercitare la regia visita eccettuandone dal detto sindicato triennale l' ilustri e spettabili reggenti della regia cancelleria, presidenti del S. R. C. ed il luogotenente della regia camera della summaria. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda anche per lo che spetta al presente visitatore generale, rispetto di egli ha declarato tener licenza da Sua Maestà di non continuare detta visita.

16. Item, che li scrivani fiscali di vicaria debbiano essere nativi napolitani, ed oriundi tantum, e siano nati da legittimo matrimonio, e non inquisiti di delitti, nè privati per causa d' offici, e quelli, che al presente sono, si levino e si cassino, ritrovandosi inquisiti, convitti però, confessi, o condannati per causa d'offici tantum; ed a rispetto delli scrivani del S. R. C., regia camera della summaria, vicaria civile, ed altri tribunali, ed offici, per qualsivoglia, che si essercitano in questa fedelissima città e regno, possino essere napolitani, e regnicoli, purchè non siano inquisiti ut supra; e l' istesso s'intenda ancara per li notari e giudici a contratto di questa fedelissima città e regno, ma debbiano essere similmente napolitani, o regnicoli, purche non siano inquisiti ut supra, e la ricognizione di essi notari spetti solamente al spettabile presidente del S. R. C.

Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

17. Item, che Salvatore e Carlo Cataneo, Angelo Ardizzone, Andrea Rama, ed altri declarandi per la piazza del detto fedelissimo popolo, siano nel predetto termine d' un mese disterrati dal presente regno, e che mai possano essere aggraziati, etiam da S. M. cattolica e retrovandosi ciascheduno di essi per il regno, incorrano ipso facto nella pena di morte naturale, e si possino impune occidere; e li loro discendenti in infinitum di linea mascolina non possino godere offici regi, nè baronali di questa fedelissima città e regno, stante che furono machinatori della morte di Masanello. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, quanto si dimanda nel presente capitolo; però in quanto alla morte naturale, s' osservi l' ordinato nel primo capitolo.

18. Item, che tutti li reverendi monaci, e frati forastieri debbiano partire dalli monasteri, e conventi di questa fedelissima città e regno, dove si troveranno, eccettuati però li nativi dello stato ecclesiastico, e spagnuoli, li quali però non possino essere superiori nelli monasteri della religione loro di questa fedelissima città e regno, ma debbiano essere napolitani, o regnicoli, e che debbiano tutti li priori dare nota delli forastieri, che tengono nè loro conventi, seu monasteri, e questa nota si debbia fare convocato capitolo; verum a rispetto del real convento di S. Agostino di questa fedelissima città, si debbia osservare la real carta di Sua Maestà cattolica, e decreto del spettabile reggente Casanate, interposto anco in esecuzione di quella, e li superiori, ed officiali siano figli di dette case, riserbata però la riverenza dovuta al sommo Pontefice. Per lo che tocca a noi ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda, e per lo dippiù se ne supplicherà Sua Santità.

19. Item, che sia lecito, e si possa fabbricare in tutti li

luoghi proibiti dentro e fuori la città, non ostante la proibizione per il passato per le fabbriche fatte per il passato sino al presente giorno in detti luoghi proibiti, e non si possino molestare li padroni di quelle, nemmeno li fabbricatori, ed altri inquisiti per detta causa, rimettendo tutte le pene, nelle quali vi fussero in corsi per la causa predetta. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

20. Item, l' indulto conceduto a napolitani, s' estenda anco a quelli, che si ritrovano con il mandato a bocca, o con plegiarie, ancorchè iccusate, e poste nel libro dell' inferme. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

21. Item, che s' ossevino tutti li capitoli, grazie, capitulazioni e privilegi concessi dalli serenissimi Re, ed eccellentissimi Vicere alli officiali, e lavoranti della regia zecca delle monete. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

22. Item, che si ricevano da questa fedelissima città per padroni e protettori di questa fedelissima città il glorioso patriarca S. Agostino, dottore della chiesa, S. Nicolo Tolentino, la gloriosa S. Teresa de Scalzi Carmelitani, il glorioso S. Onofrio, portandosi le statue con le reliquie nel tesoro della fedelissima città si mantenghi nella possessione, nella quale si ritrova, non ostante la cite: ed anco si ricevano per padroni e protettori di questa fedelissima città S. Ignacio Loyola, e S. Francesco Xaverio, S. Nicolo di Bari, S. Francesco d' Assisi, S. Paolino Vescovo di Nola, e S. Biase. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

23. Item, V. E. resti servita in nome di S. M. cattolica concedere, e far grazia a detto fedelissimo popolo, che nel real monastero di S. Martino de reverendi padri Certosini posto nel monte di S. Elmo vicino il regio castello detto di S. Elmo, in nessun futuro tempo, e per qualsivoglia causa,

o pretesto, nè anco per ragion di guerra, fortificazione, o sicurtà di detto regio castello di S. Elmo, si possa o si debbia fare innovazione, mutazione o fabbrica alcuna, non ostante l' ingresso nel detto real monasterio della gente di milizia di esso fedelissimo popolo, ed altre operazioni qualsivoglia fatte per difesa di quella, e per custodia di detto fedelissimo popolo come tutto successo de facto, ed a viva forza militare, alla quale essi reverendi padri non poterono resistere; e che detti padri non si possano amovere da detto monasterio, come al presente si ritrovano, e così anco s' intenda per l' altri monasteri, e luoghi dove si fiesse entrato, o fatto il medesimo. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

24. Item, che nè luoghi, dove si è fortificato detto fedelissimo popolo per defensione, e manutenzione de suoi privilegi, e buon vivere, non si possa per Sua Maestà cattolica, e suoi ministri in nessuno futuro tempo, nè per qualsivoglia causa, o pretesto fare fortificazione, innovazione, o fabbrica alcuna. Ci è perso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

25. Item, che resti D. Francisco Toraldo d' Aragona, principe di Massa, governatore dell' armi del fedelissimo popolo di questa fedelissima città, ed Ottavio marchese resti generale dell' artiglieria con li loro soldi, e di più: che resti il delegato concesso da Sua Maestà a detto ilustre principe di Massa, il quale debbia procedere in tutte le sue cause, ed etiam a quella che tiene contro l' ilustre principe di Satriano, inteso pero il regio Fisco della regia camera. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda. E per Ottavio marchese se ne supplichera S. M.

26. Item che li capitani di giustizia debbiano essere solo li padroni ad esercitare, escludendone per sempre gli affittatori, accio non succedano le solite estorsioni. Ci è parso

concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

27. Item, che si debbiano mutare tutti gli algozini di vicaria, che al presente sono, e si debbiano fare gli altri, non inquisiti con li loro soliti requisiti, li quali s' abbiano da vedere, e ammettere per la piazza del fedelissimo popolo, e darli al reggente della vicaria per la confirma. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

28. Item, che li capitani di giustizia non possano essere creati capitani di fanteria della leva del fedelissimo popolo, e nelle compagnie di esso non si debbiano assentare gli algozini di vicaria, tanto quelli, che sono stati per il passato, quanto quelli che saranno per l' avvenire. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

29. Item, che essendo finito il tempo dell' instituzione, ed erezione del tribunale della reverenda fabbrica di S. Pietro di Roma, detto tribunale si dismetti, ed in caso che non fusse elasso detto tempo, o vero non fusse temporanea la sua erezione, per evitare li danni, che si possano per l' avvenire sentire in questa fedelissima cittá e regno si debbiano moderare la tassa delle spese, e diritti di detto tribunale della rever: fabbrica, con intervento di due deputati della piazza di esso fedelissimo popolo, e farsi anco il registro delli decreti, e vedersi detta instituzione, e dopo ogni tre anni si debbia rivedere l' osservanza di detta tassa, supplicando S. E. si degni interponere le sue parti con Sua Santitá. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo per lo che tocca a noi, e per lo che tocca á Sua Santitá, si provederá da esso.

30. Item, che il regio protomedico abbia da essere nativo napolitano, o oriundo tantum, con l' istesse prerogative, ed emolumenti, che se li davano anticamente. Verum a rispetto delli otto, e due delli speziali di medicina, pos-

sino essere non solo napolitani orti, ed oriundi, ma anco regnicoli, non ostante che si fosse altrimente disposto; verum in parità di voci siano sempre preferiti li napolitani. E detto protomedico uniti con li otto, e due del collegio dell' arte della medicina, debbiano tassare le liste, e l' esecuzioni di essi si facino per li giudici competenti; e detti otto, e due non possano esser assunti in detto officio, solo dopo tre anni finiti, elasso l' anno della prima amministrazione. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

31. Item, perchè detta piazza di fedelissimo popolo nella processione, che si fa ogni anno del Santiss. corpo di nostro Signore Gesù Cristo, non era onorata fuorchè di una sola asta del pallio, conforme ad una sola voce, o voto, che teneva detta piazza; al presente essendo stata reintegrata nelle cinque antiche voci, o voti, supplica S. E. si compiaccia d' onorarla anco di altrettante aste di detto pallio, da portarsi per le persone di detta piazza deputande dall' eletto del popolo; e cosi debbia inviolabilmente osservarsi in tutte le altre processioni, funzioni, ed azioni sacre, che occorreranno farsi pubblicamente in nome, e sotto forma di città, o vero tante aste di detto pallio, quante saranno, o resteranno quelle delli seggi. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

32. Item, perchè nel viceversi li reverendissimi arcivescovi di questa città la piazza del fedelissimo popolo non avea parte alcuna, si supplica S. E. concedere a detta piazza del fedelissimo popolo poter portare cinque aste del pallio, col quale suoli onorarsi detto reverendissimo pastore, secondo l' istessi numeri di voti, o voci, come di sopra, acciò con detto segno venghi a mostrare l' affetto grande, che porta al suo amatissimo pastore. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

33. Item, che l' istessa equalità di voti, o voci, abbia e goda la piazza del fedelissimo popolo in tutte le deputazioni, ó consessi stabiliti, e che in futurum si avessero da stabilire in tutti, e qualsivoglia negozi attinenti a detta fedelissima città, in modo tale che sia sempre equale di voti, o voci detta fedelissima piazza del Popolo. Ci è parso concedere, siccome con questa concemo, conforme si domanda.

34. Item, che il primario delli negozi degli apprezzi sia una volta delli seggi, e un altra volta del fedelissimo popolo, e cosi anco il giustiziero una volta sia del fedelissimo popolo, ed un altra delli due seggi; quali offici debbiano durare per un anno, e si debbiano provedere una volta in persona delle persone del popolo, ed un altra volta in persona di uno delli leggi, conforme stà conceduto a rispetto del sindico; e detti offici si debbiano provedere nelle persone di detto fedelissimo popolo in questa prima volta. Verum l' officiali del regio giustiziero da oggi avanti debbiano solo essere due persone per ottina, di buona fama, timorose di Dio, e non inquisite, nè suddite, e debbiano durare per sei mesi. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

35. Item, che nella mastria, e governo della Santissima Annunziata di Napoli, esercitata cosi dal mastro, seu governatore di Seggio Capuano, come da quelli della piazza del fedelissimo popolo, possano entrare ad amministrare, e concludere li governatori del fedelissimo popolo di detta casa santa, essendo però di numero opportuno, e nelle giornate, ed ore stabilite, ancorchè non intervenghi il mastro del Seggio Capuano, o che sia presente, e non concorra; e detto governatore di Capuano abbia una voce conforme ciascheduno del popolo, intanto che s' esequi inviobilmente quel, che la maggior parte conclude, ancorchè contraddichi il governatore di Seggio Capuano; e di più l' amministrazione delle confidenze, pur ché non contrad-

dichi la volontà del testatore, e del banco di detta casa santa si debbia fare tanto per lo mensario, che pro tempore sarà dalli quattro governatori del popolo, quanto ancora per li governatori di Capuano, confirmarsi per tutti le due cartelle de pegnri polizze mandati, colletini di pagamenti, e qualsivoglia altra scrittura, e debbiano godere equalmente le prerogative, preminenze, elemosine secrete, torcie, maritaggi, offici, anco di mercugliano, intanto che non possa godere il governatore di Capuano maggioranza nessuna di detti onori e prerogative, se non quanto gode ciascuno di detti governatori del popolo; e che la Rota de l udienza debbia esser tonda, con ponersi il campanello in mezzo, acciò si possa sonare da tutti nell' occorrenza, e con li calamari d' argento a ciascheduno delli governatori, non ostante che per il passato si sia altrimento osservato; e che la chiave delli censali s' occupi per il governatore del popolo della prima seghia, senza che debbia intromettersi nella distribuzione della detta chiave il governatore di Capuano; e di più che tutte le mastrie e governi d' altri luoghi pii debbiano durare per li tempi stabiliti. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

36. Item, che S. E. si degni restituire in nome di S. M. cattolica, et quatenus fusse necessario, di nuovo concedere alla piazza di detto fedelissimo popolo il Seggio da construirsi nella strada della sellaria, ove anticamente risideva, nel quale si possi anche congregare, e trattare tutti li suoi affari e negozi. Ci è parso concedere, siccomo con questa concedemo, conforme si domanda.

37. Item, che gli officiali, che amministrano giustizia, di qualsivoglia tribunale, debbiano abitare dentro le mura di questa fedelissima città di Napoli. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

38. Item, che tutti li negozi del S. Consiglio di Capuano, della regia camera, e dalli altri tribunali, si debbiano atti-

tare dalli attuari, e scrivani ordinari di essi regi tribunali, con reintegrare li negozi alli mastri d' atti di essi tribunali, conforme per prima, non ostante che si sia pratticato il contrario con pretesto di attuariato assunto, o di vendite fatte di essi attuariati per le regie gionte, o per altri tribunali, o superiori; e cossi anco li negozi, che si trattano avanti il spettabile Reg: di vacaria si debbiano attitare per tutti li mastri d' atti, e attuari di detta gran corte, da dividersi per tutte li mastri d' atti di detta gran corte facendo ciascheduno il suo mese. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

39. Item, che la provista del pane si debba fare solo per l' eletto del fedelissimo popolo, non ostante che da alcuni anni in qua si sia osservato il contrario e questo ostre le altre sue prerogativi. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

40. Item, che per l' avvenire non si mandino capitani a guerra nelle terre, luoghi, e città del regno, quali terre e luoghi da loro medesimi si debbiano guardare. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

41. Item, che per l' avvenire nessuno napolitano si mandi in galera de facto, e loco depositi, vel carceris; ma si spedischi di giustizia, eccettuandone però gli accordi voluntari. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

42. Item, che per l' avvenire tuti gli offici, che tengono salario, tanto in questa città, come nelli banchi, e luoghi pij, si debbiano conferire a napolitani nativi, ed oriundi del popolo, e similmente l' officio di carceriere maggiore della gran corte della vicaria si debba conferire a napolitani, come di sopra. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

43. Item, che tutti li casali di detta fedelissima città in ogni futuro tempo debbiano essere, estare in demanio,

non ostante qualsivoglia alienazione, vendita, o donazione in contrario fatta, quai si declarano nulle, anco in conformità delle grazie sopra ciò fatte per il Serenis. Re cattolico, confirmate per la Cesaria Maestà di Carlo V. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

44. Item, che li dottori napolitani, e regnicoli non si debbiano per l' avvenire esaminare, non solo quando vogliono esercitare la procura, ma nè anco volendo esercitare offici regi, o baronali qualsivoglia, ancorche fosse regia audienza, e giudicati di vicaria, purchè siano dottorati in Napoli, e però resti estinta la gionta dell' esame de dottori, conforme sono estinte l' altre; e che venendosi a far relezione in consiglio in gradu appellationis delli decreti fatti per l' almo collegio de dottori di questa fedelissima città di Napoli, debbia sedere il relatore, come sede il giudice del gran almirante. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

45. Item, che circa li diritti delli pesi, statere, e misure, che si portano nella regia zecca, si debbia osservare, che la forma antica dell' instituzione di detta regia zecca, quali tenghi peso di sibire l' efficiale, a chi spetta esigere detto diritto, altrimente sia obligato zeccare senza esazione alcuna. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

46. Item, che li capitani de giustizia debbiano segnare le case per servizio delle loro guardie nelli mesi di Gennaro, e Febbraro, di quelle però dove stanno le cartelle per locarsi; con che il pigione solito pagarse, e non meno si debbia pagare per il medesimo capitano. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

47. Item, che stante, che sono levate tutte le gabelle, Dazi, arrendamenti di qualsivoglia sorte, ed imposizione nelli precedenti capitoli, e grazie concesse da S. E. in no-

me di S. M., per maggior soddisfazione del fedelissimo popolo si dichiari, che fra quelle s' intendano anche levate quella della mezza annata, che si pagaba per ciascheduno officiale con la sua delegazione di detta mezza annata, le cinque cinquine, che si paga per la supplica, lidiriti imposti per metà più per le pene delle nullità, e sospezioni d' officiali, diritti del registro delle plegiarie, e sentenze del S. R. C., e tutti gli altri registri, suggelli, e tutte le altre nuove imposizioni, anco servata la forma di detti nuovi capitoli, e grazie, ut supra, sempre s' intendano levati, ed anco che si levi il diece per cento delli ministri. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda; però circa la mezza annata, e diece per cento delli ministri, si sospenda per insino a tanto, che sara altrimente da S. M. ordinato.

48. Item, si supplica S. M. cattolica, che trattandosi qualche differenza tra la piazza del popolo e regno, e tra le piazze de Seggi di questa città e regno nel regio collaterale consegho, che si debbiano dare tanti ministri del popolo per aggiunti, quanti sono li reggenti di cancelleria de Seggi, e cosi anco ritrovandosi reggenti del popolo più delli reggenti de Seggi, si debbiano dare tant' altri ministri per aggiunti de Seggi; e che li decreti, che nasceranno da dette differenze, si debbiano registrare, e conservare da uno delli reggenti spagnuoli, e far libro aparte, quando il segretario non fusse spagnuolo. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

49. Item, che qualsivoglia persona tanto titolata, quanto non titolata di qualsivoglia grado, stato e condizione si sia, non ardisca proteggere, nè rifuggiare forgiudicati, nè deliquenti di qualsivoglia delitto, del quale ne fussero giudicialmente attinti, nè darli aggiuto, nè favore, tanto in questa città, quanto per tutto il regno, con doversi osservare irremisibilmente la prammatica fatta dal signor duca

di Medina. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

50. Item, si suplica che non solo restino estinte le delegazioni, e regie gionte fatte da V. E., e predecessori di V. E., ma anco da S. M. cattolica, ed anco de luoghi pii; ma restino solamente quelle di S. Eligio, casa e banco della Santiss. Annunziata, incurabili, S. M. di Costantinopoli, il monte della Misericordia, e nazioni veneziana, inglese, e Fiamenga tantum, per l' esazioni tantum; ma tutti li negozi si trattino nelli tribunali ordinari, alli quali spettano. Ci è parso concedere, siccome con questa concedemo, conforme si domanda.

51. Item, che per osservanza ancora delli capitoli, privilegi, e grazie concedutte per li predecessori re di questo regno, tutte le prelature, benefici cujuscumque ordinis et dignitatis, spettantino alla collazione e presentazione regia, perpetui, ed amovibili, sempre che vacaranno, si conferiscano, e si debbiano presentare a napolitani e regnicoli, e non a forastieri; e quelle, che vacaranno in questa fedelissima città di Napoli si debbiano conferire a napolitani nativi, ed oriundi tantum, supplicando che da ora si debbiano conferire l' amovibili cioè sacrestie, cappellanie, ed altri in persona di napolitani nativi, ed oriundi, tanto regi quanto anco quelle spettantino a governatori di luoghi pii di questa fedelissima città. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo per quello che a noi spetta; però a rispetto di quelli che spettano a S. M. ce ne daremo avviso.

52. Item, che si chiamino il spettabile comte di Mola presidente della regia camera, ed Antonio Capobianco a dar contto dell' amministrazione per essi fatta delle compre, ed strazioni di grani. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

53. Item, che li presidenti di Cappacorta della regia camera della summaria non possano votare nelle cause dove

si tratta articolo di legge. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

54. Item, che s' osservi la grazia fatta nel parlamento generale fatto a 13 di Gennaro 1639 a questa fedelissima città di Napoli, che l' espedizioni di cancelleria vadino con firma di S. E., e di due spettabili reggenti. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

55. Item, che tutti gli officiali di qualsivoglia tribunale di questa città e regno, che non osservassero li presenti capitoli, grazie e privilegi, e ciascheduno di essi, restino ipso jure, ipsoque facto privati de loro offici, con essere lecito alla piazza di esso fedelissimo popolo di eliggere sei deputati da mutarsi ogni sei mesi per l' osservanza e difensione delli suddetti capitoli, e ciascheduno di essi. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

56 Item, che la interpretazione, moderazione, o altro che paresse espediente circa detti capitoli, e ciascheduno di essi, si debbia, e possa fare per la piazza di esso, fedelissimo popolo, e questo in ogni futuru tempo quante volte li parerà, o piacerà. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda; però si debbia fare con il nostro consenso, e non altrimente.

57. Item, si supplica, che tutte le suddette grazie si debbiano concedere per via di restituzione, confirmazione, nuova concessione, esenzione, inmunità, prerogativa, privilegio, e per ogni altro miglior modo più profittevole al detto fedelissimo popolo, ex certa scientia, motu proprio, matura deliberatione, et de plenitudine potestatis, supplendo anco de potestate dominica li difetti, nullità e cause qualsivoglia, che forsi ostassero, o impedissero l' osservanza di tutti li suddetti capitoli, e grazie, e ciascheduno di essi ut supra; ed in caso d' ogni dubbio, che forsi accascarà, sempre s' abbia da interpretare ed intendere in

beneficio ed utile del detto fedelissimo popolo, e non altrimente; ed il tutto concedere anco in nome di S. M., e con voto e parere consiglio ed intervento delli consigli collaterale, e di stato. Ci è parso concedere, siccome con la presente concedemo, conforme si domanda.

38. Item, che per la dispensa dell' età delli dottorandi si supplichi S. M., che debbia far osservare la real carta dell' anno 1635 nella quele s' ordina, che si possa dispensare alli studenti che si vogliono dottorare, non ostante che non abbiano l' età d' anni ventuno, non ostante qualsivoglia altro ordine dopo spedito per detta prefata Maestà, etiam per lo corso dello studio. Ci è parso del contenuto nel sopradetto capitolo supplicarne Sua Maestà.

E volendo di nuovo consolare detto fedelissimo popolo, come si conviene, per la prontezza con che sempre ave accudito al servizio di Sua Maestà, e merita la sua fedeltà; ci è parso con il voto e parere del regio collaterale conseglio appresso di noi assistente, in nome di Sua Maestá cattolica concedere al detto fedelissimo popolo, siccome con questa concedemo per quel chi a noi tocca, quanto in detti preinserti capitoli, e grazie si contiene, e conforme ei sono stati dimandati, justa loro forma, continenza, e tenore, ita et taliter, che cosi si debbiano osservare, ed exequire, et in futurum avere il loro debito effetto, et executione, con condizione però, che non s' abbia a tare da oggi avanti altro tumulto, e che tutte le cose si riduchino allo stato, nel quale si ritrovavano nelli 20 del corrente mese d' Agosto. Con dichiarazione, che li tumulti predetti s' intendano esser quelli, nè quali concorra convocazione, o commozione di popolo, ed in detto caso detti tumultuanti non si castigassero dal detto fedelissimo popolo, o vero non si carcerassero, e portassero carcerati avanti di noi; non derogando al contenuto nell' altri primi capitoli, e grazie concesse, quali di nuovo s' intendano concedute; verum occorrendo qualche novità, lo debbiano proponere

al magnifico eletto del popolo, il quale lo debbia riferire a noi, che se li farà complita grazia, e giustizia, che tale é nostra volontà, ed intenzione. Datum Neapoli in Castronovo die.—El duque de Arcos. Il principe di Cellammare. Gio: Tommaso Blanco marchese dell' Oliveto. Lucio Caracciolo di Torrecuso duca di Santo Vito. Achille Minutolo duca del Sasso. Pompeo di Gennaro duca di Belforte. D. Corone Capece Galeoto principe di Monteleone. Il reggente Antonio Caracciolo marchesi di S. Sebastiano. Gio: Battista de Mari marchese d' Assigliano. Il marchese del Torello. D. Giuseppe Mariconda principe di Garauso. Diego Bernardo Zufia Reg. Mattias de Cassanate Reg. Dominus Virerex, Locumtenens, et capitaneus generalis mandavit mihi Donato Coppola.

NÚMERO XVII.

D. Rodrigo Ponce de Leon, duque de la ciudad de Arcos, marqués de Zara, conde de Bailén y Casares, señor de la villa de Marchena, virey, lugarteniente y capitan general en el reino de Nápoles.—Por cuanto hemos mandado formar un ejército de la gente que han juntado los barones de este reino para oprimir las armas que ha tomado la plebe de esta fidelísima ciudad, oponiéndose á las órdenes y obediencia de S. M.; y no pudiendo asistir en persona á gobernarle, por hallarnos ocupados en otras cosas del real servicio, conviniendo nombrar persona de partes, autoridad y mucha plática de las cosas de la guerra, porque como nuestro vicario general y gobernador de las armas rija y gobierne el dicho ejército en la buena órden y disciplina militar, y disponga lo que se ofreciere, con la atencion que conviene al servicio de S. M.; concurriendo las que se requieren en vos, Vicencio Tuttavilla, del Consejo colateral de S. M., y su teniente general de la caballe-

ria de este reino, con preeminencias de general de ella, y atendiendo á los méritos y servicios de vuestra casa, que tan aventajadamente ha servido en todas ocasiones á los Serenísimos Reyes de este reino, y á lo que vos á su imitacion lo habeis continuado muchos años á esta parte, sirviendo á S. M. con tanta aprobacion, de que tiene S. M. y sus ministros superiores tanta satisfaccion; hemos resuelto de nombraros, elegiros y diputaros por nuestro vicario general y gobernador del dicho ejército, porque como tal en nuestro nombre lo gobierne y tenga dispuesto para todo lo que juzgares ser de mayor servicio y conveniencia de S. M.: concediéndoos en general y en particular toda la autoridad para poder indultar y dar perdon general á las ciudades, tierras y lugares, y demas personas, de cualquier delito, exceso y rebeldía en que hubieren incurrido, y castigar los que os pareciere, con alojamiento de caballos é infantería, y contra todos proceder de justicia, levato velo, por horas, y more bellico, hasta la sentencia y su ejecucion inclusive. Y ordenamos y mandamos á todos los maestres de campo de infantería española é italiana, y de cualquier otra nacion, sargentos mayores, capitanes de dicho ejército, castellanos de pleito menaje, capitanes á guerra, audiencias y demas ciudades, tierras y lugares de este reino, sus gobernadores, síndicos y electos, que os tengan, traten y respeten por nuestro vicario general y gobernador de las armas del referido ejército; ejecuten y cumplan vuestras órdenes por escrito y de palabra, como si de nos emanasen, y para lo referido, anejo y dependiente, os concedemos y damos la autoridad que tenemos de S. M. como virey, lugarteniente y capitan general de este reino, sin reserva ninguna, para declaracion de lo cual mandamos dar la presente firmada de nuestra mano, sellada con el sello de nuestras armas y refrendada de nuestro infrascrito secretario.—En Nápoles á 16 de Octubre de 1647.—El duque de Arcos.—D. Jerónimo de Almeida, secretario.

NÚMERO XVIII.

He entendido del párroco de Santa María de la Cadena, portador de este papel, la muestra grande de fidelidad que últimamente ha dado este fidelísimo pueblo, cortando las cabezas á tres hombres que intentaron oscurecerla, solicitando apellidase la corona de Francia, y ha sido tal mi estimacion de accion tan fina, que hallándome muy obligado á ella, y juntamente con sumo dolor de ver que vasallos que proceden con tanta fineza padezcan tales hostilidades, Me ha parecido escribir yo á V. S. para que por su medio este fidelísimo pueblo hallara en mí toda benignidad y buena acogida en lo que me propusieren de su sosiego, nombrando para esto personas con quien se ajuste, que por la mia correrá el negocio, y cesarán daños que con tanto sentimiento mio se ejecutan. Dios guarde á V. S. muchos años.—De esta Capitana, hoy domingo 13 de Octubre de 1647.—D. Juan.

NÚMERO XIX.

Serenissimo Signore. La lettera di V. A. che mi ha dato il parrochiano di S. Maria della Catena questa mattina, ho mostrata alli capitani dell' Ottine, e consultori di questo fedelissimo popolo; e gline ho consignata a fine, che pigliassero risoluzione dei maggior servizio di Sua Maestà, e di V. A.; e già s' incammina, ma con risoluzione, che non abbia da passare per mia mano cosa alcuna toccante la materia; e cosi riferiscono a questo punto, aver riconosciuta la fedeltà, che sempre hanno dimostrata, e dimostrano verso Sua Maestà cattolica, e Vostra Altezza Serenissima alla quale bacio per mille volte riverente le mani.

e prego dal cielo ogni felicità. Li 14 di Ottobre 1647. Di Vostra Altezza Serenissima, umilissimo e devotissimo servitore.—D. Francesco Toraldo d' Aragona.

NÚMERO XX.

Por cuanto conviene al servicio del Rey mi señor, que tengan pasar seguro cuatro personas, que este fidelísimo pueblo de Nápoles me enviare á conferir materias de su real servicio, ordenamos y mandamos á los cabos y demas oficiales de mar y tierra no les pongan impedimento alguno en ida y vuelta. Dada en la Capitana real á 15 de Octubre de 1647.—D. Juan.

NÚMERO XXI.

Gennaro Annese, generalissimo del fedelissimo popolo della città e regno di Napoli. Essendosi scoperti pubblici tradimenti a questo fedelissimo popolo orditoli da don Francesco Toraldo, príncipe di Massa, ed in particolare d' aver fetta svanire la mina fatta á S. Chiara di questa città dove si sono ridotti inemici, oltre le lettere e corrispondenze a cattivo fine trovatoli sopra; il medesimo popolo gli ha dato quella sepoltura, che meritano le qualità del delitto, e nel medesimo tempo ha acclamato, colla testa nelle mani, e con un piede nella publica piazza del Mercato, a tre ore di notte la nostra persona per suo generalissimo. Pertanto ordinamo, sotto pena della disgrazia di questo fedelissimo popolo, a tutti di qualsivoglia stato, grado e condizione si sia che obbediscano la nostra sotto scrizione, e siglio, e riveriscano gli officiali creati per l' addietro, e nell' avvenire sotto pena della vita, e della confiscazione de beni, sino alli parenti in terzo grado de

trasgressori. Data nella fortezza reale del torrione del Carmine li 22 d' Ottobre 1647.—Genaro Annese generalissimo del fedelissimo popolo.—Vincenzo d' Andrea.

NÚMERO XXII.

Die vigesimo quarto mensis Octobris, constitutis in nostri præsentia excellentissimi et ilustrissimi domini proceres, et magnates, et barones, et patritii, et equites ilustrissimarum, et excellentissimarum platearum nobilium fidelisimorum civitatis Neapolis, declaraverunt vulgari eloquio.

Come ritrovandosi l' Eccellentissimo signor D. Rodrigo Ponze di Leone, vicerè, luogotenente, e capitan generale del regno di Napoli, ristretto dentro del Castel nuovo per la ribellione commessa dalla plebe della fedelissima città di Napoli, la quale avendosi impadronita della porta di detta città, e tentato di appoderarsi, e di espugnare il regio castello di S. Ermo, commettendo incendi, furti, rapine, sagrilegi, ed omicidi, usando atti atrocissimi e barbari, non più intesi, nè mai immaginati, e commettendo manifestissimi atti di ribellione contro di S. M., avendo da più e diverse parti battuto con artiglieria non solo il regio palazzo e Castel nuovo, dove si trova la persona di detto Eccellentissimo signor vicerè, ma anco l' armata reale, dove si ritrova il serenissimo D. Giovanni d' Austria, usando tutti li atti inumani, barbari e crudeli, che da qualsivoglia barbara gente non sariano mai stati immaginati. E volendo detti Eccellentissimi Illustrissimi signore proceres, magnates, e baroni accudire con quella fedeltà, che devono al servizio del Rè nostro signore, e colla solita finezza, e pronta volontà, che hanno sempre dimostrato verso Sua Maestà in avere avuto l' avviso dell' appretto, in che si trova detto Eccellentissimo signor vicerè, ed all' urgenza

dello stato delle cose, hanno lasciato subito le proprie case, e tutti li loro propri stati e terre esposte a qualsivoglia accidente che potesse portare il tempo, esi sono conferiti in questa città d' Aversa, piazza d'armi destinata dal detto Eccellentissimo signor vicerè, per accudire colle proprie vite al real servizio. Per il quale si sono anco contentati lasciare pure ogni punto di preminenza e precedenza, che li spetta. E mirando solo al servizio di Sua Maestà, urgenza, bisogno, e conservazione del presente regno, e della quiete universale, e per liberare dall' oppressione, tiranide, e barbarie, la quale sta oggi attualmente patendo la detta città di Napoli, e la nobiltà di tutto il regno: hanno però di comun volere, con assenso prestito dal detto Eccellentissimo signor vicerè, eletto per l'amministrazione delle cose della milizia, e guerra delle armi del baronaggio, convocato in questa città d' Aversa, piazza d' armi destinata da S. E. il signor Vincenzo Tuttavilla, cavaliere di Seggio di porto, del consiglio collaterale di S. M. e suo tenente generale della cavalleria. Contentandosi di stare, ed obbedire all' ordine di quello nell' amministrazione delle cose della guerra, come governadore da loro deputato, concedendogli per quello, che a loro aspetta, per l' esecuzione predetta, e per servizio di Sua Maestà, conservazione del regno, e sollevazione e liberazione di detta città tutta l' ampiezza d' autorità e potestà, con tutte quelle preminenze e prerogative che per esercitare simile carica in caso di tanta importanza ed urgenza sirichiedono; salvo sempre e reservato l' assenso e beneplacito di detto Eccellentissimo signor D. Rodrigo Ponze di Leon, nostro vicerè, e capitan generale. Così, confirmano, e si obbligano, etc., etc., etc.

NUMERO XXIII.

ESTADO DE LA FUERZA CON QUE CONCURREN LOS BARONES AL EJÉRCITO DEL REY NUESTRO SEÑOR, HOY 24 DEL MES DE OCTUBRE DEL AÑO 1647.

		Cavalli.	Tanti
Del marchese del Vasto, e suo fratello inclusa la sua compagnia d' uomini d' arme, e di Zagarola............	núm.	190	220
Del duca di Maddaloni..............	n.	350	242
Del duca di Jelsi, e del principe di Torino............................	n.	146	»
Del principe di Colobrano...........	n.	24	»
Del duca di Oliveto................	n.	24	»
Del duca di Sora..................	n.	60	60
Del duca di Marianella, e del principe di Sant' Arcangelo, tra la gente de' quali vi erano settantadue Alemanni, e venticinque della compagnia di leva dei Marianella.....	n.	37	100
Del duda di Vairano................	n	15	»
Del duca di Marzano................	n.	18	»
Di D. Alfonso Picolomini, Del duca di Sejano, e Del marchese di Trevico.	n.	70	50
Del marchese di Paglieta............	n.	10	»
Del principe di Minervino...........	n.	»	70
Del principe di Montesarchio, la cui milizia stava nella Cerra, inclusavi la sua compagnia d' uomini d' arme, ed altri 70 uomini pagati dal minervino.	n.	130	70
Questa cavalleria tutta quasi consiste di gente bandita, e del battaglione			

Del principe della Torella. Del marchese di Santo Mango. Di D. Carlo Acquaviva... Di D. Geronimo della Marra, e Di D. Diego della Marra.	n.	70	60
Del duca di Martina...... Di D. Luigi Minutolo..... Del marchesé di Grottola. Di D. Francesco Caraciolo e, di Fra Prospero Galva.	n.	50	12
Del principe di Supino, la cui gente si trova nella Serra sotto il comando di D. Vincenzo suo fratello..........	n.	40	»
Del marchese di S. Lucito...........	n.	30	»
Del conte di Santa María in Grisone venato...........................	n.	6	6
Del duca di Rosito Brancia..........	n.	4	»

Gente del Re.

La compagnia del battaglione di Caserta.........................	n.	27	»
Di Jeano.........................	n.	6	»
Di Aversa.........................	n.		200
Quella di cavalli di S. E.............	n.	80	»
La cavalleria di leva e Borgognoni....	n.	390	»
La compagnia de'i Croati...........	n.	24	»
Le compagnie della Sacchetta, delli capitani Rencone, Joffeti, e di Don Baldassar del Varo...............	n.	54	»
	n.	1855	1080

NÚMERO XXIV.

Gennaro Annese generalissimo di questo fedelissimo popolo e regno di Napoli. Perchè ci e venuto a notizia, che alcune persone inimiche di questa inclita repubblica napolitana vanno seminando molte zizzanie, ed inquietando la gente, dandole ad intendere, che le lettere venute dall ambasciadore del cristianissimo Rè, siano finte, e che perciò non se li debbia dare credito; e questo lo fanno per mettere dissensioni e risse fra' cittadini· però per evitare questi inconvenienti, si ordina e comanda sotto pena della vita, e confiscazione de' beni, che da oggi avanti nessuna persona di qualsivoglia stato, grado, e condizione si sia, ardisca di andare dicendo simile cosa, inquietando detto popolo ut supra: che altrimente si esequirá detta pena con dar la terza parte de' beni all' accusatore, che lo ponerà in vero. Dato in Napoli a 29 di Ottobre 1647.—Genaro Annese.

BIBLIOTECA CLÁSICA

OBRAS PUBLICADAS

Clásicos griegos.

	Tomos.
HOMERO: *La Ilíada*	3
— *La Odisea*	2
HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*	2
PLUTARCO: *Las vidas paralelas*	5
ARISTÓFANES: *Teatro completo*	3
ESQUILO: *Teatro completo*	1
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: *(Demócrito, Bión y Mosco)*	1
XENOFONTE: *Historia de la entrada de Cyro en Asia*	1
— *La Cyropedia*	1
— *Las Helénicas*	1
LUCIANO: *Obras completas*	4
PÍNDARO: *Odas*	1
ARRIANO: *Las Expediciones de Alejandro*	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *(Anacreonte, Safo, Tirteo*, etc.)	1
POLIBIO: *Historia romana*	3
PLATÓN: *La República*	2
— *Diálogos* (en publicación)	»
DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los filósofos más ilustres*	2
MORALISTAS GRIEGOS: *(Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes)*	1
TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*	2
JOSEFO: *Guerras de los judíos*	2
ISÓCRATES: *Oraciones políticas y forenses*	2
EURÍPIDES: *Tragedias*	3

Clásicos latinos.

VIRGILIO: *La Eneida*	2
— *Las Églogas y Geórgicas*	1
CICERÓN: *Obras didácticas*	2
— *Obras filosóficas*	4
— *Epístolas familiares*	2
— *Cartas políticas*	2
— *Vida y discursos*	7
TÁCITO: *Los Anales*	2
— *Las Historias*	1
SALUSTIO: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*	1
CÉSAR: *Los Comentarios á la guerra de las Galias*	2
SUETONIO: *Vidas de los doce Césares*	1
SÉNECA: *Tratados filosóficos*	2
— *Epístolas morales*	1
OVIDIO: *Las Heroidas*	1
— *Las Metamorfosis*	2
FLORO: *Compendio de la historia romana*	1
QUINTILIANO: *Instituciones oratorias*	2
QUINTO CURCIO: *Vida de Alejandro*	2
ESTACIO: *La Tebaida*	2
LUCANO: *La Farsalia*	2
TITO LIVIO: *Décadas de la Historia romana*	7
TERTULIANO: *Apología contra los gentiles*	1
VARIOS: *Escritores de la Historia Augusta*	3
MARCIAL y FEDRO: *Epigramas y fábulas*	3
TERENCIO: *Las seis comedias*	1
APULEYO: *El asno de oro*	1
PLINIO EL JOVEN Y CORNELIO NEPOTE: *Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres*	2

Tomos.

San Agustín: *La Ciudad de Dios* 4
Ammiano: *Historia del imperio romano* 2
Lucrecio: *De la naturaleza de las cosas* 1

Clásicos españoles.

Cervantes: *Novelas ejemplares* y *Viaje del Parnaso* 2
— *D. Quijote de la Mancha*, con el comentario de Clemencín 8
— *Teatro completo* 3
Calderón: *Teatro selecto* 4
Hurtado de Mendoza: *Obras en prosa* 1
Quevedo: *Obras satíricas y festivas* 1
— *Obras políticas é históricas* 2
— *Política de Dios* 1
Quintana: *Vidas de españoles célebres* 2
Duque de Rivas: *Sublevación de Nápoles* 1
Alcalá Galiano: *Recuerdos de un anciano* 1
Melo: *Guerra de Cataluña* 1
Varios: *Antología de poetas líricos castellanos*, ordenada por Menéndez y Pelayo con estudios críticos del mismo 13
Colón: *Relaciones y cartas* 1
Fernando de Rojas: *La Celestina* 1

Clásicos ingleses.

Macaulay: *Estudios literarios* 1
— *Estudios históricos* 1
— *Estudios políticos* 1
— *Estudios biográficos* 1
— *Estudios críticos* 1
— *Estudios de política y literatura* 1
— *Discursos parlamentarios* 1
— *Vidas de Políticos ingleses* 1
Macaulay: *Historia de la Revolución de Inglaterra* 4
— *Historia del Reinado de Guillermo III* 6
Milton: *El Paraíso perdido* 2
Shakespeare: *Teatro selecto* 8

Clásicos italianos.

Manzoni: *Los Novios* 1
— *La Moral católica* 1
— *Tragedias, poesías y obras varias* 2
Guicciardini: *Historia de Italia* 6
Maquiavelo: *Obras históricas* 2
— *Obras políticas* 2
Benvenuto Cellini: *Su vida, escrita por él mismo* 2
Tasso: *La Jerusalem libertada* 2

Clásicos alemanes.

Schiller: *Teatro completo* 3
— *Poesías líricas* 2
Heine: *Poemas y fantasías* 1
— *Cuadros de viaje* 2
Goethe: *Viaje á Italia* 2
— *Teatro selecto* 2
Humboldt: *Colón y el descubrimiento de América* 2

Clásicos franceses.

Lamartine: *Civilizadores y conquistadores* 2
Bossuet: *Oraciones fúnebres* 1

Clásicos portugueses.

Camoens: *Los Lusiadas* 1
— *Poesías selectas* 1

Sánscrito.

Panchatantra, traducido por Alemany 1

